

Ojos de gata IV

LA LUZ QUE ILUMINA
LA OSCURIDAD



M. N. Mera

OJOS DE GATA IV

La luz que brilla en la oscuridad

M. N. Mera

Título: Ojos de gata IV. La luz que brilla en la oscuridad

© 2017. Torrelodones, Madrid

© de los textos: Maria N. Mera

Ilustración y diseño de portada: Begoña Núñez-Mera

Twitter: @Mery_Mera

Facebook autora: María N. Mera Escritora

Fanpage en Facebook: Fran o Francesca

E-mail: mnunezmera@gmail.com

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de la obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del copy right. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Letra de *Secrets*, de OneRepublic. Álbum “Waking Up”

...

Tell me what you want to hear
Something that will light those ears
Sick of all the insincere
I'm gonna give all my secrets away
This time, don't need another perfect lie
Don't care if critics ever jump in line
I'm gonna give all my secrets away

Oh, got no reason, got no shame
Got no family I can't blame
Just don't let me disappear
I'mma tell you everything

So tell me what you want to hear
Something that delight those ears
Sick of all the insincere
I'm gonna give all my secrets away
This time, don't need another perfect lie
Don't care if critics ever jump in line
I'm gonna give all my secrets away
All my secrets away, all my secrets away

...

ÍNDICE

1. Helena. El perro
2. Dom. ¡Lo que faltaba!
3. Roberto. La luz que brilla en la oscuridad
4. Val. La Torre del Mangia
5. Dom. La Coruña
6. Helena. La abadía
7. Val. Buscando a Hans
8. Roberto. El cofre
9. Anna. Movilizando a la familia
10. Helena. La lluvia misteriosa
11. Val. El juicio
12. Helena. La fraternidad
13. Hans. Val
14. Helena. La palabra mágica
15. Dom. El maldito encargo de Roberto
16. Roberto. La despedida
17. Dom. Un acto poco egoísta
18. Helena. Una boda londinense
19. Dom. Lucha de hechiceros
20. Roberto. En el frío más intenso
21. Eugène. Demasiadas sorpresas juntas
22. Dom. Huyendo de los problemas
23. Roberto. Hablando con mi conciencia
24. Helena. Cosas de familia

AGRADECIMIENTOS

MIS OTRAS NOVELAS

Personajes

Familia Chatte

Émile: padre

Irina: madre

Hijo mayor: Edmund

Hijo mediano: Claude

Hijo pequeño: Eugéne

Hija (melliza de Claude): Helena

Dominique Marchant Chatte (hijo de Helena)

Familia Chatte del Valle

Carla: madre

Eugéne: padre

Valentina: hija

Familia Claros Wolf

Marion: madre

Miguel: padre

Hans: hijo y marido de Valentina

Anna: hija pequeña

Otros personajes

Antonie (abuela de Hans y Anna y mujer de Edmund Chatte)

Álvaro Casanova

Cristina Casanova, hermana de Álvaro

François, sirviente de la familia Chatte
Profesor Miró

Roberto Salvador
Vincent Astic (el viejo)
Áurea
Sara (madre de Áurea)

1. Helena. El perro

Meyrargues, Francia. Abril 1943.

Iba en el coche junto a un asesino, quien no había considerado atarme porque sabía perfectamente que no iría a ningún sitio sin mi hijo y sin mi madre. No dejaba de preguntarme qué iba a hacer Roberto —el perro había pinchado las ruedas de su coche—, aunque en realidad poco podría hacer por mí y en el fondo lo prefería, no quería que muriera más gente por mi culpa.

En cuanto tomamos aquella curva supe adónde me llevaba. En realidad tenía mucho sentido que fuéramos de vuelta al *château*, qué lugar mejor para esconder a mi familia que la casa de mi hijo, porque, desde el momento en que ese perro había asesinado a mi suegra y a mi cuñada, la casa le pertenecía a Dominique. A esas alturas ya debía saber que su tía y su abuela habían muerto, debía haber sido un duro golpe para él, pero era un chico fuerte.

El perro me arrastró hasta uno de los dormitorios de invitados. En cuanto abrió la puerta volví a respirar con normalidad, aunque solo en parte. Dominique estaba allí. Lo abracé con desesperación preguntándome dónde estaría mi madre. Enseguida me di cuenta de que, si no estaba allí, estarían interrogándola, y sabía que no iban a ser delicados con ella. Hubiera preferido intercambiarle por ella, total, ya sabía lo que se sentía.

—*Mamá, las han matado, a la abuela y a...* —Dom se comunicó conmigo a través del pensamiento.

—*Lo sé, Dom, lo siento mucho. ¿Cómo estás*

—*Ahora no hay tiempo para eso, voy a intentar salir por la chimenea, ¿de acuerdo? Buscaré ayuda.*

—*No, es peligroso.*

—*Lo voy a hacer, mamá. Están golpeando a la abuela, puedo sentirlo. No hay más remedio.*

Asentí al darme cuenta de que mi hijo tenía razón y dejé que desapareciera dentro de la chimenea de piedra. De camino al *château*, había intentado contactar con mi padre y mis hermanos, incluso aunque sabía que estaban demasiado lejos para poder ayudarnos, sin embargo ninguno de ellos me había contestado. Era la primera vez que nuestro peculiar modo de comunicación no funcionaba y aquello había terminado por ponerme de los nervios. Cada vez tenía más claro que aquella pesadilla no iba a acabar nunca, aquel secreto, el de los gatos, era una auténtica desgracia, una maldición en realidad. ¿Cuántas personas más tendrían que morir a causa de ello? En

ocasiones desearía ser como los perros y no tener el privilegio de vivir durante más tiempo.

La puerta se abrió de golpe. El odioso perro olfateó el ambiente y en dos zancadas se había plantado delante de la chimenea por donde acababa de desaparecer Dom. ¿Le habría dado tiempo a salir?

—Este chico me lo ha puesto muy fácil.

Cogió unos troncos que estaban junto a la chimenea y los dispuso dentro. Después sacó unas cerillas de su pantalón, pero, antes de que pudiera encender el fuego, saltó sobre él, no pensaba dejar que prendiera fuego a mi hijo. El perro me apartó de un manotazo y después me propinó un fuerte puñetazo en el estómago que hizo que me tambaleara.

—¿No quieres que muera quemado? Pues ya sabes lo que tienes que hacer. ¡Habla de una vez!

—Está bien, lo haré, pero prométeme que no le harás daño. Y tampoco a mi madre.

—Te lo prometo. Si me dices lo que necesito saber, nos marcharemos de aquí.

Los perros suelen cumplir sus promesas, pero, con un perro como él, no se podía estar segura.

—Necesito una prueba de que cumplirás con tu palabra.

—¿Qué tipo de prueba?

—Quiero que escribas una nota confesando los asesinatos de mi suegra y mi cuñada.

—¿Y de qué servirá eso?

—Es la prueba que te pido.

No sabía ni siquiera si aquello serviría para algo o si simplemente estaba intentando ganar tiempo, aunque ¿tiempo para qué? Nadie iba a venir a rescatarnos.

—Está bien —admitió el perro, que se acercó a la mesa, tomó una pluma y comenzó a garabatear sobre un papel.

—¿Está bien así? —preguntó un instante después entregándome la nota.

—No está mal, tienes mucha imaginación.

—¿Y bien?

—El profesor Miró está en Vichy, forma parte del gobierno de Laval.

«Aunque no es partidario suyo, solo está espiando», pensé.

—¿Qué nombre está usando?

—Lo conocen por...

Un estruendo proveniente de la ventana hizo que los dos nos giráramos, dejando la conversación inacabada. Alguien había decidido irrumpir en la habitación haciendo estallar el cristal en miles de fragmentos que llegaron volando hasta nosotros. No lograba entender qué estaban haciendo allí, y juntos, mi hermano Edmund y Roberto. Ambos aprovecharon la confusión para agarrar al perro. Después, dos miembros más de la familia entraron también a través de la ventana rota.

¿Qué diablos estaban haciendo allí mi padre y Eugène?

—¿Dónde está mi mujer? —preguntó mi padre agarrando al perro por el cuello de la camisa.

No hizo falta que contestara, mi padre había escuchado la respuesta en su pensamiento. Los perros no estaban acostumbrados a que hubiera gatos lectores de mentes, de hecho parecía ser un privilegio de la familia Chatte. Por esa razón mi padre y mi hermano Eugène siempre hacían las preguntas directas, sabiendo que, sin darse cuenta, la otra persona las contestaría involuntariamente. No le debió gustar la respuesta del perro, puesto que, antes de abandonar la habitación, lo golpeó con fuerza en la cara. El perro no tuvo más remedio que reprimir las ganas de devolverle el puñetazo, ya que Roberto, Edmund y Eugène lo sujetaban con firmeza. Al pasar junto mí mi padre me miró con ojo clínico; su mirada se posó durante escasos segundos en mi pie vendado y, aunque su expresión fue de preocupación, decidió que era más urgente liberar a mi madre. Y tenía razón, ella iba a necesitarlo, a él y a Edmund.

Un crujido hizo que me volviera a mirar hacia mis hermanos, Roberto acababa de retorcerle el pescuezo a aquel odioso perro. Lo había hecho rápida y limpiamente, como si no fuera la primera vez que mataba a una criatura. Yo, que ya sospechaba que Roberto no era un humano normal y corriente, tragué saliva al darme cuenta de que Roberto era una criatura como nosotros, aunque no sabía de qué especie. Asimismo sentí un inmenso alivio al saber que ese perro ya no volvería a ser un problema, estaba completamente muerto.

—Ha sido un placer trabajar contigo, soy Eugène —le dijo mi hermano pequeño a Roberto ofreciéndole la mano.

Roberto dejó caer al suelo el cuerpo sin vida del perro y se la estrechó sonriéndole, como si lo conociera de toda la vida.

—Lo mismo digo, soy Roberto, el...

—Sé quién eres, me lo ha explicado todo mi hermano Edmund. Tú salvaste a nuestra hermana —dijo mirándome—, por eso eres bienvenido en

esta familia.

—Deberíamos ir a ver si mamá está bien —comentó Edmund—. ¿Dónde está Dominique? —me preguntó.

—Salió por la chimenea, estoy segura de que estará con mamá.

Eugène y Edmund salieron de la habitación dejándome a solas con Roberto. Seguía preguntándome por qué razón Roberto había vuelto a salvarme. Tampoco comprendía por qué había sido precisamente él quien había matado a aquel perro. Mientras me preguntaba todo aquello, Roberto intentaba quitarse algún que otro cristal que se le había clavado en las manos y en la ropa. Al darme cuenta, me acerqué a él para echarle una mano. Roberto levantó la mirada y me dedicó una sonrisa deslumbrante que me dejó hipnotizada.

—Helena... —dijo mi nombre con tanta ternura que no pude evitar sentir un escalofrío mientras me perdía en aquellos ojos oscuros y brillantes como una bonita noche estrellada. No sabía la razón, pero me costaba respirar al tenerlo tan cerca—. No sabes cuánto me alegro de haber llegado a tiempo.

—¿A tiempo?

—Pensé que quizá, cuando llegáramos, estarías muerta, aunque en el fondo de mi alma sabía que no. Aun así, me da miedo lo valiente que puedes llegar a ser, siempre lo has sido.

—¿Siempre? Hablas como si me conocieras.

—Oh, te conozco Helena, te conozco mucho. Y te he echado de menos, tanto que no puedo evitar hacer esto... —Sostuvo mi rostro entre sus grandes manos y después me besó.

Había algo familiar en su sabor, en su boca, en cómo su lengua buscaba en todos los rincones de la mía, en cómo sus brazos agarraban con fuerza mi cintura. ¿Quién era ese hombre que me besaba y me tocaba como si efectivamente me conociera? A pesar de que me encantaba estar entre sus brazos, me aparté de él con cierta brusquedad. Casi no podía hablar de lo rápido que me latía el corazón.

—¿Quién eres?

—¿Me reconoces, Helena?

—No, no lo sé, hay algo en ti..., algo familiar.

—Soy tu marido..., bueno, lo seré.

¿De qué diablos estaba hablando? ¿Se había vuelto loco? Pero no pude seguir planteándome más preguntas, mi padre estaba hablándome a través del pensamiento.

—*Un militar alemán va hacia arriba. El perro estaba solo en esto; los que estaban con él son simples humanos y pensaban que estaban interrogando a los únicos testigos del asesinato de tu suegra y tu cuñada. Yo tiraré el cadáver del perro por la ventana. Se preguntarán quién le ha partido el cuello y debemos proteger a Roberto; a pesar de que no puedo oír su pensamiento, te ha ayudado en dos ocasiones.*

¿No podía oír sus pensamientos? Eso no era algo habitual. Me pregunté si también sería inmune a Eugène.

—Viene alguien —comentó Roberto.

Antes de reaccionar y hacer lo que me había pedido mi padre, Roberto se adelantó. Recogió el cuerpo sin vida del perro como si apenas pesara y lo tiró al jardín. Después cogió la alfombra donde habían caído los cristales de la ventana y volcó su contenido asimismo al exterior. ¿Por qué habría hecho lo mismo que iba a hacer yo? ¿Habría olido que subía un humano? Cada vez era más evidente que era un híbrido. Pero había otra cosa extraña que no acababa de comprender, ¿cómo había hecho para tirar el cuerpo sin que sonara un golpe seco al chocar contra el suelo del jardín?

—Ha sido una gran idea —murmuré—. Toma... —añadí entregándole la nota que tenía agarrada fuertemente en la mano.

Roberto tan solo le echó un rápido vistazo antes de que se abriera la puerta de par en par. Un hombre con atuendo militar y de menor rango que Roberto entró con aspecto preocupado. Miró con sorpresa a Roberto y después clavó su mirada en la ventana hecha añicos.

—¡Capitán Krum! —saludó en alemán cuadrándose—. No sabía que estuviera usted aquí.

Roberto no le contestó, supuse que no tenía por qué darle ninguna explicación, siendo de un rango superior.

—Cabo, me temo que el comandante Kohl se ha suicidado —dijo haciendo un gesto hacia la ventana.

El cabo se acercó y sus ojos se abrieron de par en par cuando comprobó que lo que decía Roberto era cierto.

—¿Por qué habrá hecho algo así? Él...

—Cuando entré, encontré esta nota. ¿Reconoce su letra?

Aunque no podía estar segura, noté que Roberto acababa de preguntarse lo mismo que yo, si el perro habría usado su letra de verdad o si la habría falsificado a propósito.

—Sí, la conozco. Con su permiso... —Examinó durante unos segundos

el contenido de la nota—. Es suya, no hay duda. De modo que... ¿no tenemos que seguir investigando estas muertes? Él las mató, además por dinero. ¿Es que hay un tesoro escondido en esta casa?

—Lo dudo, cabo. A mí me parece más bien un asesinato de tipo personal, tenía algo en contra de esas mujeres, aunque nunca sabremos qué era. Ahora..., creo que es hora de que esta familia pueda enterrar a sus seres queridos.

En ese momento el cabo se fijó en mi pie. No parecía creerse realmente la historia del suicidio, pero no podía contradecir a un superior, aunque sí podría complicarle las cosas a Roberto posteriormente. No obstante, quizá se lo pensara dos veces antes de complicarse la vida, después de todo las que habían muerto tan solo eran dos mujeres francesas, y no podíamos olvidar que estábamos en plena ocupación.

—A sus órdenes, mi capitán. Les diré a los hombres que nos marchamos.

—Y... llévense el cuerpo del comandante.

El cabo asintió.

—¿Qué hay de la prisionera que estaba interrogando el comandante?

—Yo me ocuparé personalmente de disculparnos por este malentendido. Puede irse, cabo.

—¡A sus órdenes!

Unos minutos después oímos que un coche se alejaba de la casa.

—¿Crees que se ha creído lo del comandante?

—No estoy seguro, pero... un posible efecto después de una caída de diez metros podría ser perfectamente que te rompieras el cuello. Estamos en la tercera planta.

Asentí sin mucho convencimiento.

—¿Estás bien, Helena?

—Sí, ¿por qué lo dices?

—Estás un poco pálida.

—Ah, ¿sí? Eh..., tengo que ir a ver a mi madre —dije girándome hacia la puerta, aunque en el último momento me volví hacia él—. Roberto...

—¿Sí?

—Yo..., te agradezco mucho que hayas vuelto a ayudarnos y que hayas matado a... No tenías por qué hacerlo.

—¿Pero?

¿Cómo sabía que tenía un *pero* que comentarle?

—Sobre lo que has dicho antes..., creo que es mejor que lo olvidemos. Hagamos como si no hubieras dicho esa..., esa... —Iba a decir estupidez, pero quizá era demasiado fuerte—. En fin, lo siento, Roberto, pero yo no...

¿Qué diablos me pasaba? ¿No podía decirle simplemente que yo no le correspondía y que se olvidara de mí?

—Entiendo, Helena. No hace falta que me des ninguna explicación.

Esa mirada triste que apartó rápidamente como para que no me diera cuenta hizo que sintiera un nudo en el estómago. Era un buen hombre y tenía una forma de mirarme que hacía que me estremeciera, pero no podía sentir nada por él, ni por ningún hombre, eso era algo que había decidido hacía tiempo, el día que murió Dominique.

Roberto abrió la puerta y se hizo a un lado.

—Necesitas ver a tu madre, vamos. —Me invitó a salir delante de él.

Seguí el aroma de mi familia hasta la planta baja. No había sido consciente de haber estado conteniendo la respiración hasta que vi a mi madre y a Dom rodeados del resto de la familia.

—¡Mamá! ¡Dom! ¿Cómo estáis?

Dom estaba en perfecto estado, no le había sucedido nada malo, y mi madre...

—*Gracias, Ed, no sé si hubiera podido soportar verla con la cara desfigurada.*

—Estaba mejor que tú ayer, pequeña.

Sentí un alivio inmenso por que todos estuvieran bien y por poder contar siempre con mi familia cuando las cosas se ponían feas.

—Estoy bien, Helena. No te preocupes por mí —comentó mi madre.

Todavía permanecía tumbada mientras Edmund terminaba de inspeccionar su cuerpo, en ese momento la manos de Ed trabajaban sobre su estómago, era obvio que ese perro la había golpeado, y sabía por experiencia que sus puñetazos eran muy dolorosos. Mi padre tenía el rostro todavía contraído por la angustia y la ira.

—Papá, ¿cómo es que habéis aparecido de repente? Pensaba que estabais de camino a España.

Mi padre miró nervioso a Roberto, no tenía que haber hecho ese comentario, puesto que era una misión secreta. Pero, por alguna razón, no podía evitar confiar en él, al fin y al cabo había arriesgado su vida por mí en dos ocasiones.

—Sentí que algo no iba bien, y a Eugène le sucedió lo mismo. No tenía

que haberme ido. Tu madre me dijo que iba a necesitar a Edmund y eso solo podía significar que alguien saldría herido. Intenté contactar con vosotros dos... —dijo mi padre mirándonos a mí y a Edmund—, pero no funcionó.

—Eso no es posible —dije.

—Es cierto, no podíamos entrar en contacto con vosotros —confirmó Eugène—. Es la primera vez que pasa algo así, por eso decidimos volver.

Era la primera vez en la historia que nuestra peculiar forma de contactar no funcionaba.

—¿Y tú, Ed? Te habías ido de Digne —pregunté curiosa.

—Me pasó lo mismo, tampoco pude conectar contigo. Por eso retrocedí. Llamé a François y él me explicó dónde estabais. De camino al *château* encontré a Roberto, que venía caminando hacia aquí. Él me puso al corriente de lo que había sucedido. Al llegar aquí, papá y Eugène acababan de llegar. Ha sido una casualidad que los cuatro llegáramos al mismo tiempo.

—¿Y Claude? —pregunté, echando de menos a mi hermano mellizo.

—Está en la tienda —explicó mi padre—. Con Claude sí pudimos contactar, nos dijo que vuestra madre no estaba en la perfumería, tampoco Dom, y que había encontrado la puerta abierta. Él se ha quedado en la tienda para que los alemanes no sospechen.

—Pero... —intenté objetar.

Claude corría peligro trabajando en la perfumería de mi madre, ella tenía muchos clientes alemanes y podrían reconocerlo de alguna de las fiestas a las que acudía haciéndose pasar por un oficial alemán.

—Oh, nadie lo reconocerá, te lo aseguro —me interrumpió mi padre con una sonrisa divertida—. Se está haciendo pasar por el hermano pequeño de vuestra madre, se ha maquillado y disfrazado y además se hace el cojo, ya sabéis lo teatral que es, lo estará pasando bien interpretando ese papel. Ya lo hemos avisado de que todo está en orden, estaba muy preocupado por vosotros.

—Helena, ¿dónde están tus muletas? —preguntó de pronto Edmund, como buen médico suplente de la familia.

Si Edmund me llamaba por mi nombre era porque estaba algo contrariado conmigo.

—¡Oh! —exclamé mirando distraída hacia mi pie vendado—. No podía estar pendiente de ellas. Además..., he tenido que correr.

—¿Correr? No debías moverte... —Edmund miró con reproche a Roberto, como si la culpa fuera suya.

—¿Quién te ha hecho eso, mamá? —Dom se acercó a mí preocupado, parecía no haberse percatado antes del estado de mi pie.

—Nadie, no ha sido nada, estoy perfectamente.

—Siéntate, pequeña, necesito ver cómo lo tienes —dijo Edmund. Ya no debía estar enfadado.

—Mamá, ¿ha sido ese perro?

Abrí la boca para negarlo, pero no tuve más remedio que cerrarla.

—Es mejor que le digas la verdad, Helena —sugirió Eugène.

—Sí, ha sido el perro.

—¿Por qué? ¿Qué quiere de nosotros? —preguntó Dom confuso.

Mi hijo desconocía nuestro secreto; no había querido contárselo mientras fuera posible ocultarlo, no quería que corriera ningún riesgo. Ahora, por culpa de Eugène, no tendría más remedio que ponerlo al corriente, pero no en ese momento, no delante de Roberto.

—Oh, ya lo hablaremos en otra ocasión.

—De acuerdo, mamá —aceptó Dom mirando de reojo a Roberto.

—Émile, estoy bien, debéis poneros en marcha —intervino mi madre.

—No, no pienso irme contigo así, ya sabes lo que pienso.

—Lo sé, la familia es lo primero, pero te aseguro que Edmund me ha dejado en perfecto estado. Yo volveré a la perfumería con Dominique, ¿verdad, Dom?

Dominique me miró como debatiéndose entre a cuál de las dos debía cuidar, si a mí o a su abuela.

—Yo tengo que ir a París, os llevaré a la perfumería —comentó Edmund.

—No podemos dejar sola a Helena..., además no es seguro que se quede en esta casa —objetó mi padre.

Roberto, que se había mantenido hasta el momento al margen, tosió ligeramente para intervenir.

—Yo puedo llevarla de vuelta a Digne.

—¿Confías en él, Helena? —me preguntó mi padre a través de la mente.

—Sí.

—De acuerdo, pero hay algo en él... No puedo acceder a su mente.

—A mí tampoco me funciona mi habilidad con él.

—Es extraño. Pero una vez que llegues a Digne, estará François contigo.

—*Papá, sé cuidar de mí misma..., bueno, casi siempre. Pero pronto tendré que volver a Meyrargues, tengo clase.*

—*No es seguro que estés en esta casa, al menos por ahora.*

—De acuerdo, Roberto, te agradecería mucho que acompañaras a Helena a Digne. Su vida depende de ti —dijo mi padre clavándole una mirada seria y directa.

—Por supuesto, le prometo que llegaré bien.

—¡Papá, ya basta! Soy mayorcita para cuidar de mí misma.

Mi padre arqueó una ceja como dudando de lo que acababa de decir.

—Enterremos a tu familia, Dom —dijo mi padre concluyendo la discusión.

Las enterramos junto a mi amado Dom, bajo los arcos centenarios; allí era donde debían descansar, los tres juntos, madre e hijos. Al darme cuenta de que los tres habían muerto por la misma causa, se me llenaron los ojos de lágrimas; tres víctimas inocentes por nuestra culpa, por culpa de los gatos. Si no me hubiera casado con Dom, nada de esto habría sucedido. Mi madre había tenido razón al tratar de impedir que me casara con él, pero no había querido escucharla y ya era imposible volver atrás. Llevaría esas tres muertes sobre mis hombros el resto de mi vida.

Estaba comenzando a llover y el viento se agitaba intranquilo, igual que yo.

—¿Estarán bien, mamá?

—Sí, aquí descansarán tranquilas, junto a tu padre.

—Ojalá lo hubiera conocido.

—Tu padre era un hombre bueno y valiente, un gran hombre.

—Odio a los perros, mamá. Ellos han matado a toda la familia.

Odiar era una palabra muy fuerte, y oírla en labios de mi hijo con esa contundencia hizo que me estremeciera.

—Cuida de la abuela. —Lo besé en la mejilla—. Vamos, Dom, te están esperando.

—¿Estarás bien, mamá?

—Sí, no te preocupes por mí.

Mientras se alejaba por el bosque, me quedé observando sus anchas espaldas. Aunque físicamente parecía mayor, todavía era un niño de diecisiete años, un niño que ya había vivido la pérdida de tres de sus seres más queridos.

Me reuní con Roberto en la entrada de la casa, estaba esperándome junto al coche de mi suegra, desgraciadamente ella no lo volvería a necesitar. Roberto tenía la mirada clavada en la imponente fachada del *château*, a mí me había sucedido lo mismo la primera vez que la contemplé. Al verme llegar me sonrió y abrió la puerta del copiloto, estaba empezando a llover con más fuerza. Roberto sujetó las muletas —había decidido obedecer al segundo médico de la familia— mientras me acomodaba en el asiento.

Suspiré al alejarnos del *château*. Me embargaba una sensación muy extraña que apenas llegaba a comprender, una sensación de pérdida por un lado, pero por otro de expectación, como si nada fuera a ser igual que antes, como si estuviera despidiéndome de mi anterior vida para siempre. Lo único que me tranquilizaba era que el sentimiento que me acompañaba no era descorazonador en absoluto.

Mis ojos se posaron sobre mi acompañante como si él fuera la razón de aquel extraño sentimiento. Parecía perdido en la niebla de sus pensamientos, o quizá simplemente estaba concentrado en conducir, lo que era comprensible teniendo en cuenta que en ese momento caían mantos de lluvia que hacían difícil distinguir la carretera.

—Roberto, ¿qué harás cuando me dejes en Digne?

—Pues... no lo sé Helena.

—Pero... ¿tienes a dónde ir? ¿Tienes familia?

—No.

—¿No tienes a nadie?

—Tú eres la única familia que me queda.

Se me encogió el corazón.

2. Dom. ¡Lo que faltaba!

Digne-les-Bains, Francia. Julio.

Tenía frente a mí a mis abuelos, que me miraban como si fueran a juzgarme. Tampoco era para tanto, había aparecido después de haber estado fuera algunos años y quizá en un mal momento, pero era parte de la familia. No entendía por qué razón me habían tenido apartado de los invitados de la boda y sin poder decir lo que pensaba durante dos días, hasta que los novios y sus familiares y amigos habían abandonado por fin Digne. Aunque no todos se habían ido, y esa era una de las razones por las que estaba preocupado. ¿Qué había pasado en esa familia para que de repente aceptaran a los perros como si fueran nuestros amigos?

—Dom...

—Émile —lo llamé por su nombre de pila a propósito, en ese momento estaba enojado con él—, no entiendo qué está pasando en esta familia. ¿Es que os habéis vuelto todos locos? ¡Habéis permitido que vuestra nieta se case con un perro!

Mi abuelo respiró hondo antes de hablar.

—Ya habrá tiempo para eso. Lo primero... ¿dónde caramba has estado estos últimos quince años?

¿Quince años? Vaya, pues sí que había pasado tiempo desde que me fui.

—Bueeeno..., he estado recorriendo mundo. Necesitaba mi propio espacio por un tiempo. ¡Y no soy el único en la familia que lo ha hecho! —exclamé al recordar que tanto Eugène como Edmund lo habían hecho en algún momento de sus vidas, o al menos eso había oído.

—Sí, es cierto, pero tus tíos por lo menos nos dijeron que se marchaban. ¡Tú desapareciste de repente sin dejar ni siquiera una nota, nada en absoluto! —exclamó mi abuela indignada.

¿Realmente había sido tan cruel? Pues parecía que sí, no recordaba haber dejado ninguna nota, eso era cierto.

—Bueno..., el día que me fui estaba muy enojado.

—Todos sabemos lo que es un gato enojado, pero jamás hemos

abandonado a la familia sin avisar —dijo mi abuelo mirando de reojo a mi abuela, que bajó los ojos, yo diría que avergonzada—. Edmund te buscó al principio, pero sin resultado —añadió.

Eso no era cierto. Mi tío me había encontrado, pero, después de una larga e interesante charla, me había prometido que no diría dónde estaba a cambio de asegurarle que lo avisaría si lo necesitaba en algún momento. Le agradecía mucho a Edmund que no me hubiera delatado, mi abuela habría sido capaz de ir a buscarme al fin del mundo.

—Bueno, pero sabíais que estaba a salvo, ¿no es cierto?

Aunque no todas las criaturas podían hacerlo, nosotros éramos capaces de sentir si algún miembro de la familia estaba en peligro. Lo habíamos descubierto hacía muchos años, en plena segunda guerra mundial, cuando un sucio perro nos atrapó a mi abuela y a mí, y poco después a mi madre, en el *château* de Meyrargues.

Mi madre...

Cuando su rostro dulce y sonriente aparecía delante de mis ojos, sentía un vacío tan grande que me costaba respirar. Intenté borrarlo, en ese momento no quería que la melancolía me hundiera. Sabía que esa era la razón por la que los demás miembros de la familia evitaban hablar de ella, eran unos cobardes. Por lo menos yo era capaz de pronunciar su nombre, incluso aunque me doliera pensar en ella. De vez en cuando decía su nombre en voz alta, como si de ese modo pudiera mantener su recuerdo vivo e intacto. Odiaba que los demás hicieran como si nunca hubiera existido.

—Sabíamos que estabas a salvo, pero eso no era suficiente, Dom. Tu abuela —dijo señalándola. Sus ojos grises seguían siendo tan directos e inescrutables como siempre, bueno, mi abuelo sí que los comprendía— ha estado muy preocupada durante quince años. ¿Te das cuenta, Dom?

—Eh..., sí, lo siento, se me ha pasado el tiempo volando. No tenía pensado irme tanto tiempo, pero una cosa llevó a otra y me he ido complicando la vida.

—¿Y por qué has vuelto de repente? —preguntó mi abuela.

La pregunta del millón.

—Oh, bueno, os echaba de menos —repuse sonriendo, intentando tocarles la fibra sensible.

No me devolvieron la sonrisa, con lo cual supe que no lo había conseguido, sabían perfectamente que estaba mintiendo.

—Ahora..., si habéis terminado, es mi turno para exponer mis quejas.

—¿Tus quejas? —preguntó mi abuela sorprendida.

—Sí, y son muy serias. Primero y más grave, ¿cómo habéis permitido que mi prima se case con un perro? Segundo, ¿qué hace el tío Edmund viviendo con la abuela de ese perro? Tercero, ¿por qué tenéis una perra invitada todavía en casa?, ¿por qué no se ha marchado con los demás?

Mi abuelo comenzó a reírse tan fuerte que se atragantó y comenzó a toser, como siempre hacía cuando le entraba un ataque de risa.

—No me parece que tenga ninguna gracia, abuelo.

No le pasó desapercibido que esta vez no lo hubiera llamado por su nombre de pila.

—Con respecto a la tercera pregunta..., Cris es parte de la familia, y su hermano Álvaro también. Es un híbrido-perro.

¿Cómo? Aquello se ponía cada vez peor.

—No pueden ser parte de la familia —murmuré.

—Son hijos adoptivos de Eugène y Carla. Los han adoptado hace poco y estoy muy orgulloso de ellos por haberlo hecho —explicó mi abuelo.

Me levanté como un resorte, indignado, lleno de rabia. Mis abuelos se habían convertido en unos ancianitos sin juicio, aunque físicamente no lo parecieran.

—¿Es que os han abducido unos alienígenas? ¡Por todos los diablos, ¡Son perros!, nuestros enemigos. Os lo recuerdo por si lo habéis olvidado.

—No todos son malos, Dom. Te lo digo yo, que, aunque no lo creas, me he rebelado contra la boda de Val y Hans. Pero tu abuelo tenía razón, hay perros buenos; Hans, Álvaro y Cris son un ejemplo.

Mi abuelo sonrió a mi abuela como orgulloso de sus palabras, lo que hizo que me dieran ganas de abofetearlos a los dos.

—Y en cuanto a la abuela de Hans —continuó—, no he podido conocerla en profundidad, pero parece que hace muy feliz a Edmund y él se lo merece. Además, es su mujer desde hace mucho tiempo.

—¿También están casados? —pregunté, temblando solo de pensar en que ahora tenía dos parientes, o quizá cuatro, que eran perros.

Mi abuelo asintió.

—Se casaron hace mucho tiempo y se han reencontrado. Ahora viven en la finca Le Brun.

Le Brun era parte de nuestras tierras; mi abuelo la había comprado hacía miles de años, pero había querido mantener el nombre original en honor a la familia que había vivido en ella.

Saber que estábamos rodeados de perros hizo que se erizara cada pelo de mi cuerpo. La situación era más grave de lo que había pensado en un primer momento.

—En cuanto a Hans y Val, cuando vuelvan de su viaje de novios, se quedarán a vivir aquí, en esta casa —añadió mi abuelo terminando de rematarme con sus palabras.

Qué gran noticia, se tendrían los unos a los otros para apoyarse cuando tuvieran complicaciones. ¡Y las iban a tener! Yo me iba a encargar de ello.

—Dom, ¿qué es lo que se te está pasando por la cabeza? No te entiendo. ¿Por qué quieres complicarle la vida a tu familia?... ¿Y cómo pretendes hacerlo?

Había olvidado por completo que mi abuelo podía leer la mente, igual que Eugène. ¡Diablos! Todo el entrenamiento que había realizado durante los últimos años para poder evitar que penetraran en mi mente había sido en vano.

—No puedo permitir que esto siga adelante.

—¿A qué te refieres Dominique? —preguntó mi abuela arqueando la ceja como contrariada.

—Mañana mismo os dejo, tengo asuntos que resolver —respondí intentando mantener la mente en blanco. Y lo debí conseguir, ya que mi abuelo no dijo nada más. Zanjé la discusión abandonando el laboratorio de esencias con un portazo.

¡Vaya! Sin darme cuenta había salido por la puerta de atrás, ahora no tendría más remedio que rodear el jardín. Aunque, por otro lado, la teatralidad que buscaba dando un portazo, no la habría conseguido subiendo la escalera.

Cuando volví a entrar en la casa me refugié en el frescor del salón, allí estaría solo, al menos físicamente. Observé los estantes repletos de libros. ¡Eso era justo lo que necesitaba!, un libro que me entretuviera lo suficiente para evitar que mis pensamientos me delataran; tener a mi abuelo alrededor era más peligroso de lo que recordaba. Saqué uno al azar: *Un viaje de novios*, de Emilia Pardo Bazán, una novela en español. Cuando lo abrí, un estremecimiento me recorrió la columna vertebral al reconocer la letra y el nombre de quien había sido el dueño de ese ejemplar: *Roberto Salvador*. Lo cerré de golpe, no sería ese el que me hiciera olvidar. Elegí otro al azar, *Las desventuras del joven Werther*, de Goethe, el romanticismo alemán quizá podría ayudarme a evadirme de mis pensamientos.

No llevaba ni cuatro páginas cuando noté una presencia en el salón. ¡Oh, vaya, esa niña-perro me miraba desde el otro extremo del salón! Solté el

libro como si me quemara. Aquella niña tenía los ojos fijos en mí, como si intentara penetrar en mi alma. Era una sensación de lo más extraña, aparte de desagradable.

—¡Hola! —saludó desenfadada—. ¿Qué haces?

—Leer, ¿no lo ves?

—En realidad no leías, aunque lo intentabas. Además, has soltado el libro como si te hubieras asustado.

«Me asustas tú», pensé.

—Simplemente me he sobresaltado.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.

Había ido acercándose y estaba poniendo en peligro mi espacio personal. Me eché hacia atrás de forma instintiva en un vago intento de escapar de la intrusa. Al hacerlo me percaté de que había una nota sobre el sofá, supuse que se había caído de uno de los libros. La escondí rápidamente en un bolsillo del vaquero, pero me pareció que la niña se daba cuenta. Por alguna razón no quería que me preguntara lo que era, y era extraño, puesto que ni yo mismo conocía el contenido de aquella hoja. Debía distraerla, ¿qué edad le podía decir que tenía, la que aparentaba o la de verdad?

—Veintiséis años.

—Ah. Yo tengo catorce. ¿No te aburres? ¿Quieres venir con mi hermano y conmigo al río? Quizá te apetezca escalar —dijo clavando la mirada en mis manos.

—No, gracias —contesté abriendo la novela de nuevo.

La risa de la niña hizo que me diera cuenta de que había cogido el libro del revés, menudo ridículo estaba haciendo.

—Sé que estás aburrido, nervioso, enojado y decepcionado, y sé que necesitas pensar a solas y desahogarte. Quizá escalando consigas deshacerte de casi todos esos sentimientos.

La miré asombrado, seguramente se me había abierto la boca por la sorpresa de que una pequeñaja como ella pudiera saber cómo me sentía. ¡Ni siquiera yo era capaz de poner adjetivos a mis sentimientos con tanta facilidad!

—Verás, se me da bien captar los sentimientos de las personas, es una de mis habilidades —contestó sin que le hubiera preguntado nada.

¿Es que tenía más?

—Ah..., es asombroso.

—Tienes unos ojos muy bonitos.

¿Esa niña no pararía de hablar nunca?

—¿Mis ojos? Son... normales.

—No son normales, son negros como la noche, y eso no es muy habitual.

—Si tú lo dices —comenté intentando demostrar poco interés.

—Bueno... ¿vienes o no? Mi hermano está esperando fuera.

No me moví, pero no dije ni que no ni que sí.

—¡Eres un muermo! ¡Vamos!, no te vamos a morder... ¿Es que nos tienes miedo?

—¡Por supuesto que no! —exclamé levantándome de golpe.

La seguí fuera para encontrarme con otra sorpresa. ¿De dónde había sacado su hermano ese pedazo de descapotable rojo?

—No sabía que teníamos compañía, Cris —comentó el híbrido al verme aparecer detrás de su hermana.

—Tu hermana me ha insinuado que necesito una buena escalada. Será mejor que conduzca yo, no creo que tengas carnet de conducir.

—Claro que no lo tengo, todavía, pero eso da igual. ¿Tienes miedo de subir si conduzco yo?

Esos hermanos parecían saber la palabra mágica para hacerme reaccionar.

—Por supuesto que no —dije entrando en el lado del copiloto. Cris se colocó detrás y me dedicó una sonrisa resplandeciente cuando la miré.

—¡Anna! —llamó Álvaro.

—¿Viene alguien más?

—Sí. Anna, por supuesto —contestó Álvaro.

Al menos Anna era humana, no me gustaba la idea de estar en compañía de dos perros, incluso aunque uno de ellos fuera un híbrido. De cualquier manera, ¿cómo había llegado a esa situación? ¿Por qué había aceptado ir con ellos de excursión? Sin duda alguna había sido obra de esa niña, con su sonrisa resplandeciente y aquellos ojos hipnotizadores. Me había abducido, seguramente esa era otra de sus habilidades. Tal vez había sido ella quien se había abducido a mi familia al completo. Tendría que vigilarla, no era de fiar.

Anna llegó casi sin aliento y se subió de un salto, sentándose junto a Cris. Reconocía que aquella niña era muy bonita, y era evidente que a Álvaro le gustaba, se le habían encendido los ojos al verla. Además, tenía un buen par de tetas. Quizá si Álvaro no... ¿Pero qué estaba pensando? Estaba empezando

a comportarme como un salvaje, era demasiado joven para mí. Era obvio que el llevar varios días encerrado en aquella casa estaba empezando a afectarme seriamente.

—¿A qué te dedicas, Dominique?

«No, más preguntas no, por favor», pensé.

—Está bien, te dejaré en paz un rato, pero solo a cambio de que me prometas que me contestarás después.

—Sí, sí —dije intentando de esa manera rehuir la respuesta.

No estaba acostumbrado a ese tipo de niñas que no paraban de hacer preguntas cada dos segundos, y, por lo visto, esta siempre elegía preguntas incómodas.

Un rato después por fin estaba a solas escalando. No había nadie a la vista. Mis tres acompañantes habían preferido zambullirse en el agua fría a escalar y tenía que reconocer que habían hecho una buena elección, de ese modo podría pensar un poco en mis próximos pasos. Sabía que mi familia no me perdonaría lo que pretendía hacer y lo más probable es que tuviera que desaparecer de nuevo una temporada, aunque..., quizá existiera otra opción. Si pudiera presentar el caso sin dar nombres, tan solo exponer los hechos, no tendría que confesar que eran miembros de mi familia. En realidad, lo único que necesitaba era saber qué decisión tomarían antes de...

Un grito cortó el aire y me giré hacia el río. Desde allí no podía distinguir nada, pero por fuerza tenía que ser una de las chicas, ya que éramos las únicas personas en varios kilómetros a la redonda. Me deslicé hacia abajo y en apenas unos segundos corría hacia ellos. A medida que me acercaba me iba dando cuenta de cuál era la situación: Anna se había quedado atrás — lógicamente, al ser una humana, no podía seguir el ritmo de los hermanos— y la corriente estaba complicándole las cosas. No creía que fuera a ahogarse, pero, si se ponía demasiado nerviosa, podría suceder.

Álvaro se había dado cuenta e intentaba nadar a contracorriente. Cris, que parecía la más inteligente de todos, había salido del agua. Supuse que se dirigiría a socorrer a Anna y reduje la marcha, feliz por no tener que meterme en el agua. Pero estaba muy equivocado con respecto a Cris, se había sentado tranquilamente en una piedra y contemplaba la escena como si aquello no fuera con ella. Cuando sus hipnotizadores ojos se posaron en mí supe que no iba a ayudar a su amiga.

El agua no era algo que me gustara, pero no tendría más remedio que involucrarme, después de todo, aparte de Cris, yo era el que estaba más cerca

de Anna. Enseguida distinguí un tronco que se adentraba en el río un poco más abajo de donde se encontraba ella y corrí hacia él.

—Anna, tranquila, no pasa nada, ¿de acuerdo? No te vas a ahogar. Haz el muerto, confía en mí.

Anna seguía peleando contra la corriente, mirando asustada hacia las piedras que se interponían en su camino. Como continuara así, sus fuerzas se verían resentidas y entonces tendría que tirarme a por ella.

—¡Anna! ¡Déjate llevar! Te cogeré, te lo prometo.

Pareció divisarme y, después de repetirle lo mismo tres veces, me dio la impresión de que por fin me había escuchado, puesto que cesó de pelear y se dejó llevar, siguiendo mis instrucciones. Un segundo más y, si no se desviaba de la trayectoria, podría alcanzarla con facilidad desde lo alto del tronco. Álvaro había salido del agua y venía corriendo hacia nosotros, sin embargo no haría falta que interviniera, los gatos siempre habíamos sido mucho más flexibles y rápidos que los perros. Justo cuando estaba a punto de alcanzarla, la corriente se puso en mi contra y Anna se desvió hacia otro lado. ¡Maldición, ahora tendría que tirarme al agua! A pesar de lo poco que me gustaba la idea, me zambullí en el río sin dudarlo y cuando llegué a la altura de Anna rodeé su cuello con el brazo. El *flamante* Álvaro la estaba esperando en la orilla, parecía sumamente preocupado por ella. Me hizo un gesto para que se la entregara y la llevó en brazos hasta depositarla en el suelo.

—¿Estás bien, Anna? —se apresuró a preguntar al mismo tiempo que le apartaba el pelo de la cara.

Anna tosió, escupiendo un poco de agua. Aún pasaron unos segundos hasta que pudo contestar.

—Estoy bien, de verdad.

Con todo el revuelo, Anna no se había dado cuenta de que se le había descolocado la parte de arriba del bikini. Yo, por supuesto, sí que me había fijado y por lo visto no era el único. Sin embargo, mi contrincante fue más noble que yo, puesto que le indicó a Anna con un gesto lo que sucedía. Ella se tapó rápidamente y, a pesar de que era complicado apreciarlo con lo mojada y pálida que estaba, distinguí su rubor. Hacía tiempo que no veía a nadie sonrojarse y al instante sentí aprecio por esa niña.

—No sé lo que ha pasado. Lo siento Anna, yo... —dijo Álvaro.

—No ha sido culpa tuya —murmuró Anna. Todavía le costaba hablar.

—Claro que no —intervine yo cuando llegué a su altura—, pero sí de tu hermana —añadí señalando a Cris, que venía hacia nosotros.

Todavía no comprendía por qué aquella niña, a simple vista inofensiva, no había socorrido a su amiga.

—¡Cris! ¿Qué es lo que has hecho? —le recriminó su hermano.

—Tenía mis razones... Pero sabía que a Anna no le pasaría nada y menos con dos héroes como vosotros cerca.

—¿Cómo? No entiendo nada. ¡Explícate, y rápido! —ladró su hermano, visiblemente enfadado.

—No tenía planificado esto, ¿sabes? Pero al ver lo que estaba pasando, he decidido poner a prueba a.... —Me clavó sus ojos claros—, a Dominique.

—¿A qué te refieres con eso, Cris? —insistió su hermano.

—Quería saber si Dominique era, si eres... —Volvió a fijar la mirada en mí, por lo menos ahora se dirigía a mí— un verdadero Chatte.

La miré confuso. ¡Esa niña estaba rematadamente chiflada!

—Un Chatte jamás dejaría que muriera un inocente —continuó—. ¿No te das cuenta, Álvaro? Val, Eugène, Émile, Edmund..., todos, o casi todos, tienen esa necesidad de proteger a los débiles o a personas en apuros.

—¡Yo no soy débil! —exclamó Anna enojada—. Y esto no te lo voy a perdonar fácilmente, Cris. ¡Te has pasado de la raya!

A Cris le cambió la expresión del rostro y agachó la cabeza, al parecer las palabras de Anna le habían afectado. Bueno, por lo menos no era una perra insensible.

—¿Y qué se supone que pensabas que era? ¿Un asesino a sueldo? —pregunté intentando parecer herido cuando en realidad la situación me parecía hasta graciosa.

—No, eso no, pero no me fio de ti. Hay algo oscuro en ti, aunque todavía no sé lo que es.

—Yo tampoco me fio de ti —añadió Álvaro.

¡Y a quién le importaba la opinión de unos perros!

—Pues imagino que os quedaréis con la duda, me voy mañana mismo.

—¿Tan pronto? —preguntó Cris como si de repente le entristeciera que me fuera.

Asentí.

—Anna, ¿seguro que estás bien? —pregunté. Al fin y al cabo era el mayor de los presentes y, aunque no dejaba de sorprenderme, sentía cierta responsabilidad.

—Sí. Y gracias por ayudarme, sé que a los gatos no os gusta el agua.

—Oh, de nada. Álvaro, supongo que serás capaz de llevar a las damas de vuelta a casa, ¿verdad?

—¡Más capaz que tú, seguro! —exclamó mirándome con cara de odio.

—Bien —murmuré dándome la vuelta.

—¿No vienes con nosotros? —preguntó Cris.

Su voz volvía a sonar triste, aunque no comprendía el porqué, ella no confiaba en mí.

—No. Iré andando.

—Son más de veinte kilómetros —me advirtió Cris.

—Lo sé.

Cuando ya estaba lo suficientemente lejos de ellos, saqué la nota que había escondido en el bolsillo trasero del pantalón. Estaba algo mojada, pero todavía era legible. Al leer aquellas palabras, me turbé.

Dominique Marchant Chatte

Le di la vuelta, pero no había nada más escrito. ¿Qué significaba eso? ¿Por qué Roberto habría escrito mi nombre en una hoja en blanco?

Al día siguiente me había olvidado por completo de aquella nota, tenía demasiadas cosas en la cabeza como para darle vueltas a un papel con mi nombre escrito, sobre todo si quien lo había escrito, Roberto, estaba criando malvas desde hacía tiempo.

Conducía mi todoterreno alejándome de Digne y de mi familia. Por una vez me había portado bien y me había despedido de mis abuelos, así como de François. Mi abuelo me había sugerido que me acercara a la finca Le Brun y me despidiera de Edmund, pero no fui capaz de hacerlo, la idea de tener que relacionarme con su mujer no me atraía demasiado, estaba un poco saturado de perros.

Era extraña la sensación de seguir oliendo el aroma de Cristina aunque ya estuviera a muchas horas de distancia de ella. ¿Se habría metido su hedor en mi cerebro? Jamás me había perseguido un olor de aquella forma.

Llevaba horas conduciendo a gran velocidad y con la música a tope, era mi método infalible de relajación, pero mis tripas comenzaban a quejarse por la falta de alimento. Una señal captó mi atención, ¡*Carcassonne*! Aquel era el lugar perfecto para hacer una parada. Viajar en coche siempre había sido mi medio preferido de transporte, te permitía parar en lugares interesantes y pintorescos que, de otra manera, no verías jamás. Me decidí por un pequeño café con una magnífica vista del castillo condal y pedí algo para

desayunar. Mientras esperaba a que me trajeran lo que había pedido, comencé a ojear el periódico local.

—¿Señor? Sus hermanas... ¿qué quieren desayunar? —Era la misma camarera que me había atendido hacía unos segundos, pero ¿a qué hermanas se refería? ¿Estaría hablando con otra persona?

Al bajar el periódico me quedé de piedra y seguramente con la boca abierta. Anna y Cris estaban sentadas a mi mesa, Anna me miraba algo insegura, pero Cris estaba tan tranquila, como si efectivamente fuera mi hermana.

—Yo quiero un sándwich y una Coca-Cola, por favor —dijo Cris mirando a la camarera.

—Yo tomaré un café con leche, un cruasán y un zumo de naranja —pidió Anna con un ligero acento que revelaba su origen español.

Siempre me habían gustado los acentos y el suyo era muy especial, jamás había escuchado un francés tan singular. ¿Pero qué diablos estaba pensando? Apenas era una niña y además se estaba haciendo pasar por mi hermana. Cuando la camarera se hubo alejado con nuestros pedidos, las miré enojado.

—¿Qué diablos estáis haciendo aquí? ¿De dónde habéis salido vosotras dos? —les pregunté en español.

—Yo... —comenzó a balbucear Anna.

—Fue idea mía —confesó Cris—. Nos metimos temprano en tu coche. Y es increíble que no te hayas dado cuenta hasta ahora, aunque no es extraño con lo alta que pones la música. ¡Casi nos dejas sordas!

—¿Se puede saber por qué os habéis colado en mi coche?! —pregunté levantando tanto el tono de voz que los de las mesas más cercanas nos miraron escandalizados.

—Lo siento... —murmuró Anna visiblemente avergonzada.

—Me prometiste que me dirías a qué te dedicabas —añadió Cris.

—¿Qué?! —exclamé enfurecido.

—Sí. Eso y que además nos aburrimos en Digne, sin Val y Hans es un rollo.

—Ah... Conque habéis pensado que sería una gran aventura venir conmigo hasta...

—Eso, ¿a dónde vamos? —preguntó Cris.

—Voy, no vamos —corregí—. Vosotras os quedáis aquí, ya vendrá alguien a recogeros.

—¿Nos vas a dejar solas en esta ciudad? —preguntó Anna claramente asustada—. Somos menores de edad.

¡Menudo fastidio! No podría irme hasta haber solucionado aquel pequeño inconveniente. Me alejé de la mesa con el móvil en la mano y marqué aquel número que me sabía tan bien. Me alegré cuando el que contestó fue mi abuelo, era más comprensivo que mi abuela, sin embargo no estaba preparado para lo que me dijo después de explicarle la situación. Colgué el móvil todavía algo confuso y sintiéndome el hombre más idiota de la tierra ¿Ahora tendría que hacer de canguro de dos niñas? ¡Lo que faltaba!

3. Roberto. La luz que brilla en la oscuridad

De camino a Digne-les-Bain. Abril 1943.

Era evidente que mi último comentario había dejado a Helena sin habla, y era absolutamente comprensible. Yo era un desconocido para ella y no podía decirle que ella era la única familia que tenía, incluso aunque fuera cierto. Además, hacía tan solo un rato me había pedido que olvidáramos lo que le había confesado en el *château*. Pero... ¿cómo olvidarlo?

—Roberto..., quizá no sea quién para entrometerme..., pero... ¿te importaría hablarme de tu familia? —preguntó Helena clavándome una mirada tierna y dulce.

¡Dios santo! Cuando me miraba así, me costaba no besarla.

—Es una larga historia —contesté sin mucho entusiasmo, intentando desanimarla para cambiar de conversación.

Para mi sorpresa Helena soltó una carcajada. A pesar de que no sabía a cuento de qué se reía, su preciosa sonrisa me llenó de valiosos recuerdos.

—Lo siento, Roberto, no he podido evitar reírme, pero esa expresión, es una larga historia, es tan propia de la familia Chatte que me ha hecho gracia oírlo de tus labios. —Después cambió el tono de voz—. Si no quieres hablar de ello, lo entiendo perfectamente.

—Lo haré, Helena, creo..., creo que te lo debo —repuse, haciéndome a la idea de que quizá de esa manera podría entenderme un poco mejor. Además, teníamos un largo camino hasta los campos de lavanda de Digne.

—Verás... —continué—, el primer recuerdo que tengo de cuando era pequeño es de cuando mis padres adoptivos me encontraron sentado en el escalón de la puerta de su casa, no debía tener más de cuatro años. Me hicieron entrar y me preguntaron miles de cosas, pero yo no solo no era capaz de hablar, a pesar de que les entendía perfectamente, sino que tampoco recordaba nada. Mi mente estaba completamente en blanco. Yo tampoco sabía cómo había ido a parar a su casa ni quiénes eran mis padres. Aquellos señores intentaron durante un tiempo averiguar algo sobre mí, pero desistieron al cabo de unos meses al ver que nadie me reclamaba y me adoptaron. Ellos vivían en un pueblo de los pirineos aragoneses. Era gente muy humilde y hacerse cargo de mí era bastante sacrificio para ellos, sin embargo, estaban felices de que por fin sus oraciones les hubieran traído un hijo, aunque no fuera suyo.

»Se dedicaban a la ganadería y yo les ayudaba. Los inviernos eran muy duros y nos quedábamos durante meses completamente aislados por la nieve.

»A pesar de que prácticamente esa vida era la única que conocía, nunca conseguí adaptarme. Me veía muy distinto a todos ellos, no solo físicamente —yo era el más alto del pueblo—, sino que era capaz de hacer cosas que nadie podía. Intentaba ocultar a todos, incluidos mis padres, mi forma de ver las cosas, de oler, mi capacidad para poder trepar, mi descomunal fuerza y... otras cosas. Sabía que era de otro mundo y que no pertenecía a ese lugar. En el colegio me aburría, desde pequeño superaba a la maestra en todo y ella no sabía qué hacer conmigo. A los doce años me había leído todos los libros que había en el pueblo y en los de alrededor y comenzaba a anhelar irme de allí. De hecho, cuando cumplí quince años, empecé a hacer planes a escondidas para marcharme, pero no hizo falta que los pusiera en práctica. En el invierno del 29, una epidemia de gripe se llevó a mi padre y mi madre cayó enferma poco después.

—Hijo... —me dijo mi madre en su lecho de muerte —, por favor, abre ese cajón de la cómoda y acércame una cajita de madera que hay guardada.

La obedecí. Nunca había visto esa caja y me pregunté qué habría dentro.

—David..., te habíamos ocultado esto a propósito porque en aquella carta...

—¿Qué carta?

—Cuando te encontramos en la puerta de casa llevabas esta caja en las manos, así como una carta.

Me extrañó, puesto que yo no recordaba llevar nada.

—En la carta decía que no debíamos darte esto —dijo fijando la mirada en la caja que tenía entre sus manos— hasta que fueras mayor, suficientemente maduro. No sé si lo eres, pero a mí no me queda mucho tiempo, de modo que es tuya.

—La carta..., ¿la tienes?

—Sí, la guardé dentro de la caja, donde había más cosas, pero no hemos tocado ni mirado nada, está tal cual nos llegó; son tuyas. Hijo..., no sé por qué, pero sé que te irá bien sin nosotros. Vende esta casa y los animales; no te darán mucho dinero, pero será algo para comenzar. Tienes que irte de aquí, esto no es para ti, muchacho. Eres muy diferente y necesitas ver mundo,

estudiar algo, eres muy inteligente, aprovéchalo.

—Pero...

—Yo no creo que pase de esta noche... Me alegro de que hayas sido nuestro hijo, nos has hecho muy felices a Antonio y a mí. Estoy muy orgullosa de ti —comenzó a toser.

—No hables más, madre. Es mucho esfuerzo para ti.

Asintió y cerró los ojos. No volvió a abrirlos. Creo que esa fue la última vez que lloré en mi vida.

—¿Qué hiciste después?

Antes de que pudiera contestarle mis ojos captaron algo a unos kilómetros de distancia. Mi historia, por el momento, tendría que esperar.

—Hay un control italiano... —comenté mirando al frente extendiendo el brazo derecho—, ¿te importa si...?

—Oh, no, por supuesto que no —contestó Helena acercándose a mí y dejando que la rodeara con el brazo.

Sentir su cabeza apoyada en mi hombro hizo que notara una presión en el pantalón. La deseaba demasiado, la quería demasiado, pero tendría que tener paciencia porque estaba claro que ella no había vivido lo mismo que yo, aunque esperaba que lo viviera más adelante... O quizá me equivocaba completamente y todo había sido un sueño. Pero en ese momento no quería pensar en nada, tan solo disfrutar de tenerla tan cerca y de aspirar el olor que desprendía su pelo; olía a lavanda.

La última vez que habíamos pasado un control fingimos que éramos una pareja y funcionó, pero esta vez no parecía que fuéramos a tener tanta suerte. Los militares nos hicieron una señal para que detuviéramos el coche. Me estiré en el asiento para parecer importante, aunque no pensaba que pudiéramos tener problema para que nos dejaran avanzar, no estaba de más tomar alguna que otra precaución.

—Buenas noches. ¿Pueden decirme qué hacen circulando a estas horas de la noche?

Carraspeé antes de hablar.

—Cabo...

—¡Lo siento, capitán! —exclamó después de recorrer con la vista mi uniforme.

—Capitán Krum—recalqué.

—Sí, por supuesto, señor. Con la oscuridad no lo había distinguido.

«Más bien estabas demasiado concentrado en observar a mi bella acompañante», pensé.

—No pasa nada. Mi esposa y yo necesitamos seguir adelante, sé que no son horas de circular, pero...

—Sí, sí, por supuesto, capitán, adelante. Usted puede pasar.

—Gracias, cabo...

—Dandini.

—Bien, buenas noches, cabo Dandini.

Como la vez anterior, cuando nos alejamos del control Helena se separó de mí, aunque lo hizo lentamente, como si le costara hacerlo, o quizá eso era lo que yo quería pensar.

—Ha sido extraño —comenté.

—¿El qué? —inquirió Helena.

—Ese hombre, Dandini, se ha quedado mirándote como si...

—No he notado nada.

—Es normal que los hombres se fijen en ti, es inevitable, pero no te miraba solo por tu... belleza —dije con cautela, intentando medir mis palabras—, sino que también te miraba como si te hubiera reconocido, como si...

—¿Quieres decir como si el perro hubiera pasado mi descripción a los militares?

—Exacto. Sospechan de ti. Lo que no sé es qué habrá inventado ese perro... ¡Demonios! Un coche nos sigue. En la siguiente curva voy a girar hacia la derecha y apagaré los faros. Espero que pasen de largo. Agárrate, Helena.

Nos ocultamos tras unos álamos y vimos como pasaba un coche unos segundos después. Mis huesos me decían que ese coche iba tras nosotros. Quizá ya no pudiera usar mi identidad alemana en aquella zona de la Provenza, si sospechaban de Helena, ahora sospecharían de mí también. Pero, por el momento, no pensaba preocuparme en exceso. Tenía otras cosas en las que pensar, en la seguridad de Helena para empezar. Esa era mi prioridad.

—Deberíamos esperar un rato, ¿no te parece? —pregunté girándome hacia Helena, pero no llegué a realizar el giro completo, sentí unas manos que me sacaban del coche.

Antes de que pudiera siquiera distinguir quién era mi atacante, sentí un

puñetazo en la cara. ¡Pero qué pasaba con mis reflejos! ¡Helena! ¿Dónde estaba ella? Empujé al agresor lo más lejos que pude y me giré para buscarla.

—Asqueroso alemán —dijo alguien.

—¡No somos alemanes, estúpido! —exclamé enfadado en francés.

Cuando al fin pude ver con claridad me di cuenta de cuál era la situación: aquellos tres muchachos nos habían tomado por alemanes. El más joven se acercó a mí dispuesto a pegarme, pero, antes de que pudiera hacer nada para evitarlo, Helena se puso delante de mí y el puñetazo fue a parar directamente a su rostro.

—¡Eres idiota! ¡Acabas de golpear a mi esposa! —exclamé cogiéndola rápidamente, había perdido el conocimiento a causa del fuerte golpe—. Juro que te mataré cuando recobre el sentido.

—Lo siento, señor, no sabía que fueran ustedes franceses, yo... pensé que con ese uniforme...

—¿No has oído hablar de espías franceses haciéndose pasar por alemanes? —pregunté irónico.

—¿Es usted un espía? ¡Eh, Armand! —gritó dirigiéndose a otro de los muchachos—, por fin tenemos uno delante de nosotros. ¿Habla usted alemán igual de bien que francés? Y..., a todo esto, ¿cómo podemos saber que es francés de verdad?

—Ponme a prueba —lo reté mientras miraba con preocupación a Helena, que seguía inmóvil en mis brazos—. Helena, despierta.

—Siento lo de su esposa, no me gusta golpear a mujeres —se excusó el jovencito—, pero se ha puesto en medio y no he podido evitarlo.

Helena parecía estar volviendo en sí.

—¿Qué ha pasado? —preguntó algo aturdida.

—Lo siento, señora.

—¿Me has pegado tú? —preguntó Helena sorprendida.

—Me temo que sí, pero no era a usted a quien quería pegar —le contestó mirando hacia mí, desde abajo, puesto que le sacaba por lo menos dos cabezas—. Como compensación... ¿podemos invitarlos a un trago? No tenemos mucho, pero estaremos encantados de que nos acompañen.

—Eso no me va a impedir que te golpee, como te había prometido.

—En realidad había prometido que me mataría —replicó sonriendo con picardía.

—Me conformaré con un puñetazo. ¿Estás bien, Helena?

—Sí, perfectamente. Hablando de beber..., nosotros tenemos comida.

François nos dio una cesta...

—Creo que ya no la tenemos, Helena... ¿recuerdas?

—Es cierto..., se quedó en mi coche cuando nos pinchó las ruedas...

—¿Quién os pinchó las ruedas? —preguntó el grandullón con mucho interés.

—Nadie —repuse secamente.

—¡Qué pena!..., eso sonaba a una historia interesante. En cualquier caso nosotros tenemos algo de comida.

—Nos vendrá bien algo de comer..., creo que ha sido el hambre la causa de que me mareara, no hemos comido nada en todo el día —confesó Helena mirándome, tal vez buscando mi aprobación.

—Pues entonces aceptaremos ese trago —dije resuelto.

—¡Vamos! Tenemos que adentrarnos en el bosque —dijo el tal Armand, que parecía liderar la *banda*.

—Tus muletas, Helena... Aunque si lo prefieres te puedo llevar yo.

—No, iré con las muletas. Si no lo hago, Edmund se enfadará.

No sabía muy bien dónde nos llevaban los caballeros andantes que nos habían asaltado. La situación era un poco ridícula: yo vestido de alemán, Helena, una preciosidad entre bandidos caminando con muletas, y tres partisanos que, como mucho, debían tener dieciséis años y que cargaban con unos viejos fusiles que pesaban más que ellos. Pero estaba feliz porque seguíamos vivos y Helena parecía disfrutar a pesar de la situación.

—Aquí hay una cueva y podremos estar secos, aunque sin fuego; es imposible encender nada con la que ha caído —explicó Armand.

—Vuelvo enseguida —murmuré alejándome del grupo.

—¿Dónde vas, Roberto? —preguntó Helena un tanto asustada.

—Confía en mí, vuelvo en dos minutos.

Me alejé lo suficiente para que no pudieran ver lo que estaba a punto de hacer. No tuve más que murmurar unas palabras con los ojos cerrados y soplar suavemente sobre la leña empapada que había encontrado. ¡Listo!

—Ya estoy aquí. Por suerte he encontrado unas ramas secas.

—Es usted un buen scout, señor. Déjenme, yo encenderé el fuego —se ofreció el muchacho pega-mujeres.

Unos minutos después, estábamos todos sentados en corro, compartiendo una sencilla cena con los muchachos.

—Este vino no está nada mal —comenté.

—Gracias, lo hacen mis padres. Por cierto, me llamo Michel —se

presentó el parlanchín—. Este es mi hermano Armand, y nuestro amigo Louis.

Los muchachos hicieron un gesto de saludo cuando los nombró. El tal Louis era el fortachón que me había sacado del coche y me había sacudido.

—Yo soy...

—Lo sabemos, Roberto. Y usted es Helena. ¿Un poquito más, Helena?
—ofreció Michel.

—Oh, no debería, el vino no me viene bien.

—Estás helada, será mejor que le des un buen trago —insistí. Le había dejado mi chaqueta, la pobre estaba tiritando de frío.

Pareció convencerse y, después de habérselo bebido, pude notar como sus mejillas adquirirían un color más rosado.

—Tu mujer es muy hermosa —comentó Armand.

Helena me miró algo confusa, pero después sonrió sin corregir al muchacho. Me gustó que no lo hiciera.

— Sí, lo es —comenté sin dejar de mirar su boca perfecta y sus bonitos ojos grises, pero decidí cambiar de tema—. De modo que vivís en el bosque.

—Bueno..., no siempre, depende de si tenemos una misión que cumplir. Pero hay militares italianos que quieren nuestras cabezas, de modo que solemos estar escondidos. Nuestras familias, de vez en cuando, nos traen comida.

Yo no me podía quejar, por lo menos siempre tenía comida y un lugar caliente donde refugiarme, aunque no siempre había sido así.

—Creo que deberíamos irnos —comenté un rato después.

Los muchachos seguían bebiendo y por lo visto todavía les quedaba una buena reserva de vino. Comenzaban a echar miradas furtivas a Helena, que parecía ajena a ellas, pero yo era completamente consciente de lo bonita que era mi esposa y de la atracción que ejercía sobre el sexo masculino y no me apetecía quedarme a dormir rodeado de partisanos con la testosterona a flor de piel.

—Creo que es peligroso que os vayáis a estas horas de la noche —objetó Armand.

—No os preocupéis por nosotros. Helena...

Le hice una seña para que se levantara, pero, al ver que no conseguía ponerse en pie por sí misma, le tendí la mano.

Después de despedirnos de ellos sin haber pegado el puñetazo prometido, nos alejamos del bosque rumbo al coche. Enseguida comprobé que

Helena no estaba en condiciones de caminar, ya se había tropezado dos veces en menos de cien metros de recorrido, por lo que decidí cogerla en brazos. Para mi sorpresa, no protestó.

—Pobres muchachos, no tienen más años que mi propio hijo y están aquí solos, pasando frío y hambre. Aunque son muy valientes, ¿no crees? Michel lleva la música en la sangre y podría llegar a ser un gran concertista de piano, Louis adora leer novelas y sueña con ser escritor y Armand...

—¿Cómo sabes todo eso?

—Oh, lo he visto en sus ojos.

—Ah, pues yo no he visto nada en absoluto al mirarlos a los ojos.

—Bueno, supongo que los demás Chatte tienen habilidades muy útiles y asombrosas, sin embargo la mía es así de insignificante, solo veo los talentos de las personas.

—¿Insignificante? Vaya, vaya, a mí me parece que eres asombrosa, Helena.

Al llegar al coche la acomodé en el asiento del acompañante.

—¿Estás bien, Helena? Creo que has bebido más de la cuenta.

Me agarró suavemente de la mano.

—Contigo me siento bien...

Aquel comentario era mucho más de lo que podía soñar.

Confiaba en que los militares hubieran desistido hacía rato y hubieran vuelto al control, si no, tendríamos que jugar al gato y el ratón de nuevo.

—Por cierto, Helena, ¿qué pretendías al ponerte delante de mí? Ahora tienes un feo moratón en la mejilla.

—Oh, te dije que no quería que murieras por mi culpa.

—¿Cómo? ¿Es que pretendías protegerme? —Me reí.

—Ah, ¡conque te parece gracioso! ¿Así me lo agradeces?

—Helena, no puedo permitir que intentes protegerme, soy yo quien...

—Claro, el hombre siempre es el que protege a la mujer. Pues ¿sabes qué? Sí, quería protegerte, tú lo has hecho ya varias veces conmigo, y me siento en deuda.

—Oh, Helena, eres... encantadora, pero no lo hagas, no me protejas, ¿de acuerdo? Bastante tienes con protegerte a ti misma y yo... No debes sentirte en deuda conmigo, tú eres...

—Has dicho antes que soy asombrosa.

—Oh..., sí, lo eres, en muchos aspectos. Piensas que esa habilidad que tienes es insignificante, pero a mí me parece admirable. Además eres

preciosa, eres... la luz que brilla en la oscuridad, como Helena de Troya.

Algo en su rostro cambió de repente, el color de sus mejillas se evaporó y apartó la mirada.

—Lo siento, ¿he dicho algo que no debía?

—Sí —dijo casi en un murmullo—. No vuelvas a llamarme así. Eso le pertenece a él, solo a él.

¿A quién se referiría?

—Solo Dominique podía llamarme así.

Suponía que se refería a su difunto marido. No recordaba que había estado casada. La primera vez que lo había oído de sus labios, durante el interrogatorio, casi se me cae el alma a los pies. Pero, por mucho que quisiera, no podía cambiar el pasado, había estado casada y tenía un hijo. Me pregunté si realmente no lo recordaba o no lo quería recordar. De cualquier manera tenía que aceptar que lo había amado o, incluso, que todavía lo seguía queriendo.

—Lo siento..., lo último que quería era que te pusieras triste por mi culpa.

Me miró sorprendida.

—Tú... tú... ¿Quién eres, Roberto? Oh, Dios mío. No puedo, no puedo... —Y rompió a llorar ocultando su rostro entre las manos.

—¿Qué te pasa, Helena? Venga, *ma petite*, no pasa nada, sé que has sufrido mucho, pero te prometo que todo irá bien —le di unas palmaditas en la espalda, aunque lo que de verdad quería era abrazarla.

Helena me miró de nuevo, la cara llena de lágrimas, y se abrazó a mí. La estreché con fuerza.

—He olvidado su rostro..., no lo recuerdo. Antes me bastaba con mirar a mi hijo para verlo a él, pero ya no lo veo. Se ha vuelto borroso y no puedo permitirlo. ¿Significa que lo he olvidado? —preguntó mirándome como si yo supiera la respuesta.

—Supongo que con el tiempo es normal que la imagen de las personas a las que quisimos se vuelva borrosa, pero yo no soy un experto en eso. —Yo solo había perdido a dos personas o a cuatro, según se mirara.

Siguió llorando durante un rato, hasta que noté que se había quedado dormida en mis brazos. La recosté sobre mis piernas y arranqué el coche sin dejar de acariciarle el pelo.

Cuando llegué a la casa familiar y François abrió la puerta, comprendí cuánto quería este a Helena. Su rostro mostró horror por lo que hubiera podido

pasarle, pero enseguida se dio cuenta de que tan solo estaba dormida.

—Ha bebido vino —afirmó.

—Eh..., sí, así es. —No sería difícil de adivinar para un gato—. ¿Por qué? ¿Qué sucede? ¿No puede beber alcohol?

François me miró de arriba abajo sin contestar a mi pregunta. ¡Ese hombre nunca contestaba a nada de lo que yo dijera! Me desesperaba. Él conocía perfectamente a Helena, y podría contarme tantas cosas si tan solo le gustara hablar..., pero parecía que era de los pocos sirvientes que existían que no era chismoso.

—Llévemola a su dormitorio. Será mejor que lo haga yo.

—No, gracias, François, yo la llevaré. Ah..., por cierto, Émile ha dicho que sería conveniente que fuera usted a Meyrargues.

Se asombró al oírme decir aquello. Supuse que porque no sabía que conociera a Émile, y menos que lo hubiera visto últimamente.

—Mañana hablaré con la señorita Helena.

Me hubiera gustado soltar un improperio, pero lógicamente no lo hice. Aunque, bien mirado, no me disgustaba del todo que fuera tan desconfiado; para empezar, era un gato y no podía evitarlo y, para continuar, eso significaba que podría fiarme de él, llegado el caso, para proteger a Helena.

Helena se despertó con un ligero dolor de cabeza. ¿Dónde estaba? ¿Qué había sucedido el día anterior? Al mirar a su alrededor se dio cuenta de que estaba en su casa de Digne, pero no tenía ni la menor idea de cómo había ido a parar allí. Lo último que recordaba era que Roberto y ella estaban disfrutando de la compañía de aquellos jóvenes partisanos. ¡Maldito vino! Siempre le pasaba lo mismo, por eso había decidido hacía tiempo que no volvería a beber. De hecho llevaba años sin hacerlo, desde que...

Tenía tanta hambre que dejó de darle vueltas a las cosas y siguió el olor de las tostadas con mantequilla y del café recién hecho. Antes de salir al jardín distinguió la figura de Roberto. Tenía la mirada perdida y sujetaba con fuerza la taza de café, como si temiera que se le fuera a escapar de las manos. Era uno de esos hombres de los que, hasta que no los mirabas a los ojos, no te dabas cuenta de lo condenadamente atractivos que eran. Él no parecía darse cuenta del efecto que tenía en ella, pero cada vez que la rozaba o la tocaba sin querer, se le adormecía esa parte del cuerpo, como si consiguiera que se le

relajaran los músculos de la zona. Tenía un tacto hechicero, completamente cautivador, y su mirada... ¡diablos, le provocaba ardores repentinos!

Se examinó para comprobar si estaba lo suficientemente atractiva y constató que no había nada que hacer, su vestido blanco era demasiado sencillo y no había heredado el estilo elegante de su madre. Aunque, no podía pretender ser otra persona, sería mejor que Roberto supiera desde el principio que ella era una chica de montaña. Quizá lo supiera, ya que parecía que la conocía tan bien.

—Buenos días, Roberto.

Aunque él debía saber perfectamente que lo había estado observando, levantó la mirada hacia ella como si no se hubiera percatado hasta ese momento de su presencia; o era un buen actor o realmente lo había pillado desprevenido.

—Buenos días, Helena. Estás..., ese vestido te sienta muy bien.

—¿Tú crees? Gracias —contestó sintiendo como se sonrojaba—.

Mmm... qué bien huele, estoy muerta de hambre.

—Te prepararé algo para desayunar —dijo él levantándose de un salto.

—¿Te lo has preparado tú mismo? —preguntó asombrada.

—Sí, por supuesto, y estaré encantado de prepararte...

Ambos miraron al mismo tiempo hacia la puerta de la casa, François salía con una bandeja llena de viandas. A Helena le pareció que Roberto fruncía el ceño al verlo.

—Buenos días, señorita Helena, le he traído su desayuno —comentó mirando al invitado con cierta arrogancia.

Helena pensó que definitivamente pasaba algo entre ellos dos, pero ¿qué sería?

—Gracias, François.

—Por cierto, señorita, siento mucho lo de su familia política. Su madre me ha puesto al tanto.

—Gracias, te lo agradezco. Por cierto, François, mi padre piensa que es mejor que te traslades lo antes posible al *château*. No queremos que esté sin vigilancia.

François miró algo molesto a Roberto.

—Sí, por supuesto, iré enseguida.

—Espera, François —dijo levantándose, cuidando de apoyarse en el pie bueno—. Por favor, ten cuidado, no quiero que te pase nada, ¿de acuerdo?

—Después le dio un abrazo.

Roberto pensó que ya no necesitaba más pruebas, era obvio que François no era un simple sirviente.

—No se preocupe por mí, sabe perfectamente que cuidaré de la casa.

—Y de ti también, sobre todo de ti —añadió Helena, y observó cómo François abandonaba el jardín.

Helena cogió un delicioso cruasán y comenzó a mordisquearlo.

—¿Crees que podrías continuar con tu historia? —preguntó, fijando en Roberto un mirada de expectación.

—Oh..., sí, por supuesto, aunque preferiría esperar a que se haya ido François.

—Ya lo está haciendo. Ahora mismo está en el coche.

Roberto aguzó el oído y se volvió sorprendido hacia Helena.

—Tienes razón, pero ¿cómo lo ha podido hacer tan rápido?

—Bueno, no tiene que preparar ningún equipaje, en el *château* tiene de todo. François es como de la familia y tiene acceso a todas nuestras casas.

—Mmm. Bien, de acuerdo. Entonces, ¿por dónde iba?

—Tu madre adoptiva había muerto —comentó Helena y después le dirigió una mirada algo preocupada—. Oh, lo siento, no quería que sonara tan frío, como si esto fuera una novela. Lo siento, de verdad.

—No te preocupes, fue hace tiempo, aunque es la primera vez que se lo cuento a alguien. —Roberto observó que a Helena se le abrían mucho los ojos—. Mi madre había muerto y decidí marcharme de allí llevándome lo poco que me pertenecía. Había cumplido su último deseo y vendido todo, en cualquier caso, ellos no tenían ningún familiar con vida. Me encaminé hacia Santiago de Compostela, está en el norte de España, en Galicia. —Helena asintió dando a entender que sabía perfectamente dónde se encontraba—. Te preguntarás por qué me dirigí concretamente a ese lugar. Verás, en la caja que dejaron mis padres había una nota con una dirección; era una taberna de Santiago, de modo que decidí empezar por allí. Tenía que averiguar quién era yo.

»Me vino bien caminar durante tantos días, necesitaba meditar sobre el rumbo que había tomado mi vida. Tan solo tenía diecisiete años y ya no tenía a nadie con quien compartirla, nadie que se preocupara de mí, nadie que..., en fin, ya sabes, la verdad es que me sentía muy solo. A pesar de eso, la idea de haber dejado el pueblo hacía que me sintiera al mismo tiempo algo excitado. Era la primera vez que salía al mundo y descubrí que disfrutaba conociendo nuevos lugares, nuevas personas, nuevas comidas, todo era diferente. No me

preocupaba mucho el dinero, puesto que mis verdaderos padres habían sido previsores y también me habían dejado un montón de extrañas monedas de oro. Lo primero que hice fue encontrar un lugar donde me cambiaron una de ellas por dinero. Estaba tan contento que no me di cuenta de que me habían timado, esa moneda valía mucho más, pero era joven e ignorante y desconocía el verdadero valor de las cosas. Aunque eso se aprende más tarde o más temprano.

»Cuando por fin llegué a Santiago no fue tarea sencilla encontrar la taberna, cada persona a la que preguntaba me mandaba a un sitio diferente. Acabé pensando que jamás la encontraría o que ya no existía, pero, justo cuando comenzaba a lloviznar, di con ella. Me sentí un poco decepcionado cuando entré; era un lugar tosco y no demasiado limpio y los pocos clientes que había eran todos hombres bastante viejos. Me pregunté si no me habría equivocado de lugar.

—Buenos días, *neniño* —dijo la única mujer que había en la taberna, de baja estatura y algo entrada en carnes—. Tienes pinta de necesitar un caldo bien caliente.

—Eeh, sí, eso sería perfecto.

—No eres de por aquí, ¿verdad?

—No.

—¿Tienes dinero para pagar?

—¡Por supuesto que sí! —exclamé algo molesto por su desconfianza.

—Bien, te traeré caldo y... ¿te gustaría un ribeiro para beber?

—Eso suena bien, gracias —contesté sin tener ni la menor idea de qué sería eso del ribeiro.

Enseguida descubrí que era un delicioso vino blanco, y que el caldo era un manjar como jamás había probado, y eso que mi madre adoptiva era una excelente cocinera.

Después de comer seguí esperando, aunque no sabía exactamente qué. Nadie parecía reconocerme, aquellos hombres me miraban con desconfianza y no me sentía demasiado bienvenido, por eso, cuando ya llevaba dos cafés, decidí marcharme. Nada más salir me di cuenta de que no tenía ni idea de hacia dónde debía dirigirme, ir hasta allí había sido una absoluta pérdida de tiempo, y para colmo cada vez llovía con más fuerza. ¡Menudo fastidio! Era

tan ingenuo y tan impaciente que había pensado que nada más entrar en la taberna alguien me señalaría con el dedo y me diría de quién era hijo, pero estaba muy equivocado, al fin y al cabo habían pasado muchos años desde que mis padres me abandonaron. Porque estaba claro que me habían abandonado.

—Muchacho, ¿me oyes? —De pronto oí una voz de mujer a mi lado.

—Sí, la oigo perfectamente.

—Pues no lo parece, te he llamado unas cuantas veces.

—Oh, lo siento, quizá con la lluvia no la he oído.

—Te preguntaba si estás buscando alojamiento. Tengo sitio disponible en mi casa.

La observé, no debía tener más de treinta años y tenía cierto atractivo, pero lo más importante era que no parecía peligrosa. Le sacaba dos cabezas, en todo caso debería ser ella quien me temiera a mí, pero no parecía tenerme miedo, seguramente se habría dado cuenta de que, a pesar de mi altura y mi musculatura natural, no era más que un muchacho solitario. De modo que la seguí. Anduvimos durante más de una hora, alejándonos cada vez más de la ciudad. Me alegré cuando nos adentramos en el bosque, y no por mi seguridad ni por la suya, sino porque en la naturaleza me sentía a gusto.

—Esta es mi humilde casa...

Yo estaba acostumbrado a la humildad, pero aquello no era una casa, sino una única gran estancia, que hacía las veces de cocina y de dormitorio, presidida por un hogar con cubierta de piedra en el que la lumbre comenzaba a extinguirse.

—Espero que no te importe dormir en ese jergón, es el lugar más calentito, junto a la *lareira*.

—Muchas gracias, es perfecto.

—Será mejor que te cambies, muchacho —dijo mirando mi ropa completamente calada. Ella, sin embargo, permanecía sorprendentemente seca —, yo mientras reavivaré el fuego.

Me dio la espalda y aproveché para ponerme ropa seca.

—Bien... Dime, muchacho, ¿qué estás buscando?

Me sorprendió su pregunta, aquella mujer iba directa al grano.

—Yo... busco a mis padres.

«Pero no tengo ni la menor idea de cómo son ni cómo se llaman, ni siquiera sé quién soy yo realmente», pensé.

—Hay algo en ti... ¿Cómo te llamas?

—David.

—No, ese no es tu nombre. Mírame a los ojos fijamente.

Lo hice y unos segundos después su rostro había cambiado, ya no era ella la que veía delante de mí. Era una mujer muy guapa, morena, con los ojos... ¡Dios santo! ¡Eran como los míos! Era mi madre, no podía ser de otra manera, su mirada era exactamente igual a la mía, aunque ella tenía una nariz más femenina y pequeña y unos labios rojos como frambuesas. Comenzó a hablar, su voz era melodiosa, angelical.

«Hijo, te diré lo más importante, tu nombre: Roberto Salvador Mage».
Y desapareció.

—¡No! ¡No te vayas! —exclamé cogiendo a la mujer por los hombros.

—Déjame, muchacho, tranquilo. Ya no volverá. Por lo menos... ¿has conseguido averiguar tu nombre?

—Sí, Roberto. —Y sonreí al darme cuenta de que había conseguido dos cosas asombrosas gracias a aquella misteriosa mujer: conocer mi verdadero nombre y contemplar el bello rostro de mi madre.

—Bien, te enseñaré algunas cosas mientras estés conmigo.

—Tú... ¿eres una bruja?

—Bueeno, eso dice la gente, pero aquí nos llaman meigas. Mi nombre es Sara.

—¿Conoces a mi madre?

—No, no la conozco. Pero... quizá la conociera mi madre.

Me quedé una temporada en su casa hasta que decidí emprender un largo viaje, esta vez a Francia, en busca de mis orígenes.

—¿Te puedo preguntar qué había en aquella caja?

—No mucho, las monedas de oro, aquella nota y un libro.

—¿Un libro? ¿No había una carta para ti?

—No, desgraciadamente no. Solo tenía esa carta dirigida a mis padres adoptivos, pero era apenas una nota con indicaciones.

—¿Y qué libro era?

Roberto rebuscó en su bolsa de viaje, que descansaba sobre la verde hierba del jardín.

—Este —contestó entregándole un libro antiguo.

—Emilia Pardo Bazán, *Un viaje de novios*. ¿Lo has leído?

—Unas veinte veces, pero no hay nada ahí dentro, ningún mensaje

oculto ni nada parecido.

Helena lo abrió y fue pasando las hojas con cuidado.

—¿Por qué hay algunas palabras que destacan?

—¿Que destacan? ¿A qué te refieres? —preguntó Roberto poniéndose detrás de ella, haciendo que Helena se pusiera nerviosa debido a su cercanía y a ese aroma especiado y cítrico que desprendía.

—Mira esta de aquí —le señaló Helena.

—Yo no veo nada raro. ¿Tú lo ves de otra forma? —La miró esperanzado, sus ojos negros brillaban como nunca antes.

—Está claro que sí. Déjame ver... Creo que intentan hacer palabras señalando algunas sílabas dispersas, si las juntas... *Ro-ber-to*. —Helena levantó la mirada y se volvió hacia él—. ¡Oh, Dios mío, Roberto! Aquí hay un mensaje para ti.

Casi podía sentir el corazón de Roberto, que comenzó a latir con mucha fuerza.

—*Roberto, debes ir a la abadía de Lérins, tus padres* —leyó Helena. Siguió pasando las hojas, pero ya no había más sílabas resaltadas—. Me temo que ya no hay más —añadió, levantándose de la silla.

—¡Oh, Dios, Helena! —exclamó Roberto cogiendo las manos de ella entre las suyas—. Estaba claro que tenía que dar contigo por eso..., sin ti nunca hubiera visto ese mensaje. Me pregunto por qué tú sí puedes verlo...

—No lo sé, pero ya sabemos lo que tenemos que hacer, debemos ir a esa abadía. No está muy lejos de aquí.

4. Val. La Torre del Mangia

Siena, Italia. Julio.

—No sé cómo me he dejado engañar. Sabes perfectamente que no me gustan las alturas, Val —protestó Hans.

Me reí. Estábamos en lo alto de la Torre del Mangia, en Siena. Yo, lógicamente, me había colado trepando por la fachada, oculta por la oscuridad de una noche de luna nueva, sin embargo, Hans se había visto obligado a romper unos cuantos candados para colarse por las escaleras.

—Pero tienes que reconocer que la vista es espectacular, ¿no crees? —pregunté señalando a mi espalda.

—Sí, la vista que tengo justo delante de mí —comentó sin apartar los ojos de mi cuerpo— es realmente asombrosa, lo más bonito que he visto nunca —continuó, besándome suavemente en los labios.

Me agarró por el trasero y me subió ligeramente para que pudiera rodearlo con las piernas.

—Pero no me arrepiento, no creo que mucha gente pueda decir que ha hecho el amor en lo alto de la torre —me susurró Hans al oído, besándome acto seguido en el cuello.

—No, pero no creo que podamos proclamarlo a los cuatro vientos, me temo que tendremos que guardar el secreto.

—Mmmm... —murmuró Hans mientras me desabrochaba los botones de la camisa—. ¡Dios, señora Claros Wolf! Eres lo más delicioso que he probado nunca —susurró al terminar de succionar mis pezones, siempre me mordía ligeramente al final.

Hans se desabrochó los vaqueros y me subió la falda hasta la cintura.

—¿Dónde están tus bragas, Valentina?

—¿Mmm...?

Se rio mientras se deslizaba dentro de mí, al principio con cuidado, pero cuando el reloj comenzó a dar la hora, su ritmo se hizo más salvaje..., hasta que sonó la última campanada. Aquello me recordó nuestra primera vez, cuando hicimos el amor en aquel pueblo de Salamanca al compás de las campanas de la iglesia.

—Nunca me cansaré de hacerte el amor, *my kitten*.

—Ni yo de que me lo hagas.

Estaba disfrutando de nuestro viaje de novios más de lo que había imaginado. Nadie nos perseguía, nadie estaba en peligro, estábamos por fin

solos, sin ningún miembro de la familia alrededor, y podíamos vivir nuestro amor sin tener que vigilar si alguien nos observaba.

—No he visto ni una criatura desde que llegamos a Italia —comenté.

—Salvo el gato que vimos el otro día en Pisa.

—Oh, sí, es cierto —reconocí.

—Se quedó mirándonos muy extrañado. Supongo que así nos mirarán siempre, no somos algo habitual.

—Lo sé. Aunque también los humanos nos miran, como la chica del otro día en Florencia, no te quitaba el ojo de encima. Le debiste parecer muy atractivo y..., en realidad la entiendo.

—Oh, no lo sé, no me fijé. Pero sí me he fijado esta mañana en cómo te miraba el panadero, se ha quedado sin habla cuando le has pedido un pan.

No me pasó inadvertido que él no se reía como yo había hecho al comentarle lo de la chica de Florencia y que se había quedado mirándome con el rostro serio. Esperaba que no se hubiera puesto celoso de verdad, en ocasiones Hans tenía algunos problemas para controlar sus celos.

—No creo que lo hiciera —comenté con precaución.

—Oh, sí, te aseguro que lo hizo, te comió con la mirada. Pero... no te preocupes, lo llevo bien, Val. Creo que el hecho de que seas mi mujer hace que esté más tranquilo, en otras circunstancias...

Lo miré inquisitiva.

—Lo habría asesinado con la mirada, como dice Álvaro que hago con él.

Bueno, si solo era con la mirada...

—¿Eso dice? Sí, he visto esa mirada tuya asesina y la verdad es que da un poco de miedo. Me alegro de que no estés tan celoso, ya sabes que no tienes por qué estarlo, solo tengo ojos para ti. Y ahora..., deberíamos dormir un poco.

—Espera..., no quiero que te pierdas la salida del sol. ¡Mira!

Seguí su mirada para encontrarme con un horizonte que ya amarilleaba. Los colores fueron variando e intensificándose hasta que el sol se mostró ante nosotros en todo su esplendor.

—Es precioso. —Susurré por miedo a que mi voz estropeará aquel momento.

—Sí, pero será mejor que desaparezcamos antes de que nos vea alguien —propuso Hans.

—¿Te atreves a descender conmigo por la fachada?

—¡Ni lo sueñes! Y tú tampoco vas a hacerlo. Aunque no te lo creas, lo paso fatal viéndote escalar y no pienso dejar que lo hagas de nuevo. Ahora bajarás como un perro —dijo cogiéndome en sus brazos.

—Oh, ¿los perros bajan así?

—Sí, las mujeres de los perros dejan que sus maridos las lleven en brazos cuando se trata de un descenso complicado, y este lo será.

—¡No vamos a caber por la escalera!—exclamé sin poder dejar de reírme.

—Sí, cabremos.

Habíamos alquilado un pequeño apartamento con vistas a la *Piazza del Duomo*, era acogedor aunque algo caluroso. No había dejado de practicar mi poder de *désireuse*, como Hans me había pedido y, aunque cada vez estaba menos cansada, ya que mi cuerpo se estaba acostumbrando al ejercicio diario, a veces notaba el cansancio en mis huesos, de modo que me quedé rápidamente dormida.

Sin embargo, un rato después, me incorporé de un salto, con la angustiosa sensación de que me faltaba el aire, notaba el camisón pegado al cuerpo, completamente empapado en sudor.

—¿Qué te pasa, Val?

Supuse que Hans se había despertado debido a mi sobresalto, apenas llevábamos una hora en la cama.

—No lo sé, supongo que una pesadilla.

—¿Recuerdas lo que has soñado?

—No, solo me he despertado con la sensación de que me faltaba el aire, no podía respirar.

—Ven aquí —dijo Hans acercándose a él—. No te preocupes, *my kitten*. Solo ha sido un mal sueño, no dejaré que te pase nada malo, te lo prometo. *Klidná, moje láska, všechno je v pořádku*.

A veces me hablaba en checo, me gustaban sus palabras a pesar de que no tenía ni la menor idea de lo que estaba susurrando. Su tranquilizadora presencia, su aroma, su voz profunda y masculina suavizada por las circunstancias, su forma de acariciarme el pelo, consiguieron que volviera a recuperar la respiración y que, poco a poco, cayera en un profundo sueño.

Cuando me desperté supe que Hans no estaba a mi lado, no podía olerlo. Me incorporé asustada, pero me tranquilicé al ver una nota a mi lado.

My kitten, he ido a comprar algo para desayunar, te traeré unos cientos de ratones, ya que sé que estarás muerta de hambre después del ejercicio que hicimos ayer.

Te quiero. Hans.

Sonreí y me estiré. Apenas habíamos dormido, pero ya tendríamos tiempo para eso, estaba deseando hacer cualquier cosa con Hans, jamás había sido tan feliz. Me duché despacio esperando que cuando terminara Hans ya hubiera vuelto, sin embargo, cuando salí vestida y con el pelo chorreando, no había ni rastro de él. Mi estado de ánimo fue empeorando a medida que los minutos se convirtieron en una hora, entonces decidí salir a buscarlo. Era extraño que no hubiera vuelto todavía, en los días que llevábamos de viaje, apenas nos habíamos separado, ni siquiera para ir a correr. Habíamos comenzado a correr juntos de nuevo; parecía que, después de todo, mi habilidad de *désireuse* estaba funcionando a la perfección y, por el momento, no había habido ningún percance.

Salí del edificio y decidí ir a la panadería donde el día anterior habíamos comprado pan, quizá hubiera ido allí a por el desayuno. A Hans no le gustaba el dulce pero él sabía que a mí sí.

—Buenos días. ¿Has visto a mi marido?

El panadero se quedó mirándome con cara de tonto y tardó unos segundos en reaccionar.

—No, no lo he visto. Pero... ¿te puedo invitar a una tarta? Eres una chica muy guapa.

—Eh, no, gracias.

Si Hans no había estado allí, ¿dónde narices había ido? Era el sitio más cercano a nuestro apartamento, aunque quizá había decidido ir más lejos para hacer algo de ejercicio.

¡Su rastro! ¿Cómo no lo había hecho desde el principio? Solo tendría que seguirlo y me llevaría hasta él. Volví a la puerta de los apartamentos y seguí su rastro hasta que, cinco o seis calles más abajo, su aroma desapareció. Algo no iba bien, no era normal que su rastro desapareciera por las buenas. No pude evitar comenzar a preocuparme, podía notar como el corazón me latía cada vez con más fuerza y mi boca comenzaba a secarse.

De repente lo sentí, como un golpe en el estómago, Hans había desaparecido, y no por voluntad propia. Lo sabía, aunque ignoraba por qué estaba tan segura. «Por favor, que no le pase nada, por favor». Sin darme

cuenta de lo que hacía, estaba de nuevo en la *Piazza del Duomo*, buscándolo entre el gentío, pero ninguno era Hans. Además, él no estaba allí, podía sentirlo. Miré el reloj, ya habían pasado casi dos horas desde que había leído la nota.

Sentía la boca cada vez más seca. Una niña se quedó mirándome asustada, pero no pude hacer nada al respecto, era yo la que estaba cada vez más asustada y posiblemente había comenzado a hiperventilar. Me faltaba el aire, igual que cuando me había despertado por la mañana. Comencé a sentirme mareada, pequeños puntitos blancos aparecieron delante de mí. Los ruidos de la *piazza* eran cada vez más lejanos y el sol, que antes había notado abrasador, era tan solo una luz amarilla en la lejanía. Las piernas comenzaron a flaquearme y de repente se me nubló la vista.

—¡Ay, mi madre! ¿Estás bien? ¿Te encuentras bien? Deberías beber un poco de agua, venga, por favor.

Era el chico de la panadería, que intentaba meterme agua a la fuerza.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué...?

—Te has desmayado..., seguramente ha sido el calor. Bebe agua, por favor.

Obedecí, necesitaba hidratarme, aunque nada podría hacer que me sintiera mejor, tan solo Hans. Oh, ¿dónde estaría? Lo necesitaba desesperadamente. Me levanté de un salto porque no podía perder más tiempo, tenía que encontrarlo. Sin embargo, en cuanto me incorporé, volví a marearme. El muchacho de la panadería, me agarró del brazo y me llevó hasta el frescor de su tienda. No le entendí muy bien, pero creo que me amenazó con atarme si no me quedaba quieta durante unos minutos. Dijo que tenía que reposar antes de volver a ponerme en pie, puede que tuviera razón.

—*Hija, ¿va todo bien?* —El pensamiento de mi padre irrumpió de repente en mi cabeza.

¡Oh, Dios mío! Oír la voz de mi padre hizo que me sintiera más tranquila, me dio esperanza, incluso hizo que derramara unas cuantas lágrimas. Después de todo, no estaba sola, mi padre siempre estaba disponible a través del pensamiento, pero a veces lo olvidaba.

—*¡Papá! No, algo no va bien. Hans..., Hans ha desaparecido.*

—*Sabía que pasaba algo. ¿Dónde estás?... Ah, ya veo, en Siena. Estaremos allí en una hora.*

—*¿Una hora? ¿Es que estáis por aquí cerca?*

—*Sí, parece que hemos decidido ir de viaje no solo al mismo país*

sino a la misma región que vosotros, estamos en Florencia.

Sentí un alivio tan fuerte que me recobré milagrosamente del mareo y me incorporé con seguridad.

—Perdona, pero tengo que irme. Ya estoy bien. Muchas gracias por la ayuda —le dije al propietario de la panadería.

Intentó acompañarme, pero finalmente conseguí quitármelo de encima. Cuando llegué al apartamento, me arrojé con la sábana, puesto que, a pesar del calor que hacía, sentía escalofríos por todo el cuerpo. Al rato me levanté y preparé las maletas, no sabía la razón, pero algo me decía que ya no hacía nada en esa ciudad, Hans no estaba allí. Poco después mis padres llamaron a la puerta.

—¡Val! —exclamó mi madre, que me dio un fuerte abrazo—. Cuánto lo siento.

—No te preocupes, Val, lo encontraremos. Voy a salir a buscarlo.

—Su rastro se pierde unas cinco calles más abajo... Se lo han llevado, lo sé.

—¿Quién? —preguntó mi padre.

—No lo sé. Ojalá lo supiera.

—Carla...

—Sí, vete tranquilo, me ocuparé de ella. Val, ¿has comido algo?

—No, no quiero comer nada. Solo lo quiero a él. ¿Por qué nos pasan estas cosas, mamá? Yo... estaba siendo... más feliz que nunca y todo se ha tenido que torcer. ¿Por qué?

—No lo sé, Val, pero seguro que tu padre lo arregla todo.

—Desearía que...

—¿Qué?

—Nada, es inútil, mis deseos son completamente egoístas, no funcionará.

—Oh, Val, sé que tu padre lo solucionará.

Pero no lo solucionó, al menos por el momento. Él tampoco encontró su rastro.

—Necesitamos a Edmund —comentó mi padre.

En ese momento alguien llamó a la puerta y mi corazón se desbocó, tenía que ser Hans, aunque el aroma...

—¿Antonie, Edmund? —preguntó mi padre sorprendido al abrir la puerta.

—¿Me habéis llamado? —dijo mi tío entrando con decisión, seguido

de la abuela de Hans.

Mi padre me miró inquisitivo.

—No, no he sido yo, no hubiera funcionado —aclaré.

Mi poder de deseadora solo funcionaba si mi deseo no era egoísta, y encontrar a Hans lo era.

—Ha sido mamá —explicó Edmund mirando a mi padre—. Dijo que Hans tenía problemas y que ibais a necesitarme. Pero... ¿qué ha pasado?

—Eso no es posible —dijo mi padre asombrado—. Mamá solo tiene visiones sobre la familia.

—¿Qué habilidad tiene la abuela? —Siempre había oído hablar de las maravillosas habilidades de mi abuela Irina, pero la verdad es que no tenía ni idea de cuáles eran.

—Verás, Val, tu abuela tiene visiones sobre el futuro..., sobre algunas cosas. Ella no lo controla, pero siempre han sido visiones de su familia directa, jamás...

—Jamás habían entrado en sus visiones nuestras parejas —prosiguió mi tío.

Mi padre y él se miraron un momento. Estaba segura de que se habían dicho algo a través del pensamiento. Me habría encantado poder oírlo.

—Bien, Valentina, acércate —me indicó Edmund—. Necesito tocar algo que haya estado en contacto con Hans para localizarlo, seguro que contigo me bastará.

Antonie advirtió el nerviosismo de Val, la entendía perfectamente, ella misma estaba bastante preocupada por su nieto, sin embargo sabía que Edmund lo encontraría. Cada vez comprendía mejor lo poco común que era la familia Chatte y no solo porque todos los miembros tuvieran una habilidad, algunos incluso más de una, sino por la extraña telepatía que compartían.

—No está aquí, pero no puedo saber todavía dónde está y eso solo puede significar que está en movimiento.

—¿Entonces no sabes dónde está? —insistió Val con la preocupación marcada en el rostro.

—Lo sabré..., no te preocupes, pequeña —dijo pellizcándole la mejilla cariñosamente—. Pero ahora está moviéndose y no puedo localizarlo con exactitud, pero..., si no quieres que perdamos tiempo, podemos salir en su

busca. ¿Alguien tiene coche? —preguntó mirando hacia su hermano Eugène.

—Sí, nosotros. Es bastante amplio, cabremos todos sin problemas. Podemos salir ya mismo. Val... ¿estás lista?

—Sí, tengo las maletas hechas. Estaba tan nerviosa que necesitaba hacer algo con las manos.

—¡Esa es mi niña! —exclamó Eugène con orgullo de padre.

Se dirigieron hacia el norte con la intención de abandonar aquella bonita ciudad. Antonie pensó que era una pena no haber podido visitarla, pero en ese momento lo importante era encontrar a su nieto.

—Val, ¿has comido algo? Puedo oír cómo ruge tu estomago —comentó Antonie.

—Pues no, no he tenido tiempo ni ganas.

—Eugène, ¿por qué no paras ahí delante? Parece que hay un establecimiento de *pizza al taglio* ahí mismo, así Val puede comer algo antes de emprender la marcha.

—¡No! ¡No quiero perder el tiempo! —exclamó nerviosa.

—Será tan solo un momento..., te lo prometo. Compraremos algo y nos marcharemos, si no, el viaje se te hará muy largo.

Val siguió a Antonie a regañadientes y entraron en aquel establecimiento que, a juzgar por el ambiente, debía tener comida decente.

—Me pregunto quién se ha llevado a Hans, no dejo de pensar que han tenido que ser varios perros para poder con él, tiene demasiada fuerza como para dejar que lo agarren, ¿no crees?

Mientras esperaban a que calentaran varias raciones de *pizza* que había seleccionado, Val iba comiendo unas típicas *crostatas* de diferentes sabores. Por lo visto no se había equivocado, aquella joven estaba muerta de hambre.

—Bueno..., es posible que no se lo hayan llevado a la fuerza exactamente.

—¿A qué te refieres? —preguntó algo confusa Val, dejando caer la *crostata* sobre la servilleta.

—Puede que lo hayan arrestado.

—¿Arrestado? ¿Cómo es eso posible? ¡Hans no ha hecho nada...!

—Lo sé, Hans no ha hecho nada, pero... Verás..., yo misma acabo de enterarme hace poco de cómo funciona esto, siempre he vivido ajena a la sociedad de criaturas, a excepción de un par de amigos que tenía en Estados

Unidos, no he tenido relación con nadie más. Pero tu tío Edmund me ha explicado cómo funciona el mundo de las criaturas. Tienen su propio sistema judicial, completamente ajeno al de los humanos.

A medida que hablaba, Antonie se daba cuenta de que la expresión de Val debía de ser muy parecida a la suya cuando Edmund se lo había explicado unos días antes.

—Mi padre me habría contado todo esto...

—Parece que yo no soy la única que ha vivido ajena a ese sistema, la familia Chatte también, aunque en su caso por voluntad propia; yo realmente no sabía que existiera un sistema judicial de criaturas.

—¿Y por qué Edmund sabe todo esto?

—Oh, bueno, él es un experto en leyes, tanto humanas como de criaturas, aunque hace años que no ejerce.

—Y según él, ¿por qué habrían arrestado a Hans?

—Por haberse casado contigo, por supuesto.

5. Dom. La Coruña

De camino a La Coruña. Julio.

—Bueno..., entonces, ¿nos vas a decir a qué te dedicas? —volvió a preguntar Cris.

Habíamos abandonado *Carcassone*, aunque aún podía ver sus asombrosas murallas medievales de piedra por el espejo retrovisor.

—Por supuesto que no.

—¡Me lo prometiste! Pero ya veo que algunos gatos no cumplen sus promesas como, en cambio, sí hacemos los perros.

—Me declaro un gato culpable. Además, no te lo prometí.

¿O sí? Ya no lo recordaba.

—Sí lo hiciste... Por cierto, ¿por qué seguimos contigo? ¿No has conseguido que nadie venga a buscarnos?

¿Es que esa niña no se callaba jamás? Había llegado a pensar en meterlas en un tren de vuelta a Digne, pero mi abuelo había sido muy claro. ¿Es que lo hacía porque me quería tener vigilado? Quizá todo eso había sido un complot familiar para no dejarme solo.

—Es hora de que os echéis una siesta —dije encendiendo de nuevo la música, no podía más con tanto parloteo.

Aún tardó un rato en callarse, pero una hora después por fin reinaba el silencio, al menos verbal, la música seguía sonando aunque no tan fuerte como me hubiera gustado. Enseguida comprobé por el espejo retrovisor que Cris por fin se había dormido.

—Siento haberme dejado convencer por ella. En realidad no pensábamos irnos contigo, yo por lo menos no, pero nos metimos a las cinco de la mañana en el coche y nos quedamos dormidas —comentó Anna inclinándose hacia delante para que pudiera oírla.

Bajé la música.

— Anda..., si no vas a dormir, vente delante; si no, acabaré con tortícolis.

Se rio y pasó al asiento del copiloto, su roce hizo que mis ojos se distrajeran por un momento. ¡Diablos, tenía un culito precioso!

No dijo nada durante unos segundos y aproveché para echar un vistazo a su perfil. Tenía unas facciones muy bonitas además de una nariz muy mona... ¡Puf!, definitivamente me estaba volviendo loco, fijándome en una niña de... ¿cuántos años tendría? Como mucho dieciocho. Era demasiado viejo para ella.

—¿A dónde vamos?

—A La Coruña.

—Ah. ¿Trabajas allí?

—No, pero sí tengo que hacer algo de trabajo allí. ¿La conoces?

—No.

—Pues supongo que la conocerás un poco, hasta que llegue su hermano a recogeros —dije haciendo una mueca hacia la parte de atrás del coche. Se podía oír la fuerte respiración de Cris, estaba totalmente dormida.

—¿Álvaro?

—Sí, Álvaro vendrá a La Coruña a recogeros, pero no sé exactamente cuándo.

Juraría que había visto una especie de sonrisa en sus labios. Ese Álvaro tenía mucha suerte de que una chica como Anna estuviera interesada en él, pero en mi opinión no se la merecía en absoluto.

—Supongo que es un fastidio llevar a unas canijas contigo.

La miré sorprendido, ¿es que sabía leer la mente?

—Bueno..., hablar contigo no me desagrada demasiado —contesté.

—¡Vaya!, gracias por el piropo.

—Bueno..., verás..., no quería decir eso exactamente, sino que... me gusta hablar contigo.

¿Me estaba poniendo nervioso? ¡Diablos, Dom, relájate, tan solo es una chica joven e inexperta!

La miré de reojo, ¿sería inexperta de verdad? Mis ojos se posaron durante una milésima de segundo en sus minúsculos vaqueros y en sus largas y suaves piernas, no pude evitar imaginarme acariciándolas.

—Yo también me siento a gusto contigo. Además..., no me da la impresión de que seas tan mayor.

—Gracias por el piropo —repuse sarcástico.

—No quería llamarte viejo, simplemente..., que estoy a gusto.

—Entiendo lo que quieres decir. No es fácil sentirte bien con desconocidos. Tú... ¿cómo es que te has quedado después de la boda de tu hermano?

¡Diablos, su hermano era el perro que se había casado con mi prima! Ese pensamiento hizo que me sintiera culpable y aparté rápidamente la vista de ella.

—Oh, bueno, estoy de vacaciones y como me voy a quedar a vivir en el *château* este año para aprender francés...

—¿El *château* de Meyrargues?

Mi casa, mi hogar... Hacía siglos que no lo pisaba.

—Sí, allí están establecidos Carla y Eugène... y también Cris y Álvaro y, bueno, me han invitado a quedarme este año. Quería..., quiero ser bilingüe en francés y, como no soy una criatura como vosotros..., no lo tengo tan fácil.

—Hablas muy bien francés. —De hecho tenía un acento muy seductor, al menos para mí.

—Gracias. ¿Y tú...? ¿Dónde vives?

—En realidad no lo sé, pero si tuviera que decir un hogar, ese sería el *château*, allí viví de pequeño hasta que... Bueno, viví hasta los diecisiete años, era la casa de mi padre.

—No lo sabía. Entonces..., ¿es tu casa? Me refiero a que... Verás, Eugène siempre dice que esa casa no está a su nombre, supongo que es porque te pertenece a ti.

La miré con admiración.

—Eres una chica muy lista. Es cierto, está a mi nombre, pero mi familia cuida de ella. Yo últimamente no he vivido con ellos, ni tampoco por aquí, y me alegro de que ellos cuiden de la propiedad y de los caballos. Es una casa familiar, yo no podría vivir allí solo..., no podría.

—Te trae malos recuerdos —afirmó Anna.

La miré de nuevo, algo turbado.

—Sí.

Agradecí que no siguiera interrogándome sobre ello, no quería hablar de ese tema.

—¿Y tú? ¿En qué curso estás? Supongo que comenzarás ya la universidad.

—Ojalá, pero todavía me falta un año para eso —dijo riéndose.

¡Diablos! Era apenas una niña. Me arrepentí de todo lo que se me había pasado por la cabeza. Aunque no era extraño que me sintiera atraído por chicas jóvenes, era la primera vez que me fijaba en una tan pequeña como Anna. Mi abuelo siempre decía que, como era el pequeño de los Chatte, nunca dejaría de ser un niño. Y era cierto, me sentía demasiado joven y nada maduro para una relación seria, menos con Amelia... Aparté ese pensamiento, en esos momentos no quería pensar en ello. Además, ya no era el pequeño Chatte, mi nueva prima, Valentina, me había relevado. Pero recordé que, como acababa de casarse con apenas dieciocho años, seguía siendo el Chatte más inmaduro de todos. Lo más probable es que no tuviera remedio.

Estaba ya anocheciendo cuando me di cuenta de que Anna estaba completamente dormida.

—Pararemos a dormir —comenté mirando a Cris por el retrovisor. Hacía rato que estaba despierta, pero había preferido quedarse en silencio y yo no me había atrevido a hablar por si acaso se le desataba la lengua.

—Gracias, pensaba que jamás lo dirías —contestó Cris desde el asiento de atrás.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te ha comido la lengua el gato? —pregunté divertido.

—¡Qué gracioso y ocurrente! —exclamó—. No, soy demasiado orgullosa para pedirte un favor..., supongo.

—Ah, eso me cuadra.

—¿Podremos comer algo también?

¡Vaya! ¡Comer! ¡Llevaban desde por la mañana sin probar bocado! Estaba tan acostumbrado a viajar de un tirón que no había caído en la cuenta de lo que era llevar compañía en un viaje largo. Definitivamente me estaba convirtiendo en un gato solitario, además de gruñón. Aunque... ¡qué diablos!, yo no les había pedido que me acompañaran, en cierta forma me habían secuestrado.

—Podrás comer, claro. Bien, creo que este sitio puede servirnos. Voy a bajar para alquilar dos habitaciones. Mientras tanto, por favor, despierta a Anna.

Cinco minutos después estaba de vuelta.

—¡Diablos!

—¿Qué pasa?

—Me temo que tendremos que buscar otro sitio, solo hay una habitación disponible.

—¡No! No puedo más, necesito algo de comer y una cama, en ese orden.

Me preguntaba si todas las mujeres-perro eran igual de mandonas.

—Pues nos apañaremos. ¿Por qué Anna sigue dormida? Te dije...

—No hay manera de despertarla. Inténtalo tú, a ver si puedes —me retó.

No podía resistirme a un reto, además, no podía ser tan difícil. Primero le toqué el hombro con suavidad. Al no obtener resultados, la llamé por su nombre y la sacudí con fuerza. Anna se agitó en sueños, me empujó con una

fuerza humana que me sorprendió y después murmuró un déjame enfadado.

—¡Te lo dije! —exclamó la sabelotodo de Cristina con una risa burlona que me sacó de quicio—. Cuando Anna se duerme no hay manera de despertarla, me ha pasado más veces. La tendrás que llevar en brazos.

—Ah, ¿tú no piensas ayudar?

Cris negó con la cabeza.

—Muy amable por tu parte —mascullé.

Resignado, aunque tampoco demasiado, tenerla tan cerca no me disgustaba en absoluto, la cogí en brazos. Me sorprendió el aroma que desprendía su bonito pelo negro.

—¿Puedes por lo menos cerrar el coche y abrirme la puerta del hotel?

—Supongo que podré —contestó Cris con desgana.

Si esa perra fuera hija mía le daría una buena lección de modales.

—No está nada mal... —comentó Cris escudriñando hasta el último rincón de la habitación.

—No me gusta dormir en cualquier parte. Para esas cosas soy...

—¿Qué eres?

—Un tanto sibarita.

—Algo típico en los gatos.

Ignoré su comentario y deposité el cuerpo relajado de Anna sobre una de las camas.

—Dormirás con ella. ¿Puedes llamar al servicio de habitaciones y encargar comida? Voy a darme una ducha.

—No y sí.

—¿Cómo?

—No, no pienso dormir con ella, y sí, puedo llamar para pedir comida.

—¿Cómo que no vas...?

—Hay un pequeño problema, es peligroso que duerma conmigo. Suelo atacar a mi acompañante cuando duermo..., lo hago sin darme cuenta.

—¿Atacar? —pregunté sintiendo un ligero escalofrío. ¡Qué poco me gustaban los perros!

—Sí, sin darme cuenta, muerdo lo primero que pillo. Las almohadas no me duran mucho. Mi hermano sabe perfectamente lo peligrosa que puedo ser en la misma cama.

Cerré la puerta del baño dando un sonoro portazo y solo cuando abrí el grifo de la ducha comencé a notar que mi enfado cedía. Si hubiera sido más joven lo más probable es que hubiera tenido que salir a escalar algún árbol o

alguna fachada para disipar mi enojo, pero un viejo diablo como yo había tenido tiempo suficiente para aprender a controlarse usando otras técnicas.

De cualquier manera, mi abuelo tendría que escucharme cuando volviera a verlo. ¡Hacer de canguro en contra de mi voluntad era una pesadilla! Y lo peor era tener que cuidar de una perra psicópata que mordía a la gente. No me quedaba otra que dormir en el suelo, la única silla de la habitación no parecía demasiado cómoda y, definitivamente, tenía que estar en posición horizontal para poder dormir a gusto.

Cuando por fin salí del baño, me encontré con unos cuantos platos vacíos y a Cris roncando sobre la cama libre. Bueno, por lo menos me había dejado algo de comer, aunque no demasiado. Después de llenar un poco mi vacío estómago, coloqué algunas mantas en el suelo y me acosté, pero media hora después me levanté furioso. ¡Yo había pagado el hotel! ¡Yo estaba viajando solo y ellas se habían metido sin mi permiso en *mi* coche! ¿Por qué diablos tenía que dormir en el suelo? No pensaba hacerlo, de modo que me tumbé junto a Anna; era mi mejor opción, a menos que quisiera levantarme con alguna parte del cuerpo desgarrada. Además, Anna dormía como un tronco, ni se enteraría de que había dormido junto a ella.

Su respiración lenta y sosegada me relajó al instante. Decidí aprovechar la situación para observarla. Era simplemente preciosa, además de dulce, lista y sumamente educada. Para qué me iba a engañar; me gustaba. Podía decírmelo a mí mismo, nadie me oiría, no había lectores de mentes al acecho, así que podía imaginarme lo que me diera la gana y si quería fantasear con la idea de besarla, tocarla, o incluso con la idea de..., bueno, quizá eso no, y no por mí precisamente.

Aspiré varias veces su aroma y, sin poder evitarlo, la besé suavemente en los labios, después me di la vuelta para no caer en la tentación de hacer algo peor y cerré los ojos.

Me despertó una sensación desagradable e incluso algo dolorosa. Abrí los ojos muy confuso y...

—¿Qué diablos! ¿Qué pasa? —grité incorporándome de golpe.

—¿Que qué pasa? ¿Qué hemos hecho? ¿Qué haces conmigo en la cama? ¿Dónde estamos? ¿Y por qué...?

—Sssh, tranquila, Anna, te lo explicaré, pero relájate. Paramos en un hotel para dormir y estabas completamente dormida. Solo había una habitación...

—¡Vete! —gritó empujándome fuera de la cama.

Me levanté de un salto.

—Lo siento, Anna, pensaba dormir en el suelo, pero era tan incómodo...

—Tu explicación está muy bien... ¿pero eso te da derecho a... a...?

—¿A qué? —pregunté confuso.

—¡A tocarme!

—Yo... —murmuré aún más confuso. ¡Oh, Dios! —. ¿Te he tocado? Lo siento, no era mi intención..., de verdad.

Anna respiraba muy fuerte, suponía que a causa del susto. ¡Qué idiota había sido! Tendría que haberme despertado antes que ella, pero estaba tan a gusto... Hacía siglos que no dormía tan bien como aquella noche.

—¿Dónde... dónde te he tocado?

—¡Déjalo! ¡No pienso decírtelo! —exclamó todavía enfadada.

—Yo... esto... lo siento. —Cris no estaba en la habitación, por lo que supuse que debía estar desayunando—. Te dejaré a solas para que te duches. Estaré... estaremos en el restaurante, planta cero. Estarás muerta de hambre.

Recogí mis vaqueros y la camiseta, que estaban tirados en el suelo. Por lo visto durante la noche me había desnudado de forma inconsciente, pero al menos no me había quitado el calzoncillo. En cuanto me subí el vaquero comprendí por qué Anna estaba tan asustada. ¡Diablos! ¡Estaba completamente empalmado! Salí a toda prisa de la habitación y terminé de vestirme en el pasillo. ¡Ni que fuera un amante pillado infraganti!

—¡Qué bonitas esas casas blancas! —exclamó Anna.

Acababan de llegar a La Coruña, el ambiente ya no era tenso, puesto que, por suerte, a Anna se le había pasado el enfado.

—Oh, se llaman galerías, creo que son del siglo diecinueve. Voy a aparcar por aquí y os dejaré en la plaza de María Pita, podéis caminar por la ciudad vieja, es muy bonita y hay algunas iglesias interesantes. Después podéis ir caminando hasta el dique de abrigo.

Caminaron bajo el sol del mediodía hasta llegar a la plaza de María Pita, donde estaba el ayuntamiento.

—Si necesitáis algo..., este es mi móvil —dijo Dom entregándoles una tarjeta—. Aunque es posible que no pueda atenderos, estaré en una reunión

importante.

Dom se separó de ellas con cierta brusquedad pero de repente se volvió hacia ellas sin sonreír.

—Ah..., Anna, por favor, vigila a Cris, puede ser peligrosa y no queremos que llame demasiado la atención. Confío en ti. ¡Hasta luego!

—Idiota —susurró Cris cuando ya se había alejado unos metros.

—¡Te he oído, Cris! —exclamó Dom—. Si fueras mi hija... te daría un azote.

—¡Ja! —contestó Cris enfadada—. ¡Cómo iba a ser tu hija si tan solo tienes veintiséis años!

Anna se rio, pero cuando Cris le clavó una mirada perruna, se calló.

—Esta plaza es muy bonita, ¿no crees?

—Sí —contestó Cris algo distraída—. ¡Qué calor hace!

—Demasiado. Quizá deberíamos ir a la playa y pasar de todo, ¿qué opinas?

—Que no tenemos traje de baño. Además... —Cris bajó la voz tanto que era casi inaudible—, tengo otros planes.

—¿Qué planes? —preguntó Anna, asombrada con que la pequeña Cris tuviera *otros* planes y no lo hubiera comentado con ella.

Cris enfocó con su zoom natural y decidió que ya podía hablar sin temor a que Dom las oyera.

—Vamos a seguir a Dom.

—¿Por qué haríamos algo así?

—¡Pues para qué va a ser! Para ver qué trama.

—No quiero que lo sigamos, no me parece bien. Ha venido por trabajo.

—Ya, ¡y un cuerno! Y si es por trabajo, quiero saber qué misterioso trabajo tiene. Yo voy a seguirlo, tú haz lo que quieras —dijo decidida Cris, y echó a andar en la misma dirección que Dominique.

Anna a veces se preguntaba si realmente Cris tenía catorce años o los había engañado a todos, aunque quizá hubiera madurado a causa de las circunstancias de la vida. Se quedó durante unos segundos algo indecisa, sin saber qué hacer, pero como no le apetecía nada visitar la ciudad sola, siguió a Cristina. Además, en el fondo, ella también sentía curiosidad por saber más cosas sobre ese chico tan atractivo y misterioso.

Todavía estaba molesta con él por haberse colado en su cama, aunque tenía que confesar que no le había importado demasiado encontrarse en sus

brazos al despertar; se había sentido sumamente protegida a pesar de que no le transmitía precisamente calor, sino todo lo contrario, ya había aprendido que los gatos desprenden más bien frío. Sin embargo, no le había hecho tanta gracia que su mano acabara misteriosamente sobre su pecho izquierdo cuando se había agitado en sueños. Sonrió para sí al pensar en la fuerte bofetada que le había dado, se había despertado de golpe completamente aturdido. Quizá había sido demasiado severa con él, era evidente que no lo había hecho a propósito.

—Se ha metido en ese edificio —comentó Cris señalando una bonita y antigua fachada blanca con grandes ventanales situada en plena ciudad vieja.

Un señor menudo y barrigudo salía del edificio y, al verlas, les dejó la puerta abierta para que pudieran pasar.

—Pero... no deberíamos haber entrado, nos va a ver u oler —susurró Anna en el oído de Cris, pero ella no parecía estar escuchándola.

—Mira... —dijo Cris un segundo después—, tiene un buzón para las cartas a su nombre.

—No puede ser..., me dijo que no vivía en La Coruña. —Anna se enfadó al comprobar que le había mentado como a una tonta. Ponía claramente su nombre, *Dominique Chatte*. Aunque en realidad ese no era su primer apellido.

De repente, Cris agarró a Anna del brazo e hizo un gesto con la cabeza para abandonar el edificio. Anna la siguió a toda prisa y se escondieron a una prudente distancia de la casa. Desde su nueva posición podían ver la entrada del portal y Anna se quedó asombrada cuando vio salir al doble de Dom vestido con traje y corbata. Tuvo que reprimir las ganas de silbar, Dom estaba sumamente elegante y más atractivo que nunca, si es que eso era posible. Anna lo siguió con la mirada, Dom caminaba con paso decidido hacia quién sabía dónde. Cuando lo perdieron de vista, Cris, que, por instinto, se había quedado completamente quieta y en tensión, se irguió de un salto.

—Tengo que reconocer que, a pesar de lo chulo y borde que es, el gatito está muy bueno —comentó Cris.

—¿Gatito? —Anna tuvo que reírse ante el comentario de su amiga—. Sí que lo está, y con traje todavía más.

—Vamos, sigamos su rastro.

—Lo seguirás tú, porque lo que es yo...

—Sssh, no hables, que los gatos tienen un oído muy fino.

—¿Más que los perros?

—Aunque no me guste admitirlo, así es —contestó Cris.

Anna seguía a Cris suponiendo que efectivamente estaban tras la pista de Dominique, porque ella no lo veía. Pasaron junto a una iglesia de piedra muy bonita con una especie de rosetón y con un cruceiro frente a ella —Dom les había explicado lo importantes que eran los cruceiros en Galicia, y que su uso exacto y su origen seguían siendo una incógnita.

Por segunda vez en poco tiempo, Cris la agarró del brazo haciéndola retroceder hasta esconderse ambas detrás del cruceiro y le hizo una seña con la mano para que se mantuviera callada. Anna siguió su mirada. Dom estaba hablando con una chica. Era algo rellenita, con ojos azules saltones y el pelo, rubio pajizo, enredado en una trenza, pero resultaba atractiva. Anna aguzaba el oído, pero se le escapaban algunas palabras.

—¡Amelia! ¿Cómo estás?

—Bien... de verte por aquí... ¿vienes para quedarte?

—No, solo vengo por trabajo. ¿Cómo está... tu amigo...?

—¿Te refieres a Pedro? Ya no estoy con él, Dom.

—Ah.

—¿...esta noche? Me gustaría hablar contigo.

—Eh..., no lo sé, te llamaré luego. Ahora tengo prisa. ¡Adiós!

¿Quién sería aquella chica? Dom se había alejado mientras Amelia lo observaba, estaba clarísimo que le gustaba Dominique. Por alguna extraña razón, Anna sintió una rabia que le subió por el estómago, como si de alguna manera Dom le perteneciera después de haber pasado la noche juntos. «Pero qué estúpida soy», se dijo a sí misma.

Recorrieron un gran trecho hasta que Dom se metió en un edificio de piedra de aspecto barroco con grandes ventanales.

—Será mejor que entres tú, a mí me olería enseguida, en cambio a ti le costará distinguirme. Luego me cuentas todo, ¿de acuerdo?

Anna asintió y se preguntó si debía entrar como si supiera lo que estaba haciendo o si sería mejor esconderse. Decidió que la primera opción era más segura, siempre podría inventar una excusa para estar allí.

No había nadie en la entrada y se dejó llevar por su instinto simplemente humano. Subió la escalera y abrió la primera puerta que se encontró a la derecha con mucho sigilo, intentando imitar a un gato. Había mucha gente dentro pero sus ojos encontraron enseguida a Dom sentado en una hilera de butacas muy antiguas. Era una suerte que estuvieran todos hablando y haciendo ruido, aquello le permitió agazaparse detrás de un mueble de madera

de roble.

Justo cuando se había acomodado, oyó como se cerraba una puerta, lo que hizo que automáticamente todas las voces se acallaran de golpe. Desde su escondite era posible espiar lo que estaba sucediendo sin que pudieran descubrirla. El hombre que había entrado, algo bajo y extremadamente delgado, se colocó frente a su audiencia y comenzó a hablar.

—Se abre la sesión, señorías..., letrados... —Se aclaró la garganta y continuó hablando—. Primer caso. Señoría Frascatelli, por favor...

Una señora joven y vestida con elegancia se colocó junto él.

—Buenos días. Mi caso es el siguiente: la señora Giacomini, de naturaleza gato, acudió a mí para exponerme que su vecino, de naturaleza perro, casi mata a su hijo pequeño cuando, sin darse cuenta, este se metió en el jardín de su casa. Asegura que su vecino le mordió el brazo y que, a causa de la infección, casi tienen que amputárselo. Los hechos tuvieron lugar hace unas semanas en el lago de Como, en Italia.

—Gracias, señoría. ¿Hay algún procurador italiano en la sala?

—Yo, ilustrísimo señor —dijo un joven atractivo levantándose de su asiento.

—De acuerdo, se ocupará usted de este caso. ¿Algún inconveniente?

—Ninguno, su ilustrísima.

—Muy bien, siguiente caso. Señoría Chatte.

Dom se levantó con decisión y se colocó a la derecha del moderador.

—Buenos días. Si su ilustrísima me lo permite, desearía no dar nombres, puesto que mi caso todavía se encuentra en fase de investigación —solicitó.

—De acuerdo, señoría, continúe —accedió el moderador haciendo un gesto con la mano.

—Gracias, ilustrísimo señor. Mi caso es el siguiente: se trata de un caso... —Tosió levemente antes de continuar— de matrimonio entre un perro y una gata.

Gracias al murmullo que se formó entre los presentes comentando el asunto en diferentes idiomas, nadie oyó el lamento que salió de la garganta de Anna, que se tapó rápidamente la boca y se escondió más aún detrás del mueble. Su corazón comenzó a galopar de tal manera que temió que alguna de las criaturas allí reunidas pudiera oírlo.

—Eso no es posible, señoría —objetó el moderador—. Un perro y un gato jamás se sentirían atraídos, va contra su naturaleza. Tiene que haber algún

error.

—No lo hay, yo mismo estaba presente —contestó Dom.

Anna supo que no había ninguna duda, estaba hablando de su hermano Hans y de su amiga Val. Sintió que sus piernas temblaban y dio gracias por estar en cuclillas.

—Entonces hay que ocuparse de este caso, además de forma urgente. Señoría, complete su investigación y preséntelo cuanto antes.

—Sí, su ilustrísima.

—Insisto, es urgente. Si necesita ayuda, por favor, háganoslo saber — Dom asintió—. Queda usted excusado, no es necesaria su presencia en la asamblea.

Anna, a pesar de sentirse ligeramente mareada, consiguió escapar por donde había entrado. Cuando llegó hasta donde estaba Cris, se dejó caer en el suelo y rompió a llorar.

6. Helena. La abadía

Abadía de Lérins. Mayo 1943.

No quedaba mucho para llegar a Cannes y desde allí solo tendríamos que conseguir una embarcación que nos llevara a la isla de Saint-Honorat, donde se erigía la fortificada abadía de Lérins, habitada por monjes cistercienses desde hacía casi un siglo.

A medida que nos acercábamos a nuestro destino, el rostro de Roberto se hacía más sombrío. Me preguntaba qué estaría pensando. No tenía que ser nada fácil para él llevar toda la vida sin saber nada de sus orígenes, de su familia; en definitiva, no saber quién era. Esperaba que encontrara todas las respuestas en la abadía.

Esa misma mañana Roberto había intentado evitar que lo acompañara.

—Helena, te agradezco tu ayuda en esto, pero... creo que debería ir yo solo a Lérins. Puede ser peligroso, los controles...

—Me da igual, me gustaría acompañarte.

—Creo que es mejor que te quedes, no quiero ponerte en peligro. Tu padre...

—Quiero ir. Y olvídate de mi padre —dijo resolutiva.

—No —dijo de un modo cortante, y echó a andar hacia el coche—. Lo siento, Helena.

—¡Roberto! —Fui detrás de él y evité que siguiera alejándose poniendo una mano en su hombro—. Ni siquiera quedarme aquí sola es sinónimo de estar protegida, en los tiempos que corren todo es peligroso y creo que estaré más segura contigo.

Creí ver que se le iluminaban los ojos.

—Está bien, sé que cuando se te mete algo en la cabeza no hay manera de convencerte de lo contrario.

Cuando hacía esos comentarios sobre mí se me ponía la piel de gallina, realmente parecía conocerme.

—Además, creo que estoy involucrada en esto —añadí.

Me sonrió débilmente.

—Es cierto, si no fuera por ti jamás habría visto ese mensaje. ¡Vamos!

Roberto se había vestido de paisano, sabíamos que su tapadera alemana ya no era muy fiable después de que aquellos militares italianos nos hubieran perseguido el día anterior.

Tuvimos la mala suerte de que nos pararan en un control. Sin embargo,

la estratagema de usar la habilidad de Edmund para que los militares vieran lo que yo quería que viesen en el salvoconducto que les entregamos funcionó, para asombro de Roberto y quizá también del mío, yo era una mera farsante, el verdadero maestro era mi hermano mayor.

Cuando retomamos el camino, me decidí por fin a hacerle una pregunta que llevaba rondándome la cabeza desde que me había despertado aquella mañana.

—Roberto..., quería preguntarte algo. Verás, ayer bebí bastante más vino de lo que debería. A veces, cuando bebo..., en fin, no recuerdo todo lo que pasó anoche. ¿Dije algo inapropiado?

Me preguntaba si le habría comentado lo atractivo que me parecía o si le habría confesado que era el primer hombre, después de morir Dom, que hacía que sintiera calor.

—Inapropiado... —dijo pensativo—. Bueno, no sé a qué te refieres con eso exactamente, tan solo me hablaste de tu habilidad.

Lo miré sorprendida y aliviada al mismo tiempo.

—Oh.

—Yo también quería preguntarte algo. ¿Puedes ver mis habilidades?

Me quedé callada por unos segundos.

—Verás..., no. Eres la primera persona a la que no puedo... Eres inaccesible.

—¡Qué extraño!

—Bueno, al menos no soy la única a la que no le funciona.

—¿A qué te refieres?

—A mi padre tampoco.

—¿A tu padre? ¿Qué habilidad tiene tu padre?

No sabía si debía contarle todos los secretos familiares, aunque, por otro lado, él me había contado parte de su vida y ahora mismo estábamos de camino a averiguar algo más sobre él, o al menos eso parecía. Roberto había arriesgado su vida por mí y, aunque ignoraba por qué, confiaba en él. A pesar de que seguramente Edmund se enfadaría —no, más bien, se enfurecería si supiera que le contaba algo que no sabía nadie más que la familia y el profesor Miró—, decidí concederle el beneficio de la duda.

—No es algo que suela contar a nadie..., pero te lo diré. Mi padre es lector de mentes.

—¿Te refieres... a que puede leer la mente de las personas?

Me miró asombrado.

—Exacto.

Roberto se quedó por un momento absorto mirando la carretera.

—Nunca había oído algo así, tu familia es completamente asombrosa. Tú, tu padre, tu hermano Edmund...

—Sí, sé que no es habitual que toda la familia tenga alguna habilidad.

—¿Los demás también tienen?

Asentí.

—Eugène puede distinguir a los híbridos, algo que nadie puede hacer.

—¿Híbridos? ¿Qué son los híbridos?

Lo miré perpleja.

—Pensé que eras un experto en el mundo de las criaturas.

—No, yo no diría eso, apenas sé algunas cosas.

—Los híbridos son mitad gatos o mitad perros, pero no tienen todas sus habilidades. Sin embargo, no tienen aroma y nadie puede distinguirlos, salvo mi hermano, claro. Me pregunto si tú serás un híbrido; no tienes aroma ni forma de gato, pero tienes habilidades gatunas —comenté sin dejar de admirar su perfil.

Roberto clavó sus ojos color azabache en mí durante unos segundos, su semblante se había vuelto serio de nuevo. Después desvió el coche por un camino y lo detuvo a la sombra de un árbol.

—Helena... No quiero asustarte, pero..., verás..., en realidad no sé lo que soy.

—¿Qué?

—No sé quién soy ni qué soy, por eso llevo toda la vida investigando sobre mis padres, aunque no ha sido muy fructífero. —Tomó mis manos entre las suyas algo indeciso—. Es la primera vez que tengo una pista fiable gracias a ti.

—No sabes lo que eres... —Claro, ¿cómo lo iba a saber? Aunque...—. Un momento. —Aparté las manos sin saber por qué—. Aunque no sepas quiénes son tus padres, deberías ser capaz de ver tu forma de gato.

—No la he visto nunca.

—Yo tampoco puedo verla, y debería poder hacerlo. Quizá tenga que ver con alguna habilidad que tienes. A lo mejor eres impenetrable, inaccesible, como un muro.

—Mmm, no lo sé. Pero te aseguro que, aunque tú no puedas verlo, soy una persona que siente y padece...

Sí, en eso tenía razón, sus ojos, a pesar de ser oscuros, eran cálidos y

brillantes, tenían vida, luz, expresaban esperanza.

—Te aseguro que siento —añadió mirándome con intensidad.

—Tienes razón. —Aparté la mirada algo incómoda—. Quizá deberíamos seguir.

—Por supuesto —murmuró Roberto arrancando de nuevo el coche.

Hacia rato que habíamos aparcado el coche en el puerto, en un lugar estratégico desde el que podíamos estudiar el terreno; como había dicho Roberto, antes de actuar, había que estudiar.

—No tendremos más remedio que esperar a que anochezca —comentó Roberto.

—Me temo que sí. ¿Qué embarcación crees que deberíamos coger?

—La más silenciosa.

De modo que, cuando oscureció, ambos nos acercamos sigilosamente hasta la embarcación más pequeña. Roberto desató la cuerda y nos escondimos dentro del bote.

—¡Oh, demonios! —exclamó Roberto.

—¿Qué te pasa? —susurré.

—Este bote está lleno de grasa, me he manchado la camisa.

—¡Vaya! Será mejor que te la quites.

—Sí.

—¿Crees que ya podemos levantarnos? —pregunté al cabo de un rato.

—Todavía no. No seas impaciente. —Sonrió—. Es mejor que piensen que el bote se ha desatado que no que nos vean a nosotros.

Cuando lo vio prudente, Roberto se incorporó y comenzó a remar. Me parecía hipnótico observar cómo la camiseta le marcaba los músculos de los brazos con cada golpe de remo. Estaba de lo más atractivo completamente centrado en la tarea, su mente parecía ajena a ese lugar y ese momento. Me preguntaba qué estaría rondándole la cabeza. Me frustraba no poder ver cuáles eran sus habilidades, en algún momento tendría que resignarme a preguntarle directamente. Aunque, por ahora, me conformaba con analizarlo. Parecía un hombre paciente, metódico, era rápido en tomar decisiones —a juzgar por cómo mató a aquel odioso perro—, frío cuando tenía que serlo —lo fue cuando me interrogó en la frontera—, emocional sin poder evitarlo en otras ocasiones. Definitivamente era completamente imposible que pudiera descifrar para qué había nacido.

—¿Quién va? —preguntó una voz grave de hombre desde el pequeño

embarcadero que había en la isla. ¡Por fin habíamos llegado!

—Somos... —comenzó a decir Roberto, dudando qué decir; después de mirarme fijamente concluyó—: el señor y la señora Mage.

—No sé quiénes son, pero no deberían haber venido a estas horas.

—Tenemos que ir a la abadía, es una emergencia —intervine.

El hombre, a pesar de estar moviendo la cabeza de forma negativa como evidenciando que estaba en completo desacuerdo con nuestra presencia, se acercó para ayudarnos a amarrar el pequeño bote.

—No creo que puedan entrar a estas horas en la abadía. ¿Cuál es la urgencia?

Al ver que Roberto no se aventuraba a decir nada, decidí actuar.

—Oh, verá, señor —expliqué mientras dejaba que me cogiera de la mano para ayudarme a salir del bote—, es una emergencia médica —continué, señalando mi pie.

A pesar de la oscuridad, se fijó en el pie vendado, después sus ojos se pasearon por mi cuerpo, para terminar en mis ojos.

—Oh, quieren ver al hermano Simeon.

—Exactamente, señor —confirmé aliviada. Aunque era la primera vez que pisaba una abadía, había supuesto que debía tener un médico.

—En ese caso será mejor que me siga... que me sigan, quiero decir —se corrigió mirando hacia Roberto, como si se hubiera olvidado de él—. Aunque... Señora, ¿cómo va a llegar hasta el monasterio? Hay una pequeña caminata.

¡Las muletas! Las había olvidado por completo.

—Yo me ocuparé de la señora Mage —comentó Roberto acercándose a mí para cogerme en sus fuertes brazos desnudos.

¡De nuevo me tocaba hacer el papel de dama en apuros! Era la historia de mi vida. Habría podido caminar perfectamente, pero, ya que aquel hombre estaba decidido a presentarnos al hermano Simeon a causa de mi pie, no quería poner ninguna objeción. De cualquier modo, me gustaba el calor que me transmitía su cuerpo.

Preocupado, el hombre apuntaba con su linterna el camino delante de nosotros para que Roberto no se cayera, algo totalmente innecesario para unas criaturas como nosotros. Nos dejó en manos de un fraile poco hablador que nos llevó hasta una sencilla habitación. Roberto me depositó con mucho cuidado en una butaca para después ponerse la camisa.

El hermano Simeon, que no tardó en llegar, ataviado con un hábito

blanco, resultó ser un hombre enjuto y perspicaz. Su mirada pasó del sucio vendaje de mi pie a la camisa manchada de grasa de Roberto antes de conducirnos a una habitación y cerrar la puerta tras de sí.

—En realidad no vienen por mi conocimiento en medicina, ¿verdad?
—No esperó a que contestáramos—. Supongo que están huyendo de los militares, ¿me equivoco?

En realidad era en parte cierto, por lo que ambos asentimos.

—Bien, como monje que soy, no debería tomar parte en esta sangrienta guerra, pero... soy búlgaro de nacimiento y francés de corazón, de modo que... los alojaré esta noche, pero mañana tenemos que ver la manera de devolverlos sanos y salvos a tierra.

—Oh, gracias, señor... digo hermano Simeon —respondí, feliz por su resolución.

—Vengan por aquí.

Roberto hizo ademán de cogerme en brazos de nuevo, pero le hice una clara señal de que no era necesario.

Lo seguimos a lo largo de varios pasillos fríos y húmedos, así como de algunos patios interiores realmente hermosos. Un monasterio era el lugar perfecto para que los oídos de unas criaturas pudieran encontrar por fin la paz, solo se oían los susurros de algún monje rezando y de las olas que rompían contra la isla.

—Pueden dormir aquí, ahora les traeré algo para comer.

—Pero... solo hay una cama —objeté.

—Oh, sé que es pequeña, señora Mage, pero esto es un monasterio, no un hotel de lujo. Imagino que a un matrimonio joven, como son ustedes, no le importará estar más apretados de lo habitual —dijo sonriendo y cerrando la puerta tras de sí.

—Helena..., dormiré en el suelo.

El suelo era de piedra y debía de ser lo más incómodo y frío del mundo.

—He dormido en circunstancias peores, no te preocupes —dijo, como si hubiera leído mi pensamiento.

Recogí las mantas que había sobre la cama y se las tendí.

—Gracias, Helena, pero deberías quedarte con al menos una manta, tendrás frío —comentó mirando mi primaveral vestido.

—Está bien...

Me sonrió. Alguien llamó a la puerta y ambos nos miramos

sobresaltados para relajarnos acto seguido, tan solo era la cena. Roberto recogió la manta del suelo para no delatarnos y abrimos la puerta.

—Les he traído un poco de pan y queso. Ah, y un vino que hacemos nosotros. Espero que les guste.

—Oh, muchísimas gracias por todo, hermano.

Inclinó ligeramente la cabeza y salió.

—Vino —murmuré en voz alta sin darme cuenta.

—Te vendrá bien para entrar en calor, estás helada —dijo Roberto mientras me envolvía en una de las mantas—. Aunque sea solo un vaso.

Asentí. Tenía razón, estaba completamente helada después de nuestro húmedo viaje en barca. Tanto el vino como el queso me supieron a gloria.

Antes de acostarnos acordamos comenzar nuestra pequeña búsqueda al día siguiente, a pesar de que no teníamos ni idea de qué buscábamos exactamente. ¿A una persona? ¿Alguna pista? ¿Lo reconocería algún monje? Estábamos completamente a ciegas, pero el mensaje de sus padres era bastante claro, teníamos que estar en ese lugar y lo habíamos conseguido.

El cargo de conciencia por lo cómoda y caliente que estaba, cuando Roberto estaría helado e incómodo, hizo que tardara bastante en caer en brazos de Morfeo, sin embargo, en cuanto oí la fuerte respiración de mi acompañante, conseguí relajarme; si él podía dormir en tales circunstancias, yo también tendría que hacerlo.

Algo me despertó. Me costó horrores abrir los ojos, me daba la impresión de que acababa de quedarme dormida. Roberto no estaba en el suelo y la puerta estaba abierta. No me preocupé por vestirme y salí en combinación y descalza. Roberto no había dejado ningún rastro, puesto que no tenía aroma, sin embargo, podía oír su suave caminar.

Divisé su ancha espalda a lo lejos dirigiéndose con paso lento pero seguro hacia Dios sabía dónde, iba en camiseta y pantalones, aunque descalzo.

—Roberto —susurré cuando llegué a su altura.

En vista de que no me contestaba, lo cogí de la mano, la tenía demasiado relajada, como si siguiera dormido. No me miró, ni se inmutó cuando le pasé la mano por delante de los ojos, siguió caminando como si yo no estuviera allí; definitivamente era sonámbulo. Tendría que seguirlo, puesto que no quería que se metiera en problemas. Atravesamos varios patios interiores sin encontrarnos con nadie. Yo seguía maravillada de lo silenciosos que eran los monjes cistercienses. Después de unos minutos, nos topamos con una antigua puerta gruesa de madera. Roberto la abrió y el aire se inundó de

olor a pergamino antiguo, siempre había adorado el aroma a biblioteca.

Roberto se dirigió a las estanterías de la izquierda y puso la mano sobre los lomos de los libros que sobresalían. Siguió caminando y rozándolos de tal manera que iba dejando su huella por todos aquellos libros. Me pregunté qué estaría intentando hacer, pero no me dio tiempo a pensar demasiado, ya que de repente Roberto pegó un salto inmenso hacia arriba haciéndose con un tomo que estaba en lo más alto de la estantería. Ya podía decir sin ninguna duda que era un gato, un perro jamás habría podido dar un salto como aquel.

Colocó con suavidad el libro abierto sobre una de las mesas que recorrían la biblioteca y sopló sobre las hojas. Me quedé embobada mirando cómo, por arte de magia, las hojas iban pasándose sin que nadie las moviera, hasta que, casi hacia el final del libro, se pararon sin razón aparente. Me incliné para ver mejor, mi curiosidad gatuna me delataba. ¡Diablos, había un sobre entre aquellas páginas! Un escalofrío me recorrió la espina dorsal cuando leí lo que ponía: *Roberto Salvador Mage*.

Roberto, sin demostrar ninguna emoción, a pesar de que ese debía ser el tipo de hallazgo que ansiábamos, se la guardó en el bolsillo del pantalón y se dirigió a la salida. Lo seguí hasta nuestro dormitorio y, cuando se disponía a tumbarse sobre el frío suelo, lo agarré suavemente de la mano.

—No, ahí no, será mejor que duermas en la cama. —Lo llevé como a un bebé y él se tumbó obediente.

Todavía quedaba un hueco para mí, de modo que decidí tumbarme junto a él y agarrarlo de la camiseta, si por alguna razón decidía volver de excursión nocturna cuando ya me hubiera dormido, me daría cuenta. Además, estaba empezando a sentir el cansancio en los huesos y mis ojos se cerraban sin poder controlarlo.

—¡Nooo! ¡Noo! ¡Déjame! —Roberto me despertó gritando en sueños.

Se agitaba inquieto de un lado a otro y estaba bañado en sudor frío.

—Sssh, tranquilo Roberto, no pasa nada —dije intentando calmarlo.

—¡Noo! ¡Suéltalo! —Mis intentos de tranquilizarlo no parecían muy efectivos.

Mi instinto hizo que me levantara de la cama justo antes de que Roberto descargara su puño contra el colchón, donde antes estaba mi estómago. Siguió dando puñetazos sin parar. Tendría que aplacarlo antes de que acabara destrozando el colchón y tuviera que inventar una excusa que darle al hermano Simeon. Me acerqué con cautela a él y le susurré que todo iba bien. Sin embargo, mis palabras lo irritaron más, a juzgar por cómo me

agarró de los hombros y la fuerza con que me empujó contra la pared. Estaba fuera de sí y su comportamiento empezaba a preocuparme.

—¡Roberto! ¡Soy yo, Helena! No soy tu enemigo. ¡Despierta, Roberto!

Me hacía demasiado daño en los brazos. De nuevo sentí que iba a darme un puñetazo y mis reflejos volvieron a salvarme, aunque la pared no tuvo tanta suerte. Dudaba de que pudiera seguir luchando contra él, era mucho más fuerte que yo, y, por primera vez, sentí miedo de verdad.

—¡Te he dicho que lo sueltes! —exclamó, lógicamente hablando con un fantasma.

No me quedaba más remedio que... Sí, ese sería el único modo de hacerlo entrar en razón y quizá de despertarlo. Justo cuando levantó el brazo con la clara intención de descargar su puño contra mi mejilla, me abalancé sobre él. Lo besé con dulzura, no quería que pensara que intentaba morderlo y me volviera a empujar contra la pared. ¡Estaba funcionando! Roberto había respondido a mi beso y había bajado el brazo. ¡Vaya que si había respondido a mi beso! Lo hacía con desesperación mientras me cogía con fuerza por la cintura. Después sus manos agarraron mi trasero atrayéndome hacia él. Apenas podía respirar de lo pasional que era. Hacía milenios que nadie me tocaba de esa manera, que nadie me besaba con tanto anhelo, con tanta pasión. No lo había deseado durante los últimos años, ningún hombre había conseguido despertar un mínimo interés en mí y sin embargo Roberto... Parecía como si él hubiera dado con la tecla de encendido correcta y mi cuerpo estuviera respondiendo a su llamada. Sin embargo..., no podía, no debía, tenía que apartarlo. Podía sentir lo excitado que estaba, pero no debía dejar que aquello siguiera su curso por mucho que mi cuerpo hubiera despertado después de una larga hibernación.

—Oh, Helena..., te deseo tanto... —susurró en mi oído y sus manos se deslizaron dentro de mi combinación con tanta fuerza que noté como desgarraba la tela.

—¡Roberto! —intenté separarlo de mí, aunque fue en vano, era tan fuerte que no podía ni moverlo—. ¡Roberto Salvador Mage! ¡Despierta de una vez!

Aquello pareció funcionar. Roberto me miró por primera vez de forma clara y consciente, como si por fin hubiera despertado.

—¿Helena? ¿Qué...? —Me miró de arriba abajo. Estaba desaliñada, medio desnuda y enfadada, o quizá no lo estaba, en realidad no sabía cómo me sentía; confusa y trastornada sería un comienzo—. ¿Qué ha pasado? ¿Te he

hecho yo esto? —me preguntó asustado.

—Sí, aunque... —intenté aclarar, sin embargo, no dejó que terminara mi explicación, salió disparado hacia la puerta—. ¿A dónde vas?

—Ahora mismo no puedo tenerte cerca, Helena, tengo que alejarme de ti.

Salió dando un portazo.

Roberto siguió el rastro del olor a comida a pesar de que no tenía nada de hambre, pero pensó que tal vez de ese modo se distraería un rato. El día había amanecido lluvioso y con niebla, ni siquiera se veía la costa de Cannes desde la ventana de una de las salas, donde se había refugiado el resto de la noche. Había salido de la habitación que compartía con Helena no solo avergonzado por lo que había sucedido, sino también incapaz de estar delante de ella con su miembro en aquel estado.

No había podido pegar ojo, no dejaba de preguntarse cómo había podido forzar a Helena a... No podía comprender cómo había hecho algo semejante, jamás había caído tan bajo; romperle la ropa, besarla, tocarla. Porque, aunque no recordaba con claridad lo que había sucedido, sabía que lo había hecho. Todavía podía sentir el sabor de su boca, el suave tacto de su precioso trasero, el calor que había desprendido su cuerpo cuando la había abrazado, sus pechos turgentes y suaves como la seda. Por un momento pensó o, más bien, se hizo la ilusión de que ella había aceptado su contacto, pero era evidente que habían sido imaginaciones suyas. Por desgracia lo había estropeado todo; Helena no se lo perdonaría. Pero lo peor de todo era que él no se lo podría perdonar a sí mismo. Jamás había abusado de una mujer, era algo impensable, pero suponía que la desesperación lo había llevado a perder el juicio por completo.

Entró en lo que debía ser el refectorio y se quedó contemplándolo desde la puerta; había decenas de monjes desayunando en un medio silencio bastante agradable mientras uno de ellos leía un extracto de la Biblia, de pie en un púlpito de piedra. Necesitaba paz y consuelo y parecía que había ido a parar al lugar adecuado.

—Señor Mage, ¿qué tal ha dormido usted? —susurró el hermano Simeon, que se había acercado a él.

—Oh, muy bien, gracias, hermano —mintió.

—¿Su mujer?

—Supongo que durmiendo.

—Bien, será mejor que le lleve el desayuno a la celda, así lo tendrá ahí cuando despierte.

—¿Por qué? —preguntó con sincera curiosidad.

—Bueno..., verá, creo que este no es un lugar adecuado para una mujer —dijo mirando nervioso a su alrededor—. Los monjes no estamos acostumbrados a mujeres, y menos a mujeres...

Tan bellas, pensó Roberto. Se podía imaginar el revuelo que podría ocasionar su preciosa Helena, con sus cabellos dorados como el sol, esos ojos grisáceos tan sumamente perturbadores y su encantadora y hechizante sonrisa.

—Me temo que es demasiado tarde. —Podía oler el maravilloso aroma a melocotón mezclado con lavanda de Helena—. Está viniendo hacia aquí.

—¿Qué? —preguntó el hermano Simeon mirando alarmado por encima de mi hombro.

—¡Buenos días! —saludó feliz Helena mirando al monje, sin embargo, cuando su mirada se posó en la de Roberto, se volvió más seria, incluso turbada.

El hermano Simeon le pidió ayuda a Roberto con una simple mirada de socorro que hizo que reaccionara.

—Helena... me gustaría hablar contigo. ¿Podemos volver a la habitación?

En ese momento la mirada de prácticamente toda la comunidad de monjes estaba clavada en ellos.

—¿Podemos hablar luego? Estoy muerta de hambre —dijo dando un paso al frente.

—Señora Mage... Le llevaré encantado el desayuno a su celda. —El hermano Simeon la miró suplicante.

Helena paseó la mirada por el vasto refectorio y se dio cuenta de que todas las miradas estaban clavadas en ella. Sin decir nada, se giró, dispuesta a abandonar la sala. Roberto la siguió, sabiendo perfectamente lo que estaba pensando. Cuando entraron en el dormitorio, se volvió enojada hacia él.

—Lo sé... —se anticipó Roberto—. No te gusta ese tipo de comportamiento tan retrógrado. Pero tienes que pensar que estos monjes nos han alojado de corazón y tendremos que jugar según sus propias reglas. —Helena seguía enojada, Roberto podía sentirlo—. Yo tampoco estoy de

acuerdo con esa actitud, lo sabes perfectamente.

«Aunque ya no sé qué pensar después de lo sucedido anoche».

—¿Por qué siempre sabes lo que pienso, lo que opino? Bueno, mejor no quiero saberlo —dijo mientras se sentaba.

—Me temo que tendremos que adaptarnos, puesto que necesitaremos quedarnos aquí unos días más, hasta que consigamos encontrar algo.

Helena lo miró sorprendida, con la boca ligeramente abierta.

—Está claro que no recuerdas lo que sucedió anoche... Mira en el bolsillo trasero de tu pantalón.

Roberto, aún sin comprender lo que estaba diciendo, se palpó los bolsillos y sacó el sobre.

—¡No puede ser! Esta letra...

—¿La reconoces?

—Sí —contestó, y se dejó caer sobre la cama—. Es la letra de mi madre.

Helena se levantó.

—Será mejor que te deje a solas.

—¡No! Quiero que te quedes, por favor —rogó Roberto. Tuvo el impulso de agarrarla de la mano, pero no lo hizo—. Eres parte de mi historia.

Helena asintió y volvió a sentarse. Ambos miraron hacia la puerta, ya que habían captado el aroma del hermano Simeon, que se estaba aproximando.

—Les he traído algo para desayunar —anunció poniendo una bandeja sobre la mesa, de madera de roble.

—Gracias, hermano —dijo Roberto.

Cuando el hermano Simeon abandonó el aposento, Roberto abrió el sobre y desplegó la carta. Su voz grave resonó en la habitación. Leyó las palabras de su madre sin mostrar ninguna emoción, ningún cambio en la entonación, ninguna lágrima, ninguna expresión en el rostro, salvo la mera concentración..., como si estuviera leyendo las noticias de un periódico. Cuando terminó, fue hacia la ventana. Se quedó allí, mirando la inmensidad del mar, sin decir una sola palabra, ni siquiera había mirado a Helena. Si lo hubiera hecho, se habría dado cuenta de que ella tenía los ojos inundados de lágrimas.

—Bueno, definitivamente tendremos que quedarnos durante unos días más en la abadía —comentó Roberto sin dejar de mirar el oleaje.

Sintió que Helena estaba junto a él y le había cogido suavemente la mano. Se volvió hacia ella aunque en realidad no la estaba mirando, no podía

ver, ni siquiera oler. Estaba perdido en sus pensamientos, se sentía como en una nube, solo, perdido, abandonado, no sabía ni siquiera dónde estaba, todo era irreal, denso, opresivo, hasta el aire que respiraba era sofocante. Pero algo hizo que su mente volviera a la realidad, a aquel momento, a aquella habitación de la abadía, y fue gracias a Helena, que lo estrechaba con fuerza, rodeándole el cuello con los brazos y murmurándole al oído:

—Abrázame fuerte, Roberto.

Esas palabras y el roce de su cuerpo hicieron que por fin reaccionara. La abrazó con tanta fuerza que temió haberle roto alguna costilla.

7. Val. Buscando a Hans

Norte de Italia. Julio.

Llevábamos un rato en el coche. Mi tío Edmund tenía cogida mi mano como si fuéramos novios, pero la razón era bien distinta; tan solo le servía de guía para poder rastrear a Hans, que nos llevaba entre cinco y siete horas de adelanto. Todavía seguía dándole vueltas a la suposición de Antonie, pero por más que lo hacía, no llegaba a comprenderlo, ¿por qué habían arrestado a Hans por casarse conmigo?

—¿Sabes ya a dónde se dirigen? —preguntó mi padre, que conducía siguiendo las indicaciones de Edmund, pero sin conocer todavía el destino concreto.

—No, todavía no, pero sigue en dirección norte.

No podía mantener los ojos abiertos por más tiempo, apenas había dormido por la noche y eso hizo que volviera a pensar en Hans. La teoría de la abuela de Hans, o más bien la de mi tío Edmund, tenía sentido en cierta forma; Hans solo se hubiera dejado atrapar si pensaba que era una cuestión legal. Aunque por el momento prefería dejar de dar vueltas a las cosas, estaba comenzando a desesperarme, a desmoronarme, y prefería alejarme de la realidad, por lo menos durante un rato. Un sueño sería agradable, podría olvidar por un momento que Hans no estaba conmigo. Podía oír las conversaciones, aunque cada vez más lejanas.

—¿Val está dormida? —preguntó mi padre.

—Sí —contestó Edmund al darse cuenta de que mi mano yacía relajada dentro de la suya.

—¿Crees que podrás localizar a Hans?

—Por supuesto que sí.

—Bien. Te agradezco mucho que hayas venido hasta aquí. Os lo agradezco a los dos.

—Para eso está la familia.

Debía estar soñando, porque podía oír con claridad la profunda voz de Hans en mi cabeza. Me alegraba de poder sentirme cerca de él, aunque tan solo fuera en sueños.

«Val. Estoy bien. No te preocupes por mí. Siento no haber podido despedirme de ti, pero me han arrestado y, por más que les he suplicado que

me dejaran hablar contigo, no me lo han permitido. Eran solo dos criaturas, podría haberme deshecho de ellos, pero sé que no están mintiendo y no me he visto capaz de interferir en un asunto de la justicia. Dicen que son procuradores y que trabajan para un juzgado de La Coruña, es allí a donde nos dirigimos. Estoy seguro de que todo esto es un malentendido. Ojalá hayáis podido localizar a Edmund para que os ayude a rastrearme, ya que dudo que puedas escucharme. Sé que lo de hablar a través del pensamiento es un privilegio de los Chatte y que esto que estoy intentando no va a funcionar, pero..., por si acaso, he querido intentarlo. Te quiero mucho, *my kitten*»

¿La Coruña? Abrí los ojos de golpe. ¿Había hablado conmigo Hans o había estado soñando? Parecía que Hans me había hablado en sueños, pero no entendía muy bien cómo habría podido hacerlo.

—¿Has dicho La Coruña?

—¿Qué? —pregunté algo confusa mirando a mi alrededor. Había dormido un rato, de eso estaba segura, pero no sabía durante cuánto tiempo.

—Te has despertado diciendo La Coruña —dijo Edmund.

—Sí. Es lo que me ha dicho Hans en sueños.

—¿En sueños?

—Sí, pero no sé hasta qué punto es cierto. Solo lo he soñado.

—Sea como fuere, creo que tienes razón. Han parado en *Carcassonne* y deduzco que es allí a donde se dirigen —dijo mi tío apretándome la mano y soltándola después.

—¿Por qué a La Coruña? —pregunté con curiosidad.

Edmund y mi padre se miraron con complicidad a través del espejo retrovisor. Estaba segura de que estaban hablando en privado.

—¿Qué pasa? —insistí.

—Nada, todo irá bien, Val —contestó mi padre.

—¡No quiero que me digáis eso! ¡Explicadme qué sucede! —exclamé casi gritando—. ¿Por qué no sois sinceros?

Silencio total. Mi madre se dio la vuelta sorprendida, sin saber de qué iba el asunto.

—Está bien. Empezaré yo siendo sincera —dije casi aliviada—. Antonie me ha comentado que es posible que a Hans lo hayan arrestado... —Debía ir por buen camino, puesto que mi padre no se sorprendió— por haberse casado conmigo.

—¿Por qué harían algo así? —preguntó mi madre. Era evidente que éramos las únicas personas que no comprendíamos la situación.

—Eso digo yo —recalqué.

Mi padre y mi tío volvieron a mirarse y juraría que mi padre asintió.

—Bien, quieres sinceridad, pues la tendrás, Val —dijo Edmund—. Seguramente lo hayan arrestado por esa razón, ya que no hay ninguna otra para que lo hagan. Te preguntarás por qué... bueno, sinceramente, yo también me lo pregunto, pero no es del todo extraño. Sé que vosotros no os dais cuenta de lo llamativo que resulta que un perro y un gato se amen.

—Pero... tú y Antonie también sois...

—Sí, pero hay una gran diferencia. Nosotros en realidad no estamos casados, pero eso no es lo más importante... La cuestión es que nosotros no podemos tener hijos.

¿Hijos?

—¿Y qué más da lo de los hijos?

—Val... Nadie sabe qué tipo de hijos tendréis..., por eso tienen miedo.

Eso me hizo recordar aquella conversación que había tenido con mi padre no hacía demasiado tiempo, cuando me explicó el secreto de los gatos. Mi abuelo se había quedado con muestras genéticas nuestras —por supuesto, Hans ignoraba el asunto— y había prometido analizarlas, aunque todavía no nos había dicho nada al respecto. No sabía cuánto tardaría en tener conclusiones.

—No puede ser que seamos los primeros en enamorarnos.

—No, por supuesto que no, nosotros nos enamoramos hace muchos años, pero no hemos tenido hijos.

—Nosotros tampoco —protesté.

—Pero los tendréis.

—Entonces..., ¿lo arrestan para impedir que tengamos hijos? No lo entiendo. Además, si somos culpables, ¿por qué no me han arrestado a mí también?

—Ah... bueno, eso es solo porque tú no eres culpable.

—Claro que lo soy, los dos nos hemos casado.

—No, desde el punto de vista judicial, tú eres una víctima. Él te ha arrastrado a casarte con él. Él es el fuerte y tú la débil. ¿No lo entiendes? —explicó Edmund.

Negué con la cabeza.

—Tú eres un gato, con lo cual cualquiera entendería que te ha obligado a casarte con él... a la fuerza. Nadie creería que os queréis... Más que nada

porque es algo incompresible para las criaturas.

A esas alturas debía tener la boca abierta por la estupefacción.

—Bueno, en realidad —prosiguió Edmund—, que yo sepa, no hay ninguna norma que impida que os caséis. Quizá podamos recurrir el arresto.

—¡Pues claro que podremos! —exclamé fuera de mí—. Es todo un malentendido y a nadie le interesa si Hans y yo tenemos hijos en el futuro.

Estaba tan indignada que tenía ganas de salir corriendo, pero tuve que reprimirlas porque estaba atrapada en un coche y lo último que quería era poner más horas de distancia entre Hans y yo.

Cuando estaba anocheciendo nos detuvimos a comer algo, no nos haría falta parar a dormir, puesto que los gatos aguantábamos bien la falta de sueño y éramos suficientes para hacer turnos.

Después de cenar salí a tomar algo de aire, necesitaba estar sola, pero por el aroma que me llegó y sobre todo por el cosquilleo de mi estómago, no iba a estarlo. Mi padre parecía querer tener una conversación privada conmigo.

—Val... —dijo mi padre—, no te preocupes, todo irá bien. Edmund era un magnífico abogado hace unos años y está dispuesto a defender a Hans.

—Si era tan bueno, ¿por qué lo dejó? —pregunté escéptica, aunque, en realidad, ese comentario había conseguido aliviarme un poco.

—Verás..., durante la segunda guerra, tuvimos que hacer de espías y...

—¿En serio?

—Sí. Y cuando todo volvió a la normalidad, a tu tío Edmund lo reclamaron del gobierno francés, aunque en realidad ha colaborado con muchos gobiernos. Tenía mucho prestigio por lo bueno que era rastreando a gente. Lo contrataron como una especie de detective y por esa razón dejó de lado el tema de la abogacía. Pero te aseguro que es muy bueno.

—De acuerdo, papá. Quiero que lo haga él. Si tú crees en él, yo también. Pero... ¿cómo funciona el sistema judicial de criaturas? Me refiero a que... ¿Es igual que el de los humanos?

—No, en realidad no. El CRC, el Consejo Regulador de Criaturas, no tiene estipulado ningún delito. Nada está prohibido, ni siquiera...

—¿Ni siquiera matar? —pregunté asombrada.

—Ni siquiera eso. Bueno..., matar humanos está prohibido, quería decir criaturas. Tú ya has visto como morían dos sin que hubiera consecuencias.

Sí, era cierto. La primera había sido aquella vez que me secuestraron

en Salamanca, cuando Álvaro mató a aquel perro para protegerme, y la segunda había sido cuando murió el padre biológico de Marion, aquel lobo horrible.

—Si nadie reclama esas muertes, no hay juicio. Solo se estudian los casos que alguien denuncia. Por supuesto, si esas muertes terminan en manos de la justicia humana, el CRC no interviene en absoluto, lo mismo que si la víctima es humana.

Sí que era diferente, y no estaba segura de si eso me gustaba o no, parecía un mundo demasiado desorganizado, sin normas, y no tenía claro hasta qué punto eso era beneficioso para Hans.

—No te preocupes, Val, si la vía judicial no sale como nosotros esperamos, tenemos un plan B.

—¿Un plan B?

Lógicamente mi padre y Edmund habían estado hablando a través del pensamiento sobre aquello. Lo tenían todo organizado y, me alegraba de saber que se preocupaban por nosotros, por Hans.

—Es mejor que no lo sepas... por ahora. Vamos, Val, ya han salido todos del restaurante. Deberíamos ponernos en marcha.

—Una cosa, papá, ¿qué hay en La Coruña?

—Ahí está uno de los tres CRC. Solo hay tres en todo el mundo.

Lo miré asombrada.

—Date cuenta de que la población de criaturas es tan solo de un diez por ciento con respecto a la de humanos.

Al día siguiente se fueron todos al CRC, todos menos mi madre y yo. Les había suplicado que me llevaran con ellos, necesitaba ver a Hans y comprobar por mí misma que estaba bien, pero fue completamente en vano. Sabía que a mi madre le habían encargado ocuparse de mí, como si fuera un bebé. Eso me recordó aquella época en Salamanca, cuando no me dejaban estar sola por miedo a que me sucediera algo.

—Val, mira qué iglesia más bonita, es la de Santa María del Campo, es del siglo doce.

—Sí, muy bonita.

Estaba realmente harta de dar vueltas por La Coruña. Yo solo quería ver a Hans. Tendría que distraer a mi madre para escaparme, pero ¿cómo? No dejaba de preguntarme qué me parecían todos los edificios antiguos que nos íbamos encontrando y la verdad es que la ciudad vieja estaba repleta de ellos.

¡Lo tenía! Solo tendría que encontrar una exposición de pintura, en ese caso mi madre se pondría a estudiar los cuadros y se olvidaría de mí. Lo sabía porque la conocía muy bien. Entonces recordé que había visto en los cantones un cartel de una exposición.

—¡Mamá! Antes he visto un cartel de una exposición sobre el fauvismo.

Me miró expectante.

—¿En serio? Oh, pero a ti te aburren las exposiciones. Es mejor que hagamos turismo por la ciudad.

—No, mamá, me encanta el fauvismo. ¡Vayamos! Además, está aquí al lado, en los cantones.

—¿Estás segura?

Asentí y unos minutos después estábamos contemplando aquellos cuadros llenos de colores explosivos.

—Mamá, yo me adelanto, ¿de acuerdo?

—Sí, Val, yo voy enseguida, estoy estudiando este cuadro de Derain, es asombroso.

Dos segundos después corría, no tan rápido como me habría gustado, siguiendo el rastro de Antonie, era el aroma más fuerte. La gente me miraba sorprendida, suponía que porque normalmente la gente no se ponía a correr a esa velocidad con un vestido y unas bailarinas, pero a mí me daba igual, de hecho me hubiera encantado correr descalza, habría ido mucho más rápido, pero eso hubiera llamado demasiado la atención. Mi ropa ya llamaba demasiado la atención, ¿por qué habría escogido aquel color rojo para colarme en el CRC?

Habían entrado en un antiguo edificio de piedra un tanto barroco cuya fachada estaba parcialmente cubierta de buganvilla violeta que le daba un aspecto bucólico. No ponía las siglas por ningún lado, aunque, bien mirado, no creía que las criaturas quisieran hacer publicidad de su existencia. Más que un lugar institucional, parecía una casa privada. Había una escalera un tanto suntuosa que llevaba a la planta de arriba, pero suponía que Hans estaría encerrado en la planta baja o incluso en el sótano, aunque en realidad no podía captar su aroma.

Me dirigí a la izquierda y descubrí unas escaleras más sombrías y estrechas que llevaban a una planta baja. Olía a humedad y hacía frío, lo cual hizo que se me pusiera la piel de gallina. Había muchas puertas, pero todas estaban cerradas con llave. ¿Estaría Hans detrás de alguna de ellas? Estaba

desesperada por verlo y saber que estaba bien, necesitaba que me abrazara, que me tranquilizara, oír «*my kitten*, todo irá bien» de sus labios, necesitaba su consuelo tanto como respirar. Lo echaba tanto de menos que me dolía el estómago.

—¿Valentina?

No podía ser. Acababa de entrar y ya me habían pillado. Me giré hacia aquella voz conocida, aunque mis oídos me tenían que estar engañando.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

—Podría preguntarte lo mismo —contesté a la defensiva.

—Bueno, yo trabajo aquí..., al menos de vez en cuando. Pero ¿tú no estabas de viaje de novios?

—Sí, estaba.

No sabía si debía confiar en él. En realidad tan solo olía a sorpresa, nada sospechoso por otro lado, con lo que decidí ser sincera.

—Mira, Dom..., arrestaron a Hans cuando estábamos de viaje de novios. Si tú trabajas aquí, supongo que puedes encontrar la manera de que pueda verle.

Me llegaron olores a asombro y miedo. ¿Por qué tenía miedo?

—No puedo, Valentina.

—Llámame Val, por favor.

—Está bien, Val. Pero no puedo. Tienes que irte, no deberías estar aquí.

—Por favor, Dom, somos primos, somos familia. Ayúdame, necesito ver a Hans desesperadamente.

Se quedó pensativo durante unos segundos. Por lo menos se lo estaba pensando. No sabía si podía confiar en él, pero era mi única opción en ese momento.

—Está bien, vamos —me cogió del brazo—. Tenemos que irnos de aquí. Te llevaré con él.

—¿No está aquí?

—No, por supuesto que no. Los acusados nunca vienen aquí.

—Ah, ¿y dónde los llevan?

—Vamos, deja de hacerme preguntas. Tenemos que coger el coche. No está en la ciudad.

—Gracias, Dom.

¿Arrepentimiento? Mi habilidad para oler sentimientos no debía funcionar correctamente.

Había acompañado a Dominique hasta un aparcamiento y llevábamos ya media hora metidos en su todoterreno. Conducía más o menos a la misma velocidad que Hans, a mil por hora, y parecía concentrado en la carretera.

Tenía que reconocer que mi primo era muy atractivo, y me pregunté si se parecería a su madre. En realidad nadie me había hablado jamás de Helena, y eso a pesar de que le había preguntado a mi padre sobre ella después de que Dom hubiera aparecido en Digne el día de nuestra boda. Sin embargo mi padre no quiso hablarme de ella.

—¿A dónde vamos?

—Será mejor que no te lo diga.

—Vamos, Dom, estoy viendo por dónde vamos.

—No me hagas taparte los ojos —dijo sin quitar los ojos de la carretera.

Me reí por primera vez desde que había perdido a Hans. No sería capaz de hacer tal cosa, ¿o sí?

—Por cierto... ¿En qué trabajas? ¿Eres abogado?

—¿Abogado? No, claro que no. Soy juez.

Tuve que reírme.

—¿Por qué te hace tanta gracia? —preguntó mirándome con aquellos ojos oscuros.

—Pues... porque eres tan joven...

Entonces caí en la cuenta de que eso no era cierto. Aparentaba unos veinticinco años, pero lógicamente debía tener muchos más. Además, seguramente, en el mundo de las criaturas, todo sería distinto, quizá no fuera tan difícil convertirse en juez. ¡Qué iba a saber yo!

—Tengo muchos años de experiencia.

—Ya, ya. No irás tú a juzgar a Hans, ¿verdad?

Me miró horrorizado.

—No lo creo, Val. Ni siquiera sabía que lo habían arrestado. Basta ya de charla, me pasaré el desvío si sigues distrayéndome.

Sabía que mentía, una criatura jamás se pasaría un desvío por estar hablando, pero era obvio que no le gustaba que le hiciera tantas preguntas. Pero entonces fui yo la que dejó de hablar, porque por un momento mi mente se fue a la conversación que había tenido con mi padre la noche anterior. Acababa de caer en la cuenta de algo que me había dicho pero que, lógicamente, no había procesado. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Evidentemente algo así había sucedido, si no, no habrían arrestado a Hans.

—Una última pregunta, Dom —dije después de unos minutos en silencio—. Por lo visto en el mundo judicial de las criaturas no hay nada prohibido, ni siquiera matar a una.

—Exacto.

—Y que solo se juzgan los casos que alguien ha denunciado, ¿no es así?

—Correcto, te veo muy puesta en temas judiciales.

—Eso significa que alguien ha denunciado nuestro matrimonio.

Dom me miró sobresaltado y un tanto pálido. ¿Había oído pánico?

—Ya hemos llegado.

Era cierto, estábamos frente a una verja antigua de hierro. El edificio que se veía más adelante, al final de un camino empedrado, era de color rojizo, lleno de ventanales blancos y coronado por unos pináculos de granito que rodeaban la cubierta de la casa. Otra vez estábamos ante un edificio antiguo, pero esta vez sí estaba vigilado. Un perro con uniforme se acercó a nosotros. Dom abrió la ventanilla, pero, en lugar de hablar o pedirle algún papel, solamente se miraron a los ojos. Me preguntaba si estaban teniendo una conversación de criaturas.

—No te ha pedido ningún papel para entrar.

—Oh, no. En el mundo de las criaturas no hay papeles.

—¿A qué te refieres?

—A eso mismo —dijo aparcando el coche a un lado de la casa—, a que no hay ni un solo documento escrito.

Lo miré completamente incrédula.

—¿Ni siquiera ordenadores?

—Nada, no podemos dejar ningún rastro.

—Pero... un mundo judicial sin papeles, sin ordenadores... Debe ser imposible llevar un control.

—Oh, para eso usamos la cabeza —dijo señalándose la frente con el dedo—. Las criaturas tenemos una memoria asombrosa. Deberías saberlo —me reprochó.

Lo seguí dentro del edificio todavía dándole vueltas a lo que acababa de decirme. ¿Cómo podían llevar un recuento de los casos, de los juicios, de los sospechosos? Bueno, casi mejor para mí y para Hans que no se dejara nada documentado.

Para mi sorpresa subimos al tercer piso. Siempre había pensado que a

los sospechosos se los encerraba en un lugar bajo tierra, y no en lo alto, aunque quizá, tratándose de un perro, la situación debía ser al revés, cuanto más alto, menos posibilidades de que escapara.

—Entra, Val —me indicó cuando llegamos frente a una puerta.

—Después de ti, Dom.

—¿No confías en mí? —preguntó a pesar de que me había hecho caso y estaba entrando en la habitación.

—Por supuesto que no.

—Haces bien, prima. No deberías confiar nunca en nadie, ni siquiera en mí.

Ese comentario hizo que me estremeciera.

—Bueno, pues, iré a buscar a tu novio... digo marido.

—Un momento, Dom, quiero preguntarte algo. ¿Cómo es que no me has preguntado por qué han arrestado a Hans?

—Es obvio, por haberse casado contigo.

—Oh, es obvio entonces. Pero... tú no parecías muy contento con nuestra boda. Trabajas para el CRC, eres juez y... ¿no te parece demasiada coincidencia que hayan ido a arrestar a Hans a otro país?

—No estarás insinuando que yo he tenido algo que ver con el arresto.

—Parecía contrariado, quizá me equivocaba con Dom—. Yo no sabía que estabais en Italia de viaje.

Se me paró el corazón.

—Yo no te he dicho en ningún momento dónde había ido de viaje.

—Oh, lo habré oído por ahí.

—No, nadie sabía dónde íbamos, ni siquiera mis padres.

Dom se puso pálido y pude oler, esta vez con claridad, pánico. Reaccioné demasiado tarde, cuando quise intentar escapar, Dom ya había salido y cerrado la puerta con llave.

—¡Dom! ¡Ábreme! —exclamé aporreando la puerta.

—No, es por tu bien que te encierre. Créeme, prima.

—¡Dom! —grité, pero era inútil, él ya se había alejado—. ¡Mierda! Me ha engañado como a una tonta.

Aunque todavía me quedaba mi padre.

—*Papá, he cometido un error... Dom me ha llevado lejos, creo que estamos en Ferrol, en las afueras, y me ha encerrado. Lo siento, papá, solo quería encontrar a Hans.*

Pero no obtuve respuesta. Ni en ese momento ni dos horas después.

Bueno, en algún momento me echarían de menos. Daba gracias por que estuviera mi tío Edmund con nosotros.

8. Roberto. El cofre

Querido Roberto:

Si estás leyendo esta carta solo puede significar una cosa: que tu padre y yo hemos muerto.

No sé cómo expresarte y contarte todo lo que me ronda por la cabeza, pero antes de nada quiero que sepas que lo más duro que hemos hecho en nuestra vida tu padre y yo fue dejarte en aquella casa en el pirineo aragonés. Se nos rompió el corazón, eras tan pequeño, tan vulnerable, tan frágil, que no podíamos ponerte en peligro. Nadie debía saber que existías, eso era lo más importante, era demasiado arriesgado. También siento no haberte podido decir cuál era tu nombre, pero, en esos momentos, era demasiado peligroso para ti.

Estuvimos estudiando a tu nueva familia al detalle, no te íbamos a dejar con cualquier persona, eso nunca. Sabíamos que eran buenas personas, que cuidarían de ti y te querrían como si fueras su hijo. Espero que haya sido así, espero que hayamos acertado, puesto que habrá sido muy duro para ti no saber nada de tus padres durante todos estos años. Si has llegado hasta la abadía, imagino que ya serás adulto, o por lo menos lo suficientemente mayor como para haberlo hecho. Y, sin duda, significa que has encontrado a tu ángel de la guarda, sin ella no hubieras podido llegar tan lejos. Esa mujer es importante para ti, y tú para ella.

Te preguntarás por qué tu padre y yo estamos en peligro y por qué razón hemos tenido que dejarte este mensaje tan escondido. Siento mucho no poder decírtelo, es demasiado peligroso, es mejor que vivas tu vida desconociendo la causa. Por favor, Roberto, no indagues en el pasado, pondrías tu vida en peligro.

Te hemos dejado un regalo escondido en la abadía. Tienes que buscarlo al anochecer en los jardines. Lo encontrarás, Roberto, sé que lo harás. Tan solo sigue tu instinto y tus habilidades.

Por favor, perdónanos por no haber podido cuidar mejor de ti, no sabes cuánto nos hubiera gustado formar parte de tu

vida. No dejo de repetirme que por lo menos lo hemos hecho durante cuatro años, cuatro maravillosos años, pero no ha sido suficiente, no lo ha sido.

Sé muy feliz junto a tu ángel de la guarda, sé que lo serás.

Te queremos más que a nada en el mundo.

Tus padres,

Roberto e Isabella.

Abadía de Lérins. Mayo 1943.

—¿Cómo está tu pie? —pregunté al darme cuenta de que andaba descalza, por algún motivo se había quitado la venda.

La había dejado sola casi toda la mañana mientras hablaba con el hermano Simeon y conseguía unos hábitos.

—Oh, perfecto, ya no necesito llevarlo vendado. Suerte que había traído mi otro zapato —dijo señalando su bolso, del que se veía asomar el zapato.

—Me alegro de oírlo.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó curiosa señalando el montón de ropa que llevaba en la mano.

—Oh, te he conseguido algo de ropa —dije entregándole un hábito de su tamaño. No me había resultado tan complicado como pensaba al principio, Helena era una mujer sorprendentemente alta y era un gusto que fuera así, parecíamos estar hechos a medida.

—¿Un hábito?

—Eh... Sí, es lo único que había. Yo también me disfrazaré.

—Quizá de este modo sea aceptada a comer en el refectorio.

La miré preocupado, pero ella se rio.

—Oh, no te preocupes, Roberto, lo decía en broma. ¿Quién quiere comer con cientos de monjes? Prefiero comer contigo aquí.

No sabía si lo decía en serio o en broma, pero sonreí por primera vez en todo el día. Tenía que reconocer que había estado un poco taciturno, la carta de mis padres me había hundido y desesperanzado. Y no porque ellos mismos me confirmaran que ya estaban muertos o que deberían estarlo —en el fondo de mi alma, ya lo sabía—, sino porque habían acabado con la única y minúscula esperanza que me quedaba de saber quién era en realidad.

—He hablado con el hermano Simeon y le he pedido un poco más de tiempo. Me ha dicho que nos podemos quedar un día más, pero que prefiere

que nos vayamos lo antes posible. En realidad los ponemos en peligro, y hay monjes que se están quejando de nuestra presencia.

—Bien, supongo que tendremos tiempo para que busques... eso que te han dejado tus padres.

—Para que busquemos..., me gustaría que me acompañaras.

Aunque en realidad comprendería que no quisiera hacerlo, después de todo, la noche anterior la había forzado. Todavía no había hablado con ella sobre el tema y sabía que me estaba comportando como un cobarde.

—Me encantaría.

—Bien, esperaremos al anochecer.

Salimos del edificio con mucho cuidado de que nadie nos oyera, aunque para nosotros era fácil. Caminamos entre árboles y arbustos buscando algo, cualquier cosa, un brillo, un movimiento, una señal en el suelo o en las piedras. En realidad no teníamos ni idea de qué buscábamos.

Llevábamos una hora recorriendo los jardines y los huertos de los monjes sin haber encontrado nada en absoluto, ninguna señal, cuando me detuve.

—Helena, quizá deberíamos dejarlo para mañana, está claro que hoy no me funciona mi instinto. Tendría que meditar sobre cómo...

—No, no podemos darnos por vencidos tan pronto. No tenemos demasiado tiempo y tu madre dijo...

—Mi instinto no me dice nada.

—Venga, sigamos caminando —me animó Helena.

Me conmovía que fuera ella quien insistiera en continuar, que estuviera tan interesada en ayudarme, lo que no dejaba de sorprenderme, sobre todo después de lo que había sucedido la noche anterior. Sabía que Helena era una mujer decidida, valiente y fuerte y cada minuto que pasaba a su lado me enamoraba más de ella, mucho más de lo que ya estaba antes de conocerla.

Respiré hondo y el olor a mar, a sal, a humedad, me recordó que quizá necesitaba un poco de ayuda de la madre tierra. Tan solo necesitaba un contacto directo para iluminarme, para saber qué dirección tomar. Mi madre no solo había hablado de mi instinto, sino también de mis habilidades.

—Helena, necesito unos minutos para pensar. ¿Te importa...?

Me miró extrañada durante un instante, pero después asintió.

—No, por supuesto que no. Te esperaré junto al manzano

La propuesta de Helena de esperarme a unos metros de distancia no

podía ser más acertada, sobre todo si permanecía de espaldas a mí contemplando los frutales en flor, ya que no debía ver lo que estaba a punto de hacer, nadie debía verlo. Me puse en cuclillas y fijé la mirada en la tierra, fértil, húmeda, oscura. Me concentré en ella antes de coger un poco con las manos. Soplé por encima después de haber pronunciado en silencio las palabras necesarias. En ese momento lo vi con claridad, una fina línea luminosa dibujada en el suelo llegaba a los pies de Helena. Sonreí al darme cuenta de por qué no había encontrado nada hasta ese momento, ella era la respuesta, ella me llevaría hasta el lugar donde mis padres habían escondido aquel regalo. De modo que caminé hacia ella.

—Ya estoy listo. Camina tú primero, creo que es mejor.

—Eh... de acuerdo.

Debía seguirla a ella, no ella seguirme a mí, por eso no había funcionado en ningún momento desde que comenzamos la búsqueda. La observé, era tan bella..., incluso con un simple hábito. Tenía la capucha puesta para que nadie pudiera ver su bonita melena rubia. Caminaba sin prisa y con elegancia, mirando de vez en cuando a cada lado, así como hacia la luna, que estaba casi llena.

Volvimos a entrar en los huertos y nos dirigimos hasta el límite del terreno, donde nos encontramos frente a una pared de piedra.

—¿Crees que deberíamos escalar por aquí? —preguntó Helena.

—Hay que seguir siempre los primeros instintos.

—Bien, pues creo que deberíamos hacerlo, algo me dice que tenemos que acercarnos al agua.

—Al agua... —En realidad eso tenía mucho sentido.

—Tú primero —me dijo señalando el muro.

—Tú mandas —dije descalzándome y comenzando el ascenso, pero entonces me volví hacia ella—. ¿Podrás escalar bien?

—Oh, no lo sé, pero es un buen momento para comprobar si mis uñas retráctiles están curadas.

—De acuerdo, si necesitas ayuda, dímelo.

—No creo que haga falta, ya estoy escalando. Funcionan perfectamente. Mi hermano es un buen médico, aunque en realidad no lo sea.

Su comentario me hizo recordar como, seguramente por miedo, me había hecho la falsa idea de que su hermano era su prometido. Y pensar que estuve a punto de irme de Digne y olvidarme de ella para siempre.

—Es precioso, ¿no crees? —comentó Helena al pisar tierra firme.

El mar se presentaba ante nosotros infinito, oscuro y silencioso.

—Sí.

«Aunque no tan precioso como tú», pensé.

Después de conseguir apartar la mirada de Helena, observé la superficie del agua, la línea luminosa, solo visible a mis ojos, se perdía en las profundidades.

—Bien, ahora lo veo, está bajo el agua.

—¿Bajo el agua? Pero... ¿por qué tu madre lo habrá escondido en el agua cuando a los gatos no nos gusta mojarnos?

Me encogí de hombros.

—Tendré que quitarme el hábito —comenté esperando que se diera la vuelta, pero Helena me miraba sin pestañear.

—Sí, buena idea, si no, te quedarás sin ropa seca —dijo sin dejar de sonreírme.

Juraría que su mirada era algo traviesa e incluso pícara.

—Sí, supongo... —parecía que iba a ser imposible que Helena apartara la vista.

No sabía cómo decirle que me sentía un poco cohibido por desnudarme delante de ella, incluso a pesar de que para mí no era la primera vez. Quizá fuera por el hecho de que Helena no recordaba nada y, por tanto, para ella sería la primera vez.

—¡Vamos, Roberto! Tengo tres hermanos, un hijo y un padre y he estado...

—Está bien... —Me di por vencido antes de que dijera y *he estado casada*, prefería no oír hablar de eso.

Me saqué el hábito por la cabeza, quedándome en camiseta y calzoncillos. No quería darme la vuelta como intentando ocultarme, pero Helena no dejaba de mirarme y me estaba empezando a sentir algo nervioso, por no decir excitado, sobre todo porque ¿cómo podía disimular cuánto la deseaba si no dejaba de mirarme de esa manera? Me quité la camiseta... y entonces el rostro de Helena cambió por completo, parecía angustiada, como si de pronto hubiera visto algo horrible. ¡Vaya! Pero qué estúpido había sido, esa era la mirada que intentaba evitar cuando me acostaba con alguna mujer, por eso hacía tiempo que había decidido no quitarme la camiseta. Aunque me temía que ya era demasiado tarde para evitar que me mirara con lástima.

Sin darle ninguna explicación sobre lo que acababa de ver, me lancé al mar. A pesar de estar ya debajo del agua, pude oír su suave voz.

—Ten cuidado, Roberto, el agua no es nuestro medio.

Me hizo sonreír que se preocupara por mí. Buceé un buen trecho siguiendo la luz que me guiaba hasta llegar a un hueco que había entre dos rocas, donde se perdía la línea. Intenté meter la mano en la ranura, pero era demasiado pequeña. Empujé con todas mis fuerzas, intentando separar las dos rocas de modo que por lo menos cupiera mi mano y así alcanzar lo que estaba allí oculto. Sabía que estaba allí, podía sentirlo. Por fin conseguí mover la roca y saqué mi regalo, un cofre de metal.

—¡Lo tengo! —exclamé al salir a la superficie.

—¡Menos mal! No sé cómo lo has hecho, has estado allí abajo demasiado tiempo. Yo... yo no hubiera podido soportarlo. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

Trepé por las rocas hasta llegar a Helena y le tendí el cofre. Volvió a fijar su mirada en mi pecho, pero, gracias a Dios, ya no era de compasión sino de simple curiosidad. Aun así, no me preguntó por mis cicatrices y se lo agradecí. Helena era muy prudente, eso lo recordaba muy bien.

Cuando llegamos al dormitorio, comprobamos que nuestra cena estaba esperándonos allí, sin embargo, ambos estuvimos de acuerdo en que nuestra curiosidad por saber lo que había en el cofre ganaba al hambre que teníamos. A pesar de todos nuestros esfuerzos, después de más de media hora, nos dimos cuenta de que no era un asunto sencillo y nuestra atención se volvió hacia la sopa y el pescado que había sobre la pequeña mesa. Helena se aventuró a tomar una copa de vino, igual que la noche anterior; supuse que una copa no le afectaba en absoluto, tan solo se le pusieron las mejillas rosadas. Estaba tan bonita que ardía en ganas de besarla, pero no podría hacerlo, y menos después de haberlo estropeado todo.

—Bueno, habrá algún truco para abrir el cofre, pero esta noche no creo que vayamos a descubrirlo —comenté cuando vi que Helena bostezaba.

—No, parece que no.

—Eh... Buenas noches, Helena —dije levantándome.

—¿A dónde vas?

—Buscaré otra habitación. —Hubiera sido un buen momento para hablar de lo de la noche anterior, para disculparme, pero volví a comportarme como un cobarde, huyendo de los problemas—. Estarás más segura sin mí.

No quise darme la vuelta para mirarla a los ojos. Me preguntaba si ella lo había olvidado o si no le había dado importancia, ya que se había portado conmigo de una forma demasiado normal durante todo el día —o incluso más

que eso, había sido cariñosa, atenta y traviesa, estaba claro que me estaba volviendo loco del todo—, como si no recordara que el día anterior la había obligado a hacer algo que no quería.

No tuve que buscar demasiado para encontrar un lugar donde dormir, la habitación de al lado estaba vacía. De modo que, sabiendo que no iba a pegar ojo, durante un par de horas intenté en vano abrir el cofre con todo tipo de trucos, los que me sabía y unos cuantos que me inventé, pero no hubo manera, aquel cofre tenía una forma enigmática de abrirse, tan solo tendría que dar con ella.

—Mamá, no me lo has puesto demasiado fácil, me pregunto por qué.

Me dolía el estómago, los pulmones, la espalda, todos los huesos, me costaba respirar y sentía que me desvanecía.

—¡Que se despierte! Aunque tengas que abofetearlo de nuevo —dijo una voz autoritaria en alemán.

Pensaban que no les entendía pero estaban equivocados.

—Este hijo de puta francés acabará hablando, os lo digo yo —añadió aquella voz.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí dentro, había perdido la noción del tiempo, aunque era normal, teniendo en cuenta las veces que perdía el conocimiento y que no había ni una sola ventana. Me habían atado las manos a la espalda de muchas maneras —había roto varias cuerdas, además de cadenas de hierro— hasta que habían dado con la manera correcta para hacerlo, una cadena triple de hierro, aunque lo que realmente me mantenía anulado era el hecho de tener dos militares apuntándome con sus armas veinticuatro horas al día. De cualquier manera, sin agua o tierra, no podría hacer nada más. Tan solo me quedaba la fuerza, pero no podía luchar contra ellos si estaban armados.

—Bien, capitán —dijo aquel hombre en francés, estaba claro que se dirigía a mí —, hemos probado todo tipo de torturas con usted; le hemos quemado, azotado, lo hemos golpeado hasta caer inconsciente, lleva sin comer y beber desde hace días... Veo que es usted muy duro de pelar, lo reconozco. Tan solo quiero que me diga dónde está el campamento, así de sencillo, después le dispararé. Un disparo y estará muerto, todo este sufrimiento y este dolor habrán acabado para usted. ¿No prefiere morir de un modo más rápido?

No contesté.

—Pero, no se preocupe, creo que voy a probar algo nuevo, algo que físicamente no le hará daño, pero quizá le cause otro tipo de dolor. ¡Metedlo! —ordenó en alemán a sus inferiores.

Alcé la vista, veía perfectamente, ya que no me habían golpeado ni una sola vez en la cara, les daba miedo que perdiera la vista y no pudiera llevarlos hasta el campamento, la misma razón por la que todavía mantenía las piernas intactas. Le había dado miles de vueltas a cómo escapar, pero mi principal problema eran aquellas dos estatuas que tenía, una a cada lado, con los ojos pendientes de mis manos a todas horas.

Entraron con un chico muy joven, no debía tener más de quince o dieciséis años, que, a juzgar por los rasgos de la cara, era judío.

—Le presento a... Bueno, en realidad da igual cómo se llame, este chico va a sufrir lo mismo que usted capitán, con la diferencia de que no creo que aguante más de dos horas, usted, en cambio, contra todo pronóstico, lleva tres días sufriendo.

Bueno, por lo menos ya sabía cuánto tiempo llevaba cautivo.

—Bien, colocadlo ahí y sujetadlo fuerte, ya sabéis lo que debéis hacer —les ordenó a sus hombres.

Lo pusieron delante de mí con la intención de que contemplara bien el espectáculo y comenzaron a golpearlo repetidamente en el estómago y en la cara, suponía que en el caso de ese pobre muchacho les daba exactamente igual que perdiera la vista, él no tenía que llevarlos a ningún campamento. No pude soportarlo más de dos o tres minutos. A pesar de que el muchacho ya estaba inconsciente, aquella gente sin sentimientos lo seguía golpeando.

—¡Soltadlo! ¡Dejadlo! ¡Dejad de golpearlo! —grité, haciéndome daño en los pulmones.

El capitán alemán hizo una seña y pararon.

—¿Ha cambiado de opinión, capitán? —me preguntó divertido.

—Sí, os llevaré al campamento.

—Sabía que esto lo haría razonar.

—Pero antes... liberad al chico.

Aquel hombre les hizo una seña a los soldados, que le dieron al muchacho una fuerte patada en las partes bajas. A pesar de estar inconsciente, se despertó, seguramente debido al dolor tan horrible que debió sentir.

—¡Está bien, dejadlo por favor! ¿Cuál es el trato? —pregunté en un tono más conciliador.

—No hay trato. ¿Todavía no sabe cómo funciona esto? Yo doy las órdenes. Nadie lo golpeará, pero no lo liberaremos hasta que nos haya llevado al campamento y le damos exactamente... —dijo mirando su reloj—, una hora para llevarnos allí, si no, el chico morirá.

—Está bien.

—Bien. Soltad al capitán, pero no le soltéis las manos, es peligroso.

Caminábamos más deprisa de lo que me hubiera gustado. Tenía a dos soldados detrás de mí apuntándome con sendos fusiles. Por suerte, los otros dos y el capitán que tanto aprecio me tenía iban delante, más pendientes del camino que de mí. Lógicamente, no los estaba llevando al campamento, sino hacia un bosque, mientras ideaba un plan para salir airoso de aquella situación y poder salvarle la vida a aquel pobre muchacho, aunque yo tenía algo que ellos desconocían.

A los pocos kilómetros, por fin nos topamos con un hayedo, aquella era mi oportunidad para acabar con ellos. Corría peligro, ya que, por muchas habilidades animales que tuviera, no podía competir con cinco armas, pero si no actuaba rápido, aquel muchacho moriría; no podía perder ni un minuto más. Los soldados que iban detrás de mí no sabían que yo conocía con exactitud dónde estaban, como si tuviera ojos en la espalda, de modo que, en cuestión de segundos, rompí la cadena, que me sirvió para enrollarla alrededor de sus cuellos, que se partieron en un abrir y cerrar de ojos. Antes de que los tres que iban delante pudieran dispararme, ya me había hecho con un fusil. El capitán cayó fulminado y yo salté a la copa de una de las miles de hayas que nos rodeaban. A pesar de llevar tiempo en el ejército, pocas veces había tenido que matar a nadie y, sin embargo, la idea de disparar sobre aquellos hombres no me pesaba, tenía razones suficientes para incluso alegrarme un poco, después de todo, habían estado torturándome durante días.

Los dos soldados seguían disparando desde el suelo a diestro y siniestro, pero yo era mucho más rápido que ellos y les llevaba ventaja, aunque el fusil se me había resbalado al suelo. Ni siquiera sabía cómo era capaz de ir a esa velocidad, tenía los pulmones destrozados y me dolía hasta respirar. De cualquier modo, debía detenerme, incluso aunque aquello significara que podían hacer diana sobre mi cuerpo. Pero debía arriesgarme, solo así podría quitármelos de encima.

Me detuve y me agazapé entre las hojas de un haya antes de hacer mi trabajo, aquel para el que parecía haber nacido. Cuando sentí que me estaban

apuntando, soplé sobre el árbol que tenía delante y este se sacudió como si se hubiera formado una tormenta a su alrededor, y, justo antes de que apretaran el gatillo, unas ramas salieron disparadas de un modo vertiginoso para acabar estrellándose contra mis perseguidores.

No estaban muertos, pero sí fuera de juego. Por si acaso, los até con los restos de la cadena que me había tenido preso desde hacía días. Después corrí lo más rápido que me permitieron mis piernas y mis dañados pulmones, tenía una vida que salvar.

Cuando por fin llegué, mucho antes de la hora que me habían exigido, me acerqué a la cabaña con mucho sigilo. Mi olfato me avisó de que había por lo menos tres personas además del chico, y sabía que iban armados. Sin embargo, podría con todos ellos, tan solo necesitaba aquel montón de tierra que llevaba en la mano para aislar por completo al muchacho y que no resultara dañado. Me asomé, pero cuando vi lo que estaba sucediendo, enloquecí.

—Roberto, Roberto, despierta, solo es una pesadilla —noté como unas manos suaves me agarraban por la nuca.

Abrí los ojos, tenía a Helena aprisionada contra la pared, como la noche anterior.

¡No! ¡No podía haberla atacado de nuevo! Aparté las manos de su cintura como si mis manos pudieran quemarla.

—Oh..., lo siento, Helena, no volverá a pasar.

—¿De qué estás hablando, Roberto?

—Yo... me temo que he vuelto a hacerlo.

—¿El qué?

—He vuelto a... tocarte, a besarte sin tu permiso.

—¡Por supuesto que no! Tú nunca harías algo así.

—¿Ah, no? Creo que ayer sí lo hice.

—No, estás equivocado.

Me senté sobre la cama y me pasé las manos por el pelo, frustrado. Helena se apartó ligeramente de la pared y me clavó una mirada de... ¿ternura?

—Ayer pasó lo mismo. Gritabas en sueños, parecías estar sufriendo mucho y golpeabas el colchón con todas tus fuerzas, por eso intenté

tranquilizarte, pero debiste pensar que era tu enemigo, porque me empujaste contra la pared.

—¡Oh, Dios!... ¿Te golpeé? —pregunté horrorizado.

—No llegaste a hacerlo, pude esquivarlo. Por eso... por eso te besé.

—¿Que me besaste? —pregunté más confuso que antes.

—Sí, de ese modo conseguí que dejaras de querer matarme.

—Entiendo.

Era lógico, era una mujer muy inteligente y había actuado sabiamente para salvar su vida.

—No, creo que no lo entiendes. —Se acercó un poco más a mí, aunque no lo entendía. ¿No debía alejarse? —. Después comenzaste a besarme y a tocarme... y...

—Eso era lo que recordaba. Abusé de ti, lo siento tanto..., Helena.

¿Por qué se acercaba más a mí?

—No, Roberto. Te paré tan solo porque estabas yendo demasiado rápido, pero yo te besé... no solo para que pararas de dar golpes, sino también porque quería hacerlo.

¿Sentía algo por mí? Su mirada gatuna así lo indicaba, pero no podía creer que tuviera tanta suerte.

Me levanté, tan solo tuve que dar un paso para llegar hasta ella. Mi mano sabía perfectamente lo que tenía que hacer, lo que deseaba hacer, acariciar la suave piel de su cara.

—¿Por qué? —le pregunté tan solo.

—Porque me haces sentir cosas.

—Cosas... —repetí totalmente asombrado mientras mis dedos acariciaban sus bonitos labios rosados.

—Como un estremecimiento —añadió.

La atraje hacia mí y la besé en aquellos labios con los que llevaba soñando tanto tiempo. No pensaba hacer nada más que besarla, después de todo lo que había pasado, no daría ni un solo paso más en falso. No quería arriesgarme a perderla. Esperaría lo que hiciera falta para que fuera mía, el tiempo no me importaba. Sin embargo, Helena me dejó helado cuando se separó de mí ligeramente para deshacerse del hábito.

—¡Demonios, Helena! —exclamé al verla en ropa interior—. Eres... eres la luz que brilla en mi oscuridad.

—No digas eso, hablas como si fueras algo sombrío y oscuro.

—Y lo soy.

—No, eres un hombre maravilloso, bueno, valiente, que arriesga la vida por los demás, por mí.

—Por ti lo arriesgaría todo —dije acercándome más a ella y cogiéndola por la cintura.

Pude notar su estremecimiento y eso me hizo sonreír. Me rodeó con los brazos y la levanté hasta tumbarla sobre la cama. La besé despacio en la boca y después alrededor de los pezones, Helena gemía y me gustaba el sonido que hacía, incluso aunque pudieran oírlo en toda la abadía. ¡Qué más daba! Para ellos era mi mujer, y en realidad lo era, o lo sería. Conocía cada rincón de su cuerpo, y también sabía lo que más le gustaba. Succioné sus pezones, y seguí besándola hasta llegar a una zona más boscosa, de un color castaño y un sabor delicioso.

—Roberto —murmuró en algún momento—. Tus manos definitivamente son mágicas.

Me hizo gracia su comentario porque en ese momento no estaba haciendo magia, solo estaba amándola, porque era la única mujer para mí, eso lo sabía desde hacía tiempo.

Me mantenía sobre ella, sin embargo sabía que de un momento a otro lo haría, tan solo era cuestión de unos segundos. Helena me confirmó que mis recuerdos estaban intactos cuando se las ingenió para salir de debajo de mí y se puso encima, una de sus posturas preferidas. No podría decir que la penetré, ya que fue ella la que tomó el control desde lo alto. En ese momento era yo el que gemía. No dejaba de tocar aquellos maravillosos y turgentes pechos. Helena estaba cada vez más delirante y no dejaba de besarme, sus besos eran miel para mí. Me pregunté cuándo habría sido la última vez que había hecho el amor. En realidad no sabía cuántos años llevaba siendo viuda ni si había tenido alguna otra relación.

—Helena, no puedo más. ¿Estás segura? No tengo nada...

Se rio.

—¿Me lo preguntas ahora? Sí, puedes, no hay problema, conozco mi cuerpo.

Y me dejé llevar, la deseaba tanto que exploté dentro de ella. Su maravillosa sonrisa me confirmó que no le había importado que no pudiera alargarlo más. Después nos abrazamos como si aquella fuera la última noche que íbamos a estar juntos.

Lo que más me gustó fue que Helena se sintiera lo suficientemente a salvo y a gusto como para dormirse encima de mí. Me gustaba sentir su cuerpo

sobre el mío, su peso, su confianza en mí, pero poco después —la felicidad de haber hecho el amor con mi futura mujer me impedía dormir— un brillo atrajo mi atención. Era el cofre y estaba milagrosamente abierto. Dejé a Helena con suavidad a un lado y me acerqué completamente incrédulo. Definitivamente se había abierto solo. ¿Habría sido la magia que habíamos desprendido ambos con nuestro acto de amor?

Oro, más monedas de oro. Cogí una entre las manos y la inspeccioné. Eran iguales a las que me habían dejado mis padres cuando era pequeño. Pero eso no era todo, también había un anillo de brillantes y unos pendientes a juego, presumiblemente de mi madre. Miré hacia Helena, que dormía ajena a aquel descubrimiento. Le quedarían perfectos y se los daría cuando llegara el momento. Yo no necesitaba esperar más para pedirle que fuera mi mujer, sin embargo ella no estaba tan lista como yo. Tendría que ser paciente.

Cuando estaba a punto de volver junto a Helena, me percaté de que había algo más allí escondido. Era una fotografía antigua coloreada y no era difícil adivinar que eran mis padres el día de su boda; el pelo y los ojos oscuros de mi madre era iguales a los míos, y yo debía ser incluso más alto que mi padre. Estaban de pie y se cogían las manos, parecían felices y eso hizo que sintiera cierta paz interior.

Algo me despertó, aunque la falta de luz me indicó que todavía no era de día. Noté un vacío, me faltaba el peso del cuerpo de Helena sobre el mío. Tampoco estaba a mi lado, ni en el suelo. Me levanté de un brinco y mis ojos se fueron hacia el cofre. Hubiera jurado que lo había dejado abierto antes de dormirme. Intenté abrirlo, pero fue en vano. ¿Por qué lo habría cerrado Helena?

Necesitaba comprobar si Helena estaba a salvo en su dormitorio, y no solo eso, me preocupaba que se hubiera apartado de mi lado en mitad de la noche. ¿Y cómo demonios no me había dado cuenta?

Cuando salí al frío pasillo mi olfato me confirmó lo que sospechaba, Helena había huido de mi lado. Abrí la puerta sin llamar y Helena se incorporó asustada. En ese instante lo supe.

—Oh, lo siento, Helena, no quería despertarte de este modo. —Me di la vuelta al ver que solo llevaba su ropa interior.

—¡Menudo susto, Roberto! ¿Qué sucede? ¿Ha pasado algo?

«Sí, que no estabas junto a mí y te echaba de menos», pensé.

Pero su mirada me había devuelto a la realidad; había sido todo un

sueño, un sueño maravilloso, pero un sueño al fin y al cabo. No habíamos hecho el amor y por eso el cofre seguía cerrado.

En cierto modo era decepcionante descubrir que todo hubiera sido un sueño, pero por lo menos sabía dos cosas seguras: lo que contenía el cofre y, lo más importante de todo, que no había abusado de Helena, porque había sido ella quien me había besado en primer lugar. El saber que ella sentía algo por mí me hizo sonreír.

9. Anna. Movilizando a la familia

La Coruña. Julio.

El día había amanecido nublado y gris como reflejo de mi estado de ánimo. Desde que había descubierto lo que pretendía hacer Dominique, estaba de los nervios, no sabía qué hacer.

—Creo que tenemos que llamar a Eugène.

Cris negó con la cabeza.

—No, Anna, están en su viaje de novios. Vuelve a llamar a Hans y Val.

—¡Ya los hemos llamado mil veces desde ayer y tienen el móvil apagado! Además..., ellos también están en su viaje de novios.

Cris suspiró.

El día anterior, después de haber dado mil vueltas por la ciudad, Cris y yo habíamos decidido refugiarnos en el piso de Dom, incluso aunque no tuviéramos las llaves. Cris, con su engañosa cara de buena —seguramente su pelo rubio y su piel pálida ayudaban en parte—, había conseguido que una señora nos abriera el portal, sin embargo, nuestro siguiente reto, que la vecina de Dom nos abriera el piso, no fue posible.

—Oh, ¿ese joven tan atractivo es vuestro primo? —nos preguntó aquella señora mayor con cara de buena persona—. No, nadie del edificio tiene su llave, es un chico poco sociable y bastante frío. Nunca he hablado con él, además... viene poco por aquí. Pero vosotras parecéis muy riquiñas..., no como él. ¿Estáis seguras de que sois de su familia? No os encuentro ningún parecido.

—Sí, lo somos. No se preocupe, esperaremos aquí hasta que venga.

—Podéis pasar a mi casa si queréis.

—No se preocupe, estoy segura de que llegará de un momento a otro —le aseguré. Aunque crucé los dedos, en realidad no quería ni verlo.

En cuanto aquella señora cerró la puerta de su casa, Cris, sin ni siquiera avisarme de lo que pretendía hacer, rompió la cerradura de un golpe seco. Era cierto que los perros eran los más fuertes, pero me fastidiaba que no tuvieran talento para arreglar lo que estropeaban. Suspiré sabiendo que tendría que arreglarlo yo, ya que a Cris le daría igual permanecer en una casa con la

cerradura rota. Además, estaba acostumbrada a arreglar aquel tipo de destrozos, mi hermano Hans siempre rompía miles de cosas, a veces era incapaz de controlar su fuerza, sobre todo cuando se enfadaba.

Las dos recorrimos asombradas la casa de Dom. A pesar de ser un piso pequeño, era muy moderno y estaba decorado con mucho gusto. Además, estaba sorprendentemente ordenado y limpio. Me pregunté si lo habría decorado él mismo o si lo habría ayudado aquella chica que se había encontrado por la calle.

El asunto de la comida estaba más limitado —la nevera estaba tan desoladamente vacía como yo—, a menos que no nos importara alimentarnos de pasta el resto de los días, hasta que Álvaro viniera a recogernos. No estaba segura de si a Dom le apasionaba la pasta o de si la razón para aquella multitud de paquetes de pasta y frascos de salsa era que no sabía cocinar.

Cuando ya era noche cerrada, Cris me advirtió de que Dom estaba a punto de entrar por la puerta. Por la expresión de su rostro, él tampoco estaba sorprendido de vernos en su casa, era la ventaja de ser un gato. Vestía igual que aquella mañana. Quería odiarlo, y en realidad quizá lo odiaba, pero me fastidiaba que siguiera pareciéndome sumamente sexi, incluso a pesar de que su mirada no era en absoluto agradable.

—¿Cómo diablos...? —Dejó la frase sin terminar mirándonos no solo confuso sino también algo enfadado—. ¿Por qué no me habéis llamado al móvil? ¿Cómo habéis sabido que esta era mi casa? —espetó después de cerrar la puerta de un portazo.

Su pregunta, o más bien su forma de preguntar, hizo que me enfadara, y ese nuevo sentimiento me gustó o por lo menos lo prefería a lo que había sentido aquella mañana cuando había descubierto que Dom quería traicionar a mi hermano y a Val. Prefería echar humo por las orejas que sentir esa profunda decepción y ese dolor en el pecho por la puñalada que me había clavado el recién descubierto miembro de la familia Chatte. Además..., aquella puñalada no era solo para mí —a pesar de que me lo estaba tomando de un modo muy personal—, era de alcance familiar.

Me sorprendí a mí misma cuando me acerqué a él como un vendaval de sentimientos encontrados y lo abofeteé con todas mis fuerzas. Enseguida me di cuenta de que lo había pillado totalmente desprevenido y de que, si no me equivocaba, se había visto obligado a esconder las manos detrás de la espalda para intentar ocultar sus afiladas uñas. Aquello me asustó por una fracción de

segundo, pero después hizo que me encendiera todavía más. ¿Es que ese chico que en ocasiones podía ser hasta tierno era capaz de arañar a alguien inofensivo como yo?

—¿Cómo has podido! ¡Cómo has podido, Dom!

Me miró confuso, como si no supiera de qué le estaba hablando, después de todo él no tenía ni idea de lo que yo había presenciado aquella mañana.

—¿De qué me hablas, Anna? ¿Y por qué me has pegado? Si es por lo de esta mañana... yo... —Me sorprendió su tono de arrepentimiento.

—¡No es por eso! —El hecho de haber dormido juntos ya estaba más que olvidado.

—¿Qué ha pasado esta mañana? —intervino Cris.

Por un momento me había olvidado completamente de ella.

—¿Entonces por qué? —preguntó Dom mirándome todavía con pesar.

No parecía preocupado por contestar a Cris, y yo tampoco.

—Esta mañana te hemos seguido —confesé.

Cris soltó un bufido.

—¿Qué? —preguntó asombrado Dom—, eso no es posible. Si me hubieras seguido, me habría dado cuenta.

—Pues lo hicimos, y estaba allí cuando traicionaste a mi hermano y a tu propia prima.

Cris resopló visiblemente molesta conmigo por haber confesado.

En ese momento la mirada de Dom era de asombro e incluso de miedo, se le habían abierto mucho los ojos.

—No podías estar allí..., eso es imposible.

—Estaba en esa sala, Dom, y escuché como hablabas de un matrimonio entre un perro y una gata. No creo que haya muchos casos como ese... Eran ellos, ¿verdad?

Dom bajó la mirada evidenciando que se trataba de ellos.

—Estoy muy decepcionada contigo, Dom. Has traicionado a mi familia y a la tuya. ¿Sabes qué? Después de todo, no eres un Chatte...

Me señaló con el dedo índice a modo de advertencia, en ese momento él parecía mucho más enfadado que yo y sentí un escalofrío de pavor.

—Soy un Chatte, soy hijo de Helena, y si quieres que tu vida no corra peligro, no vuelvas a decir algo así... Nunca, Anna, no lo digas nunca —se giró hacia la puerta.

—Pero... ¿a dónde vas? ¿No nos vas a explicar qué pasa con Hans y

Val? —Aún me temblaban las piernas.

—No pienso quedarme aquí mientras me insultas, buscaré otro sitio donde dormir. Y espero que mañana os hayáis marchado de mi casa.

—Pero... mi hermano Hans... —protesté.

—Son temas que vosotras no comprendéis. ¡No tenéis ni idea de cómo es la vida en realidad! —exclamó dando un portazo.

Apostaría lo que fuera a que buscaría refugio en casa de la rubia y, por alguna razón inexplicable, no me gustaba aquella posibilidad.

—¿Y ahora qué? —Si Cris hacía esa pregunta significaba sin duda que Dom había abandonado el edificio.

Me dejé caer sobre el sofá inmaculadamente blanco.

—Llamaré a mi hermano.

Habían pasado veinticuatro horas y no habíamos conseguido dar con él ni con Val, y ya no podíamos perder más tiempo. Cris no quería molestar a Eugène, pero yo era la mayor de las dos y tenía que tomar las riendas de la situación, mi hermano y Val podían estar en peligro. De modo que cogí el móvil y marqué el teléfono de Eugène.

—Por lo menos da tono —comenté.

—¿Anna? —Oír la voz del padre de Val me reconfortó al instante. Él sabría cómo solucionar aquel embrollo.

—Sí, soy yo.

—¿Qué pasa? ¿Dónde estás? —su tono de voz era de preocupación.

Lógicamente no tuve que contestarle, había leído mi pensamiento.

—¿Qué hacéis las dos en La Coruña? Bueno... dime la dirección.

«*En la ciudad vieja, cerca de una iglesia con un rosetón y un cruceiro... ¿Cuál será la dirección?*», pensé.

—Estaremos allí en diez minutos.

—¿Es que estáis aquí? —pregunté asombrada.

—Sí. Y, Anna..., no te preocupes por nada —añadió antes de colgar.

Me sentía más ligera después de aquella conversación surrealista, ni siquiera le había dado la dirección, puesto que no la sabía, pero estaba segura de que Eugène nos encontraría.

—¿Quién elegiría venir aquí de viaje de novios? —preguntó Cris—. Yo me iría a una isla desierta o al fin del mundo.

Lógicamente, Cris no se tomaba en serio la situación, al fin y al cabo no era su hermano el que estaba en peligro.

—No lo sé, no entiendo por qué están aquí. A menos que haya alguna exposición interesante que Carla quisiera ver o que...

—¿Qué?

—Nada... —La idea que había venido a mi mente no podía ser correcta.

No tuvimos que esperar demasiado para que Carla y Eugène aparecieran por la puerta. En unos segundos estaban al tanto de todo lo que había sucedido, desde que abandonamos Digne hasta mi descubrimiento del día anterior.

—No, no creo que Dom haya denunciado a Hans.

—¿Denunciado? ¿Es así como se llama lo que ha hecho? —pregunté.

—Sí. Por eso estamos aquí, hemos venido con Val desde Italia para encontrar a tu hermano, pero... las cosas se han complicado.

—¿A qué te refieres? —preguntó Cris.

—A que ahora también tenemos que buscar a Val... Ha desaparecido. Ayer por la tarde estaba con Carla en una exposición cuando se escapó, seguramente quería encontrar a Hans por su cuenta. No sabemos dónde está. Fue hasta el CRC, pero después de eso su rastro desaparece en el aparcamiento... junto con el aroma de Dom.

—¿El CRC? ¿Dom se ha llevado a Val? —pregunté sin poder creerlo.

—No lo sé, eso parece. Pero Dom no le haría daño a Val..., de eso estoy completamente seguro —dijo Eugène.

—Yo no estaría tan segura —intervino Cris—. Creo que Dom no es lo que aparenta.

—Exactamente. Dom aparenta ser un chico frío e incluso pasota, pero es buena persona, es mi sobrino y lo conozco perfectamente. Tiene que haber una explicación para todo esto.

A pesar de lo enfadada que estaba con Dom, la fe ciega de Eugène en su sobrino hizo que me sintiera mejor, o menos estúpida.

—¿Y Val no se ha puesto en contacto contigo? —preguntó Cris.

—No, es lo más extraño de todo. Pero si no lo ha hecho es porque no ha podido, eso seguro.

De repente todos miraron hacia la puerta y yo los imité, aunque en realidad no había percibido ningún ruido y mucho menos captado ningún aroma. Era un poco frustrante eso de estar siempre rodeada de criaturas con superpoderes. En ese momento eché de menos a Óscar, el amigo de mi hermano, con él por lo menos te reías en situaciones como aquella.

—¡Señor Chatte! Abra la puerta, es importante. —Aquella voz me resultaba vagamente familiar, pero no conseguía localizarla.

Eugène abrió la puerta con ademán tranquilo y sosegado, él no parecía tan preocupado y nervioso como Carla, quien tenía una pequeña arruga en la frente que indicaba la tensión que sentía por dentro; aunque lo más seguro es que fuera una simple apariencia, las criaturas solían controlar mejor los nervios. O quizá fuera cosa de gatos, porque mi hermano, desde que había conocido a Val, no los controlaba tan bien.

En cuanto advertí al pequeño y enjuto sujeto que apareció en el umbral, supe por qué su voz me había resultado familiar, era el hombre que había hecho de moderador en lo que ahora sabía que se llamaba el CRC, aunque todavía nadie me había explicado qué significaban esas siglas.

—Buenos días —lo saludó Eugène como si ya lo conociera.

—Ah, es usted..., señor Chatte. ¿Su sobrino está en casa? Necesito hablar con él urgentemente.

—No, no sé dónde está, nosotros también lo estamos buscando. Por cierto, ¿tiene alguna novedad sobre el caso de Hans Claros?

—Ya le dijimos ayer que no estamos autorizados a darle esa información en este momento.

—Mi hija ha desaparecido y creo que está relacionado con el mismo caso.

—Oh, lo siento mucho, pero no creo que tenga nada que ver —dijo al tiempo que se ponía de puntillas para mirar dentro del piso como si tuviéramos preso a Dom.

—Escuche bien... —El tono de voz de Eugène había dejado de ser amable—. Si les pasa algo a mi hija o a Hans, tendrá que vérselas conmigo.

—Y con su madre —añadió una voz desde la escalera, una voz muy conocida por mí.

¿Qué narices hacía mi madre allí? Su aparición había sido estelar; imponente, elegante, como era ella. Todos la contemplamos, algunos, como yo, atónitos. No tenía ni idea de que mi madre estuviera al tanto del arresto de Hans, aunque seguramente habían sido Carla y Eugène quienes la habían llamado.

Tan solo esperaba que no supiera cómo había llegado yo hasta La Coruña, porque no solo me llevaría un rapapolvo monumental, sino que podría perder la oportunidad de estudiar en Francia, y aquello era un sueño para mí.

Como era habitual, mi madre no mostraba ningún signo de

preocupación en el rostro, lo que contrastaba visualmente con la cara contraída por la angustia de Carla. Me preguntaba cómo sería tener una madre normal como Carla. En cierta forma envidiaba a Val, mi madre era una auténtica perra loba, fría y poco emotiva. Bueno, en ocasiones mostraba sus emociones, pero eso lo reservaba para mi padre. Y a todo esto... ¿dónde estaría mi padre?

—¿Mamá?

—¿Marion? —Carla también estaba sorprendida.

Aquel señor menudo y flaco —desgraciadamente no podía ver las formas de perro o gato, con lo que tan solo intuía que debía de ser una criatura — se había quedado perplejo al ver a mi madre.

—¿Quién es usted?

—Soy la madre de Hans Claros Wolf, y espero que esto de su arresto sea tan solo un malentendido.

—Verá, señora..., esto es un proceso legal, si tiene alguna queja...

—Tengo muchas quejas.

—En ese caso estaré encantado de acompañarla al CRC, allí podremos hablar —dijo aquel señor con un tono seductor.

—¿Puedo ver a mi hijo?

—Eh... No es lo habitual, pero podemos ver qué se puede hacer.

—No creo que sea mucho pedir que su madre y su hermana —dijo señalándome— puedan verlo.

—Sí, señora, creo que es posible pedir un permiso especial, pero no es algo rápido.

—Iremos con usted. ¡Anna! —Su tono autoritario hizo que me irguiera automáticamente mientras miraba hacia mis padres postizos.

Tenía que reconocer que la idea de volver al control maternal no era de mi agrado. Ni siquiera había tenido tiempo de preguntarles a Eugène y Carla cómo había ido su mini viaje de novios.

—¡Vamos, Anna! Nos vamos con este señor al CRC. —Después se giró para mirar a Carla—. Eh... Carla, gracias por avisarme.

—Oh, de nada. Tenías que saberlo, ya que parecía que se estaba complicando. Val ha desaparecido, así que iremos con vosotras para ver si descubrimos algo.

—No, ustedes no pueden venir, solo la familia directa.

—Pero... nuestra hija... —protestó Carla.

—El caso de su hija no tiene nada que ver, se habrá perdido por la

ciudad.

Eugène se rio.

—¿Desde cuándo un gato se pierde? Ah, claro, como usted es un perro, no tiene ni idea.

Ese comentario no le hizo mucha gracia a mi madre, que le dedicó una mirada poco amistosa, por no decir asesina.

Por lo menos ya sabía de qué especie era aquel hombre, aunque me sentía completamente confusa. ¿Por qué un perro se sentía atemorizado por un gato? Hasta yo me daba cuenta de que Eugène le imponía cierto miedo, así como respeto.

Mi madre me agarró de la mano con tanto impulso que me choqué con ella. Se despidió apresuradamente y salió detrás de aquel hombre, al que le sacaba por lo menos dos cabezas. Carla hizo ademán de seguirnos pero me dio tiempo de ver como Eugène la agarraba sutilmente de la mano y le hacía una señal de que esperara. Estaba segura de que tenían un plan para encontrar a Val.

—¡Hasta luego! —exclamé mirando con dificultad hacia atrás.

No sabía a qué venían tantas prisas, si aquel perro bajaba la escalera más despacio que una abuelita. Cuando por fin llegamos a la calle, algo hizo que me volviera, como si hubiera captado un aroma, pero aquello no era posible, ni yo era una criatura ni los híbridos tenían aroma.

—¡Álvaro! —Me dio un vuelco al corazón al verlo allí.

Iba completamente concentrado estudiando las pisadas del suelo, obviamente seguía algún rastro conocido, quizá incluso el mío o el de Cris.

—¡Anna! —Me dedicó una sonrisa tan especial, que casi dejé de respirar.

—Mamá..., espera, ahora vengo.

—Date prisa, Anna, aunque..., mejor dicho, no creo que lo perdamos con lo despacio que camina —dijo con ironía.

Lógicamente Álvaro había venido hasta La Coruña para recogernos a mí y a Cris, como le había pedido Émile. Me sentí muy desdichada, no quería tener que acompañar a mi madre cuando Álvaro acababa de llegar. Hasta ese momento no había sido consciente de lo mucho que lo había echado de menos.

Nos dimos dos besos que me supieron a poco y después, para mi asombro y júbilo, Álvaro me apretujó entre sus brazos haciendo que dejara de respirar, y no solo por la emoción, sino porque no debía haber medido bien su fuerza animal.

Por si acaso lo había olvidado, fui consciente de que Dom no me hacía sentir ni la mínima parte de lo que me hacía sentir Álvaro.

—¿Estás bien? ¿Os ha tratado bien ese capullo? —Parecía preocupado, ¿celoso?, y eso hizo que me sintiera muy feliz.

—Bueno... sí, más o menos.

—¿Más o menos? —Ahora parecía enfadado.

—Quiero decir... que han pasado muchas cosas, pero no tengo tiempo de contártelas, tengo que irme con mi madre.

—¿Qué hace tu madre aquí? —preguntó cuando descubrió a Marion unos metros más allá. Ella le hizo un gesto con la mano y él le devolvió el saludo.

—Es una larga historia. Entra en este edificio y sigue el rastro, encontrarás a Cris, Eugène y Carla.

—Sí que ha debido pasar algo gordo para que estén todos aquí. Irina tenía razón, dijo que tenía que venir yo en persona a recogeros, me aseguré que ibais a necesitarme.

Yo sí lo necesitaba, con él me sentía protegida, segura y, sobre todo, como en casa. Con Dom me sentía insegura, pequeña y completamente lejos de casa, aunque más salvaje... ¿Pero qué me pasaba? Mi hermano estaba en peligro y yo pensado en chicos.

—Luego nos vemos, vamos a intentar ver a Hans. Lo han arrestado.

—¿Arrestado?

—¡Anna! ¡Vamos! —gritó mi madre, que a esas alturas ya estaba perdiendo la paciencia.

—Adiós, Álvaro.

—Ten cuidado, Anna. —Su tono de voz era más serio que antes.

Asentí y salí corriendo. Noté la mirada de Álvaro clavada en mi espalda, o quizá eso era lo que me gustaría que estuviera haciendo.

Seguimos a aquel hombre hasta aquel edificio tan visitado últimamente por la familia. Nos dejó esperando en una habitación y desapareció murmurando que iba a informarse de si podíamos ver a Hans.

—Bueno... —dijo mi madre mirándome de arriba abajo—. No entiendo muy bien por qué Eugène y Carla os han traído con ellos, este no es lugar para vosotras dos. En mi opinión han cometido un error. Os podíais haber quedado con Émile e Irina en Digne. ¿Y qué hace Álvaro aquí?

Encogí los hombros y sonreí para mí, por lo menos mi madre no tenía ni idea de la aventura que habíamos vivido Cris y yo. Me preguntaba si

Eugène o Carla habían preferido contarle esa versión de los hechos para que se enfadara con ellos en lugar de conmigo. De cualquier modo, se lo agradecería eternamente, no quería poner en peligro mi ansiado año en Francia junto a la familia Chatte.

—En fin..., espero que todo esto sea un malentendido —suspiró, o por lo menos me lo pareció.

—¿Dónde está papá?

—Está en un curso en Estados Unidos. No le he contado nada sobre el arresto de Hans, por lo menos no hasta que sepa de qué va todo esto.

—¿Tú sabías que existía este sistema de criaturas?

—No, en realidad no. Yo... siempre he vivido entre humanos y la única criatura de la familia, tu abuela, vivía al margen también. De todas formas no me sorprende... Siempre me he preguntado quién organizaba a las criaturas.

Mi madre dejó de hablar y miró hacia la puerta, unos segundos después su admirador entró sonriente en la habitación.

—Buenas noticias, señora Claros.

—Señora Wolf, por favor.

—Oh, señora Wolf —dijo haciéndole un repaso a su cuerpo—. No puede ver a su hijo.

—¿Eso son buenas noticias?

Aquel pequeño hombre tragó saliva, la mirada de mi madre era lobuna y él debía saberlo.

—La buena noticia es que el juicio se celebrará mañana.

—¿Qué juicio?

—El de su hijo..., mañana se someterá a un juicio popular de criaturas.

—Están ustedes locos. ¡Tan solo se ha casado con una gata! ¿De verdad lo van a someter a juicio por estar enamorado?

—Yo no le puedo explicar las razones, pero esta noche será el juicio.

—¿No ha dicho que será mañana?

—A las doce de la noche exactamente será mañana. Los juicios de criaturas se hacen por la noche para no llamar demasiado la atención de los humanos.

—Muy bien. ¿Será aquí?

—No, señora, se les informará convenientemente. Pueden venir todos sus amigos. Es un juicio popular.

—Juicio popular... —repitió mi madre como si no comprendiera qué significaba aquello—. Vámonos, Anna —dijo girándose hacia mí e ignorando a aquel hombre que estaba tembloroso, como si mi madre lo pusiera nervioso o le diera miedo, o ambas cosas.

Cuando conseguí alcanzarla, comenzó a hablar muy deprisa.

—Ese whippet enano se va a enterar cuando acabe todo esto. ¡No sabe con quién se ha enemistado ese minúsculo perro asustadizo!

¿Whippet? Tendría que mirar en internet qué tipo de perro era aquel, aunque efectivamente sonaba a perro pequeño.

—¡Un juicio! ¡Un maldito juicio! Es increíble. Vamos a buscar a Eugène a ver si él puede explicarnos de qué demonios va esto de los juicios de criaturas. Necesitamos saber a qué atenernos... ¡Anna! —exclamó mirando hacia atrás—. Vamos, vas muy despacio.

Y tanto, iba con la lengua fuera. Cuando mi madre estaba enfadada corría más que caminaba.

—Sabía yo que esto no iba a salir bien... Mira que se lo dije a tu hermano y a esa gata.

—Se llama Val, mamá.

—¡Como si no lo supiera!

Val estaba comenzando a perder la paciencia, llevaba encerrada en aquella habitación desde el día anterior por la tarde. Nadie había entrado a verla y tenía un hambre horrible. ¿Cómo había podido su primo dejarla allí abandonada? Había pasado por todos los estados de ánimo posibles durante aquellas angustiosas horas: rabia, enojo, nervios, miedo, desesperación, pero en ese instante tan solo estaba triste. Necesitaba a Hans sobre todas las cosas, más que comer, más que ser libre, más que respirar aire puro, más que estar caliente. Aquella habitación estaba vacía, no había ni un solo mueble, y había tenido que dormir en el suelo húmedo y frío, y para colmo no había llevado ni una mísera chaqueta. Aunque por lo menos había un aseo con lo imprescindible: un váter y un lavabo.

En realidad podía entender que no hubiera muebles si aquello pretendía ser una prisión para criaturas, de ese modo sería imposible romper el cristal de la ventana.

Se había concentrado en desear poder escapar para encontrar a Hans,

pero era un deseo demasiado egoísta para que se cumpliera. Y encima su padre no escuchaba sus pensamientos. ¿Por qué? ¿Es que había algún tipo de dispositivo en aquel lugar que lo impedía? ¿Alguna onda que interfiriera en su comunicación? Se había cansado de golpear la puerta, nadie la escuchaba. Era como si estuviera sola en la casa, aunque sabía que no era cierto, ya que había visto unos hombres en la entrada. Estaba harta de dar vueltas por la habitación comiéndose la cabeza con cómo podría escapar de aquel lugar.

De repente oyó una voz que evidentemente era producto de su imaginación desesperada. Una voz que la hacía temblar siempre que la escuchaba. Estaba peor de lo que pensaba.

—Val..., apártate de la ventana.

Por si acaso ahora su instinto le hablaba con la voz de Hans, obedeció y se colocó lo más lejos posible de la ventana. Segundos después alguien irrumpió en la habitación rompiendo la ventana con un estruendo que debía haberse oído a kilómetros de distancia.

—¡Hans! ¿Eres tú de verdad? —No podía creer lo que estaba viendo.

Hans estaba en el suelo algo aturdido por la caída y quitándose algún cristal que le había caído encima.

—¡Val! ¿Estás bien? —Se incorporó de golpe al mirar hacia ella.

—Oh, Dios mío, Hans... eres tú —exclamó aliviada tirándose en sus brazos.

No podía creerse que estuviera realmente con él, que la rodeara con sus brazos, que su lengua estuviera dentro de su boca..., poder sentir de nuevo el calor de su cuerpo. Hans la tocó por todas partes con sus grandes manos, como si estuviera haciendo una sesión de camuflaje o como si estuviera comprobando que tenía todos los miembros del cuerpo en su sitio, pero de repente se separó de ella.

—Val..., los vigilantes vienen hacia aquí. Escucha..., sube al tejado y escapa hacia el bosque. Corre todo lo que puedas, yo te encontraré.

—Pero... ¿por qué no vienes conmigo?

—No treparé, Val, no sé ni cómo he podido lanzarme desde el tejado con esa cuerda —dijo señalando la cuerda que se entremezclaba con los miles de cristales—, pero tú consigues que haga cosas asombrosas. ¡Tienes que irte ya, Val! Yo iré enseguida.

—Pero... tienen armas, te dispararán —objetó agobiada.

—No, no me quieren muerto, no te preocupes. —La besó—. Te quiero, *my kitten*.

Val sintió como las lágrimas que todavía no había derramado intentaban salir, pero consiguió contenerlas, ahora no había tiempo para eso.

—Yo también te quiero. Ten cuidado, Hans.

Asintió y le sonrió antes de que Val saltara sobre el alfeizar de la ventana. Trepó por la fachada con suma rapidez, encantada de poder respirar aire puro, y recorrió el tejado de pizarra gris sigilosa pero rápida como un rayo, lanzándose sobre el primer árbol grande que encontró en su camino, un tilo cargado de hojas. Se desplazó por los árboles sin mirar atrás durante más de media hora, después se refugió en lo alto de uno de ellos. Los vigilantes eran perros, si venían tras su rastro, no la podrían encontrar fácilmente.

Sonrió al darse cuenta de que después de todo su primo la había llevado con Hans como le había prometido. Aunque todavía no sabía cómo la había encontrado Hans, ella no había captado su aroma.

Todo su cuerpo estaba concentrado en los sonidos que la rodeaban: pájaros, coches a unos cuantos kilómetros de distancia, la suave brisa que movía las hojas del eucalipto que le servía de refugio; sin embargo, lo único que quería escuchar era el sonido de los pasos de Hans. Todavía podía sentir el calor de su abrazo, de su cuerpo contra el suyo, de sus labios sobre los suyos.

«Oh, Dios, cómo lo echo de menos», pensó.

No dejaba de preguntarse por qué no los dejaban en paz, tan solo querían ser felices juntos, y no había nadie que la pudiera hacer más feliz que Hans.

Val oyó unos pasos que se dirigían veloces hacia donde estaba ella. Dejó de respirar, aquellos pasos no eran los de Hans, podría distinguir su pisada fuerte y segura en cualquier lugar. Uno de los vigilantes llegó hasta los pies del eucalipto y durante un segundo se quedó parado, como si el rastro que seguía se hubiera desvanecido. Después salió disparado siguiendo el camino de tierra. Por suerte, en ningún momento se le había ocurrido mirar hacia la copa de los árboles.

—Val, estoy aquí, baja del árbol. —La voz de Hans la sorprendió. No comprendía cómo no lo había captado previamente.

Val descendió del eucalipto y se encontró envuelta en sus brazos de nuevo.

—¿A qué hueles?

—No preguntes..., intentaba no oler a mí mismo. Tú eres la que huele

a mí, pero sabía que, como te subirías a un árbol, perderían el rastro.

—Ah..., ¿por eso me has hecho una sesión rápida de camuflaje?

—Exacto. Vamos, Val —le dijo tendiéndole la mano—, ven por aquí.

Creo que sé dónde podemos escondernos.

—Pero... ¿por qué querías que yo oliera a ti?

—No quería que olieras a ti.

Val reflexionó mientras lo seguía entre los árboles. Hans intentaba abrir un camino para ellos y al mismo tiempo intentaba camuflarlo para que no los siguieran.

—Mejor vuelve a subirte a los árboles, no quiero que capten tu aroma.

Val lo obedeció enseguida, sabía que cuando Hans estaba concentrado en mantenerla a salvo no debía interferir, además, solía hacer muy bien su trabajo de protector, por lo menos se lo tomaba muy en serio, mucho más que su propia seguridad.

—Querías que yo tuviera tu olor para evitar que me quisieran cazar, ¿verdad?

—Siempre has sido demasiado lista, Val.

Sintió que el corazón le daba un vuelco al darse cuenta de cuánto se preocupaba Hans por ella, siempre había sido así, desde que se conocieron.

—¿Cómo me has encontrado?

—Estaba en una habitación encerrado y desde ayer por la tarde podía olerte como si estuvieras allí. Creía que me estaba volviendo loco, pensaba que me lo estaba imaginando porque te echaba mucho de menos. Era imposible que te hubieran llevado allí, no tenía sentido. Y sin embargo, el aroma era tan claro, tan tuyo, que no podía ser nadie más que tú. Por eso decidí escapar.

—Entonces... ¡Podrías haber escapado antes! —exclamé asombrada.

—Sí..., podía, pero no quería. Esto es un proceso legal y no quiero ser un prófugo.

Val se quedó paralizada en el árbol.

—¿Por qué has escapado entonces?

—Por ti, tenía que comprobar si estabas realmente allí y sacarte. Ha sido Dom, ¿verdad? —Val asintió—. Cuando le ponga las manos encima...

—Yo se las pondré antes, te lo aseguro.

—Seguro que tiene todas las de perder contra ti —dijo Hans riéndose.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó Val fuera de sí pensando en Dom.

—Bueno, por lo menos estamos juntos.

—Yo no diría que estamos juntos, estamos separados por unos árboles

—comentó algo divertida Val, que ya se sentía un poco más relajada.

—Mira, Val —dijo señalando lo que a Val le pareció una cabaña abandonada—. Creo que ya es seguro que bajas.

Val aterrizó en el húmedo suelo sin hacer prácticamente ruido.

—*My kitten*, toma. —Hans le puso una cazadora sobre los hombros.

—¿De dónde la has sacado?

—La he cogido prestada, sabía que tenías frío y hambre.

—Oh sí, hoy sí me comería un regimiento de ratones.

Hans volvió a reírse y por un momento Val se olvidó de todos los problemas que los rodeaban. Oír su risa la alimentaba más que cualquier comida del mundo.

—Va a llover, lo cual es bueno, se borrará nuestro aroma, y las pisadas. Aquí podemos refugiarnos. Te he traído algo de comer —dijo abriendo una bandolera que llevaba colgada.

—Siempre estás en todo.

—No puedo dejar que mi gatita esté hambrienta, necesito abrazarte y quererte, pero antes tienes que comer algo, ya sabes que si te suenan las tripas no puedo concentrarme.

Esta vez fue ella quien se rio, aunque después su semblante se volvió más serio.

—Hans, ¿te han tratado bien? ¿Te han hecho daño?

—No, solo me han quitado mi libertad y el amor de mi vida. —La abrazó con fuerza—. Lo único que quería era saber que tú estabas bien. Siento tanto haberme ido sin despedirme... Sé que te prometí que nunca lo haría. Lo siento, *my kitten*, lo siento.

Era cierto, cuando nos reencontramos en Estados Unidos y volvimos juntos a Francia, me prometió que no volvería a dejarme, que nunca se iría sin despedirse.

—No tuviste elección. Me lo dijiste.

Se separó bruscamente de mí.

—¿A qué te refieres con que te lo dije?

—Me llegó un mensaje tuyo cuando me dormí. Me decías que no habías podido convencer a esos perros para que te dejaran despedirte de mí y que te llevaban a La Coruña, bueno... y que me querías.

—¿En serio que pudiste captarlo? —Hans parecía realmente feliz—. Nunca pensé que fuera a funcionar. Tenemos algún tipo de conexión, Val, y no sabes cuánto me alegro de que sea así. Bueno... —dijo abriendo la bolsa—,

ahora a comer. Tengo unos plátanos, un poco de pan y queso.

Val se abalanzó sobre el pan y el queso como si llevara sin comer varios días.

—Sí que tienes hambre, Val. No comas tan deprisa que te vas a atragantar.

Solo cuando se terminó todo lo que había traído Hans, se fijó en el lugar en el que estaban. Más que una cabaña aquello parecía una especie de cuadra de animales. Había paja en el suelo aunque no parecía estar húmeda.

—¿Qué vamos a hacer, Hans?

—Bueno..., por ahora voy a hacer el amor con mi mujer, si a ella no le importa este hostel de mala muerte que he reservado.

Val se rio.

—Oh, no podría haber un lugar mejor, huele a oveja... Aunque esa paja tiene que ser mucho más cómoda que donde he dormido esta noche.

—Me gusta que no pierdas el sentido del humor, Val. Ven aquí, *my kitten* —dijo atrayéndola hacia sí.

Le soltó el pelo, que llevaba sujeto en una trenza, y la abrazó hasta que supo que había recuperado la temperatura corporal. Entonces le quitó la cazadora y comenzó a desabrocharle el vestido.

—Eres tan bonita... —susurró al mismo tiempo que recorría con un dedo el contorno de sus pechos.

El frío, o quizá la forma en que Hans la acariciaba, hizo que los pezones se pusieran duros en cuanto Hans se deshizo del todo de su vestido. Val también le desabrochó la camisa sin dejar de acariciar su atlético torso desnudo, hasta que Hans no pudo más y la besó con tanta ansiedad que sin darse cuenta la fue empujando hacia atrás, hasta que cayeron sobre la paja.

—Lo siento, ¿te he hecho daño?

—No, tú nunca me haces daño —contestó Val mordiéndole la boca.

—¡Ay! Pues tú a mi sí —protestó Hans bromeando.

Val se alejó de él gateando sin dejar de mirarlo para comprobar si la seguía, parecía querer jugar al gato y al ratón, sin embargo la mirada lobuna de Hans le indicó que no podría soportar un jueguecito de esos en ese momento, la deseaba demasiado. Por eso en cuando el vigoroso cuerpo de Hans la atrapó sobre un montón de paja, Val no se resistió más y dejó que la poseyera.

—Val... —dijo Hans medio jadeando—. No tengo nada..., no estoy preparado... Lo había olvidado.

—Oh.

—Podría dar marcha atrás, aunque no sé si seré capaz.

—Bueno, ya nos arriesgamos una vez...

Era cierto, cuando se habían reencontrado en Estados Unidos aquella maravillosa pero también triste noche en la que pensaban que no volverían a verse.

—Haré lo que tú me digas —propuso Hans con desesperación.

—Marcha atrás, entonces.

—De acuerdo, haré lo que pueda.

Val descansaba sobre Hans, que la tenía todo lo arropada que podía. Se maldecía a sí mismo por no haber robado una manta. Le había puesto la cazadora por encima, pero no le parecía suficiente abrigo para su mujer. La idea de que Val hubiera pasado frío la noche anterior lo atormentaba, sobre todo porque sabía que aquel odioso lugar era demasiado húmedo y no había mantas en las celdas.

—Hans... ¿Cómo te ha dado tiempo de coger comida?

—Sabía que estabas muerta de hambre, por eso, antes de camuflarme, he ido a por algo de comer a la cocina y a por algo de abrigo.

—¿Y los perros no te han encontrado?

—Bueno, no exactamente. Me ha encontrado la cocinera, que es como dos de esos perros juntos. Debías haberla visto, daba miedo. Aunque no me gusta golpear a mujeres, tuve que hacerlo. Me costó dejarla inconsciente, era dura de pelar. —Se fijó en la expresión del rostro de Val y añadió—: No está muerta, Val, no te preocupes. También me encontré con uno de los guardias al salir hacia el bosque..., tampoco está muerto.

Val respiró hondo, no quería que su marido se metiera en problemas.

—Y ahora... cuéntame lo que ha pasado desde que nos separamos —le pidió Hans.

Después de enterarse de todo, Hans la tumbó encima de él y comenzó a acariciarle el pelo, Val no pudo evitar quedarse profundamente dormida. Hans sonrió al descubrir que había caído rendida y se preguntó si habría dormido algo en toda la noche o incluso si habría dormido algo durante aquellos días en los que habían estado separados, seguramente no demasiado.

Tan solo había pasado una hora cuando Val se incorporó de golpe.

—¡Mi padre! —exclamó aturdida.

—¿Qué?

—Me ha hablado, ahora mismo. Ayer intenté comunicarme con él, pero no pude contactar de ninguna manera. Acaba de decirme que Edmund me ha localizado y que estarán aquí en media hora.

—No sabes cuánto me tranquiliza oír eso, porque los guardias nos han descubierto. Estaba a punto de despertarte.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Val todavía algo confusa.

—Sí, vienen hacia aquí. Será mejor que te vistas. Lo tengo todo organizado, Val. Yo saldré a encontrarme con ellos, tú quédate aquí quieta como una estatua, sé que podrás hacerlo, y espera a que vengan tu padre y Edmund.

—Pero..., no irás a entregarte a esos hombres...

—Sí, Val, no tengo más remedio. No puedo interferir más. Ya lo he hecho, pero ha merecido la pena. Las horas que he pasado junto a ti me han dado fuerzas para poder continuar.

—¿Qué? —Val se levantó de un salto.

—Vístete, Val.

—¡No pienso dejar que te entregues!

Hans se acercó a ella y le puso la mano en la boca para que dejara de gritar.

—Val, obedéceme, por favor, hazlo por mí. Y no hables más, no quiero que sepan que estás aquí. Necesito que estés a salvo y si me haces caso lo estarás. Tu padre te pondrá a salvo. Yo tengo que volver, hagamos que este proceso acabe lo antes posible. ¿Me prometes que no gritarás?

Val asintió y Hans apartó la mano de su boca. Ella recogió la ropa del suelo girándose de vez en cuando para mirar a Hans con aquella mirada de gata enojada que él tan bien conocía.

Val estaba indignada ¡La había engañado! Había pensado que escaparían juntos y que terminarían con esa pesadilla y sin embargo él pretendía entregarse.

—Por favor, no te enfades, Val. Lo hago por nosotros. No dejaré que nadie me aparte de ti, soy demasiado egoísta —susurró mientras se dirigía hacia la puerta.

Antes de que Val pudiera reaccionar, cerró la puerta tras de sí. Val se acercó a la puerta demasiado tarde, se sintió destrozada por no haber podido besarlo por última vez. ¡Maldito orgullo!

10. Helena. La lluvia misteriosa

Meyrargues. Mayo 1943.

Me observé en el espejo, no estaba mal. El vestido de mi madre me quedaba un poco más corto que a ella, puesto que yo era más alta, pero, sin duda alguna, más entallado. Era blanco con grandes lunares negros. Una cinta negra hacía de diadema mientras mi melena rubia caía en desorden por los hombros. No tenía tiempo de hacer nada mejor con el pelo, Roberto debía estar ya en el comedor esperándome para cenar. Me pinté rápidamente los labios y me eché perfume. No recordaba haber estado tan nerviosa en toda mi vida, ni siquiera la noche de mi boda con Dom.

Intenté dibujar en mi mente la imagen de mi marido, pero por más que lo intentaba no recordaba ni su rostro ni su voz, por ello me dirigí a la mesilla y miré nuestro retrato de boda.

—Lo siento, Dom, pero creo que me gusta otro hombre, esta vez de verdad. —Y besé su imagen.

No entendía la razón por la que aquel hombre desconocido me afectaba de aquella manera, pero había decidido dejar de luchar contra aquel sentimiento. No podría soportar por mucho más tiempo los nervios que me consumían desde hacía días, sobre todo desde hacía unas horas, cuando Roberto había aparecido en mi dormitorio de la abadía en mitad de la noche.

—Oh, lo siento, Helena, no quería despertarte de este modo. —Se dio la vuelta al ver que estaba en ropa interior.

Sonreí al notar lo avergonzado que estaba. En realidad no era justo, yo había disfrutado el día anterior de ver su maravilloso y musculoso cuerpo desnudo, incluso a pesar de las cicatrices tan horribles del pecho y de la espalda. No podía ignorar lo que me habían afectado.

—¡Menudo susto, Roberto! ¿Qué sucede? ¿Ha pasado algo?

—Ehh —titubeó—. Solo quería comprobar si estabas bien.

—Oh..., gracias por tu preocupación, estoy bien.

—Bueno..., en realidad quería disculparme.

—Puedes darte la vuelta, Roberto, ya estoy decente. ¿Disculparte por

qué? —pregunté terminando de colocarme el hábito.

—Creo que anoche te besé y...

—Es cierto, pero eso fue después de que te besara yo.

—¿Tú? ¿Por qué harías algo así?

—Para protegerme de ti, estabas soñando y pegabas a alguien. Tranquilo..., no me pegaste.

—Entonces, me besaste para protegerte de mí y yo me aproveché de la situación. Lo siento...

—No lo sientas. Yo... —dije apartando los ojos por un segundo.

Me costaba mantenerle la mirada y eso era algo extraño en mí, pero su forma de mirarme era tan turbadora, lo hacía de una forma tan intensa, que me daba escalofríos. ¿Por qué aquel hombre tan tierno y misterioso me afectaba de aquella manera?

—Yo... quería besarte, quería que me besaras —confesé al fin.

Sonrió y se acercó a mí. A esas alturas podía sentir como temblaba, esperaba que él no pudiera sentirlo.

—No sabes cuánto significa para mí lo que dices, Helena —susurró mientras me acariciaba el rostro. Lo hizo con tanta dulzura que creí que iba a perder el equilibrio.

—Pensé que ya no volvería a sentir algo así —añadí.

¡Tenía la sonrisa más bonita que había visto en mi vida! Pero era todo tan extraño... Era casi un desconocido y, sin embargo, me daba la sensación de que lo conocía perfectamente. Quería protegerlo, besar cada una de las cicatrices de su cuerpo, abrazarlo y consolarlo por no haber conocido a sus padres, darle una familia para que no se sintiera solo en el mundo, quería darle todo el amor que llevaba guardándome durante años.

Sus manos rodearon mi cintura y una oleada de calor recorrió mi cuerpo como si alguien me hubiera envuelto en una gran manta. Me besó la frente, después la nariz, luego sus labios se posaron sobre los míos, calientes, tiernos, suaves... Pero ambos nos separamos bruscamente al saber que alguien estaba al otro lado de la puerta.

—Señor Mage, señora Mage. —Era el hermano Simeon, que golpeaba la puerta con suavidad.

Nos preguntó si estábamos preparados para marcharnos y nos dijo que era el momento perfecto, ya que la barca había ido hasta allí en mitad de la noche por algún asunto urgente que no quiso explicarnos; podríamos llegar a la costa sin demasiados problemas. De modo que nuestro momento de magia se

esfumó.

Bajé la escalera despacio, concentrándome en la respiración, quería llegar al comedor completamente sosegada. Roberto estaba en un extremo de la mesa con una copa de vino en la mano. Se había bañado y afeitado y la ropa de Eugène le quedaba perfecta, como había supuesto; eran de la misma talla, ambos igual de altos y anchos de espalda. Ahora conocía su cuerpo casi al milímetro; aunque solo lo había visto desnudo durante unos segundos lo tenía grabado en mi retina de un modo meticulosamente detallado. Había usado nuestro perfume de lavanda, aunque el olor era diferente en él, era el aroma más maravilloso que había respirado jamás.

Al verme, posó la copa sobre la mesa y se levantó. Me dedicó una de esas miradas intensas que me dejaban ardiendo por dentro.

—Helena... —No podía imaginarse cuánto me gustaba que pronunciara mi nombre sin ninguna razón aparente.

—Perdona por el retraso —conseguí decir.

Observé que François había colocado nuestros platos en los extremos de la larga mesa y me pregunté si lo habría hecho a propósito. No parecía aprobar mi relación con Roberto, aunque no entendía por qué, si él viera lo que yo veía en sus ojos, quizá cambiara de opinión.

—Esperaría eternamente por ti.

Cuando hacía ese tipo de comentarios mi corazón ronroneaba, esperaba que solo yo pudiera oírlo.

Recogí el plato y la copa y me senté a su izquierda.

—Gracias —murmuró.

Lo miré sin comprender.

—No me gustaría tener que gritar para mantener una conversación contigo —dijo haciendo un gesto hacia el otro extremo—. Creo que no le gusto demasiado a François.

—Lo sé.

—Pero es buen cocinero, eso tengo que reconocerlo. El pollo a la naranja tiene una pinta estupenda.

Sonreí y me dispuse a cortar el pollo.

—También es parte de la familia.

—Me he dado cuenta, y me alegro de que esté aquí para protegerte.

—¡No necesito protección! —dije irritada.

—Yo no diría eso. La última vez que estuve en esta casa un perro

quería matarte, o por lo menos quería algo de ti.

Aparté la mirada. Tenía razón, pero no me gustaba parecer desvalida y débil.

—Me llama la atención que no me hayas preguntado qué quería aquel perro de mí.

—Me lo he preguntado, Helena..., pero supongo que no es asunto mío.

—Pues... en realidad sí que lo es, al fin y al cabo eres un gato. ¿Te puedo preguntar en qué año naciste?

Me miró confuso sin comprender a dónde quería ir a parar.

—Te he contado mi historia... No estoy seguro, pero creo que nací en 1912. ¿Por qué?

—Tienes treinta y un años. Verás, yo nací en 1903.

Me miró asombrado.

—Eso no es posible. Pensaba que tenías unos treinta años... y que habías tenido a Dom muy joven.

—Lo sé, pero en cuanto te explique nuestro secreto, el de los gatos, lo entenderás.

—¿Qué secreto?

—El secreto por el cual los perros, aquellos perros, en realidad no sé quiénes son, buscaban a mi padre y al profesor Miró.

—Helena, no sé de qué me estás hablando.

Entonces le expliqué todo, o casi todo, que los gatos vivíamos muchos más años, en realidad no sabíamos cuánto tiempo, y que por esa razón había algunos perros que buscaban a científicos gatos, como el profesor Miró o mi padre, para conseguir averiguar más sobre nuestro secreto.

—¿Te lo contó tu padre?

—Sí, pero no sé si me lo habría contado de no ser por... Digamos que no tuvo más remedio después de lo que pasó.

No me apetecía especialmente remontarme a aquel día, sin embargo tendría que hacerlo. Sería la primera vez que lo contaba, pero después de todo Roberto me había abierto su alma.

Le relaté lo que había sucedido aquel fatídico día en el que mi marido murió a manos de aquellas criaturas que en realidad buscaban al profesor Miró.

—Entonces tu marido murió y tú te salvaste.

Asentí, no quería asustarlo con cómo yo también había muerto y después resucitado.

—Lo siento, Helena —dijo cogiéndome de la mano.

—Fue hace tiempo, pero no se lo había contado nunca a nadie. —
Roberto me secó una lágrima solitaria que rodaba por mi mejilla.

—Gracias por confiar en mí.

Roberto se levantó y comenzó a dar vueltas por el comedor.

—¿Qué buscas?

No me contestó. Abrió una pequeña cómoda y exclamó un *aquí está*. No sabía lo que pretendía, pues allí tan solo estaba el fonógrafo. Un segundo después la suave melodía de un *swing* de Stan Brenders inundó la sala. Roberto me miró y se acercó sonriendo.

—¿Me concede este baile, señorita Chatte?

Me hizo sonreír. Imaginé que era su forma de hacerme olvidar la historia que le acababa de contar. Sequé mis últimas lágrimas y le tendí la mano. Roberto me agarró por la cintura haciendo que sintiera de nuevo una oleada de calor. Por el modo en que sus labios se curvaron en una media sonrisa juraría que se había dado cuenta, seguramente mis mejillas me habían delatado.

En realidad no seguíamos el ritmo de aquella maravillosa música, íbamos a nuestro ritmo, al ritmo de estudiar las pupilas del otro, de disfrutar del aroma de nuestros cuerpos, del tacto de nuestra piel, la suya mucho más cálida que la mía. Apoyé la cabeza en su hombro, añorando el beso que no llegamos a darnos.

—Helena... Sé que es pronto para decirlo, pero... eres la mujer que he estado buscando. Eres tú..., y no me veo capaz de perderte de nuevo.

¿De nuevo?

Me enderecé y miré esos ojos oscuros y brillantes y supe que lo que decía era cierto. No entendía muy bien el significado de sus palabras, pero había dejado de analizarlas cuando hablaba de ese modo —como si me conociera de otra época—, ya que me gustaba lo que decían.

Roberto deslizó sus manos detrás de mi nuca y por fin me besó. Después me apretó contra él con tanta fuerza que pensé que iba a desmayarme. Sentía como si flotara en el aire, completamente a salvo en sus manos, como si los dos nos pertenciéramos el uno al otro, como si esa fuera mi recompensa después de tanto tiempo, ojalá fuera así. Cuando sentí sus labios en mi cuello me alegré de haberle pedido a François que se retirara a la casita. Sin embargo, otra vez, no duró demasiado. En cuanto sentimos pasos en el jardín nos separamos.

—Viene alguien —indiqué.

—Sí.

—No es una criatura —añadí.

—Creo que sé quién es. Vayamos a abrir la puerta —dijo cogiéndome de la mano.

Me gustaba la aspereza de sus manos y el calor que desprendían, cuando me tocaba era como si me anestesiará, como si sus manos fueran sanadoras, cuando sabía perfectamente que no lo eran. Aun así, sus manos tenían algo especial, aunque todavía no sabía lo que era.

El hombre que estaba al otro lado de la puerta, a punto de llamar al timbre, era un hombre bajo y algo desgarrado, pero fornido. A juzgar por su ropa sucia y vieja debía ser un mendigo.

—¡Carlos! —exclamó Roberto dándole la mano—, me alegro de verte. Te presento a la señorita Chatte. Él es Carlos García, es amigo mío.

—Roberto, tenemos que hablar —dijo aquel hombre de forma cortante sin haberme siquiera mirado.

—Puedes hablar delante de Helena.

En ese momento sí me prestó atención, aunque su mirada se desvió rápidamente hacia nuestras manos entrelazadas. Sin abandonar la expresión de clara desconfianza, comenzó a hablar dirigiéndose tan solo a Roberto.

—Los alemanes sospechan de ti, te están buscando. Y el general Dumont quiere hablar contigo urgentemente.

Roberto se quedó callado durante unos segundos.

—De acuerdo, Carlos, dame unos minutos. Espérame fuera.

Roberto cerró la puerta y me miró preocupado, como debatiéndose entre quedarse conmigo y cumplir con su deber. La música seguía sonando en el comedor, pero intuía que ya no podríamos seguir bailando, y mucho menos besarnos.

—¿Trabaja contigo?

—Algo así, pero es más un amigo. Sé que parece un mendigo —dijo como si pudiera leerme la mente—, pero sus ropas son tan solo un disfraz; nadie sospecha de un inmigrante muerto de hambre.

—Entiendo.

—Helena, no quiero dejarte sola.

—No estaré sola, François está conmigo.

—Tu padre dijo que este lugar no era seguro y opino lo mismo que él. Preferiría que te fueras a Digne..., te llevaré —dijo, y acto seguido me agarró

por el codo.

—No, tienes que irte. Y además no puedo dejar Meyrargues, mañana comienzan las clases, tengo trabajo.

—No creo que sea seguro que te quedes aquí. Por favor, Helena, necesito irme sabiendo que estás a salvo. Deja que te lleve a Digne.

—No, Roberto. Mis alumnos me necesitan, es mi trabajo, igual que el tuyo es ir a hablar con ese general.

—No sé por qué sabía que dirías algo así —dijo resignado, y me soltó—. De acuerdo, Helena, sé que no te podré convencer, de modo que prométeme que te mantendrás a salvo.

—Lo haré.

Roberto rebuscó en los bolsillos del pantalón y sacó una moneda de oro. Me sorprendió que todavía le quedara alguna después de tanto tiempo. Después sopló sobre ella como para quitarle el polvo.

—Toma —dijo entregándomela—, si sientes algún peligro, si alguien te sigue, si sospechas que estás en problemas, por pequeño que sea, quiero que beses esta moneda.

—¿Que la bese? —pregunté casi riéndome.

—Sí, bésala, como si fuera yo.

Sonreí y besé la moneda.

—¿Has sentido algo? —pregunté traviesa.

—Sí, he sentido un cosquilleo por la columna —dijo sonriendo, pero acto seguido volvió a hablarme con seriedad—. No te lo tomes a broma, Helena, por favor, hazlo.

—Lo haré. ¿Qué es esto..., magia? —pregunté mirando la moneda.

—Algo así —contestó. Después me agarró por los hombros—. Cuídate, Helena, por favor; hazlo por ti, pero también por mí. —Y me besó con pasión dejándome sin aliento—. Adiós, Helena.

Antes de abrir la puerta se giró hacia mí.

—Ah..., y si François no cuida bien de ti, entonces tendrá razones de verdad para odiarme.

No sabía si lo decía en serio o en broma.

—Ten cuidado, Roberto.

Asintió y desapareció en la oscuridad de la noche.

Odiaba aquella guerra, odiaba a los alemanes y lo que más odiaba era que Roberto se alejara de mí.

Por si tenía alguna duda, a lo largo de los días sucesivos, lo que sentía por él me golpeó en plena cara como una bofetada. No era un capricho — como aquel que había tenido hacía unos años, con el que había intentado en vano llenar el vacío físico que sentía—, aquello era completamente diferente. No era solo atracción física. Era cierto que anhelaba su cercanía, su contacto, sus besos, su calor... pero también anhelaba hablar con él, compartir con él cualquier pequeña y ridícula anécdota de mi vida rutinaria. Todavía no alcanzaba a entender cómo podía sentir aquella dependencia de alguien que conocía desde hacía tan solo unos días.

Al menos tenía a mis alumnos para evadirme mientras esperaba ansiosa que Roberto volviera.

—Niños... ¿conocéis este cuadro? —Todos y cada uno de ellos negaron con la cabeza—. Es un cuadro de Paul Cézanne, es un pintor francés. Esto es una imagen de las montañas de Sainte-Victoire, no muy lejos de aquí. ¿Os gusta? —La mayoría asintió—. Bien, vamos a probar a hacer nuestra propia versión.

—¿Qué es una versión? —preguntó una de las niñas.

—Una versión es hacer un dibujo parecido al que tienes delante, pero dándole tu propia visión, es decir, hacerlo a tu manera. Puede ser parecido a este o no, ni siquiera tiene que tener los mismos colores. ¿Os apetece intentarlo? Bien..., escoged los colores que os gusten más...

Dejé de hablar cuando presentí que varios hombres venían por el pasillo y se dirigían precisamente a mi clase. El sonido de las botas y aquellas pisadas marciales hicieron que recordara las palabras de Roberto: «prométeme que te mantendrás a salvo».

Unos segundos después llamaron a la puerta. Me levanté con una sensación extraña, como sabiendo que lo que me esperaba al otro lado no iba a ser agradable.

—¿Señora Marchant? Necesitamos hablar con usted.

Al encontrarme con aquellos uniformes grises, nada menos que tres, sentí un nudo en el estómago.

Les di la espalda y volví a colocarme en mi mesa.

—¡Señora Marchant! Es urgente que venga con nosotros.

Lo ignoré mientras le daba vueltas a qué podía hacer.

—Sandrine... ¿puedes ir a buscar al padre Fernand y pedirle que venga?

La niña salió a tal velocidad que empujó a uno de los militares,

haciendo que el resto de los alumnos se rieran. Se suponía que debía reprenderlos y, sin embargo, les sonreí.

—Señora..., esto no es una broma —dijo uno de ellos entrando en la clase.

—Señores..., por favor, iré con ustedes, pero no voy a dejar solos a mis alumnos hasta que alguien competente se haga cargo de ellos.

—Si no obedece, la llevaremos a la fuerza —exclamó uno de ellos, que a juzgar por el uniforme era el de más rango.

—¡No pienso moverme hasta que llegue el padre Fernand! —exclamé indignada.

—¿Qué sucede, Señora Marchant? —Justamente era el sacerdote, que llevaba a Sandrine de la mano.

—Oh, estos caballeros... —dije con ironía—, quieren arrestarme.

—¿Por qué razón?

—Padre..., no tenemos que darle ninguna explicación. ¡Soldados! —ordenó el mando.

Ambos se adelantaron, agarrándome cada uno de un brazo. En cuanto salimos al pasillo me ataron las manos.

—¿Acaso tienen miedo de una mujer? ¿Por eso me atan?

Ninguno de los tres contestó y eso solo hizo que me pusiera más nerviosa. Y con las manos atadas no podría besar la moneda de Roberto, que llevaba escondida bajo la blusa. ¡Maldición! Tendría que intentar que me las desataran.

Me arrastraron literalmente hasta la última casa del pueblo, la que estaba más apartada. El oficial al mando aporreó la puerta y la dueña abrió con una mirada de pavor dibujada en el rostro.

—¿Hay alguien más en la casa? —preguntó empujando a la señora a un lado.

—No.

—Bien, pues salga y vuelva dentro de cinco horas.

—¿Cómo?

—¿No me ha oído? —exclamó el oficial al mismo tiempo que desenfundaba la pistola.

La pobre señora salió corriendo y gritando, supuse que en dirección a la casa de una de las vecinas. Me empujaron de malas maneras escaleras arriba hasta una salita, donde había una mesa camilla. Me sentaron a la fuerza en una de las sillas.

—Bien, señora Marchant, díganos, ¿conoce al capitán Krum?

No sentí ningún alivio al descubrir que al que buscaban era a Roberto. Lo que no entendía era por qué lo habrían relacionado conmigo.

—¿A quién? —pregunté haciéndome la tonta.

—Enséñale la foto. —Le pidió a uno.

—Sí, mi sargento.

Uno de los jóvenes me plantó ante los ojos una foto de Roberto con uniforme igual a los que llevaban mis captores.

—Sí, lo conozco, me paró en un control hace unas semanas y me interrogó.

—¿Ah sí? ¿Qué le preguntó?

—Fue un interrogatorio normal, me preguntó sobre mi salvoconducto, pero después me dejó proseguir.

—¿Y no ha vuelto a verlo usted?

—No.

—¡Miente! —gritó dando un puñetazo en la mesa camilla, pero yo no me sobresalté, después de todo tan solo eran tres hombres, podría con ellos. Lo único que me daba miedo eran sus armas, contra eso no podría luchar.

—Le voy a volver a preguntar por las buenas. ¿Conoce al capitán Krum?

—Personalmente no —dije con calma sabiendo que lo iba a enfadar.

—Entonces, ¿por qué tenemos testigos que aseguran que la vieron a usted con el capitán en su coche haciéndose pasar por su esposa?

—Señor, yo soy viuda, no estoy casada.

—¡Lo sé perfectamente! —Tendría que contenerme, si seguía así, iba a hacerle perder los estribos—. Lo que me pregunto es por qué se estaba haciendo pasar por su esposa.

Era evidente que el cabo Dandini nos había denunciado, por eso aquel amigo de Roberto, Carlos, había dicho que los alemanes sospechaban de él. ¡Roberto estaba en peligro! Ese pensamiento hizo que me levantara de golpe de la silla, como si de esa manera pudiera proteger a Roberto. El sargento me dio un puñetazo en el estómago haciendo que me doblara hacia delante retorciéndome de dolor.

—No sé de qué habla, cabo.

—Sargento —corrigió, después miró a los soldados—. Os dejaré a solas con ella. Volveré dentro de un rato, seguramente para entonces querrá hablar conmigo.

Cobarde, pensé. Dejaba el trabajo sucio a aquellos soldados que no parecían tener ninguna gana de golpear a una joven como yo. Lo supe por cómo se miraron al abandonar el sargento la habitación. Quizá aquella actitud me favoreciera.

—Suéltala, si no, no podremos quitarle el vestido —dijo en alemán el que tenía bigote.

Era una suerte que pensaran que no les entendía. Mis uñas salieron casi sin proponérmelo, preparadas para actuar cuando me viera libre de las ataduras. La ventana estaba abierta y sabía que el bosque comenzaba en aquel extremo del pueblo. Prefería ser una prófuga que una prisionera y no pensaba dejar que aquellos dos hombres me dieran una paliza o algo peor.

—Odio pegar a mujeres bonitas —protestó su compañero desatándome las manos—. Aunque la parte de verla desnuda no me disgusta, seguro que tiene un cuerpo asombroso.

En cuanto me desató, le arañé la cara. Después me hice con el arma del otro, lo golpeé en el rostro y dejé caer el fusil antes de desaparecer por la ventana. Cuando por fin reaccionaron, comenzaron a dispararme, sin embargo, era demasiado tarde para que pudieran hacer blanco, estaba demasiado lejos. Aun así podía oírlos.

—El sargento nos va a matar.

—Y con razón. ¿Qué ha pasado exactamente? ¿Cómo se nos ha escapado una joven tan delicada y... a simple vista inofensiva?

—¿Inofensiva? ¿Has visto cómo me ha arañado la cara?

—¡Pues sí que te ha dejado una buena marca! Debía tener garras en vez de uñas.

—Salgamos a buscarla. ¡Vamos! Esa mujer se va a enterar cuando la encuentre.

Me desplazé veloz por el bosque saltando de un árbol a otro hasta que, quince minutos después, llegué al bosque que rodeaba el *château*. Los militares habían sido muy rápidos y estaban en mi casa hablando con François, y para colmo habían llevado refuerzos.

—La señora está en la escuela —les explicó François.

—Ya no. ¡Registrad la casa de arriba abajo! —ordenó el jefe.

Me senté pacientemente en la rama más alta de un frondoso arce sabiendo que no me quedaría más remedio que esperar quizá más de dos horas, el *château* no era pequeño precisamente. Me alegré de que mi familia no estuviera en casa; por un lado, no sabía cómo habrían actuado ante aquella

situación y, por otro, habrían corrido peligro exponiendo sus rostros ante aquellos hombres, cuando la mayor parte del tiempo interpretaban el papel de militares alemanes de alto rango. Pero, por encima de todo, me sentía aliviada por que Roberto no estuviera allí.

Cuando por fin abandonaron el *château*, me escabullí hasta el establo y, mientras esperaba a que François apareciera, escribí una nota rápida y concisa para explicarle la situación al padre Fernand.

—¡Señorita Helena! ¿Está bien?

—Sí, François, estoy perfectamente. Pero me temo que tendré que marcharme a Digne. Solo necesito que me prepares una bolsa con algo de comida y que me traigas algo de ropa abrigada, pantalones y un impermeable, parece que va a llover.

—Ese hombre la ha puesto en peligro, ¿verdad?

Sabía que se refería a Roberto.

—Oh, no, François, de hecho es él el que está en peligro por mi culpa.

Me miró poco convencido, pero en ese momento no tenía tiempo para darle explicaciones.

—Iré con usted.

—No, François, es importante que te quedes aquí. Tenemos alemanes vigilando, no quiero que piensen que hemos dejado la casa sola, podrían montar su propio cuartel general en el *château*. Además, necesito pedirte otro favor. Necesito que entregues esta carta al padre Fernand. Ten cuidado, nadie puede verte entregándosela, no quiero ponerlos en peligro a ninguno de los dos.

—Descuide, señorita, es tarea para un gato —dijo sonriendo.

—Sí, François. Gracias..., y cuídate. Te estaré esperado en el bosque.

—¿No llevará un caballo? Es un largo camino hasta Digne.

—Lo sé, pero iré con más sigilo si voy caminando.

Me vendría bien la caminata hasta Digne para pensar en todo lo que estaba sucediendo. No sabía qué haría con mi vida a partir de ese momento, pero sabía que, al menos durante un tiempo, no debía pisar Meyrargues, y eso me apartaba forzosamente de mi trabajo. Echaría mucho de menos a mis alumnos, pero por unas cosas u otras, siempre había alguien al acecho. No me preocupaban demasiado los humanos, pero no me facilitaba la vida ser una prófuga y que los alemanes sospecharan de mí. Me alegraba de que Dom estuviera en París con mi madre y Edmund. Sabía que todo estaba en orden porque no había sentido ninguna amenaza.

El único que me preocupaba era Roberto, no tenía forma de saber si

estaba bien. Me había pedido que besara la moneda a la menor señal de alarma, pero no quería hacerlo venir y ponerlo en peligro cuando en realidad no había razón para preocuparse.

Oí ramas crujir e instintivamente di un salto hasta la copa del árbol más cercano. Alguien me estaba siguiendo, pero el aroma que me llegaba me tenía confundida, no estaba segura de si era una criatura o un humano, o quizá tan solo fuera algún animal del bosque. Esperé agazapada hasta que vi aparecer en el claro la silueta de un hombre fuerte y bajo.

—¿Carlos?

—¿Señorita Chatte? ¿Es usted? No consigo verla.

Aterricé a su lado y Carlos dio un respingo, no parecía nada habituado a los gatos. Supuse que desconocía la verdadera naturaleza de Roberto.

—Lo siento, Carlos, no quería asustarte.

Se acercó a mí algo confuso.

—¿Es usted? Parece un hombre con esa pinta.

—Sí, soy yo. Gracias por el cumplido, pero es lo que pretendía precisamente, parecer un hombre. Y por favor, llámame Helena. ¿Me estabas siguiendo?

—Sí, por supuesto, Roberto me pidió que no la perdiera de vista.

—Por favor, tutéame... ¿Llevas siguiéndome todos estos días?

—Sí, cuando Roberto me pide algo, es porque es importante. Y tengo que decir que no es fácil seguirte el rastro. ¿Cómo diantre conseguiste escapar de los alemanes?

—Oh, de modo que estás al tanto.

—Sí. Y me harías un favor si vinieras conmigo, estoy un poco harto de perseguirte. Mi mujer y yo podemos esconderte hasta que vuelva Roberto.

¿Su mujer? No podía imaginármelo casado.

—¿Por qué haces esto?

—¿Te refieres a ser tu sombra? —Asentí—. Pues... porque le debo mi vida y la de mi mujer a Roberto y haría cualquier cosa que me pidiera.

—Incluso aunque no te guste.

—Exacto.

—No te gusto.

—No, pero eso es lo de menos.

—¿Por qué no te gusto? —Me miró de tal manera que supe que no contestaría a aquella pregunta—. Está bien..., no contestes. Si te acompaño,

¿me contarás esa historia, la historia de cómo Roberto os salvó la vida?

Me miró durante unos segundos sin demostrar ninguna emoción para después encogerse de hombros. Lo tomaría por un sí.

Carlos tenía razón en una cosa, nadie me buscaría en aquella choza. Apenas tenía dos habitaciones y el retrete estaba en el exterior, además era oscura y bastante deprimente. Pero no podía quejarme, había venido voluntariamente; la idea de saber más cosas sobre Roberto era muy tentadora. Sin embargo, aún había otra sorpresa dentro de aquella casa; su mujer no solo eran encantadora y cariñosa, sino que además estaba a punto de dar a luz. Rose, así es como se llamaba, era de la misma estatura que su marido, pero extremadamente delgada. Parecía inverosímil que pudiera soportar el peso de aquella enorme tripa.

—¡Carlos! ¡Te tengo dicho que no entres aquí sin lavarte antes! Madre mía, qué peste.

El inesperado rapapolvo hizo que Carlos soltara un gruñido y saliera precipitadamente de la casa mientras Rose le decía, ya con un tono más suave:

—Ahora te saco ropa limpia. —Se volvió hacia mí con una sonrisa de complicidad—. Iré mientras poniendo la mesa para cenar. ¿Tienes hambre, Helena? Espero que lo que he preparado sea suficiente —dijo mientras colocaba varios platos sobre la única mesa.

—Estoy muy hambrienta, quizá pueda contribuir con algo —comenté abriendo la bolsa que me había preparado François. ¿Por qué habría incluido una botella de vino? —. Parece que tengo vino.

—Oh, ¡qué gran idea, vino! Abrámosla, querida, quizá me ayude a ponerme de parto, estoy deseando deshacerme de esto —dijo riéndose y señalando la voluminosa barriga.

La abrí con el sacacorchos que también había metido François.

Cuando su marido hizo acto de presencia, me quedé sin palabras. Carlos no era un hombre guapo, pero al verlo correctamente vestido, sin aquellas ropas viejas, hasta parecía atractivo.

—Esto está delicioso, Rose. ¿Qué es?

—Es un plato español, tortilla de patata. Cuando me casé con Carlos, me pidió que aprendiera a hacerla, aunque no sé si lo hago como una española.

—Está perfecta, Rose —intervino Carlos. Me sorprendió que fuera capaz de decir algo agradable—. Bueno, Helena, te contaré lo que te prometí y nos iremos a dormir.

—De acuerdo. —Estaba deseando que lo contara.

—¿Qué le vas a contar? —preguntó Rose, que no estaba al tanto de nuestro acuerdo.

—Helena quiere saber por qué estoy en deuda con Roberto.

Rose me miró con curiosidad.

—Aquello sucedió en mayo del 40, cuando los alemanes entraron en Francia a través de los bosques de *Ardennes*. Nosotros teníamos una granja a unos kilómetros de Sedán. Roberto apareció con un muchacho muerto...

—Así no se va a enterar de nada, Carlos —intervino Rose—. Hay que darle detalles. Déjame a mí... Una noche estrellada de primavera apareció Roberto con un muchacho en sus brazos. A juzgar por su aspecto, el chico debía estar muerto, y Roberto no parecía demasiado vivo tampoco, parecía a punto de perder el conocimiento. Nos preguntó si conocíamos al muchacho y, cuando asentimos, lo dejó con suavidad en el suelo, después se desplomó a su lado.

»Carlos llevó el cadáver de aquel muchacho a su familia, que vivía a unos kilómetros de nuestra casa, y yo me hice cargo de Roberto. Tenía unas heridas horribles por todo el cuerpo, tenía cortes, quemaduras, marcas de latigazos, tenía varias costillas rotas..., en fin, no me explicaba cómo podía haber caminado con el muchacho en brazos en ese estado. Cuidamos de él durante tres días, en los que él tan solo dormía y abría la boca para beber el agua que le ofrecíamos. Al cuarto día se despertó y dijo que tenía que marcharse. No llegó ni a la puerta, perdió el equilibrio. Lo convencimos de que comiera algo y descansara un poco más, pero tan solo conseguimos que se quedara otro día. Al quinto día nos dio las gracias y, después de darnos una moneda de oro, se fue con ropa limpia que habíamos pedido prestada —como comprenderás la ropa de Carlos no le valía— y una bolsa con comida. No queríamos aquella moneda, pero insistió muchísimo para que nos la quedáramos. Según él, le habíamos salvado la vida.

»Aquella noche, apareció un grupo de alemanes. Entraron en nuestra casa y nos encerraron en el establo, atados de pies y manos. No sabíamos lo que pretendían, pero podíamos oírlos comiendo, bebiendo, cantando y rompiendo cosas contra el suelo. Carlos se consumía sin poder ir a matarlos, pero nos habían atado muy bien. Al día siguiente, el olor a humo nos despertó, pero solo durante unos minutos, enseguida caímos inconscientes, asfixiados.

—Seguiré yo, Rose... Cuando me desperté, Roberto estaba a mi lado, desesperado, mirando hacia el frente. Nuestra casa se estaba consumiendo en

las llamas a pesar de que había una nube justo encima descargando una extraña y contenida lluvia sobre ella. Era algo muy extraño, aquella nube estaba sobre nuestra casa cuando el resto del cielo estaba despejado y soleado.

—Lo siento, no he podido salvar vuestra granja —dijo Roberto apenado.

—¿Que lo sientes? Nos has salvado la vida, eso es lo más importante. Rose estaba a mi lado, todavía inconsciente, pero estaba viva.

—¿Por qué has vuelto? —le pregunté.

—Tenía un mal presentimiento.

—Gracias.

—No tienes por qué dárme las. ¿Qué haréis ahora?

—No lo sé, pero hemos perdido todo lo que teníamos.

—Bueno, yo tengo que marcharme —dijo levantándose—. ¿Puedo hacer algo más por vosotros?

—¿Podemos ir contigo? —le pregunté, asombrándome a mí mismo por mi osadía.

Me miró incrédulo.

—No lo creo, ahora mi único propósito es acabar con los alemanes.

—Ese es también mi propósito a partir de ahora —le dije con rotundidad.

—Bien. Entonces debemos ponernos en marcha.

— Y así fue como nuestras vidas cambiaron por completo — concluyó Carlos.

—Querido..., creo que me encuentro un poco cansada.

—Vamos a dormir. Helena, tú puedes dormir ahí, en el jergón, imagino que podrás apañarte.

—¿Cómo vamos a dejar que duerma ahí? Le dejaremos nuestra cama —intervino Rose.

—¡No! Eso nunca. Estás a punto de dar a luz —protesté—. Dormiré en cualquier sitio. No os preocupéis por mí.

—Yo no lo hago... Vamos, Rose —murmuró Carlos agarrando a su

mujer de la mano.

—Carlos, qué poco educado eres...

—De cualquier manera, Helena tenía pensado dormir en el bosque, ¿no es cierto?

Asentí.

—Así que en el fondo va a dormir mucho más cómoda.

11. Val. El juicio

Ferrol. Julio (miércoles).

Como me había avisado mi padre, habían venido a buscarme hasta la cabaña del bosque. Me alegró ver a Álvaro entre el equipo de salvamento, era un alivio poder contar con un amigo de mi edad, los últimos días había estado rodeada tan solo de adultos. El resto del equipo eran, por supuesto, mi padre y Edmund, además de Antonie.

Álvaro me saludó, además de con un fuerte abrazo que casi me aplasta las costillas, con un «me alegro de que estés viva, hermanastra», al mismo tiempo que me dedicaba su típica sonrisa traviesa.

Por el camino me pusieron al tanto de las novedades. Me hablaron de la travesura de Anna y Cris, de cómo Álvaro había venido a recogerlas y, por último, de la inesperada aparición de Marion. Me alegraba de que todos estuvieran allí y de que mi madre —la única con sentido del deber— hubiera avisado a mi suegra. ¿Cómo no se me habría ocurrido hacerlo yo? Aunque quisiera pensar que Hans me pertenecía, tenía una familia que lo quería y no me perdonaba el no haberla llamado yo misma.

—Tiene que haber una explicación —comentó mi padre con voz grave.

Parecía no aceptar demasiado bien mi historia sobre cómo Dom me había encerrado en contra de mi voluntad, pero, si no fuera por Hans, a esas alturas estaría muerta de frío y de hambre.

—Oh, Val, no sabía que tampoco te hubieran dado de comer. Lo siento tanto... —añadió mi padre como si fuera responsable de lo sucedido.

Con mi padre presente era imposible pensar libremente. Aunque no quisiera, se enteraba de ciertos detalles innecesarios, no era posible mantenerlo al margen.

No dejaba de pensar en Hans y en cómo se había entregado a los guardias. Pensar que lo había recuperado para volver a perderlo hacía que me dieran ganas de llorar, sobre todo por el hecho de no haberme podido despedir de él en condiciones. Y todo por culpa de mi estúpido orgullo felino, a veces me sobrepasaba de tal manera que hacía que me olvidara de mis sentimientos. Por su culpa no había podido decirle a Hans cuánto lo quería y la posibilidad de no volver a verlo, la posibilidad de que alguien nos separara por orden judicial para siempre, era insoportable.

—Hans ha hecho bien en entregarse, es mejor que el proceso siga su curso. —De nuevo mi padre había interceptado mis pensamientos—. Seguro

que todo sale bien, Val. Además, no hay que esperar demasiado, esta noche comienza el juicio.

—¿El juicio es hoy? —No podía creérmelo, si lo hubiera sabido, no lo habría dejado marcharse.

—Sí, Val, pero no tienes que preocuparte, todo saldrá bien —intervino mi tío Edmund, que intercambió una mirada de complicidad con mi padre.

Seguro que estaban hablando de nuevo con las mentes.

—¡Dejad de hablar entre vosotros y de decir que todo saldrá bien! No lo sabemos, no lo sabéis. ¿Cuántas veces han juzgado a un perro por casarse con una gata? —pregunté levantando la voz—. ¿Cuántas? —insistí.

—Que yo sepa ninguna —confesó mi tío.

Mi padre le dirigió una mirada fulminante a su compañero de asiento, pero yo agradecía la sinceridad de mi tío.

¿Y dónde estaría mi madre? ¿Por qué no había venido con ellos?

—Con respecto a tu madre, Val..., no ha venido por mi culpa —dijo mi padre contestando a una pregunta que me había hecho a mí misma—. Y seguro que no está muy contenta con mi decisión, pero no sabía muy bien dónde estabas ni quién te había secuestrado y no quería ponerla en peligro.

—Mamá es una gata, no es ninguna humana indefensa —repliqué.

Era evidente mi mal humor, no podía evitarlo, estar sin Hans me ponía de aquel modo.

—Lo sé, pero pensé que si las cosas salían mal por alguna razón, por lo menos te quedaría ella.

En ese momento caí en la cuenta de por qué Antonie y Álvaro les habían acompañado: cada uno tenía un papel en mi rescate; mi padre era el puente de comunicación conmigo, Edmund era el rastreador y ellos dos eran el arma para luchar contra perros si fuera necesario. Estaba todo cuidadosamente calculado por la cabeza pensante, mi padre. Recordar lo mucho que me quería mi padre a pesar de habernos conocido hacía apenas siete meses hizo que me sintiera culpable por mi actitud.

—Lo siento papá, estoy...

—No tienes que disculparte, es normal que estés enfadada y nerviosa. —Me sonrió por el espejo retrovisor y le devolví la sonrisa.

—¿A qué hora es el juicio? —pregunté.

—A las doce en punto de la noche —me informó Álvaro.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé mirando el reloj, eran las nueve de la noche. ¿Cómo había podido pasar el tiempo tan rápido?

- Vamos a buscar al resto de la familia y estaremos allí los primeros.
—¿Allí? ¿Dónde es el juicio?
—Oh, en un lugar perdido —contestó mi padre.

Mi padre se había quedado corto al describir aquel lugar como un lugar perdido. En medio de un bosque de eucaliptos se escondía una construcción horriblemente fea y gris que más bien parecía una nave industrial abandonada desde hacía tiempo. Me sentía tan extraña..., no podía creer que fueran a juzgar a Hans por el simple hecho de haberse casado conmigo. No entendía nada y todo era un sinsentido. El hecho de que unas criaturas desconocidas tuvieran mi felicidad en sus manos hacía que me sintiera perdida, sin rumbo y totalmente descorazonada. A pesar de no haber cenado demasiado, me sentía mareada y tenía el estómago revuelto.

Por lo menos tenía a mi familia y a la de Hans, no hubiera podido pasar por aquello yo sola. Marion encabezaba la expedición hacia el interior de aquel escalofriante lugar, su rostro era el reflejo de la inexpresividad misma, quizá eran sus genes de lobo. Miraba al frente altiva y segura de sí misma, vestida tan elegante como siempre. Como contraste, mi madre y la hermana de Hans, Anna, expresaban todo el dolor, duda y preocupación que ella no demostraba, como si ellas fueran el espejo de lo que sentíamos todos realmente por dentro. Me preguntaba qué trasluciría mi rostro, aunque poco me importaba en aquel momento.

Entramos todos casi al mismo tiempo, ya que la puerta era tan grande que hubieran cabido un par de camiones sin problemas. Tuve que sujetarme en el brazo de mi madre, que caminaba pegada a mí, para no perder el equilibrio, puesto que no estaba preparada para lo que había allí dentro. El interior era, efectivamente, una nave industrial fría y gris donde unas gradas metálicas hacían de asiento de al menos un centenar de criaturas, aunque también había algún que otro humano entre ellos. ¿Quiénes eran todas esas personas y qué hacían en el juicio de Hans? Jamás me hubiera imaginado que un juicio en el mundo de las criaturas fuera una especie de espectáculo, pero a mis ojos eso era lo que parecía.

- ¿Quién es toda esa gente? —pregunté a todos y a nadie en concreto.
—Son espectadores. Los juicios de criaturas son públicos y puede ir quien quiera —explicó Edmund, el abogado de la familia.
—Pero... ¿Qué les importamos nosotros?
—Nada en absoluto, pero este es un juicio épico, como tú dijiste,

nunca se ha juzgado a un perro por casarse con una gata. Además, los espectadores también tienen su papel.

Le iba a preguntar qué había querido decir con aquello cuando un hombre bajito y muy flaco se acercó a hablar con Edmund, de hecho se lo llevó apresuradamente a una zona de mesas y sillas que había frente a las gradas.

Sentí que las piernas me flaqueaban cuando me percaté de que había guardias armados apostados a lo largo de todo el recinto, separados entre sí por apenas dos metros de distancia. Llevaban unas gafas de sol un tanto extrañas, parecidas a gafas de esquiar; imaginé que sería para mantener los ojos ocultos tras los cristales oscuros. Pero ¿por qué harían falta tantos guardias? Tan solo había un sospechoso y a Hans no se le iba a ocurrir montar una escena en un lugar lleno de espectadores, era demasiado sensato.

Seguimos a Marion y a mi padre y nos sentamos en la primera fila de las gradas frente a lo que parecía el estrado, una simple plataforma de madera elevada unos centímetros sobre el suelo y con una mesa en medio. Edmund, sentado en una mesa a la izquierda de la plataforma, mantenía una conversación distendida con el mismo hombre menudo. Este se levantó, se situó en el centro de la plataforma, delante de la mesa, y miró hacia todos nosotros. No sabía si había algún sistema sonoro especial, pero se le oía como si hablara a través de un micrófono, a pesar de que yo no veía ninguno.

—Señores, señoras... son las doce en punto. En este momento se abre la sesión del juicio contra Hans Claros Wolf, de naturaleza perro. El juez que va a presidir el proceso es su señoría Dominique Chatte. Por favor, acérquese al estrado.

¡No podía creer que Dom tuviera la sangre fría de juzgar a Hans! Debería darle vergüenza hacer algo así, apenas lo conocía, pero era de la familia Chatte. Mi padre tenía en ese momento una expresión muy seria, debía estar tan confuso o más que yo. Sin embargo, no hubo ningún ruido ni ningún movimiento, Dom no había hecho acto de presencia, pero si aparecía, no iba a poder reprimir el deseo de levantarme y darle un puñetazo con todas mis fuerzas.

Un murmullo comenzó a extenderse por la nave cuando uno de los guardias se acercó a hablar con aquel hombre menudo. A pesar de que le hablé en susurros, supuse que todas las criaturas lo habíamos podido oír a la perfección.

—Su señoría no ha venido, no sabemos dónde está.

El hombre pareció sorprenderse, pero después asintió.

—Señores, señoras, parece que ha habido un cambio de última hora. Presidirá el juicio su señoría Paola Adirato.

Una señora con cara de pocos amigos y algo mayor que Dom se sentó a la mesa del estrado. El hombrecito fue a sentarse en una mesa cercana a la de Edmund.

—Buenas noches. Por favor, hagan pasar al acusado —dijo, dirigiéndose a unos guardias que estaban apostados en la entrada.

Todos giramos la cabeza hacia la derecha para verlo entrar. Hans entró seguido de cuatro guardias que le apuntaban con sus armas como si fuera un terrorista sumamente peligroso. Iba vestido con unos vaqueros que reconocí al instante, pero la camisa no era suya. Lo habían atado con una cadena triple de metal, con las manos a la espalda.

Sus ojos se encontraron con los míos en el mismo instante en que atravesó la puerta. Me sonrió con dulzura, sin embargo yo fui incapaz de devolverle la sonrisa, mis ojos estaban anegados de lágrimas. Mi madre me cogió de la mano al darse cuenta. Hans saludó con la cabeza a los demás miembros de la familia, manteniendo la mirada durante unos segundos más en su madre y pasando de largo cuando llegó a Álvaro, que estaba al final de la fila junto a Anna.

Hans se sentó en una silla solitaria a la derecha del estrado. No había forma de expresar la pena que me inundaba el pecho al verlo allí atado y tan vigilado.

—Señores, señoras, como ya saben, Hans Claros Wolf, de naturaleza perro, ha sido denunciado por haber contraído matrimonio con Valentina Chatte del Valle, de naturaleza gato. ¿Quién va a defender al acusado? —preguntó la jueza.

Hans abrió la boca para hablar, pero Edmund se le adelantó colocándose frente al estrado.

—Yo, señoría. Soy Edmund Chatte.

—Señor Chatte, ¿es usted abogado? —le preguntó.

—Sí, señoría.

—Acérquese.

La jueza profundizó durante unos angustiosos segundos en sus pupilas, después asintió. Por un momento había olvidado lo que me había contado Dom, que en el mundo de las criaturas no había papeles.

—Dice la verdad. Bien, abogado, puede usted proceder.

Edmund se giró y miró hacia las gradas.

—Todos sabemos que en el mundo de las criaturas hay muy pocas cosas prohibidas. No se puede matar a humanos... y poco más. Que yo sepa jamás se ha juzgado a ningún perro por casarse con una gata, seguramente sea la primera vez que esto sucede. —Se oyeron murmullos de aceptación—. ¿Y por qué estamos aquí hoy? ¿Porque dos jóvenes se aman? ¿Es que acaso tenemos miedo del amor, de la felicidad de los demás? Para serles sincero, yo no lo entiendo. Alguien ha denunciado este matrimonio. Si esa persona está entre nosotros, ¿por qué no se muestra y nos explica por qué lo ha hecho? Nos ahorraría mucho trabajo innecesario y quizá terminaríamos con este juicio absurdo e injusto.

Mi tío no iba a conseguir encontrar al culpable de la denuncia en aquella nave, puesto que mi primo Dom había sido el culpable de todo aquello y se debía haber escondido para no dar la cara ante toda la familia.

La gente de las gradas comenzó a murmurar, algunos más alto que otros.

—¿Qué? ¿Qué sucede? ¿Va a manifestarse esa persona? —inquirió Edmund.

—Yo no soy esa persona —explicó un señor de las gradas que se acababa de levantar. Aunque no podía verlo con claridad, era sin duda alguna un gato—, pero creo que ha hecho bien en denunciarlo. Hay algo extraño en ese matrimonio, no es natural, una gata no puede sentirse atraída por un perro. Yo digo que el perro ha obligado a la gata a casarse con él porque... Pues no sé por qué, por alguna razón enrevesada y seguramente de naturaleza sádica.

¿Qué estaba diciendo ese hombre? Estaba a punto de levantarme cuando mi padre me agarró del brazo para impedírmelo.

—*No debes intervenir, confía en Edmund* —me dijo a través del pensamiento.

—Bien... —continuó hablando mi tío Edmund—, de modo que piensan que Valentina no ama a Hans, sino que ha sido obligada a casarse con él.

Se volvió hacia el estrado.

—Señoría, necesito demostrar algo. Le ruego autorice que se acerquen Valentina y Álvaro.

¿Qué estaría tramando mi tío?

—Sí, por supuesto, abogado, proceda.

—También necesitaremos acercarnos al acusado —añadió.

La jueza miró hacia Hans como evaluando si sería seguro y su mirada

se clavó durante un segundo en la cadena que lo mantenía preso. Eso sirvió para que asintiera, dando su consentimiento.

Edmund nos hizo una seña y tanto Álvaro como yo nos levantamos y nos acercamos a él. Después nos acercamos a Hans, quien nos miraba completamente desconcertado, aunque yo me sentía igual que él. Edmund le hizo una seña casi inapreciable a Álvaro y este, después de mirar brevemente hacia la primera fila, donde estaba sentada nuestra familia, me agarró por los hombros y me besó. Intenté desasirme de él, pero era demasiado fuerte. Le mordí el labio, pero pareció darle igual, seguía besándome y sujetándome con tanta fuerza que a esas alturas debía tener los hombros amoratados.

Oí como unas cadenas caían al suelo y un segundo después Álvaro ya no estaba junto a mí. Hans se había soltado y ambos estaban tirados por el suelo sin dejar de darse puñetazos.

Los guardias miraban el espectáculo, pero no intervenían. ¿Por qué no hacían algo para separarlos? Estaban de nuevo de pie, Hans había agarrado a Álvaro por el cuello y sus pies colgaban en el aire. Un momento después, Hans había estrellado a Álvaro contra la pared y este yacía en el suelo a los pies de uno de los guardias. Al verse liberado de su enemigo, aprovechó para acercarse a mí y abrazarme con ansiedad. Durante un instante dejé de sentir miedo, pero, desgraciadamente, no duró demasiado. Hans se separó de mí al notar que Álvaro se acercaba de nuevo a él. Entonces lo vi. ¿Es que Álvaro se había vuelto loco de remate?

—¡Nooo! —grité sin ser consciente al ver que Álvaro le había robado el arma al guardia y se dirigía directo a Hans.

Hans, más pendiente de mí que de sí mismo, dejó que Álvaro lo alcanzara con el arma y un segundo después estaba paralizado por el dolor. Sentí cierto alivio al descubrir que no era un arma de verdad, sino una pistola eléctrica, con los nervios no me había dado cuenta de que era igual a las que habían usado los secuaces de Ágata en una ocasión que se me antojaba muy lejana.

Sin embargo, el rostro de Hans era la representación del dolor mismo. No comprendía por qué nadie los separaba, los guardias observaban la escena como si se tratara de una película de acción. Ya le había dado dos descargas seguidas, no podía soportar el dolor de Hans ni un segundo más. Si nadie iba a hacer nada para impedirlo, lo haría yo. De un salto me coloqué delante de Hans, aunque Álvaro ni siquiera se había dado cuenta. Por eso la siguiente descarga fue a parar a mi pierna.

Un dolor insoportablemente abrasador me recorrió primero la pierna y después la columna vertebral hasta llegar a la cabeza. Sentía como si mi cuerpo se estuviera quemando por dentro y no era consciente de nada de lo que sucedía a mi alrededor, tan solo oía voces lejanas.

—Un día de estos acabaré contigo, Álvaro.

—Val, lo siento, no quería hacerte daño. Por favor, perdóname.

Era la voz de Álvaro y era evidente que se sentía fatal.

Lo que no entendía era por qué Hans estaba tan entero, cuando le había dado varias descargas, y yo estaba tan dolorida y fuera de juego con tan solo una. Perdí el equilibrio, pero sentí como alguien me sujetaba.

—Val, ¿estás bien? *My kitten*, dime que estás bien. ¿Hay un médico en la sala?

En aquel momento dejé de oír voces y el dolor desapareció.

Cuando abrí los ojos, Hans me tenía en sus brazos mientras un desconocido inspeccionaba mi respiración.

—Ya ha vuelto en sí.

—¿Val? ¿Estás bien?

—Creo que sí —contesté al mismo tiempo que intentaba incorporarme.

—Está bien —explicó aquel hombre—. Su respiración ya se ha normalizado.

Después de beber un poco de agua, me puse en pie. Hans siguió agarrándome de la cintura, temeroso de que perdiera el equilibrio de nuevo.

—Si Valentina está bien, sigamos con el proceso —dijo la jueza—. Guardias, por favor, vuelvan a llevar al acusado a su sitio y átenlo de nuevo.

Edmund se acercó a mí con la clara intención de sustituir a Hans, pero él no se movió ni un ápice.

—Hans, deja que lo hagan, por favor —le suplicó.

Hans lo miró con dureza y después me acarició el rostro con dulzura.

—¿Seguro que estás bien?

Asentí y le sonreí para asegurarle que todo estaba bien. Cuando los guardias lo rodearon dejó que lo ataran aun en contra de su voluntad. Edmund me acompañó hasta mi sitio y volvió a colocarse ante el estrado.

—Señores, señoras, creo que, después de lo que ha sucedido, estarán todos convencidos de que el amor que siente Valentina Chatte por Hans es real.

En aquella ocasión no se oyó ni un murmullo.

—Por tanto, queda demostrado que, a pesar de que pueda parecer un amor poco natural, es un amor real, incomprensible para algunos de ustedes, pero real a fin de cuentas...

—Abogado. —Se oyó una voz en las gradas, esta vez era una mujer-perro—. Es posible que haya otra razón para esto. La gata puede ser una hechicera. Está claro que ha hechizado a ese perro, su amor por ella es demasiado... demasiado fuerte para ser de verdad. Es obvio que hay algo artificial en esta relación.

—¿La acusa de ser una gata hechicera? ¿De haber usado un hechizo para que se enamorara de ella? ¿Por qué habría de hacer algo así?

—Bueno, es obvio, ¿no? Para tener un hombre fuerte, extremadamente fuerte, que la proteja toda la vida. Cualquiera gato desearía tener un perro que lo protegiera, ¿no? —explicó aquella mujer.

—La hechicería no está permitida, señora —intervino la jueza—. Sin embargo..., me gustaría que Valentina se acercara al estrado. Veamos si es una hechicera.

Me dirigí de nuevo al estrado, aunque esta vez algo vacilante, todavía no había recuperado del todo la coordinación. Mientras me acercaba, caí en la cuenta de lo que había querido decir mi tío sobre que los espectadores tenían su papel, ellos hacían el papel de la acusación.

—Acércate, Valentina —me indicó la jueza—. ¿Eres una gata hechicera? —me preguntó sin dejar de observar mis pupilas con intensidad.

—No —contesté con rotundidad.

—Dice la verdad. Aun así, puedo ver que eres una gata poderosa, demasiado poderosa para lo joven que eres. ¿Cuáles son tus habilidades?

—¡Protesto! Esto no tiene nada que ver con el caso —intervino Edmund.

—Aceptada, abogado. Sigamos.

Surgió un rumor entre las gradas, eran muchos los que protestaban:

—Queremos saber sus habilidades.

—Sí, eso, que lo diga.

—Si no tiene nada que esconder, que hable.

Edmund parecía contrariado o incluso asustado, ¿Qué había de malo en que se enteraran de mis habilidades de gata? Sin embargo, Edmund estaba advirtiéndome a través del pensamiento que ni se me ocurriera abrir la boca.

—Lo siento, pero no procede —se pronunció la jueza—. Si más adelante se demuestra que tiene relación con el caso, Valentina no tendrá más

remedio que hablarnos sobre ello. Continúe, abogado.

Edmund iba a abrir la boca cuando un gato del público se levantó.

—Abogado..., usted no puede defender al acusado.

—¿Qué quiere decir? —preguntó confuso Edmund.

—¿No es cierto que usted mantiene una relación sentimental con una mujer-perro a pesar de ser gato?

Edmund estaba realmente asombrado.

—¿Lo admite? —insistió aquel hombre.

—Sí, es cierto —admitió Edmund mirando hacia Antonie, que estaba sentada junto a Marion.

La jueza se levantó sobresaltada y le indicó que se acercara al estrado.

—¿Es eso cierto, abogado?

—Sí, señoría.

—Tenía que habérmelo dicho antes de que comenzara el juicio.

La jueza se dirigió al público.

—Me temo que el abogado Edmund Chatte queda relevado del cargo. Continuaremos sin abogado defensor.

—Con la venia, señoría. Si el abogado defensor es recusado, el acusado tiene derecho a veinticuatro horas para encontrar otro abogado —argumentó Edmund.

La jueza lo miró sorprendida, pero, después de meditar sobre ello durante unos segundos, asintió.

—Señores, señoras, la sesión se da por finalizada hasta mañana a las... —Miró su reloj—. A la una de la mañana. Por favor, abandonen el complejo.

El primero que lo hizo fue Hans, agarrado por aquellos guardias que no pudieron evitar que se girara para mirarme y me susurrara «te quiero, *my kitten*». Esa vez sí le sonreí a pesar de que solamente tenía ganas de llorar. Me quedé sentada hasta que salió todo el mundo, pero, cuando levanté la vista, Álvaro estaba junto a mí. A veces me olvidaba de que los híbridos no tienen aroma.

—Lo siento, Val, me lo pidieron tu padre y Edmund, yo solo lo hice por ti.

En ese momento recordé que los tres, mi padre, Edmund y él, habían salido juntos a tomar el aire después de cenar. Mientras mantenían una conversación de criaturas, habían maquinado todo aquello.

—¿Cómo sabía Edmund que pasaría esto?

—Dijo que sería lo primero que se plantearía. Lo que no sabíamos era qué tendríamos que probar exactamente, si tu amor por él o el suyo por ti, pero creo que hemos conseguido demostrar ambos en un solo acto.

—¿Vuestro acuerdo también incluía usar armas?

—No, eso se me ocurrió a mí solo.

—Oh, ya me extrañaba a mí que mi padre te hubiera pedido algo así.

—No pretendía descargarla en ti, te lo juro, Val.

—Lo sé, pero sí pretendías descargarla en Hans —dije levantándome enojada.

Antes de que pudiera girarme para marcharme, Álvaro me agarró de la mano.

—Sabía que Hans podría soportarlo. Y jamás se me ocurrió que te pondrías en medio de nosotros, pensé que usarías tu habilidad de deseadora, como hiciste aquella vez, cuando te raptó Ágata.

Tenía razón, ¿por qué no había usado mi habilidad? Si lo hubiera hecho, Álvaro no habría podido hacer daño a Hans porque una especie de manto protector se lo habría impedido. Aunque, por otro lado, Edmund parecía no querer que las criaturas supieran cuáles eran mis habilidades, quizá había hecho bien después de todo.

—¿No hubiera bastado con preguntarnos si nos amábamos? Las criaturas saben cuándo mentimos.

—Eso mismo le dije a tu tío cuando me explicaron su plan, pero me convenció de que eso no sería suficiente. Si quieres demostrar algo inexplicable a los ojos de alguien, tienes que hacer algo contundente. Esas fueron las palabras de Edmund.

Miré aquellos ojos color avellana y comprendí que él solo había intentado ayudarnos.

—¿Me perdonas, Val? —insistió Álvaro mirándome con la preocupación grabada en su rostro.

—Sí. Sé que lo has hecho por nosotros.

—No te equivoques, Val, lo he hecho por ti, solo por ti.

Se levantó y se encaminó hacia la salida, pero se dio la vuelta en el último momento.

—¿Piensas quedarte a dormir en este lugar? —preguntó con su tono sarcástico habitual.

Álvaro siempre conseguía hacerme reír en momentos complicados.

Ferrol. Julio (jueves).

Hans estaba haciendo unas flexiones en la pequeña habitación-celda donde estaba encerrado. Era la única forma de pasar el tiempo en aquel espacio reducido y asfixiante. Allí dentro no había nada, ni libros, ni muebles, tan solo un colchón en el suelo y una ventana cerrada a cal y canto por la que al menos entraba luz natural. Tenía un baño con tan solo un váter y un lavabo, pero, por suerte, ese día lo habían dejado ducharse, aunque bajo una estricta vigilancia, y le habían entregado ropa limpia.

Desde que el día anterior se había escapado rompiendo la ventana de una patada siguiendo el rastro de melocotón de Val, tenía un guardia apostado en la puerta y otro en el jardín apuntando todo el tiempo a su ventana. Agradecía que no lo hubieran metido en el sótano, sin luz natural. En realidad, no pensaba escaparse más, pero el día anterior su deseo de comprobar si Val estaba realmente en el mismo edificio que él había sido superior a su capacidad de razonar. Y no se arrepentía en absoluto de haberlo hecho; había podido hablar con ella, besarla, abrazarla, hacerle el amor..., gracias a eso se sentía capaz de aguantar aquel estúpido juicio el tiempo que fuera necesario.

Pero estar encerrado le hacía pensar demasiado en Val y la frustración que le producía no poder tener a su reciente mujer a su lado lo vencía a veces. La echaba tanto de menos... Se le rompía el corazón al recordar la última imagen que se le había grabado de ella, llorando cuando lo había visto entrar en el juicio. No era fácil hacer llorar a Val y no podía soportar la idea de verla sufrir y no poder consolarla. La noche anterior había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para soportar no acercarse a ella, para soportar estar atado, para soportar no matar a todas aquellas criaturas que hacían de espectadores. En cuanto a Álvaro, a pesar de ser consciente de que lo había hecho para ayudarlos, no le perdonaría el hecho de haber atacado a Val de aquella manera. Si no hubiera sido porque Val se había desmayado y había tenido que socorrerla, lo habría matado allí mismo.

Se acercaban dos personas por el pasillo, podía olerlas, uno de aquellos perros guardianes y... ¿su madre?

—Tienes visita... —le informó el perro a través de la puerta—, que sepas que la jueza ha permitido que te visite porque dice que viene a hablarte de tu nuevo abogado. Estaré aquí fuera, escuchándolo todo... Puedes entrar, monada.

—¿Monada? Podrías ser mi hijo, estúpido. —El comentario de su madre lo hizo sonreír.

Marion recorrió con la mirada el estado de la habitación, frunciendo el ceño sin cesar. Después, sus ojos verdes, iguales a los de Hans, se posaron en él.

—Has adelgazado.

—Estoy bien, mamá.

—No estás bien, no intentes tranquilizarme.

—Te pediría que te sentaras, pero no hay sillas —dijo Hans sarcástico, haciendo un gesto que abarcaba la pequeña habitación.

—Seré rápida, solo tenemos cinco minutos. Veras..., tu novia dice...

—Mamá, mi mujer, ya no es mi novia —la interrumpió Hans.

—Bueno, lo que sea... Dice que ha soñado que le explicabas que no quieres ningún abogado, que tú mismo te defenderás esta noche en el juicio.

Hans no pudo evitar sonreír, no podía creer que su método de comunicación con Val hubiera funcionado una vez más.

—¿De verdad le ha llegado mi mensaje?

—¿Tu mensaje?

—Sí, estoy empezando a comprobar que me puedo comunicar con Val, aunque solo le llega el mensaje cuando está dormida.

—¿Entonces es cierto lo que dice? ¿Pretendes defenderte a ti mismo?

—Sí, mamá, así es.

—Eso no es una buena idea, Hans, de hecho es una locura. No tienes ni idea de cómo funciona el mundo judicial de las criaturas.

—Después de anoche ya he comprendido cómo funciona. No te preocupes mamá, todo irá bien.

—Pero...

En ese momento el *perro guardián* abrió la puerta.

—El tiempo se ha agotado —dijo sonriendo, feliz de estropearles la conversación.

—¡Yo no he terminado! —protestó Marion—. Hans, te he conseguido un abogado; no es el mejor, pero es mejor que nada.

—No, mamá, por favor, respeta mi decisión.

—Monada, me temo que si no obedeces, tendré que sacarte a la fuerza. Y que conste que no me importaría hacerlo —dijo mirando con lascivia el trasero de Marion.

«¡Será cabrón! Si pudiera le rompería las narices», pensó Hans.

—Hans..., lo llevaré al juicio, quizá cambies de opinión.

Aquel perro agarró a su madre con fuerza por el brazo haciendo que

Hans se abalanzara sobre él. Un segundo después la habitación estaba llena de perros apuntándole con sus armas.

—Hans..., déjalo, no te metas en problemas. Te veo esta noche. Adiós.

La nave estaba, si cabe, más llena que la noche anterior. Hans se estremeció al darse cuenta de que eso no les convenía en absoluto. Val estaba preciosa con aquel vestido rojo que tanto le gustaba, estaba seguro de que se lo había puesto para hacerlo feliz. Intentó concentrarse tan solo en ella para mantenerse relajado y a raya. La forma en la que aquellos ojos azules de gata lo miraron lo llenó de confianza y se dirigió hacia su silla más sereno de lo que esperaba. Aunque, en el último momento, no pudo evitar clavarle la mirada a Álvaro, quien se encontraba sentado entre su mujer y su hermana. ¿Por qué estaría él en La Coruña? Aquel híbrido jamás llegaría a gustarle.

—Se abre la sesión —dijo la jueza—. ¿Pueden decirme quién defenderá al acusado?

Vio por el rabillo del ojo que su madre se levantaba, pero se adelantó a ella.

—Yo mismo, señoría. Yo seré mi propio abogado —respondió Hans bien alto para que lo pudiera oír todo el mundo.

Se oyeron murmullos en la sala.

—Bien, está en su derecho. ¡Guardias! Pueden desatarlo. Para representarse a sí mismo no puede estar atado.

Se oyeron quejas procedentes de las gradas.

—Así son las normas. Si el acusado quiere defenderse, no puede estar encadenado. No se admiten protestas, por favor, señores, señoras, guarden silencio.

Hans se sintió mejor al verse libre de aquellas cadenas y procedió a colocarse en su nuevo lugar, de frente al público.

—Proceda, señor Claros —le indicó la jueza.

—Gracias. Señoras, señores..., les quiero hacer una pregunta muy sencilla y directa. ¿Qué peligro ven en que Valentina y yo nos amemos? — Esperó unos segundos, pero al ver que nadie contestaba continuó—. ¿De qué tienen miedo? No sean tímidos, hablen.

Una mujer-gato se levantó.

—¿No está claro? Lo que nos da miedo son los posibles hijos que podáis tener. ¿Qué tipo de hijos tendréis?

—Oh, ¿tenéis miedo de un pequeño bebé fruto de nuestro amor? ¿Un

bebé inofensivo que, por otro lado, no tenemos intención de tener aún? Valentina tiene dieciocho años, su intención es estudiar, y la mía trabajar. De modo que ese miedo que os impide conciliar el sueño, es un posible problema para el futuro, pero no para ahora. De modo que os pido que terminemos con este juicio absurdo. Si más adelante hace falta estudiar el tema de la... descendencia, pues ya se verá. Pero entiendo que no hay ningún peligro en que Val y yo vivamos nuestra vida de casados.

La gente comenzó a inquietarse y algunos se levantaron. Se oyeron palabras escalofriantes.

—Lo mejor es acabar con esto ya mismo, matemos a la gata.

—Sí, acabemos con esto.

—Matémoslo a él.

—Será mejor que muera ella, es más sencillo, podría enamorarse de otro perro y podría quedarse embarazada.

—Matémosla.

Hans sintió cómo se le helaba la sangre.

—Señores, señoras, por favor, siéntense. No se puede dictaminar la muerte de nadie, no todavía. Por lo tanto, por favor, dejen que sigamos con el juicio.

Pero la voz de la jueza se oía cada vez menos, apagada por el enorme estruendo que organizaban los espectadores al bajar de las gradas profiriendo todo tipo de amenazas de muerte que hicieron que Hans sintiera un escalofrío de miedo que lo dejó paralizado por un escaso segundo. Los guardias se colocaron junto a la fila donde estaba Val y Hans, incapaz de discernir si pretendían protegerla o todo lo contrario, decidió acercarse a ella, si intentaban ponerle una mano encima tendrían que matarlo antes a él. Sin embargo, cuando llegó junto a Val, uno de los guardias le disparó con la táser.

—¡Noo! —gritó Val y, un segundo después, Hans dejó de sentir dolor.

Val debía haber desplegado su habilidad de deseadora, Hans lo sabía porque, a pesar de que varios guardias estaban disparándole con sus armas, no podía sentir nada en absoluto.

Agarró a Val y la envolvió en sus brazos, después miró hacia la puerta. Tenían que escapar de allí antes de que la muchedumbre los alcanzara, aunque sería complicado poder escabullirse con tantas criaturas dispuestas a acabar con su mujer. Ni siquiera su familia y la de Val eran suficientes para poder parar a todos aquellos locos sedientos de violencia.

Ambos corrieron hacia la gran puerta seguidos por los miembros de

sus familias. Estaba seguro de que Val estaba extendiendo su habilidad para protegerlos a todos, de modo que, en cuanto la vio tropezar, la cogió en brazos. Sabía que su poder extensible le resultaba agotador y su experiencia le decía que no duraría mucho más tiempo consciente.

Se adentraron en el bosque y después de recorrer unos cuantos kilómetros, como era previsible, Val perdió sus fuerzas por completo y su manto protector desapareció. Hans oyó un disparo, incluso lo sintió, como si le hubiera atravesado el pecho, como si lo hubiera golpeado directamente en el corazón. Al sentirse mareado y sin aliento no tuvo más remedio que detenerse. Su pecho estaba bien, no sangraba, sin embargo, cuando sus ojos se posaron en Val, inerte en sus brazos y bañada en sangre, quiso gritar, pero no le salió ningún sonido.

Agarró muy fuerte a su mujer y salió disparado hacia el bosque. No sabía si su familia le seguía, pero le daba igual, todo le daba igual.

12. Helena. La fraternidad

Alrededores de Meyrargues. Mayo 1943.

Una especie de gemidos me despertaron en mitad de la noche. Miré a mi alrededor confusa, no recordaba dónde estaba. Un olor a vino tinto y cebolla me recordó que me encontraba en la cabaña de Carlos y Rose. Me dirigí a su dormitorio, claro origen de aquellos jadeos. Algo me decía que no eran sonidos sexuales de satisfacción sino, por el contrario, de sufrimiento.

—¿Rose? ¿Estás bien? —pregunté a través de la puerta.

Al no recibir respuesta, decidí entreabrir la puerta. Rose estaba sudando y respiraba con dificultad. No era difícil adivinar la razón, se había puesto de parto y tenía unas fuertes contracciones que le impedían incluso hablar. Su marido, sorprendentemente ajeno a aquella situación, roncaba como un auténtico animal a su lado.

—¡Carlos! ¡Carlos! —le grité desde la puerta, pero viendo que no me oía me acerqué a él y lo zarandé con ganas.

¿Es que ese estúpido bruto no se daba cuenta de lo que le estaba sucediendo a su esposa? Me dieron ganas de abofetearlo, pero antes de que me decidiera a hacerlo Carlos se incorporó y me miró primero confuso y después con dureza demostrando lo poco que le gustaba mi presencia. Sin embargo, cuando sus ojos se posaron en su mujer, su mirada cambió del desagrado a la preocupación extrema.

—¡Rose! ¿Estás de parto? ¿Estás bien?

Rose asintió, casi incapaz de hablar, aunque no sabía a cuál de sus dos preguntas había contestado.

—Iré a buscar un médico —dije girándome decidida hacia la puerta.

—¡No, de ningún modo! —exclamó Carlos—. Iré yo a buscar a la partera.

—Es mejor que vaya yo. Además necesita un médico, no una partera; algo no va bien —dije con firmeza.

Rose me miró y asintió como para confirmar mis sospechas.

—Tú te quedas, no hay más que hablar —decretó Carlos clavándome una mirada glacial—. Si te pasara algo... Roberto no me lo perdonaría —añadió con un tono un poco más humano.

—De acuerdo...

Salí apresuradamente del dormitorio balbuciendo alguna tontería, como que pondría agua a hervir, al ver que Carlos se levantaba desnudo de la

cama sin mostrar ningún pudor. En realidad no tenía ni la menor idea de para qué debía hervir agua, pero lo había oído en alguna ocasión. Tenía que admitir que, a pesar de llevar años viviendo con un médico y un casi médico, era una ignorante en esos asuntos. Solo pensar en que tendría que ocuparme de Rose hasta que volviera Carlos me producía sudores fríos. ¿Qué haría si se moría en mis brazos? Su marido no dudaría en matarme.

Carlos se marchó después de darle un beso a su mujer y asegurarle que todo iría bien, sin embargo no lo noté muy convencido, y yo tampoco lo estaba. Busqué un pañuelo o una toalla para poder refrescar a Rose, aunque lo que encontré fue un trapo de cocina, eso sí, meticulosamente limpio.

—Rose, todo irá bien, tu marido vendrá a tiempo con el médico —le susurré mientras le mojaba la frente.

—Duele mucho, Helena. ¿Es normal?

—Claro que es normal —aseguré intentando parecer despreocupada.

—Pero... es como si estuviera de parto pero el niño no quisiera salir.

Tragué saliva, incapaz de decirle nada más, y seguí con mi tarea de refrescarla, cada vez estaba más sudorosa. Aquello parecía tranquilizarla un poco.

No sé con exactitud cuánto tiempo pasó, pero, cuando por fin apareció Carlos con el médico, dudaba de que Rose pudiera esperar ni un minuto más. No paraba de retorcerse de dolor a pesar de que no había salido ni un solo grito de su boca; era una mujer muy fuerte y valiente. Salí aliviada del dormitorio para hacerles sitio a ellos.

—¿Cómo está, doctor? —preguntó Carlos angustiado.

—Es posible que tenga que operarla para sacarle el niño, pero primero probaremos algo antes de decidirnos. Acérqueme el maletín, por favor. Lo necesitare, ¿podrá soportarlo?

—Sí, soportaré lo que sea.

Esta vez Carlos sí había sonado completamente convencido. Me alegré de estar fuera y de que no me implicaran directamente, nunca había podido soportar la visión de la sangre y menos todavía las operaciones. Durante un buen rato no supe muy bien qué estaba sucediendo, pero los olores que se colaban a través de la puerta eran muy desagradables. Cuando comencé a sentirme mareada decidí salir a la neutra y solitaria noche.

Enseguida capté el sonido de alguien que se acercaba corriendo hacia la cabaña. Me puse en guardia, mirando hacia la copa de uno de los álamos, dispuesta a saltar a la mínima amenaza, sin embargo, en el último minuto

reconocí el aroma, lo cual terminó de desconcertarme.

—¿Dom? ¿Eres tú?

—¡Mamá! —exclamó llegando por fin hasta mí y abrazándome con fuerza.

Con tan solo diecisiete años ya me sacaba casi media cabeza.

—¿Qué diablos haces aquí? —pregunté curiosa y temerosa al mismo tiempo.

Mi hijo parecía alterado y preocupado.

—Es una larga historia... No hay tiempo para explicaciones. Tan solo te diré que he venido con Roberto desde París, pero él...

El corazón me dio un vuelco y comenzó a palpar desbocado.

—¿Qué le ha pasado?

—Está en peligro. Nos seguían unos alemanes, por eso me hizo bajar del coche a unos kilómetros de aquí, en mitad del bosque. Me aseguró que te encontraría aquí. Pero... —Miró hacia la pequeña cabaña—. ¿Qué haces aquí? ¿Quiénes son esas tres personas que hay dentro?

—También es una larga historia.

Dom sonrió.

—Yo te contaré la mía y tú la tuya, pero ahora dime hacia dónde han ido —añadí nerviosa.

—Te lo mostraré... Pero no sé cómo vamos a seguirles el rastro, van en coche y tu amigo Roberto no tiene aroma.

—Lo sé, pero ya me apañaré. Tú quédate aquí —le indiqué.

—No, mamá, ya no soy un niño. Voy contigo... o no te dejo ir.

Tuve que reírme, pero entonces observé su cuerpo musculoso, de adulto, y su mirada totalmente llena de determinación y cambié de idea.

—Ríe todo lo que quieras, pero lo digo completamente en serio. Además..., Roberto me pidió que cuidara de ti.

Puse los ojos en blanco al oír aquello.

—Venga, vamos, si no, cuando por fin los localicemos, será demasiado tarde —concluí, dando por imposible que Dom se mantuviera al margen.

Mi hijo sonrió y salió disparado hacia el bosque. Yo lo seguí, no sin antes mirar hacia la cabaña. ¿Pensarían que había aprovechado la ocasión para escabullirme? Me sentí algo culpable por marcharme sin saber si Rose estaba bien, pero la vida de Roberto era mucho más importante para mí y no pensaba dejarlo solo ahora que me necesitaba.

—¿Qué hay entre tú y Roberto? —preguntó Dom mientras corríamos

hacia el lugar donde Roberto lo había hecho bajar del coche.

—Oh, bueno, estamos conociéndonos.

—Ese hombre te quiere, mamá; cuando dice tu nombre le cambia la expresión de la cara.

—¿Lo dices en serio? —sonreí para mí, alegre por su comentario, aunque sabiendo que *querer* era un verbo demasiado fuerte para lo que seguramente sentía Roberto. Un *le gustas* sería más acertado—. Y... ¿qué te parece?

—¿Qué me parece él o que te quiera? —preguntó sonriendo—. Cualquiera que te quiera de esa manera me gusta.

—Gracias, Dom. Es importante contar con tu apoyo.

Cuando llegamos a la carretera seguimos las rodadas del coche hasta que desaparecieron.

—Hemos corrido un buen rato y ya no hay ningún rastro, ninguna huella que podamos seguir —comentó algo desanimado Dom.

Entonces recordé la moneda. No sabía si serviría para algo, pero, aun así, la saqué de su escondite.

—¿Qué es eso?

—Algo que me dio Roberto. Quizá nos sea útil —dije besándola como me había explicado Roberto.

En un primer momento no sucedió nada, pero, de repente, una tenue luz se extendió ante mis ojos, una luz que dibujaba un camino.

—¿Lo ves? —pregunté.

—¿El qué?

—Oh, imagino que solo yo puedo verlo. Hay una luz que marca una dirección.

—¿Te has vuelto loca, mamá?

—No, te aseguro que la veo. Y creo que tenemos que seguirla. ¡Vamos, Dom!

—Me pregunto si estarán muy lejos de aquí. Quizá debamos coger unos caballos del *château*, está cerca.

—No, creo que no están demasiado lejos, sigamos corriendo, no podemos perder tiempo. Además, el *château* está rodeado de alemanes.

—¿Por qué?

—Es parte de esa historia. ¡Vamos, démonos prisa!

Durante un rato no hicimos nada más que correr. Estaba deseando saber por qué Roberto había traído a mi hijo. Me preguntaba si lo había hecho

para evitarme un viaje a París, había hecho un comentario en su presencia de que pronto tendría que ir a recoger a Dom. ¿Sería posible que lo hubiera hecho por miedo a que fuera sola? Ya no tenía tan claro que Meyrargues fuera más seguro que París, ya no sabía que pensar. Aun así, mi hijo debía seguir con sus clases, debía volver a su rutina. Y yo...

—Creo que están en aquella casa, ¿lo sientes? —Dom interrumpió mis pensamientos.

Me fijé en la moneda, que antes brillaba en mi mano.

—Creo que tienes razón, la luz se ha apagado. Y además puedo reconocer el olor de uno de esos oficiales.

—¿De qué lo conoces?

—Solo te diré que me interrogaron ayer, ahora me están buscando.

—¿Te escapaste? —preguntó medio preocupado, medio asombrado.

—Sí. No pienso dejarme capturar por unos alemanes.

—¡Bien dicho, mamá! —exclamó dándome unos golpecitos cariñosos en la espalda.

—Ahora... dejemos de hablar. A partir de ahora solo lo podemos hacer a través del pensamiento.

—*Lo que tú digas, capitán* —dijo Dom guiñándome un ojo.

Sonreí antes de trepar a un castaño. Después seguimos avanzando hacia aquella casa señorial saltando de un árbol a otro hasta que llegamos a la altura de una de las ventanas, desde donde pudimos ver con claridad lo que estaba sucediendo en aquella habitación. El sargento que me había interrogado el día anterior estaba allí, junto a dos soldados que no conocía. Roberto estaba atado y uno de los soldados le estaba apuntando a la cabeza con un fusil.

—Capitán Krum, no me importa que usted tenga más rango que yo, estoy autorizado a interrogarlo. ¿Conoce a la señora Marchant?

Roberto lo mató con la mirada, pero no abrió la boca.

—*¡Mamá, habla de ti..., te buscan a ti!*

—*Sssh, calla, Dom.*

—Si no coopera, tendremos que obligarlo a hacerlo.

—Adelante, háganlo. No pienso cooperar. Y si cree que la tortura me da miedo, se equivoca.

—*¿Ves como te quiere, mamá? Prefiere que lo maltraten a decirles algo sobre ti. Un hombre valiente, sí señor* —comentó Dom.

Eso me trajo a la memoria los cientos de cicatrices que cubrían su moldeado torso. Era muy valiente por permitir que le hicieran otra vez lo

mismo. Aunque no creía que pudieran hacerle daño, Roberto podía con aquellos tres hombres sin ningún problema, incluso aunque estuvieran armados.

Pero entonces alguien irrumpió en la habitación y su presencia hizo que una nube de calor ascendiera desde mi estómago hasta mi rostro. Dom y yo nos miramos, ambos estábamos de acuerdo en que aquello complicaba las cosas considerablemente.

—¡Coronel! —exclamó el sargento sorprendido, cuadrándose.

—Buen trabajo, sargento. Ahora déjenme a solas con él.

—Pero... es peligroso, mi coronel. Necesitará que nosotros...

—¡Sargento! Le he dicho que se vayan de aquí. Queda relegado del caso.

Aquel perro daba miedo, y no solo porque fuera un perro enorme y le sacara una cabeza a Roberto, sino porque parecía tener algo personal con Roberto.

Unos segundos después oímos como un coche se alejaba por el camino de tierra. Bueno, por lo menos ahora solo tendríamos que luchar contra un perro, quizá entre los tres podríamos con él.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó a Roberto.

—Soy el capitán Krum.

El perro se rio.

—No, me refiero a su nombre de verdad, no a su tapadera. — Obviamente aquel perro sabía demasiado.

—No sé de qué me habla.

—Sí lo sabe.

Dom y yo nos sobresaltamos cuando la puerta se abrió de golpe y un hombre-gato avanzó hacia ellos con unos andares elegantes y sigilosos. Aquel hombre me produjo una sensación extraña en el estómago y su gélida mirada gatuna hizo que me estremeciera. Pero ¿quién era él? Me resultaba vagamente familiar.

—¿Es él? —le preguntó el perro.

—Sí —contestó el gato sin quitarle ojo a Roberto.

—¿Cómo estás tan seguro? —inquirió el perro.

Este lo miró con desdén.

—Es igual que ella.

—Ah.

El gato se acercó a Roberto y lo inspeccionó de cerca, demasiado de

cerca, intentado aspirar un aroma que, evidentemente, no conseguiría captar. Roberto intentó desatarse las manos, pero, antes de que pudiera hacerlo, el perro sacó una pistola.

—Ni se te ocurra desatarte.

—Bien, Roberto..., me alegro de conocerte por fin —dijo el gato.

—¿Por fin? —preguntó extrañado Roberto.

¿Cómo sabía aquel gato su verdadero nombre?

—Sé de tu existencia desde el principio. Yo conocí a tus padres.

Roberto lo miró con una mezcla de perplejidad y expectación.

—No lo creo.

—Tu madre, Isabella Mage, era una maravillosa cantante de ópera, tenía la voz más bella que había oído jamás. Pero destrozó su vida cuando conoció a tu padre.

Roberto se desató de un solo movimiento y avanzó hacia el gato con una mirada de rabia que me asustó hasta a mí. El perro lo siguió y le clavó el arma en la nuca, aunque aquello no pareció importarle demasiado a Roberto.

—¡No hables así de mi padre!

—Oh, vamos, Roberto, no creo que lo recuerdes. Era apuesto, eso tengo que reconocerlo, tienes un aire a él, pero sobre todo eres igual que tu madre.

—¿Quién eres tú?

—Todo a su debido tiempo. Pero... —Observó por la ventana y miró hacia los árboles donde estábamos nosotros escondidos—. Hay alguien ahí fuera espiándonos.

Roberto y el perro, que por un momento se olvidó de su pistola, se asomaron cuando el hombre-gato abrió la ventana de par en par.

—Oleg, dispara a aquel árbol, aunque hazlo sin apuntar bien, no queremos matarlos, solo asustarlos. —Decididamente el gato era el que llevaba la voz cantante.

—¡Un momento! —gritó Roberto—. No lo hagas.

—¿Reconoces el aroma? —le preguntó el gato girándose hacia él.

—Sí, es mi..., son... amigos míos.

—Ah, pues invítalos a entrar, nosotros no queremos haceros daños. Oleg, aparta esa arma de una vez, no hará falta.

—Helena, Dominique, entrad, creo que no hay peligro —dijo Roberto.

—Mamá, ¿qué opinas?

—No me gusta ese gato, pero si Roberto está con nosotros no hay

nada que temer.

—*Lo que tú digas, capitán. Entonces saltemos a la ventana. Tú primero.*

Roberto se acercó a mí en cuanto entré en la habitación y, después de sonreírme, me cogió de la mano.

—¿Cómo me has encontrado? —me susurró al oído.

Le hice una señal de que no era un buen momento para responderle a su pregunta.

—¡Es una mujer! —exclamó el perro.

—Sí, Oleg —confirmó el gato—, es una mujer muy bonita vestida de hombre. Y creo que la ropa de hombre le sienta realmente bien. Vincent Astic, a sus pies señorita... —dijo ofreciéndome su mano.

—*Señora Chatte* —rectifiqué tendiéndole la mía—, Helena.

—Oh, ¿y este joven tan apuesto quién es? —preguntó el gato.

—Es mi hijo Dominique.

—¡Oh! —me miró de arriba abajo como sorprendido por mi respuesta.

El gato tenía ciertos movimientos amanerados y, cuando se acercó a Dom y vi el brillo de sus ojos, me di cuenta de que los chicos jovencitos y atractivos eran más de su gusto que una mujer como yo.

—Si os parece bien a todos, bajemos al salón; está amaneciendo y creo que nos sentará bien un buen desayuno.

No entendía aquella situación tan extraña. En un principio parecía como si tuvieran prisionero a Roberto y, de repente, nos trataban como si fuéramos sus invitados de honor. Sin embargo, sentir la fuerte y cálida mano de Roberto hacía que me sintiera totalmente segura a pesar de estar entre extraños que hacía un momento habían amenazado a Roberto con una pistola.

Nos sentamos alrededor de una mesa exquisitamente puesta y Vincent le hizo una seña al perro, quien desapareció por una puerta, apareciendo unos minutos después con café y desayuno para todos.

—Bien..., veamos por dónde empiezo, Roberto.

—Empieza por contarme quién eres, por qué conoces a mis padres y cómo me has localizado.

—Eso son muchas preguntas. Ya te he dicho quién soy, me llamo Vincent, pero me llaman el Viejo.

—No parece usted muy viejo —comenté.

—Supongo que me llaman así por mi experiencia. Conocí a tu madre en la ópera, por supuesto. Soy un amante de la ópera. Y después conocí a tu

padre cuando empezó a cortejar a tu madre. Él era un respetado catedrático de la Universidad de la Sorbona. Nunca pude entender cómo tu madre pudo fijarse en él, no tenía ningún sentido, ese olor tan desagradable..., nunca comprendí que se enamorara de un perro.

Roberto se puso blanco y yo me quedé helada, al igual que Dom, que tenía la boca desencajada.

—¿Un perro? ¿Mi padre era un perro?

—En efecto, ¿no lo sabías? A eso me refería cuando decía que tu madre había destrozado su vida. Desde que se casaron empezaron a tener problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—Verás, hay criaturas que no aceptan, digamos, los casos fuera de lo normal. Su historia era trasgresora. Se sentían constantemente amenazados. Al principio no parecía que sus vidas peligraran, pero cuando llegaste tú todo empeoró.

—Yo... —murmuró Roberto— ¿qué soy yo realmente?

—No lo sé, dínoslo tú.

—Soy un gato, tengo uñas retráctiles, puedo trepar...

—Pero es posible que tengas otras habilidades, quizá tu fuerza sea superior a la de un gato. ¿Has luchado alguna vez contra un perro?

Roberto se quedó callado y me miró como buscando la respuesta en mi rostro. Su mirada me hizo recordar cómo había conseguido liberarme de aquel perro cuando estuvieron a punto de matarme en la frontera. Y no solo eso, sino que, poco tiempo después, retorció el cuello de ese mismo perro sin apenas esfuerzo cuando vino a rescatarme al *château*.

—Sí —admitió Roberto sin dar más detalles.

—Oleg, échame una mano, yo no soy un perro. ¿Qué más pueden hacer los perros?

—El agua —contestó Oleg.

—Claro, el agua. ¿Se te da bien nadar y bucear? —preguntó Vincent.

—Sí, se le da muy bien —afirmé, recordando cómo había buceado en busca de aquel tesoro.

En ese momento comprendí por qué su madre lo había escondido en el mar. Ella quería que se diera cuenta de quién era él y, sin embargo, él no había considerado que nadar fuera algo imposible para los gatos. Tendría que haber sido yo la que se hubiera dado cuenta, pero, aunque me había sorprendido su capacidad para bucear, no había vuelto a pensar en aquello. Quizá todo había

pasado demasiado rápido y me había centrado más en mis sentimientos hacia Roberto que en sus extrañas habilidades.

—Entonces... ¿soy un gato y un perro?

—Eres un poco de los dos, pero si quieres descubrirlo con seguridad, solo hay un modo.

—¿Cuál?

—Yo debería poder ver tu forma de gato y Oleg tu forma de perro.

—Hacedlo, por favor —pidió Roberto.

—Bien, acércate a mí y muéstrame tus pupilas.

Roberto se colocó frente a él y abrió mucho los ojos. Después de unos interminables segundos, Vincent declaró que no podía ver nada en absoluto, al igual que le pasó a Oleg.

—¿Qué extraño! —comentó el Viejo—. En fin... ¿Por dónde iba?

—Llegué yo y compliqué todo —recordó Roberto.

—Exacto. Pues ahí es donde entramos nosotros. Verás..., ambos —dijo señalando a Louis— pertenecemos a una fraternidad llamada Felcan.

—¿Felcan? —preguntó Dom, que hasta ese momento había estado completamente callado.

—Sí, viene de los nombres en latín del gato y el perro, ya sabes felis y canis. Esta organización se creó para intentar equilibrar los dos mundos y, sobre todo, para proteger cualquier cosa que se saliera de lo normal.

—¿Cualquier cosa? ¿Es que hay más personas como yo? —preguntó confuso Roberto.

—No lo creo, que yo sepa eres el primero. De ahí el peligro que se cernía sobre tus padres y, especialmente, sobre ti.

—¿Quién los mató? —preguntó muy serio Roberto.

—Bueno... no lo sabemos. Solo sabemos que era un grupo de criaturas, no solo perros, también gatos. Pero no sabemos prácticamente nada de ellos.

—¿No puede ser! —exclamó Roberto.

—Hacemos lo que podemos Roberto, pero desde que mataron a tus padres no los hemos vuelto a encontrar. Pero dejemos el pasado por un momento. Me has preguntado antes cómo te hemos localizado.

Roberto asintió.

—Hace unos días entraste en un anticuario de París interesándote por una moneda de oro antigua.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó sorprendido Roberto.

—Así es como te hemos localizado. Verás, esas monedas que tenías nos ayudaron a seguirte el rastro durante muchos años, hasta que... supongo que se te acabaron. Desde entonces perdimos tu rastro por completo, hasta hace unos días.

—¿Quieres decir que me habéis estado rastreando desde que era pequeño?

—Sí, desde que tenías diecisiete años. Creo recordar que la primera que vendiste fue en Santander.

Por la expresión de Roberto, el Viejo debía decir la verdad.

—Esas monedas se las dimos a tus padres para asegurarnos de que estabas bien. No pretendíamos entrometernos, tan solo saber que los otros no te habían localizado.

—¿Ellos no saben nada sobre las monedas?

El Viejo y Oleg se miraron inquietos.

—Hace unos años no lo sabían, pero ahora tenemos la sospecha de que están al tanto.

—¿Por qué estáis tan seguros?

—El anticuario recibió una visita nada agradable después de la nuestra. Destrozaron la tienda y después..., al ver que no iban a conseguir ninguna información por su parte, lo mataron. Era uno de los miembros de la fraternidad y ese es uno de nuestros compromisos.

Temblé sin poder evitarlo. Dom estaba completamente sorprendido, pero no como yo, él parecía disfrutar del relato, como si se tratara de una novela policiaca.

—¿Dar la vida por alguien que ni conoce? ¿Ese es el compromiso de la fraternidad?

—Dar la vida para asegurar el anonimato de la hermandad y todo lo relacionado con ella.

El Viejo rellenó nuestras tazas de café intentando en vano infundirnos calor.

—Bien, si no somos prisioneros, supongo que podemos irnos —dijo al fin Roberto.

—Por supuesto que os podéis marchar, pero os aconsejamos que os escondáis en algún lugar seguro. Nosotros podemos ayudaros.

—No hará falta, nos esconderemos sin ayuda —le aseguró Roberto mirándome.

—¿Podemos saber dónde poder encontraros? —preguntó el Viejo.

—No, si es un lugar seguro, nadie más que nosotros debe saber dónde es.

El Viejo no pareció muy contento con la noticia, pero después sonrió.

—Eres muy astuto, Roberto, una cualidad que sin duda has heredado de tu padre.

Roberto no le devolvió la sonrisa.

—Antes de irnos quiero pedirnos un favor. Como he podido comprobar, tenéis cierta influencia en el Tercer Reich. ¿Podrías limpiar el historial de Helena? Los militares de la zona la tienen fichada por algún error y no quiero...

—¡Oh, por supuesto, Roberto! Ahora mismo hago un par de llamadas y dejarán de perseguirla.

—Gracias. Entonces, creo que es hora de irnos. —Roberto se levantó y Dom y yo lo imitamos encantados de marcharnos de allí, por lo menos yo, porque, respecto a Dom, no sabía lo que estaría pensando, su mirada se había vuelto inescrutable.

—Un placer haberte conocido, Helena. Dominique... —Aquel viejo gato le guiñó un ojo a mi hijo, aunque él seguramente no se dio ni cuenta.

No me sentí cómoda hasta que nos alejamos los tres en el coche de Roberto.

—¿Cómo estás? —le pregunté a Roberto al mismo tiempo que ponía mi mano sobre la suya.

—No lo sé.

—¿Crees que ha dicho la verdad?

—Sobre mis padres y sobre la fraternidad sí, pero... hay algo que no me cuadra. No es posible que no sepan nada sobre los asesinos de mis padres, no es posible.

—Es cierto, ese gato no acaba de gustarme. Y... ¿qué hay sobre tu... tu...?

—¿Sobre que soy mitad gato, mitad perro? —preguntó sin siquiera mirarme.

—Emm, sí.

—Tiene mucho sentido.

Aquella respuesta tan escueta no era lo que esperaba. Lo que realmente quería era que Roberto me abriera su alma, que me dijera realmente cómo se sentía, que me expresara sus sospechas, sus miedos. No parecía muy contento de saber por fin lo que era y de tener más información sobre sus padres.

Estaba serio y lo sentía muy lejos de mí. Aunque, por otro lado, tampoco era un buen momento con Dom en el coche y cuando apenas hacía unos minutos que acababa de enterarse de todo. Quizá necesitara un poco de tiempo.

—Dom..., estás muy callado. ¿Te pasa algo?

Mi hijo era un chico muy hablador y me extrañaba que no hubiera hecho ningún comentario sobre lo sucedido en aquella casa, sobre todo teniendo en cuenta las cosas tan poco comunes que se habían dicho.

—Hemos llegado —dijo Roberto en ese momento, deteniendo el coche delante de la verja de la entrada del *château*.

Rastreé el terreno esperando encontrar alguna patrulla alemana vigilando, sin embargo el camino estaba desierto. ¿Sería posible que Vincent hubiera hecho esa llamada tan rápido?

—Mamá... No pienso dejar que sigas viendo a este... este... perro.

—¿Qué has dicho Dom? ¡Retira esas palabras ahora mismo! —le advertí indignada girándome hacia el asiento trasero.

Pero Dominique había abierto la puerta y había salido corriendo por el camino de arena que llevaba al *château*.

—Lo siento, Roberto.

—Oh, no te preocupes. Será mejor que vayas tras él.

—¡Rose! —exclamé al recordar cómo había abandonado la cabaña.

—¿Le ha pasado algo a Rose?

—No lo sé. Tenemos que ir a verla. Estaba de parto y Carlos había conseguido un médico, pero no parecía que tuviera un parto normal.

—Entonces iré a verlos.

—Te acompañaré.

—No..., creo que es mejor que hables con Dom.

—Sí, tienes razón. —Me acerqué y lo besé en los labios, pero enseguida detecté que la ternura que solían mostrar los ojos de Roberto había desaparecido. Me estremecí, pero después me consolé pensando que estaba muy impactado por las recientes noticias.

—Te veo dentro de un rato —dijo, y esas palabras me calmaron lo suficiente como para salir del coche.

Encontré a Dom en su lugar preferido, sentado sobre una piedra junto a la tumba de su padre, y ahora también la de su abuela y su tía.

—Dom..., ¿a qué ha venido eso?

—Odio a los perros mamá, ya lo sabes. No solo mataron a mi padre y a mi familia, sino que...

—¿Qué?

—La abuela me ha puesto al corriente de nuestro secreto.

¡Conque era eso! No se lo reprochaba a mi madre, Dom tenía suficiente edad y madurez para conocer, de una vez por todas, el secreto de los gatos.

—Me hubiera gustado contártelo yo, pero... tenías que saberlo. Sin embargo Roberto no tiene nada que ver con todo eso, además..., es un gato.

—Y un perro, mamá. No lo olvides.

—Oh, vamos, Dom..., Roberto se acaba de enterar de lo del secreto, incluso...

—¿Se lo has contado? —preguntó asombrado Dom.

—¡Pues claro! Es un gato y de cualquier manera con el tiempo lo sabrá. Él no está interesado en esos temas, suficientes problemas tiene ya.

—Da igual mamá, no me gusta. No quiero que salgas con él.

—Yo no estoy saliendo con él, solo nos...

—Ya, os estáis conociendo. ¿A quién vas a engañar, mamá? He visto cómo se iluminan tus ojos cuando lo miras.

Dom tenía razón.

—Si sigues adelante..., si eliges estar con él yo no te apoyaré. Ni siquiera quiero vivir contigo, mamá.

—Pero..., Dom, antes me dijiste que te gustaba Roberto.

—Eso fue antes de saber que era un perro.

Una parte de mí quería abofetearlo y otra abrazarlo para asegurarle que no pasaría nada, que todo saldría bien. Pero ya no estaba segura de nada. No solo estábamos en peligro por los perros que andaban tras la pista del profesor Miró y de mi padre —y por alguna razón que no comprendía me relacionaban con ellos—, sino que ahora unas criaturas desconocidas querían acabar con el primer experimento de perro y gato, Roberto, y conmigo, porque no pensaba separarme de él ahora que me necesitaba.

Antes de que pudiera reaccionar, Dom había vuelto a desaparecer. Supuse que necesitaba saltar sobre la copa de unos cuantos árboles para poder desahogarse. Por eso decidí dejarlo a solas con sus pensamientos. Estaba segura de que tan solo necesitaba tiempo para pensar, después me buscaría para pedirme perdón, como hacía siempre. Por alguna inexplicable razón, aquel día todo parecía preocuparme en exceso.

No cesaba de dar vueltas, ansiosa, alrededor del *château* y la razón era obvia, eran las doce de la noche y Roberto no había vuelto todavía. Dom

no había querido cenar conmigo en el salón y se había llevado una bandeja a su habitación alegando que estaba cansado. Ambos sabíamos que esa no era la verdadera razón, era evidente que quería evitarme. Como Roberto tampoco había aparecido, al final había cenado sola.

No podía evitar sentirme negativa, pero aquel día había comenzado de un modo extraño y me daba la sensación de que acabaría de igual manera. No dejaba de preguntarme si la razón por la que Roberto no había vuelto todavía era Rose y eso me atormentaba, sobre todo después de haber desaparecido de su casa sin decir nada. Quizá debería haber ido con Roberto a la cabaña, pero no me había parecido buena idea dejar a Dom solo en el estado en el que estaba.

Oí unas hojas crujir y me quedé completamente quieta, sin apenas respirar, apoyada contra uno de los árboles del bosque. ¿Quién se habría colado en el *château* a esas horas?

—Helena..., soy yo.

Volví a respirar.

—¡Qué susto me has dado, Roberto!

Se había cambiado de ropa, olía maravillosamente y estaba tan atractivo que sentí unas ganas terribles de que me besara, sin embargo se mantenía alejado de mí.

—¿Cómo está Rose?

—Ha sido un parto complicado, como tú dijiste, pero el niño y ella están bien, aunque necesitarán ayuda. Le he dicho a Carlos que no quiero verlo durante un tiempo.

—¿Ha sido niño?

—Sí.

Parecía abatido. ¿Qué le pasaría?

—Helena..., tenemos que hablar.

Aquellas palabras hicieron que sintiera un escalofrío de miedo que me dejó momentáneamente paralizada.

—Tengo que marcharme —añadió.

—Oh... ¿Cuándo volveré a verte?

—No lo sé.

No conocía mucho a Roberto, pero me daba la impresión de que se estaba comportando de una forma extraña, esquiva, como si me ocultara algo.

—¿Va todo bien, Roberto?

—Sí, todo bien. Solo que tengo que irme, con urgencia.

—Bueno..., si tienes que irte no tendré más remedio que despedirme de nuevo de ti. Qué pena que no puedas quedarte un día por lo menos. Apenas hemos podido hablar.

Roberto no hacía ningún movimiento de acercamiento hacia mí. Pero, si realmente pensaba marcharse, sería un buen momento para que nos abrazáramos y nos besáramos, como la última vez que nos habíamos despedido. Soñaba con volver a estar en sus brazos.

—Lo sé. Quizá en otra ocasión. Adiós, Helena —dijo Roberto, con el semblante más serio que le había visto jamás.

Se giró para marcharse.

—Roberto... ¿Puedo pedirte un beso de despedida?

Durante un segundo no dijo nada.

—De acuerdo, Helena.

¿De acuerdo? Se comportaba como si le hubiera preguntado si quería beber una copa de vino. Solo quería que me besara para comprobar si sentía algo por mí, puesto que su mirada y su forma de hablar me indicaban todo lo contrario. Pero... ¿dónde había ido a parar esa mirada llena de amor que me había dedicado cada día desde que lo había conocido? ¿Y esa forma que tenía de sonreírme como si yo lo fuera todo para él? No podía haberse esfumado todo de repente.

Roberto se había quedado quieto como una estatua, como esperando a que yo diera el primer paso. De acuerdo, lo haría, ya no me importaba humillarme más todavía. Ni siquiera me rodeó la cintura cuando llegué a su altura, pero, si pensaba que lo iba a dejar marchar sin la despedida que deseaba, estaba muy equivocado.

Rodeé su cuello con mis brazos y lo besé en los labios. Roberto parecía ausente, dejaba que lo besara pero no participaba, como si fuera yo la única que sentía algo. Cuando estaba a punto de soltarlo, cuando estaba a punto de darme por vencida, me agarró por fin de la cintura con esa fuerza y ese deseo que tanto me gustaban. ¡Eso si era un beso en condiciones!

El nudo que tenía en el estómago se deshizo en cuanto noté su anhelo por mí. Durante unos angustiosos segundos había pensado que ya no sentía nada por mí, lo que me aterraba y me alegraba al mismo tiempo. Me alegraba por haber recuperado ese sentimiento de necesidad hacia alguien que no fuera mi familia, pero me aterraba más todavía la posibilidad de perderlo para siempre.

Roberto se separó de mí y, después de acariciarme la cara y sin

abandonar esa mirada triste y seria, se fue sin decir ni una palabra. Sentí un vacío dentro de mí, una sensación horrible, como si fuera a perder a alguien o me faltara una parte del cuerpo, una parte vital. Pero en cuanto entré en casa y aspiré aquel aroma tan familiar y cercano, ese sentimiento se minimizó.

—¡Eugène! —exclamé, y corrí hacia él.

Lo abracé más fuerte y con más intensidad de lo normal, pero la despedida de Roberto me había afectado y necesitaba la cercanía de alguien a quien amaba. Eugène era... mi hermano del alma. Todos lo eran, pero Eugène era muy especial para mí.

—¡Pequeña! Yo también me alegro de verte, pero... ¿A qué viene tanta euforia? —Se apartó ligeramente y me clavó esos gatunos ojos azules tan vivos y perspicaces, a los que no se les escapaba nada—. ¿Estás bien? Oh..., ya veo, se trata de ese tal Roberto. ¿Qué ha pasado?

No hacía falta que contestara, Eugène no necesitaba tener una conversación conmigo para informarse de los últimos acontecimientos.

—¡Espera, espera! Me estás volviendo loco... ¿Que te han arrestado unos alemanes? Luego has escapado y después... ¿Quién es Carlos?

—Oh, eso es lo de menos.

—Después apareció Dom, que venía de París con Roberto, pero a Roberto lo arrestaron otros alemanes...

—Es un poco complicado. Te lo contaré, seguramente sea más ordenado que mis pensamientos, ahora mismo están un poco revolucionados.

En un momento lo puse al corriente de muchas cosas, y no solo las de las últimas horas, sino que también le conté un poco sobre la vida de Roberto y nuestra aventura en la abadía. No estaba segura de si a Roberto le parecería bien que le contara tantas cosas personales a mi hermano, pero era prácticamente imposible ocultarle nada a un lector de mentes.

—Por cierto, ¿qué tal vuestra misión en España? ¿No puedes contarme algún detalle?

—No, es mejor que no. Solo te diré que la misión se conocerá por Operación Mincemeat en el futuro y será un éxito, ya verás... No, no tengo poderes como los de mamá, pero la operación va a ser un bombazo.

—Si tú lo dices... ¿Y papá?

—Con mamá en París, por supuesto; la echaba mucho de menos.

Eso hizo que recordara a Roberto y volviera a sumirme en la tristeza. Había llegado a pensar que podría comenzar algo bonito y duradero con él, que podría reconstruir mi vida personal, que podría llegar a amar a otro

hombre que no fuera mi difunto marido, pero ya no estaba tan segura de que él quisiera hacerlo.

—Ajá..., ya veo, pequeña, te has enamorado de ese Roberto y estás triste porque se acaba de marchar. ¿Por qué crees que ya no te quiere?

—Oh, tendrías que haber visto cómo se ha despedido de mí.

—Creo que estás totalmente equivocada, Helena, ese hombre te quiere desde antes incluso de conocerte. El día que matamos a aquel perro que os tenía presos, pude oír su pensamiento. Ese hombre te ama de una forma... Ojalá yo amara alguna vez a alguien de ese modo. Incluso en su mente, tú eres su mujer. ¿No es curioso?

—¿En serio pudiste oír sus pensamientos aquel día?

—Sí, por supuesto, y hoy también. No sé qué ha pasado cuando os habéis despedido, pero Roberto estaba destrozado por tener que decirte adiós.

—¿Destrozado? No lo creo, ni siquiera quería besarme. Ha sido muy extraño. Estoy preocupada.

—Estaba desolado, roto, destruido por tener que dejarte para siempre.

—¿De qué estás hablando, Eugène? Solo se ha ido porque tenía algo urgente que hacer, pero volverá.

—No piensa volver, pequeña, no quiere ponerte en peligro. Te aseguro que no piensa volver a verte nunca más... a menos que consiga matar a esas criaturas.

—¿Qué? Oh, no, no puede ser. ¿Dices que tiene pensado ir a buscar a esas criaturas que lo quieren muerto, a los que mataron a sus padres?

—Pues... supongo que se referiría a ellos, no dijo sus nombres, ¿sabes? Solo oía su pensamiento desordenado y angustiado. Intentaba convencerse a sí mismo de que dejarte sería lo mejor, de que tenía que ser fuerte y mirarte como si no te quisiera. No sabes cómo se esforzaba por intentar mostrarse frío contigo; y está claro que lo consiguió, ahora tú crees que no te quiere. Pero lo que es seguro es que no volverá a menos que consiga acabar con ellos.

Me quedé pensativa por un momento. Ahora ya entendía por qué quería apartarme de su lado, solo quería protegerme, pero me seguía queriendo. Eso me hizo sonreír, pero dejé de hacerlo al darme cuenta de que Roberto tenía pensado ir en busca de esas criaturas. Me pregunté cómo iba a encontrarlas si no sabía quiénes eran.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé sintiendo un escalofrío de temor—. Ya sé lo que pretende hacer. Tengo que ir a París inmediatamente.

—¿A París?

—Sí.

—No puedes ir sola, Helena. Recuerda lo que te pasó la última vez en la frontera.

—Me da igual, Eugène, tengo que ir, no pienso dejar que lo maten.

—¿Qué eres? ¿Su ángel de la guarda?

—Sí, efectivamente, eso es lo que soy. Y pienso irme —contesté pensando en cómo su madre me había llamado así en aquella carta: su ángel de la guarda. ¿Por qué me habría llamado así?

Mi hermano suspiró.

—Está bien..., está bien, iré contigo, Helena. Pero deja primero que coma algo y que me asee un poco, acabo precisamente de llegar de París.

¡Qué tonta había sido! ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Lo que pensaba hacer Roberto era un suicidio. Estaba segura de que pretendía volver a París para ir a un anticuario y preguntar por esa moneda antigua. ¡Iba a caer en una trampa mortal y ni siquiera sabía a qué se enfrentaba!

13. Hans. Val

La Coruña. Julio (jueves).

El dolor y la desesperación me invadían el pecho, la mente, cada partícula de mi cuerpo. Me sentía hundido, perdido en un abismo eterno, sin color, sin vida. Ya nada importaba, si Val había muerto mi vida ya no tenía sentido, todo me daba igual, incluso que toda aquella gente me matara; de hecho me harían un favor, sería menos doloroso morir con ella que intentar vivir sin ella. No podía oír a nadie, había corrido tan lejos, tan rápido, que nadie nos había seguido, ni siquiera nuestra familia. No sabía dónde estaba, pero unos inmensos eucaliptos nos resguardaban.

Val yacía muerta en mis brazos. Le había limpiado la sangre con mi camisa, no quería verla de ese modo, quería verla limpia, deslumbrante, bella. Me inundaba una pena tan grande que era incapaz de reaccionar, tan solo podía mirarla: su piel blanca, sus labios color cereza, su pelo negro y brillante. La certidumbre de que no volvería a ver el azul intenso de sus ojos de gata, que no volvería a escuchar su femenina y dulce voz, que no volvería a sonreírme, me rasgaba por dentro.

Curiosamente no sentía ninguna sed de venganza, de nada serviría, no devolvería a Val a la vida. Además no podía perder el tiempo en eso, tan solo quería estar con ella a solas antes de que alguien la apartara de mi lado, porque era cuestión de tiempo que nos encontraran, y entonces...

—¡Hans! ¡Hans! ¡Tienes visita! ¿Qué pasa, es que no me oyes? Maldito perro.

Oía unos golpes, pero eso no era posible, estaba en medio del bosque. ¿De dónde venían esos porrazos repetitivos y molestos? De repente, un fuerte golpe hizo que me incorporara.

—Tienes visita... —me informó el perro a través de la puerta—, que sepas que la jueza ha permitido que te visite porque dice que viene a hablarte de tu nuevo abogado. Estaré aquí fuera, escuchándolo todo.

¿Qué? Estaba en mi celda-dormitorio. ¿Había sido todo una pesadilla? ¿Val no había muerto?

—Puedes entrar, monada.

—¿Monada? Podrías ser mi hijo, estúpido.

El comentario de mi madre hizo que el gran peso que sentía sobre mi pecho, se aligerara. ¡Val no había muerto! Había sido una pesadilla horrible y espantosa, pero tan solo un mal sueño, aunque muy real..., demasiado real. No

había sido solo un sueño, sino un aviso, una especie de premonición, con lo que, si no quería perder a Val, tendría que empezar a cambiar el futuro.

—Has adelgazado... y tienes mala cara. ¿Estás bien?

—¡Mamá! ¿Qué día es hoy?

—Pues... es jueves, ¿por qué me preguntas eso? ¿Has perdido el sentido del tiempo?

—¡Gracias a Dios, mamá! Escúchame...

—¡No! Escúchame tú a mí. Seré rápida, solo tenemos cinco minutos. Veras... tu novia dice...

—¡Olvídate de todo, mamá, y escucha con atención! Mi mujer, Val, está en peligro; esta noche no puede ir al juicio. Impídeselo como sea, con la fuerza, habla con Eugène, convéncelo de que la vida de Val está en juego.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco, Hans? Será imposible impedir que Val vaya a tu juicio. Me pides algo imposible. Además, ¿qué significa que está en peligro?

—Mamá, deja de interrumpirme. Val no debe ir al juicio esta noche...; casi mejor, no vayáis ninguno de vosotros, podré hacerlo yo solo.

—¡No vas a impedirme que vaya, Hans! Además, te he encontrado un abogado.

—No quiero ningún abogado, mamá, me defenderé solo. Vete al juicio si quieres, pero que no vaya nadie más, diles que se ha suspendido la sesión de esta noche, lo que sea, pero Val no puede ir.

—No puedo engañar a tantas criaturas, sabrán que miento.

—Pues habla con Eugène, exponle lo que te he contado, no creo que quiera arriesgarse a perder a su hija. Quizá Álvaro pueda comunicar que han suspendido el juicio, nadie se dará cuenta de si miente o no, es un híbrido.

—Pero... ¿estás seguro de lo que dices, Hans?

—Totalmente seguro. Prométeme que lo harás, mamá.

—Lo intentaré.

—No, mamá, con eso no me basta. Prométeme que lo harás.

En ese momento el *perro guardián* abrió la puerta.

—El tiempo se ha agotado —dijo sonriendo.

—¡Mamá!

—Está bien, Hans, te lo prometo, lo haré.

—Gracias, mamá.

Esa noche llegué más sosegado al juicio, no tenía por qué

preocuparme, Val no estaría allí y su vida no correría ningún peligro. Al entrar, respiré tranquilo al comprobar que los únicos miembros de la familia sentados en primera fila eran mi madre y Edmund. Aun así, la expresión del rostro de mi madre no era demasiado alentadora. ¿Por qué me miraba de ese modo?

—Señor Claros, me temo que ha habido un pequeño retraso. Tenemos que esperar al resto de la familia Chatte. ¿Puedo preguntarle quién lo defenderá en esta sesión?

—No entiendo, jueza, ¿por qué tenemos que esperar a la familia Chatte? Lo único imprescindible es que esté yo, el acusado.

—Se equivoca, Valentina Chatte tiene que estar presente. Por alguna razón que no entiendo, alguien les ha informado erróneamente de que se había retrasado el juicio a mañana, pero he enviado algunos hombres a buscarlos.

—¡Noooo! —grité sin poder contenerme—. Val no debe venir.

—Señor Claros, conténgase, por favor. Valentina debe estar, puesto que su participación es imprescindible. Además, como ya dije el otro día, si veo que es necesario, le pediré que me hable de sus habilidades de gata. Bien..., ¿va a contestarme a quién le defenderá?

—Yo lo haré —contesté sin muchas ganas.

Esto no podía estar sucediendo, Val no debía venir, lo impediría como fuera, aunque tuviera que usar la fuerza, aunque tuviera que matar a alguien.

—¡Guardias! Pueden desatarlo. Para poder representarse a sí mismo no puede estar atado.

Igual que en mi sueño, se oyeron murmullos en contra de que me soltaran.

—Así son las normas. Si el acusado quiere defenderse no puede estar encadenado. No se admiten protestas, por favor, señores, señoras, guarden silencio.

Entonces vi que Val, junto al resto de su familia, entraba por la gran puerta de acceso. Aquella era mi oportunidad, ya me habían soltado. Me deshice de los guardias y corrí hacia ella, sin embargo, antes de que pudiera alcanzarla, sentí varios pinchazos en las piernas y los brazos que me paralizaron por completo. Tenía que resistirlo para poder liberarme de nuevo, esos perros no impedirían que llegara hasta Val y la sacara de aquel lugar.

—¡Nooo! —era la voz de Val.

De repente dejé de sentir aquel dolor insoportable y vi como los perros salían despedidos por el impacto, supe que Val estaba usado su

habilidad de *désireuse*.

Val se abrazó a mí.

—Oh, Hans, ¿qué está pasando? ¿Por qué te hacen daño?

—Val..., tengo que sacarte de aquí, tu vida corre peligro —la arrastré a la salida.

—¿De qué hablas?

Entonces miré hacia los árboles que rodeaban el recinto, no podía ser cierto lo que veían mis ojos. Val siguió la dirección de mi mirada y exclamó:

—¡No puedo creer que esté aquí!

Yo tampoco lo podía creer, pero en ese momento no tenía tiempo para pensar en las ganas que tenía de darle un puñetazo a ese cabrón, tenía que salir corriendo con Val lo más lejos posible. No quería volver a perderla, además, esta vez no era un sueño, era la vida real.

14. Helena. La palabra mágica

De camino a París. Mayo 1943.

—Eugène..., gracias, gracias por acompañarme. Sé que estás cansado después de tu viaje.

—No sé por qué lo dices, me encanta volver a París después de acabar de llegar de allí —contestó riéndose.

—¡Tonto! —exclamé, y le di un ligero puñetazo en el costado.

—Gracias, dame golpes de vez en cuando para que no me duerma.

—Si quieres conduzco yo.

—No, era broma, con el tazón de café negro que me has preparado no dormiré en varios días. Por cierto, ¿qué es eso? —preguntó haciendo un gesto hacia mis piernas.

—Oh, bueno, es el cofre de Roberto, el que encontró en el mar.

—Ah, ¿y se puede saber para qué lo llevas?

—Para devolvérselo. Se dejó sus cosas y...

—Pensaba que íbamos en una misión de rescate, no para devolverle sus cosas. ¿Es que has perdido la esperanza?

—Quizá hayas malinterpretado sus pensamientos y realmente no me quiere. Tendrías que haber visto cómo me miraba cuando se despidió. Me hizo sentir tanto frío...

—¡Venga ya, Helena! Ese hombre te ama más que a su vida. Y a todo esto... ¿qué hay de ti? ¿Qué sientes por él? ¿Lo amas?

La imagen de Roberto muerto o herido hizo que se me helara el corazón.

—Sé que es pronto para sentir algo así, pero...

Eugène me miró expectante.

«¡Venga ya, Helena, sé sincera!», pensé.

—Sí, de acuerdo, lo amo. ¿Pasa algo? —pregunté a la defensiva.

—No pasa nada, pequeña, lo amas, está claro, y está muy bien que lo confieses en voz alta. ¡Dilo otra vez!

Me hizo reír.

—¿Por qué quieres que lo repita?

—¡Dilo! ¡Vamos, Helena! Sé valiente. Dilo bien alto.

—¡Lo amo! ¡Amo a Roberto!

Era cierto, lo amaba, quería estar junto a él, pasar el resto de mi vida con él. Esa certeza me hizo enmudecer de repente, ¿y si le pasaba algo? No

podía permitir que le hicieran daño.

—¡Helena! ¡Mira! El cofre se ha abierto.

—¿Qué?

Entonces lo sentí, caliente sobre mis piernas. El cofre, pequeño y algo oxidado, despedía tanto calor en ese momento que me estaba abrasando. Además, Eugène tenía razón, estaba abierto.

—¿Qué hay dentro?

—Monedas de oro —contesté al ver lo que más destacaba—. Iguales a la que nos está guiando —añadí mirando la moneda que tenía en la mano y que me indicaba la ruta que debíamos seguir—. ¡No! No puede ser.

—¿Qué sucede?

—La moneda ha dejado de brillar, ahora no sé por dónde hay que ir —repuse exasperada. Si no funcionaba, no podría llegar hasta Roberto.

Eugène detuvo el coche.

—Bueno, ¿por qué no coges otra moneda del cofre?

—No funcionaría, Roberto hizo algo, magia o algo.

—¿Magia?

—Sí, sopló sobre la moneda y me explicó que tendría que besarla para llamarlo.

—¡Es un hechicero!

—¡No! ¡Claro que no!

—¿Cómo sabes que no lo es? Yo creo que sí. Además, ahora que lo pienso, el día que lo conocí, después de matar a aquel perro en el *château*, lo oí pensar algo extraño. Tú estabas a solas con él, Edmund y yo habíamos bajado para ver si mamá estaba bien, ¿te acuerdas? ¿No ocurrió nada extraño cuando nos fuimos de la habitación?

Intenté remontarme a aquel momento, pero no se me ocurría nada extraño que hubiera hecho. Roberto tiró el cuerpo del perro por la ventana antes de que entrara el oficial en la habitación para no comprometernos.

—Espera —dijo Eugène—, creo que recuerdo las palabras que pensó, porque me pareció curioso que las pensara en latín: «Mater terram corpus luminis fiat plumea propensior lapsum».

—Madre tierra, haz que el cuerpo caiga ligero como una pluma —traduje sin darme cuenta—. ¡Dios mío! Creo que ya sé lo que hizo. Ahora recuerdo que el cuerpo del perro no chocó contra el suelo, evitando de ese modo que se oyera la caída; si lo hubiera hecho, lo más probable es que el oficial se hubiera dado cuenta del engaño. —Un escalofrío me recorrió la

columna—. Tienes razón, Eugène, Roberto debe de ser un hechicero, quizá por eso no he podido ver nunca sus habilidades.

—¿No te funciona tu habilidad con él? No lo sabía.

—No, y papá tampoco podía escuchar su pensamiento.

—Bueno, eso quizá sea porque es un híbrido, ya sabes que papá no puede distinguirlos.

—Me he enamorado de un hechicero —dije sin darme cuenta en voz alta. Con mi hermano Eugène me pasaba a menudo, pensaba en voz alta.

—No es tan malo, Helena, hablas como si fuera un asesino.

—No, es solo extraño; mi primer marido era un hombre normal y corriente y ahora...

Algo que asomaba entre las monedas del cofre llamó mi atención, una antigua fotografía coloreada. Aquella pareja sonriente que se cogía de la mano debían ser la madre y el padre de Roberto. Seguro que le gustaría conocer por fin a sus padres, de modo que la guardé en el bolsillo de la chaqueta. También encontré un anillo y unos pendientes a juego que debieron pertenecer a su madre.

—¿Hacia dónde vamos, Helena? —preguntó Eugène mirando a todos lados.

Mi hermano tenía razón, estábamos parados en mitad de la carretera y debíamos continuar, pero ¿hacia dónde? Entonces sentí una corriente de calor, debían ser esas monedas, puesto que mi mano estaba apoyada sobre ellas. Cogí una entre las manos y decidí seguir mi instinto. Soplé sobre ella, como había visto hacer a Roberto en una ocasión, y después la besé... De pronto apareció el mismo rayo de luz. ¡No podía creer que hubiera funcionado!

—Tienes que torcer a la derecha por ese camino —indiqué.

—Entonces no vamos hacia París, todavía estamos muy lejos.

—Quizá estaba equivocada. A lo mejor estamos haciendo el tonto y efectivamente Roberto no me quiere y está con otra mujer en estos momentos.

Eugène se rio tan fuerte que casi se atraganta. En esos momentos me recordaba a mi padre.

—No tiene gracia, Eugène.

—Perdona, pero realmente no creo que esté con otra mujer, a menos que lo haya secuestrado y sea una perra feroz y enorme. Yo por lo menos no lo haría si amara a alguien como él te ama a ti.

—¡Déjalo, Eugène! Ya no sé qué pesar. ¿A dónde se va por este camino? —Quería dejar aquel tema de conversación.

Tan solo había árboles a ambos lados, como si hubiéramos penetrado en un oscuro y salvaje bosque. Hasta que de pronto vislumbramos una gran casona al fondo. Eugène apagó el motor en cuanto la vio.

—Será mejor que caminemos a partir de aquí..., y solo pensamientos, Helena, no queremos delatarnos sea lo que sea lo que nos espera allí dentro.

Cuando estuvimos un poco más cerca de la casa pudimos distinguir que allí dentro había por lo menos tres criaturas: dos perros y un gato. Aunque no podía captar su aroma, supuse que Roberto estaría allí, después de todo, la moneda nos había traído hasta la casa.

—Eugène... *¿Puedes captar el aroma de Roberto?*

—No, no lo capto, aunque debería. Pero tiene que estar aquí. Voy a acercarme un poco, tú quédate aquí.

—Iré contigo.

—No, mejor espérame aquí. Solo quiero acercarme para ver qué están pensando exactamente esas criaturas, vuelvo enseguida.

La casa era majestuosa, aunque mucho menos que nuestro *château*. Me di la vuelta y me apoyé en el tronco de un almendro, resignada a esperar a que Eugène terminara su visita de inspección. Me pregunté si deberíamos haber llamado al resto de la familia, aunque deseché la idea, para cuando llegaran a Meyrargues, quizá Roberto estuviera muerto. No podíamos permitirnos aquella espera.

—Vaya, vaya, señora Chatte. Menuda sorpresa.

Di un respingo al oír aquella voz. En ese instante comprendí por qué me había dado la sensación de que conocía a ese gato, ¿Cómo no había caído la primera vez, mejor dicho, la segunda vez que lo vi? Él había matado a mi primer marido, a Dom, aquel horrible día en que él y un perro intentaron atrapar al profesor Miró y en el que yo misma resulté muerta. Según mi padre aquel gato había resucitado y huido de Meyrargues.

—¿Qué hace usted aquí? —espeté.

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral ahora que sabía que el Viejo era un gato extremadamente peligroso.

—¿No nos tuteábamos esta mañana? —preguntó burlón.

—¿Qué...?

—Soy yo quien debería preguntar. Esta es mi propiedad, Helena.

—Oh, estaba buscando a Roberto, y algo me dice que está aquí.

No pude evitar temblar.

—¿Ah, sí? Estaba dando un paseo por el bosque cuando olí tu

maravilloso aroma, creía que me estaba volviendo loco. ¿Has venido sola?

—¡Por supuesto!

Sentí una amenaza y di un salto hacia atrás justo en el momento en que el Viejo intentaba agarrarme. Trepé por el tronco de un tilo gigante, pero aquel gato era muy ágil y me pisaba los talones. Justo antes de que me atrapara pude saltar sobre otro árbol, sin embargo, algo me paralizó de repente y me quedé inmóvil sobre la rama más alta del árbol, como si tuviera un muro delante y no pudiera avanzar.

—Te tengo, Helena.

No entendía lo que sucedía, pero era incapaz de moverme, como si me hubieran atado de arriba abajo. De modo que no pude evitar que aquel odioso gato me cargara como un fardo. No me gustaba aquella situación, ese gato era capaz de cualquier cosa, sin embargo, en cuanto recordé que no estaba sola, me tranquilicé, al menos no había atrapado a mi hermano.

—¿Quién eres realmente? ¿Por qué mataste a mi marido, Dominique Marchant?

—¿Tu marido? Querida..., no sé de qué estás hablando, jamás había oído ese nombre.

Era evidente que fingía muy bien, pero su voz lo delataba. Sabía que no iba a conseguir ninguna información sobre el pasado, debía centrarme en el presente.

—Tienes a Roberto, ¿verdad?

—Desde el momento en que te vi supe que eras una gata muy inteligente, y tu hijo también.

—Y yo ahora sé lo que eres..., un asesino.

El Viejo se rio con fuerza y me llevó como si fuera un saco de patatas a la casa. Abrió una puerta de la planta baja y me dejó caer. No pude evitar soltar un quejido de dolor, ya que, al no poder mover ni brazos ni piernas, caí de bruces sobre el frío suelo.

—Ahora vuelvo —dijo, y cerró la puerta tras de sí.

—¿Helena? ¿Eres tú?

Sentí un inmenso alivio al oír aquella voz, por lo menos estaba vivo.

—Oh, Roberto, estás aquí. ¿Estás bien?

—¿Y tú, Helena, estás bien?

—Sí.

—Helena, ¿por qué has venido? —Suspiró—. Te dije que no intentarás protegerme, ahora estás en peligro por mi culpa.

Me arrastré por el suelo como pude hasta que llegué hasta él. Debía estar atado también, puesto que no se movía, y además tenía una venda que le tapaba los ojos.

—Tendré que usar los dientes para quitarte la venda.

—Adelante.

—¡Oh, no! ¡¿Qué te han hecho?! —exclamé horrorizada al ver el estado de su rostro. Le habían dado una paliza tremenda y tenía la cara hinchada y un ojo completamente cerrado y morado.

—No es nada, Helena. Por lo menos tú estás bien. Pero, dime, ¿qué demonios haces aquí? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—He llegado gracias a tus monedas.

—¿Monedas?

—Sí, la que me diste y las que estaban en el cofre.

—¿Has conseguido abrirlo? —preguntó asombrado.

Asentí.

—Tengo algo para ti en el bolsillo, pero no puedo moverme... No tengo cuerdas, pero es como si las tuvieras.

—Las tienes, son ataduras mágicas. Podría quitártelas, pero necesito las manos.

—Estoy al tanto, Roberto, sé que eres un hechicero.

Me miró totalmente asombrado.

—¿Por qué no me lo habías contado? —inquirí.

—No quería ponerte en peligro, Helena, cuanto menos supieras sobre mí, mejor. No tenías que haber venido, esta gente es muy peligrosa.

—¿Por qué te quiere ese gato? Él también es un hechicero, ¿verdad?

—Sí, y ahora sé que él fue uno de los que mataron a mis padres.

—Sí, yo también me he dado cuenta, es un traidor. Pero... ¿por qué?

—Quería a mi madre... y ahora a mí.

—No entiendo. ¿Por qué quería a una cantante de ópera?

—Mi madre, además de ser cantante, era una gran gata hechicera.

—¿Cómo lo sabes? Me dijiste que no sabías nada sobre tus padres.

—Hace unos minutos... ha pasado algo extraño. He recuperado la memoria y he recordado mi infancia, todo. Esos cuatro años de mi vida, antes en blanco, vacíos, me han venido de golpe.

—¿De verdad? Oh, no sabes cuánto me alegro, Roberto.

—¿Cuándo has conseguido abrir el cofre?

—Hace unos minutos.

Roberto se quedó mirándome con su ojo bueno, y entonces sentí un escalofrío al comprender todo.

—En cuanto se ha abierto el cofre has recordado todo, ¿verdad? —le pregunté.

—Creo que sí, estaba todo relacionado de alguna manera. ¿Cómo lo has conseguido, Helena?

—Creo que... ha sido cuando he sido sincera conmigo misma.

—No te entiendo.

El ruido de unos pasos que bajaban la escalera interrumpió nuestra conversación. Era Vincent, seguido de uno de sus secuaces.

—Bueno, bueno..., habías estropeado mis planes, Helena, pero veo que en realidad ha sido muy útil que vinieras. Verás..., Roberto no quiere cooperar, pero creo que ahora podré convencerlo con más facilidad.

—¡Ni se te ocurra tocarla! —bramó Roberto intentando desatarse, pero sin conseguirlo.

El gato se rio y le hizo una seña al perro, quien me levantó en el acto del suelo y me sacó en volandas de la habitación. Tenía ganas de darle patadas, clavarle las uñas y arañarle la espalda, pero era inútil, estaba completamente inmovilizada. A pesar de que el gato cerró la puerta tras de sí, seguí oyendo los gritos de Roberto, que amenazaba con acabar con todos ellos si me tocaban un pelo. ¿Y dónde diablos estaría Eugène? No conseguía que me contestara.

El perro me llevó a otro cuarto y, justo cuando comenzaba a recuperar la movilidad de mis extremidades —como si el hechizo de las ligaduras mágicas se hubiera desvanecido—, me encadenó a la pared.

—Si te estás preguntando dónde está tu hermano... —Era el Viejo, que había entrado en la habitación—. Siento decirte que está muerto. Quería salvarte, pero no lo hemos dejado.

—¡Mientes! —grité desconsolada, puesto que en realidad podía percibir que decía la verdad.

Eugène no podía haber muerto. No, mi hermano no, no por mi culpa.

—No miento, Helena, está arriba. Te lo traeré aquí para que empieces a entender cuándo miento y cuándo no.

Aquel horrible y frío gato trajo el cuerpo inerte de Eugène y lo tiró a mis pies. Tenía un disparo limpio en la cabeza. No podía creerlo, pero era cierto, estaba muerto. Grité su nombre, lloré, maldije a aquellas criaturas, creía que moriría.

Cuando aquel perro comenzó a golpearme me dio igual, ya no sentía nada, porque el dolor por haber perdido a mi hermano era demasiado fuerte. Tuve la sensación de que el Viejo me inyectaba un líquido en el brazo antes de caer en la oscuridad total. Agradecía perder la consciencia, lo agradecía porque aquello no podía estar sucediendo, mi querido hermano pequeño no podía haber muerto.

Roberto siguió maldiciendo y amenazando hasta que Vincent volvió a entrar en la habitación y se dio cuenta de que Helena ya no gritaba.

—¿Qué le has hecho?! —exclamó fuera de sí.

—Oh, nada, lo prometo, ha perdido el conocimiento.

—¿Suéltala! Ya te he dicho que te enseñaré lo que quieras.

—Eso está bien, Roberto, me gusta que cambies de opinión.

—Pero antes... quiero ver que Helena está bien.

—Está bien, créeme, tan solo se ha desmayado.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Ya te lo he dicho, que me enseñes tu magia. Es algo extraordinario. Tu madre también era una gran hechicera, pero... es evidente que ella no te pudo enseñar nada. ¿Quién lo hizo?

Aquel gato tenía razón en una cosa, su madre había sido una gran hechicera, pero se equivocaba en otra, su madre sí le había enseñado lo que sabía. Lo había hecho durante los cuatro maravillosos años —aquellos años que hasta ese momento habían sido una etapa en blanco para él— que pasó junto a sus padres. En aquel tiempo no solo se habían consagrado a enseñarle todo lo que sabían, sino a amarlo; lo habían querido y le habían dedicado cada minuto de cada día, conscientes de que en cualquier momento tendrían que alejarse de su hijo. Sus padres le enseñaron a sobrevivir solo, durante esos cuatro años lo habían preparado para el resto de su vida. Y, por supuesto, también había entrado en sus planes que olvidara absolutamente todo, a través de un potente hechizo mágico, antes de dejarlo en aquel pueblo aragonés perdido en las montañas. Ahora entendía que su madre lo había hecho por su bien, para asegurarle un escondite seguro hasta que fuera mayor.

En ese momento veía todo con claridad, todas las lagunas de su vida por fin se habían borrado. Aquella meiga que encontró en Santiago, Sara, había sido elegida por su madre para que terminara con su adiestramiento y

también para que recuperara su conocimiento y potencial, ocultos tras aquel poderoso hechizo. Ella le había advertido de la importancia de que nadie supiera lo que él era en realidad; debía hacer magia siempre a escondidas, sin que nadie se percatase de ello. Por esa razón se lo había ocultado a Helena y a todas las personas con las que se había cruzado durante toda su vida, ni siquiera su amigo Carlos conocía su secreto. Aunque parecía que Helena ya lo había descubierto, y en cierto modo se sentía feliz de poder por fin compartirlo con alguien. Además, su futura mujer se merecía saberlo todo sobre él; no podrían comenzar una vida juntos sin que ella supiera quién era él.

—¿Quién lo hizo? —repitió el gato.

—No pienso contarte nada, primero tráeme a Helena. Y... quiero saber quiénes son los perros que están contigo.

—Esos perros... —dijo con desdén—. Uno encuentra extraños compañeros de cama... Siempre he estado asociado con perros, nos ayudamos mutuamente a alcanzar nuestros fines. Ellos buscan otra cosa que tú les puedes dar, pero el trato es que primero me enseñas tu magia, después ellos se pueden quedar contigo.

—¿Qué quieren de mí?

—Tú eres todo lo que ellos quieren, eres el mejor ejemplo para investigar. Antes buscaban un gato científico, pero, desde que han descubierto que tú eres un gato y un perro, ansían hacerse contigo.

—¿Para qué? ¿Y cómo lo han descubierto? —preguntó confuso Roberto.

—Bueno, yo se lo dije; necesitaba aliados entre los perros. En cuanto a por qué razón, seguramente tú seas como el resto de los gatos, ya me entiendes, la longevidad, y al ser un perro también, tienen esperanzas de poder repetir el patrón.

—¿Quién es ese gato científico que buscan? —preguntó Roberto, aunque en realidad ya lo sabía.

—Basta de charla. Empieza a explicarme cómo funciona tu magia o haré que disparen a Helena..., digamos en el pie derecho.

Por supuesto, era el pie que acababa de curarse.

—¡Maldito gato!

Roberto sintió una oleada de rabia tan fuerte que hizo que por fin pudiera romper las mágicas ataduras que lo tenían prisionero. Vincent se asustó al verlo con las manos libres, y tenía razones para sentir miedo.

Roberto buscó un rastro de agua con el olfato, estaba seguro de que ese sería el peor castigo para aquel gato, los gatos odiaban el agua, Helena se lo había enseñado. Por suerte la habitación tenía goteras, de modo que sopló sobre una solitaria gota y una corriente de agua tan potente como una cascada de varios metros de altura salió disparada hacia el gato con tanta fuerza que lo golpeó contra la pared. No tenía tiempo de comprobar si estaba muerto, de modo que, por fin liberado de las ataduras mágicas, salió corriendo siguiendo el rastro de Helena.

Otra oleada de rabia recorrió su cuerpo al ver en qué estado se hallaba Helena y al comprobar que Eugène estaba tirado en el suelo prácticamente muerto. Murmuró unas palabras apenas audibles y sopló sobre los dos perros. Una ráfaga de viento huracanado los lanzó contra la pared. Ambos se derrumbaron en el suelo, inconscientes o quizá muertos.

Cuando ya estaban a varios kilómetros de distancia Helena recobró el sentido.

—¿Qué ha pasado? —Miró hacia Roberto desorientada—. ¿Roberto?

—Estamos bien, estamos a salvo.

—¡Eugène! —Se volvió hacia el asiento de atrás, donde estaba tumbado Eugène, y un grito ahogado le salió del corazón—. ¡Oh, Dios mío, mi hermano! Han matado a mi hermano.

—No, Helena, no está muerto; está herido, eso sí, y es grave. ¿Crees que tu hermano Edmund...? No, está en París, no llegaría a tiempo. Necesita un médico, o mejor una criatura sanadora.

—¿No está muerto? —preguntó confusa.

—No, te prometo que no.

—Entonces hablaré con mi hermano Edmund.

—¿Con tu hermano Edmund? Pero... —Helena le hizo un gesto con la mano para acallarlo, como si estuviera hablando por teléfono y no pudiera escucharlo.

Unos minutos después, Helena lo miró.

—Verás..., hay otra cosa sobre mi familia... No lo sabe nadie, pero creo que entre tú y yo no debe haber secretos, Roberto. Puedo comunicarme por el pensamiento con casi toda mi familia, con mi padre, mis hermanos y mi hijo.

Roberto la miró más que asombrado. Sabía que era una familia sorprendente, pero era más que eso.

—Mi madre ya sabía que pasaba algo malo y Edmund está en el *château* esperando nuestra llegada. Y, por si no fuera suficiente, Dom nos escuchó a Eugène y a mí hablando y también se puso en contacto con ellos.

—¿Cómo sabía tu madre...?

—Ah, bueno, esa es la habilidad de mi madre, ve algunas cosas del futuro, sobre todo cuando alguien de la familia está en peligro.

—Lo siento, Helena, siento mucho lo que le ha pasado a tu hermano.

Helena se giró para comprobar cómo estaba Eugène.

—No ha sido culpa tuya. Él no me hubiera dejado venir sola y yo... iba a ir en tu busca de cualquier modo.

—¿Por qué? —preguntó Roberto, asombrado de que Helena se preocupara de ese modo por él.

—Porque... me gustas, siento algo por ti, ya te lo dije.

A Roberto con eso le bastaba..., por ahora.

—Eres muy valiente, Helena. —Le dedicó una sonrisa tan efusiva que se hizo daño en las costillas.

—De todas maneras..., sé que tú ya... que tú ya no sientes nada por mí.

—Sé que piensas eso porque eso era justo lo que quería que pensaras, pero ya da igual porque no ha servido de nada, has venido detrás de mí.

—Entonces Eugène tenía razón...

—¿A qué te refieres?

—Él dijo que tú... que tú sí sentías algo por mí, que solo estabas intentando apartarme de tu lado para no ponerme en peligro.

Roberto la miró muy confuso.

—¿Cómo demonios sabía tu hermano...?

—Oh, lo leyó en tu mente.

—¿Él también es lector de mentes, como tu padre? —preguntó con admiración.

Helena asintió y Roberto se dio cuenta de que iba a parar a una familia de gatos poco comunes, con habilidades sorprendentes que no sabía que tuvieran las criaturas. También era cierto que él no era un experto en el mundo de las criaturas, pero algo le decía que las habilidades que ellos tenían no eran habituales y, menos todavía, que todos o casi todos los miembros de la familia tuvieran una. Y lo de poder comunicarse a través del pensamiento era lo más extraordinario de todo. Se preguntó qué más cosas habría escuchado Eugène en su mente. No le extrañaría que hubiera sido él el que le hubiera contado a

Helena que era un hechicero.

Helena se pasó al asiento de atrás, junto a su hermano, y el resto del camino no dejó de susurrarle cosas al oído en un idioma extraño que Roberto jamás había oído. Cuando llegaron al *château*, como había dicho Helena, Edmund estaba allí esperándolos. Les dirigió una mirada calibradora, como analizando los daños de sus cuerpos, y le pidió a Roberto que le echara una mano para trasladar a Eugène. Lo llevaron hasta una especie de sala de operaciones. A Roberto no le sorprendió que dentro de aquella mansión hubiera una sala destinada a tal fin, después de todo contaban con un médico y un sanador en la familia.

Edmund se acercó a Eugène y le tocó la cabeza con cuidado, el rostro del herido se relajó, como si Edmund le hubiera inyectado un calmante. Helena suspiró aliviada.

Dom apareció de repente ataviado con una bata de médico como la de su tío, además de una mascarilla. Dedicó a Roberto una mirada de desprecio y se horrorizó al ver el rostro de su madre. Roberto se alegró de que por lo menos el chico no hubiera dejado de querer a Helena, a él podía odiarlo si quería.

—¡Mamá! ¿Qué te han hecho?

—Estoy bien, Dom, no ha sido nada. Eugène es el que está mal.

—Lo sé, voy a ayudar al tío hasta que venga el abuelo, está a punto de llegar.

Dom le dedicó una mirada suplicante a su tío —ahora Roberto sabía que estaban hablado a través del pensamiento— y este se acercó de una zancada a su hermana para hacerle una caricia sanadora que la devolvió inmediatamente a su estado normal. Roberto sintió un inmenso alivio por lo que acababa de hacer Edmund, quien le dirigió una mirada interrogativa ofreciéndole también asistencia. Él la declinó, Eugène era el que la necesitaba de verdad.

—Helena..., pronto vendrá papá. Dile que venga inmediatamente, lo necesitare —dijo Edmund.

Helena asintió y Roberto la siguió hasta el salón. Sobre la mesita, delante del sofá, había una bandeja con varias opciones de bebida: vino, licores y *whisky* y ambos se decidieron por el más fuerte de ellos. Roberto supuso que había sido François el que había dejado aquello, y no dejó de sorprenderle que hubiera puesto varias copas, como si por una vez contara con él.

—Todo irá bien, Helena, está en las mejores manos —Intentó animarla.

—Lo sé, pero... me da tanto miedo que le pase algo... Eugène es mi hermano del alma, mucho más que mi mellizo.

—¿Tienes un hermano mellizo?

—Sí, Claude. Lo conocerás enseguida, creo que viene con mis padres. En realidad no nos parecemos mucho... —Helena levantó la vista—. Por cierto, ¿por qué no has querido que mi hermano te cure?

—No merezco que me curen. Y no quería hacerle perder el tiempo, se tiene que ocupar de tu hermano.

—Claro que lo mereces, Roberto, qué cosas dices.

—Tu hermano está así por mi culpa, no lo olvides.

—Ya te he dicho que él..., en fin, que no es culpa tuya. Ha sido más bien mi culpa, pensé que ibas a París a suicidarte.

—¿Suicidarme?

—Pensé que irías a un anticuario preguntando por las monedas para intentar de esa manera conocer a los que mataron a tus padres. Vamos..., que creía que ibas a caer en una trampa mortal.

Roberto no podía creer que Helena se hubiera imaginado justo lo que él tenía pensado hacer.

—Eres asombrosa, Helena. No voy a negar que eso era justo lo que pretendía, pero salió mal. Me atraparon por el camino, Vincent me estaba siguiendo.

Helena se quitó la chaqueta y rebuscó en el bolsillo.

—Esto es para ti —dijo tendiéndole la fotografía.

Roberto sonrió al darse cuenta de lo que era.

—Tu madre era muy bonita.

—Sí, lo era.

—Estaba en el cofre.

—Lo sé, lo vi en un sueño.

—Luego te sorprendes de mi familia, pero tú... eres una criatura extraordinaria.

Roberto la miró durante unos segundos, contempló su rubio pelo, suelto y revuelto, y acarició su rostro blanco y suave.

—Explicame cómo conseguiste abrir el cofre, no sé a qué te referías con que fuiste sincera contigo misma.

Helena bajó la mirada y respiró hondo, después clavó sus bonitos ojos grises en él.

—Sí, Eugène me hizo una pregunta y cuando la contesté con sinceridad el cofre se abrió. ¿Por qué crees que ese cofre está relacionado conmigo?

—¿Qué pregunta te hizo?

Helena se levantó algo agitada y caminó hacia el ventanal. Fijó la mirada primero en el jardín, perdiéndola después en el bosque.

—Me preguntó qué sentía por ti, me preguntó si te amaba.

Roberto contuvo el aliento.

—Me pidió que lo dijera en voz alta y así lo hice. —Se volvió hacia él —. Grité que te amaba con todas mis fuerzas.

Roberto sintió como su corazón se disparaba y una oleada de calor le recorría el cuerpo entero.

—Oh, Helena..., no sabes lo que significan tus palabras para mí.

—De todas formas, da igual, tú no me amas —dijo mirando hacia el jardín.

—¿Qué? Helena, por Dios..., yo... te amo tanto... que no puedo explicártelo con palabras.

Roberto era muy feliz porque por fin Helena lo amara, sin embargo, el hecho de que su hermano estuviera herido por su culpa, no lo dejaba disfrutar de ese maravilloso momento como le hubiera gustado. A pesar de eso, se acercó a ella con la intención de besarla, pero el ruido de un coche entrando por el camino de tierra los puso en guardia a ambos.

—Son mis padres y mi hermano.

Aquel beso tendría que esperar, pero le iba a demostrar a Helena que nunca la había dejado de amar.

15. Dom. El maldito encargo de Roberto

Alrededores de Santiago de Compostela. Julio.

¿Dónde diablos estaría aquella cabaña? Según las instrucciones, debía continuar por esa misma carretera durante unos seis kilómetros y, cuando viera un enorme castaño de indias, girar a la derecha. Eso había hecho y todavía no veía la cabaña de aquella mujer.

—¡Vaya! Y ahora resulta que el camino se estrecha —dije en voz alta.

No me quedaba más remedio que dejar el todoterreno y continuar a pie por aquel camino de tierra. Por lo menos el buen tiempo me acompañaba y eso ya era todo un logro.

Respiré hondo y me dejé llevar por los olores de la naturaleza: el río, los castaños, la humedad..., aquel lugar era maravilloso. Me sorprendió lo bonito que era aquello, el verde lo dominaba todo y no había ni un alma por allí, quizá era demasiado temprano para ir de excursión.

Me pregunté si Val estaría muy enojada conmigo, después de todo la había metido en una de las celdas, pero ella quería estar con Hans y yo le había concedido su deseo. Además, el juicio me daba mala espina, aquello no iba a salir bien y Val estaría más segura encerrada que libre. Tan solo esperaba que la cocinera hubiera visto mi mensaje avisando de que había una nueva celda ocupada.

En realidad, no tenía pensado desaparecer de aquella manera, pero aquella nota lo había cambiado todo. La había olvidado hasta que la noche anterior me la había encontrado en el vaquero. Estaba a punto de tirarla cuando se me ocurrió levantarla hacia la luna llena. No creía posible que todo aquello estuviera escrito en ese pequeño trozo de papel, parecía cosa de magia. ¿Por qué tan solo se podía leer el mensaje si lo traspasaba la luz de la luna? En ese mismo momento decidí seguir las instrucciones.

Me topé con una casita, no era exactamente una cabaña como ponía en la nota, sino más bien una casa tradicional de pizarra. Me pregunté si aquella sería la casa de la meiga que estaba buscando o si me habría equivocado. Cuando estaba a punto de golpear con la aldaba de hierro, la puerta se abrió. Una mujer-gato de unos cincuenta años me hizo un repaso con la mirada.

—¿Vienes buscando a Áurea?

—¿Áurea? —pregunté confuso.

—Veo que no. ¿Qué quieres? —preguntó a su vez de forma poco amigable.

—Busco a una meiga, se llama Sara.

La mujer se rio.

—Soy yo.

—Oh, ¿puedo entrar? Necesito hablar contigo.

—Mejor demos un paseo. Te vendrá bien un paseo, chico, veo que no sueles hacer mucho ejercicio.

Me dieron ganas de contradecirla, pero después pensé que cuanto antes acabara con aquello, mejor; tenía muchas cosas que hacer.

—Bien, tú dirás —dijo cuando nos habíamos alejado y caminábamos a lo largo del río.

—¿Conociste a Roberto Salvador?

Se paró en seco y me escrutó con la mirada, obviamente lo conocía y, además, lo apreciaba, podía sentirlo.

—Tú no puedes ser su hijo.

—¡Por supuesto que no! Solo fue el novio de mi madre. En contra de mi voluntad.

—No sé por qué dices eso..., Roberto es una gran persona y un gran hechicero.

—¿Roberto era hechicero?... ¿Y por qué hablas en presente de él? Si hablamos del mismo Roberto, debe estar muerto desde hace tiempo.

Sara se volvió a reír, sin darme ninguna explicación.

—Chico, mírame a los ojos.

—Deja de llamarme chico, me llamo Dominique —protesté.

Aquella mujer de mirada perturbadora penetró de tal modo en mis ojos que un escalofrío me recorrió la columna vertebral. Por un momento me sentí ligeramente mareado, pero en cuanto el rostro de mi madre apareció delante de mis ojos —no como la recordaba, sino más mayor, más madura— me sentí mucho mejor, hasta aliviado; sin embargo, aquella visión apenas duró un segundo y me encontré mirando a Sara.

—¿Qué diablos ha pasado?

—¿Has visto a tu madre?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Oh, yo sé muchas cosas. Tu madre siempre ha estado relacionada

con Roberto, por eso también vi su imagen cuando Roberto vino por primera vez, hace muchos años.

—Sara..., no entiendo nada de todo esto. Tan solo tengo esta nota. — Se la entregué—. La encontré por casualidad en casa de mis abuelos, en Francia. Ponía mi nombre completo y justo ayer, cuando iba a tirarla, se me ocurrió ponerla al trasluz de la luna. Fue justo en ese momento cuando pude leer el mensaje antes oculto, un mensaje de Roberto; pero no sé cuándo lo escribió ni cuándo pretendía que lo viera. En la nota ponía que debía venir a buscarte, que tú me explicarías todo lo que necesito saber. —Dejé de hablar al ver que la mujer me escuchaba pero no hacía ningún ademán de contarme nada, tan solo se había quedado quieta con la mirada todavía fija en mis ojos—. ¿Y bien? ¿Qué opinas de todo esto?

—Nada es por casualidad, chico. Tú tenías que encontrar esta nota y lo hiciste justo en el momento adecuado. En cuanto al mensaje..., creo que tendré que empezar desde el principio. Será mejor que te sientes en esa roca.

—No hace falta, estoy bien.

—Siéntate, Dominique.

Quizá fue porque por primera vez había usado mi nombre o quizá por la autoridad de su voz, pero me vi sentándome obedientemente en la roca a pesar de que parecía mojada. Sin embargo, no lo estaba, estaba caliente e incluso extrañamente mullida.

Aquella mujer de voz profunda y suave, comenzó a hablar. Habló durante un buen rato y cuando terminó me había dejado frío como un témpano.

—Pero..., entonces, Roberto está vivo.

—Sí.

—Y según tú, yo debo cambiar las cosas para que pueda volver de su eterno escondite.

—Así es.

—Pero... ¿cómo?, ¿cómo voy a solucionarlo yo?

—Eso no lo sé, Dominique. Piensa. Solo tú puedes ponerlo en marcha, tú tienes la solución.

No entendía nada de lo que decía aquella mujer. Quizá hablaba en clave. De cualquier manera, ¿cómo iba yo a solucionar algo que estaba completamente fuera de mi alcance?

—Usa tus habilidades.

Esa vez fui yo el que se rio.

—Eso es muy gracioso, soy el único de mi familia que no tiene

habilidades.

—Eso no es cierto.

—Sí lo es, si las tuviera mi madre me lo habría dicho. Esa era una de sus habilidades, ver las habilidades de los demás.

—Oh, ya, pero cuando se trata de tus hijos, no las ves con tanta facilidad... Y te aseguro que tu habilidad será, en parte, la que solucione este embrollo. Tu habilidad para convencer, para persuadir, es muy poderosa, eres un gran orador.

—¿Orador? —pregunté confuso—. Si yo soy juez, no abogado.

—Quizá te hayas confundido de profesión.

Sara retomó el camino de vuelta y yo la seguí, demasiado confuso para continuar hablando, demasiado ensimismado dándole vueltas a todo lo que me había contado.

—Bueno, Dominique, ya hemos llegado, ahora creo que deberías irte. Suerte en tu misión.

—Yo... —No estaba tan seguro de querer irme. No tenía ni idea de cómo proceder, necesitaba un guía, alguien que me echara una mano. Por primera vez en mucho tiempo sentía un peso enorme en el pecho.

Una voz firme y profunda me sacó de mi ensimismamiento.

—¡Mamá! Te traigo la cosecha de guisantes.

Entonces la vi. Aquella mujer era una auténtica aparición, una maravilla de la naturaleza. Aunque yo no parecía de su agrado, puesto que se había quedado mirándome como si hubiera visto un fantasma. Incluso contuvo la respiración. ¡Diablos, que no era tan feo!

—Oh, lo siento, no sabía que tenías compañía —añadió aquella maravillosa criatura.

Era la mujer más hermosa que había visto jamás; su pelo castaño, casi dorado, y ondulado le caía en cascada por la espalda, sus ojos eran del color de la castaña verdella, grandes y redondos como los guisantes que llevaba en la cesta.

—Áurea, te presento a Dominique.

«Áurea —traduje del latín sin siquiera darme cuenta—: de oro, dorada, resplandeciente». El nombre le venía como anillo al dedo, era una belleza dorada.

—Encantada —dijo sin mucho interés.

—El que está encantado soy yo. —Aunque ella no había hecho ningún movimiento de acercamiento, lo hice yo y le planté dos besos españoles. Se

quedó asombrada, pero no se retiró.

—Áurea..., acompáñalo hasta su coche, no queremos que se pierda en el bosque.

Sin duda alguna Sara estaba de broma, ¿desde cuándo un gato se perdía en un bosque? Pero no puse objeción, me gustaba la idea de que aquella resplandeciente aparición me acompañara.

—¿Vives con tu madre? —Quería saberlo todo sobre ella, pero eso era lo más importante, saber dónde vivía para poder volver a verla.

—No.

No parecía una mujer muy habladora.

—Entonces... ¿estás de vacaciones?

—Algo así.

Conseguir algún tipo de información iba a ser tarea ardua.

—¿Tú también eres una hechicera?

Áurea paró en seco y me miró como contrariada.

—¿Sabes, Dominique?, eres un poco impertinente. La gente no va preguntando ese tipo de cosas de esa manera, como si preguntaras te gusta la naturaleza o te gusta este pueblo.

—Oh, vaya, lo siento, no tengo costumbre de tratar con hechiceras. Y... ¿te gusta la naturaleza?

—A qué gato no le gusta —contestó con desgana.

—Está bien..., seré sincero contigo, Áurea. Quiero saber dónde vives para poder invitarte en alguna ocasión a cenar. —La mirada que me lanzó me hizo añadir otra propuesta—. O a dar una vuelta.

—No, gracias.

—Pero... ¿por qué no me das una oportunidad?

—No eres mi tipo de hombre —dijo sin ni siquiera mirarme a la cara.

—Oh, ¿y cuál es tu tipo de hombre?

—Tus ojos oscuros me dan miedo, eres demasiado alto, eres egoísta y el tipo de hombre vividor que cree que es fácil llevarse a la cama a una chica de pueblo. ¿Y sabes qué? Ni soy una chica de pueblo ni me vas a llevar a la cama. Además..., me gustan los hombres serios y responsables..., tú no lo eres.

—En eso tienes razón, también en que soy demasiado alto. En cuanto a lo de vividor... —Me había calado de tal modo, que decidí ser un poco sincero para variar—. Está bien, no voy a negar que lo he sido un poquito, pero precisamente tú eres la mujer que estaba buscando...

Áurea se rio y me asombró cómo su belleza incluso aumentaba con una simple sonrisa.

—Vete con ese cuento a otra parte.

—Jamás he hablado más en serio en toda mi vida. Áurea..., mujer de oro, eres la única que podría hacer que sentara la cabeza, la única que...

—¡Si no me conoces en absoluto!

—Lo que conozco me encanta. Por favor, Áurea, deja que te conozca, dame una oportunidad. Dime dónde puedo encontrarte. —Su rostro era impasible—. Al menos dame tu teléfono.

—Olvidalo, Dominique. Supongo que ya hemos llegado —dijo haciendo un gesto hacia mi todoterreno.

—También tienes razón en que a veces soy egoísta, pero precisamente no me quedo charlando contigo porque, aunque no te lo creas, voy a hacer mi primer acto no egoísta de mi vida. Y no lo voy a hacer para asombrarte, sino porque quiero hacer bien las cosas. —Me miró ¿divertida?, ¿incrédula? No sabría decirlo con seguridad—. Te acabo de conocer y ya me estás haciendo mejor persona.

Volvió a reírse a pesar de que no parecía el tipo de chica a la que fuera fácil hacer reír.

—Volveré, Áurea, te encontraré, te lo aseguro.

Al girarme para abrir la puerta del todoterreno, sentí su mirada clavada en mi espalda y después en mi trasero, esperaba que eso significara que por lo menos le gustaba mi cuerpo. Su madre tenía razón, no era muy deportista, tan solo escalaba de vez en cuando, pero, por suerte, había heredado la magnífica constitución musculosa y delgada de mi padre.

—Suerte en tu misión —dijo a modo de despedida.

¿Qué sabía ella de mi misión? Pero no pude preguntarle nada porque cuando me volví a mirarla ya no estaba allí, se había esfumado como el viento. La hechicería me ponía los pelos de punta, ¿cómo podía estar interesado en una hechicera? Definitivamente me estaba volviendo loco.

Cuando llevaba unos kilómetros recorridos, supe lo que tenía que hacer. Áurea me había dado fuerzas, me había iluminado, ahora tenía ganas de cumplir aquella misión, tenía ganas de hacer por fin algo memorable. Mi primer movimiento en el tablero era Digne, necesitaba a mi abuelo.

16. Roberto. La despedida

Meyrargues. Mayo 1943.

Los padres de Helena y su mellizo, Claude, acababan de entrar por la puerta. Sus padres, a pesar de ser gatos —tenían fama de ser expertos en no demostrar sus sentimientos—, tenían el rostro contraído por la preocupación. Émile me tendió la mano, un apretón que me transmitió respeto y aceptación a pesar de que todo lo que había sucedido era culpa mía; pero él no me culpaba, lo que dio cierto respiro a mi alma. Después de besar a su hija, desapareció dentro de la sala de operaciones, donde sería más que bienvenido. Irina me saludó cortésmente, aunque, en su caso, el saludo no me transmitió nada y me pregunté qué significaría aquello. Antes de sentarse en el sofá, eligió lo mismo que nosotros, un *whisky* solo; la espera iba a ser larga.

—Este es mi hermano mellizo, Claude.

—Encantado, Claude.

—¡Roberto! El famoso Roberto. Últimamente no paro de oír hablar de ti. Parece que mi melliza y tú habéis hecho migas.

En ese momento comprendí las palabras de Helena sobre que no se parecía a su hermano mellizo. Claude tenía el papel de, por decirlo de alguna manera, el payaso de la familia. Se atrevía a hacer comentarios frívolos cuando su hermano pequeño luchaba entre la vida y la muerte. No tenía hermanos, pero sabía que en una familia cada hermano tenía su papel. Edmund era obviamente el serio y responsable, Eugène era el empático y el más cercano de todos y Helena..., bueno, ella era la luz que brillaba en la oscuridad, por lo menos para mí. En cuanto al físico, ambos mellizos tenían mucho parecido, aunque no en los ojos, Claude tenía aquellos ojos gatunos igual de azules que los de su padre, pero su rostro era prácticamente igual al de su hermana.

—Helena nació antes que yo, por eso me lleva ventaja en todo; ya se ha casado una vez, ha tenido un hijo y ahora parece que vuelve a tener una relación seria con un hombre, mientras que su mellizo..., digamos que va de flor en flor. Confieso que no tengo remedio.

La madre de Helena sonrió, parecía que los comentarios triviales de su

hijo la animaban un poco, quizá todos lo necesitábamos. Claude se dirigió a la bandeja y fue el único que prefirió algo más suave, un vino tinto, después se sentó junto a su madre y puso la mano sobre la de ella.

—Todo irá bien, mamá, tú misma lo dijiste.

—Mamá... —dijo Helena—, Eugène se va a poner bien, ¿verdad?

—Creo que sí, pero no va a ser una operación sencilla, tu padre y tu hermano tienen su vida en sus manos. Y tampoco va a ser indoloro para Eugène, sufrirá dolores de cabeza durante un tiempo.

Helena suspiró, pero la noté más relajada después de saber que su hermano pequeño saldría con vida de aquello.

—Y..., Helena, no te sientas culpable, tu hermano hizo bien en acompañarte. Sabes que somos un equipo y que no se abandona jamás a un Chatte si está en peligro.

—No solo a un Chatte, mamá —añadió Helena. Supuse que se refería a mí.

Su madre me dirigió una mirada inescrutable. Intuía que no estaba muy de acuerdo con que su familia se hubiera arriesgado por un extraño y la entendía perfectamente. Como no hablaron sobre lo sucedido, entendí que Helena les había puesto sobre aviso a través del pensamiento.

En un estado de duermevela producido sin duda alguna por aquel alcohol al que no estaba acostumbrado, sentí que unas manos me rodeaban el cuello y me estrangulaban. En un principio pensé que era un sueño, un sueño de aquellos tan reales que a veces tenía, pero cuando abrí los ojos me di cuenta de que era verdad que alguien intentaba matarme. No podía creer que fuera Helena. Intenté apartarla de mí, pero, para mi sorpresa, no podía con ella, poseía una fuerza descomunal además de una mirada extraña, perdida, como si no fuera ella quien estuviera actuando. Me levanté de un salto y Helena cayó hacia atrás, por suerte pude agarrarla antes de que se partiera la espalda contra la mesita. El ruido que organizamos despertó tanto a Claude como a Irina, que nos miraron sobresaltados. Helena volvió a tirarse a mi cuello, pero ellos la agarraron con fuerza al entender que estaba fuera de sí.

—¡Helena, qué te pasa, por Dios! —exclamó su madre, quien acabó dándole una bofetada tan fuerte que Helena pareció recobrar el sentido—. ¿Se puede saber por qué intentas matar a Roberto?

Helena nos miró perpleja y, antes de que pudiera darse cuenta de lo que sucedía, perdió el conocimiento. La tumbé en el sofá y unos segundos

después abrió los ojos.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté realmente preocupado.

—Bien... ¿Qué pasa? ¿Por qué estáis todos mirándome de esa manera?

—¡Vaya! ¡Resulta que no se acuerda de lo que ha hecho! —exclamó Irina con sarcasmo.

—Por supuesto que no se acuerda, Helena nunca intentaría matarme.

—¿Matarte? —preguntó desconcertada esta—. ¿A qué te refieres, Roberto? ¿Alguien me va a explicar qué ha pasado?

—Querida Helena, has intentado matar a Roberto, así de sencillo —intervino Claude—. Suponemos que te ha poseído un demonio o algo por el estilo, porque tu mirada de hace unos instantes daba miedo y siento decírtelo, querida hermana, pero nunca has sido buena actriz.

—¿Por qué haría algo así?

Mientras los tres se enzarzaban en una discusión sobre lo que podría haber sucedido, mi mente comenzó a atar cabos: su fuerza, su mirada, esa violencia. Solo necesitaba comprobar algo para poder estar completamente seguro de que no me equivocaba. Los tres se callaron cuando, sin decir nada, me acerqué a Helena y le subí la manga de la camisa. Sentí un sudor frío, la marca que esperaba no ver en su cuerpo estaba allí. En ese momento me arrepentí de no haber matado al Viejo.

—¿Se puede saber qué haces Roberto? —preguntó Helena, que obviamente estaba confusa.

—Creo que yo sé lo que ha pasado. —Señalé la marca que tenía en el brazo—. Helena, ¿por casualidad el gato te inyectó algo?

—Creo que sí, aunque apenas lo recuerdo, lo hizo justo antes de que me desmayara.

Me levanté y comencé a dar vueltas por el salón, nervioso, preocupado, aquello se ponía muy feo, si ese gato le había inyectado lo que yo sospechaba..., tanto Helena como yo, como todos nosotros, estábamos en peligro.

—¡Roberto! —Fue Irina la que me hizo volver a la realidad—. ¿Puedes explicarnos qué es lo que le ha inyectado ese gato?

Suspiré antes de hablar.

—Le ha inyectado un cóctel tremendamente peligroso, una mezcla de medicamentos, entre ellos la Benzadrina. La mezcla produce episodios de fuerte agresividad y violencia. Pero eso no es lo más grave... —Tragué saliva—. Lo peor es el hechizo que lo acompaña. Es una antigua magia negra, algo

completamente prohibido, que hace que Helena sea totalmente vulnerable. Ahora está a merced de ese gato. Puede hacer lo que quiera con ella, hacer que se mate a sí misma, que me mate a mí, a vosotros..., podría hacer cualquier cosa.

—¿Como si estuviera bajo los efectos de una hipnosis? —preguntó Claude.

—Algo así, pero mucho peor..., mucho peor.

Los tres me miraron horrorizados. Mi sentimiento de culpa en ese momento era masivo, no tenía que haberme acercado a Helena. Por mi culpa toda su familia estaba a merced de ese gato inmundo.

—... antídoto. —De repente volví a escuchar la voz de Irina—. ¿Lo hay o no?

—No, no hay antídoto. La única solución es..., alejarnos de él.

«O entregarme a Vincent», pensé.

—Oh, bueno, eso es fácil. Podéis marcharos a Digne o a París —dijo Irina.

—No lo entendéis —dije apesadumbrado—, eso no es lejos ni por asomo. Hablo de una distancia de miles de kilómetros, cuanto más lejos mejor. Ni siquiera...

—¿Hablas en serio, Roberto? —preguntó Helena.

—Sí, lo siento, Helena, lo siento mucho.

—¿En qué país estás pensado? —inquirió Irina.

Ni siquiera sabía si sería suficiente para detenerlo.

—En un país lo suficientemente lejos de aquí, lo suficientemente lejos de esta guerra y donde apenas haya criaturas. No sé..., quizá la India.

—¡Te has vuelto loco! —exclamó Irina.

No insistí más, ya era demasiado duro saber que su hija estaba hechizada, además por mi culpa, y que tendría que separarse de toda su familia, incluido su propio hijo.

—Se me han puesto los pelos de punta con el tema del hechizo —intervino Claude—, pero yo digo que Roberto sabe de lo que habla, es un hechicero. Quizá debamos hacerle caso.

—Yo no me muevo de aquí hasta que Eugène esté fuera de peligro... —intervino Helena—. Y por ahora, por favor, no me dejéis ni un segundo sola, vigiladme, no me fío de mí misma. Roberto tiene razón, no recuerdo lo que he hecho antes, pero tengo una sensación muy extraña, como si mi mente no me perteneciera de algún modo, y tengo miedo. Roberto..., lo siento, no quería

matarte, lo sabes, ¿no?

—Por supuesto que lo sé. —Me acerqué a ella y la abracé—. No te preocupes, haremos turnos para vigilarte. Por cierto, ¿alguna novedad de la operación?

—Llevan cinco horas encerrados, espero que sea una buena noticia —contestó Claude.

Después de aquello no hablamos hasta que un rato después Dom entró en el salón. Nada más verme me dedicó una mirada de desagrado, obviamente no le había pasado desapercibido que Helena estaba acurrucada en mis brazos. Iba a ser complicado que aquel muchacho me aceptara y sabía que era mi condición de medio perro lo que se lo impedía, ya que cuando lo había recogido en París, antes de averiguar lo que era en realidad, me había dado la impresión de que estaba encantado con que su madre tuviera una relación conmigo. Todos nos pusimos en pie, expectantes.

—Ya hemos terminado, le hemos quitado la bala y parece estar bien. Ahora duerme.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Irina.

Helena no dijo nada pero sentí como sus hombros se relajaban.

—Siéntate Dom, te pondré una copa de vino —le dijo Helena.

—No, gracias, mamá. Creo que voy a ducharme y a dormir un poco —dijo mirándome de reojo.

Pasaron dos días en los que Helena apenas se separaba de su hermano. Eugène no hablaba y de vez en cuando se despertaba reclamando a Edmund, sus manos eran las únicas que conseguían aliviarle el dolor de cabeza y era el único que conseguía que durmiera durante horas seguidas. Las criaturas aguantaban bien la falta de sueño, pero las ojeras de toda la familia empezaban a ser visibles, incluidas las mías. No solo teníamos que estar pendiente de Eugène, sino también de Helena, quien ya había tenidos dos ataques más, uno contra sí misma —estaba con ella cuando intentó clavarse un cuchillo en el estómago— y otro contra su propio hijo —en ese caso fue Claude quien evitó el desastre.

No dejaba de darle vueltas a la opción de entregarme al Viejo, sería la única forma de dejar a Helena al margen. Conseguiría convencerlo para que detuviera aquella magia ofreciéndome a enseñarle todo lo que sabía, después intentaría acabar con él. Sin embargo, después de aquella conversación de criaturas con la matriarca de la familia, esa conversación que me destrozó el

corazón y me dejó helado y temblando durante horas, cambié de opinión. A pesar de lo descorazonador que era todo, por lo menos ya sabía lo que tenía que hacer. Además, después del ataque a Dominique, Helena me lo puso fácil rogándome que la llevara lo más lejos posible de su familia.

De modo que todo se organizó más rápido de lo que hubiera imaginado. Gracias a los contactos de los Chatte, Helena y yo partiríamos aquella noche en un avión británico rumbo a Londres, donde cogeríamos un carguero con destino a la India. Claude nos acompañaría hasta Londres.

Helena estaba despidiéndose de su hijo y, a pesar de que estaban en el bosque, todos podíamos escuchar sus palabras. Me sentía hundido, no solo por lo que me había contado Irina, sino por tener que obligar a Helena a despedirse de su hijo.

—Dom..., sabes que no tengo más remedio que irme, ¿verdad?

—¡Eso no es cierto! —exclamó claramente enfadado—. Si tu novio fuera lo suficientemente valiente, se entregaría a ese gato y te dejaría en paz.

—No puede hacer eso, Dom. Además, yo no se lo permitiría si lo intentara. Yo..., lo amo. Sé que ahora no lo entiendes bien, pero algún día amarás a una mujer y lo entenderás.

—¡No pienso amar a ninguna mujer! El amor solo trae dolor.

—Qué tonterías dices, Dom, eso no es cierto. Mira a tus abuelos. Nuestro caso es más complicado, eso es cierto... Pero solo me iré unos meses, hasta que desaparezca este hechizo, entonces volveré a tu lado.

—Cuando vuelvas, no quiero volver a vivir contigo, mamá, ya te lo dije, prefiero quedarme con los abuelos. Yo... no quiero vivir con él.

—Como quieras Dom, ya hablaremos de eso cuando vuelva. Ahora lo que quiero pedirte es que cuides de tu tío Eugène, ¿lo harás por mí?

—No hace falta que me lo pidas, sabes que lo haré.

—Gracias. Déjame darte un abrazo, te quiero tanto...

—No quiero que te vayas mamá, tengo una sensación extraña..., como si no fuera a volver a verte.

—Oh, claro que me verás, volveré pronto. No te vas a librar de tu madre tan fácilmente, ¿sabes?

No podía verlos, pero sabía que a Helena le estaba costando reprimir las lágrimas, igual que a su hijo.

Yo también hablé con Dom, o al menos lo intenté.

—Dom, te he dejado en tu dormitorio todas mis pertenencias, espero

que sepas qué hacer con ellas, prefiero no llevarlas conmigo tan lejos, me da miedo perderlas. Son tuyas. Y... sé que no te gusto, pero te prometo que cuidaré de tu madre. No sé si lo sabes, pero... daría la vida por ella.

—Si eso fuera cierto no estaríamos en esta situación —me recriminó. Y esas fueron las únicas palabras que dijo.

—Es difícil de explicar, pero te entiendo. Eres un buen chico y solo te pido, por favor, que sigas queriendo a tu madre, siempre, no olvides su nombre, no la olvides nunca.

Me miró confuso, pero nuestra conversación terminó así.

Estábamos en el avión a punto de llegar a Londres, la huida había sido un éxito. Volar desde Francia en un avión británico no dejaba de ser una maniobra compleja, aunque, en nuestro caso, la noche había sido nuestra aliada. El ruido de aquel avión hacía casi imposible mantener una conversación, pero Helena estaba triste y decaída y suponía que no tenía ganas de hablar. Yo ardía en deseos de abrazarla y consolarla, pero no estábamos solos; Claude estaba sentado frente a nosotros junto a dos soldados de la RAF que no le quitaban el ojo a Helena, solo apartaban la mirada cuando sentían mi mirada lobuna clavada en ellos.

Llevaba todo el viaje dándole vueltas a si debía hacerlo allí mismo, antes de pisar Londres, antes de comenzar nuestra aventura juntos. Sabía que no era el mejor momento ni el mejor lugar y que, por supuesto, no tenía nada de romántico pedírselo allí, pero no había tiempo y, aunque sabía que era un poco anticuado, quería que fuera mi mujer cuando por fin le hiciera el amor. Desde que Helena había abierto aquel cofre y había recuperado la memoria sobre mi infancia, sabía que debía contarle la verdadera razón por la que la había buscado durante los últimos tres años. Todavía no se lo había podido contar, pero en cuanto nos casáramos se lo contaría absolutamente todo. No podía negar que tenía miedo a que me rechazara. Sabía que me amaba, pero quizá no quisiera casarse de nuevo, para algunas cosas Helena era un auténtico misterio.

Me desabroché el cinturón y me arrodillé delante de ella. No intenté tener una conversación de criaturas con ella, cuanto más transparente fuera en todo, mejor. Además, dudaba que aquellos humanos pudieran escucharnos con el ruido que hacía aquel aparato, tan solo nos oiría Claude.

—¿Qué haces Roberto? —preguntó Helena extrañada. Vas a caerte.

Era cierto, a pesar de ser un gato me costaba mantener el equilibrio.

Saqué como pude del bolsillo del pantalón el anillo de mi madre, lo único, aparte de los pendientes, que no le había dejado a Dom.

—Helena... —susurré su nombre, sabía que me oiría a pesar del ruido ensordecedor, y le tendí el anillo.

Helena miró nerviosa hacia nuestros acompañantes.

—No, Roberto.

—Sí, Helena, necesito pedírtelo, quiero pedírtelo.

Helena asintió.

—¿Quieres casarte conmigo? Sé que es pronto para dar un paso así, pero... las circunstancias...

—No hace falta que nos casemos, Roberto, a mí no me importan los papeles. Además, no tenía pensado casarme de nuevo.

Lo que me temía.

—Te amo, Roberto. —Me hubiera gustado ver la cara de aquellos soldados que estaban a mi espalda y que habían mirado a Helena con ardiente deseo—. Quiero vivir contigo, pero no hace falta ninguna ceremonia.

—Para mí es importante, Helena. Mis padres adoptivos me educaron en la religión católica y, aunque no haya sido un buen católico, desde que te conocí... sueño con casarme contigo. Quiero que seas mi esposa y que nos bendiga un cura.

Helena me miró turbada, bajó sus ojos hacia el anillo que yo todavía sujetaba con decisión, cogió suavemente mi mano y deslizó el anillo en su dedo, que encajó a la perfección.

—Me casaré contigo, Roberto. —Me dedicó una de esas sonrisas que me daban la vida.

Claude comenzó a aplaudir.

—Bravo, hermano. Te puedo llamar hermano, ¿no? Me ha encantado, si no fuera porque es mi hermana, yo también querría casarme con ella.

Claude se desató y se acercó a nosotros para darnos la enhorabuena.

—¡Pónganse el cinturón, por favor, estamos a punto de aterrizar! —gritó el piloto.

Ninguno de los dos le hicimos caso.

—Quiero casarme antes de embarcar.

—Pero... ¡eso es en tres días!

—Lo sé, pero no quiero empezar esta huida juntos sin formalizar nuestra relación.

—Yo os puedo conseguir una iglesia y un cura, tengo muchos contactos

en Londres —intervino Claude.

Lo miré agradecido.

—Y compraremos un vestido —añadí.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Helena con cara de preocupación—. El vestido...

—¿Qué sucede?

—Mi madre me va a matar. Ella... siempre quiso que llevara su vestido de novia y cuando me casé con Dominique me puse el de mi suegra. Nunca me lo perdonará.

—Lo siento, Helena, si te lo hubiera pedido antes...

—¡No te preocupes por mamá! Un vestido nuevo para mi bonita hermana, faltaría más. Estoy emocionado..., voy a preparar mi primera boda

—Claude estaba fuera de sí.

—¡O se ponen el cinturón o hago que el avión caiga al mar! —Las palabras del piloto hicieron que dejáramos la conversación.

17. Dom. Un acto poco egoísta

La Coruña. Julio (viernes).

Era curioso que, después de un par de días, Áurea siguiera en mi cabeza, no conseguía apartarla de ella. Aunque aquel día la sensación que tenía era mucho más intensa, me daba la impresión —totalmente absurda e infundada— de que me estaba observando, de que estaba cerca. Tenía la ventanilla del coche abierta y podía oler su aroma, mezcla de melocotón y especias. Era el olor más delicioso que había olido nunca. En realidad, deseaba que Áurea estuviera allí y pudiera verme, de ese modo comprendería que no era un egoísta o que, si lo había sido, estaba empezando a cambiar.

Miré el reloj, había llegado a tiempo, la una de la mañana. Observé durante unos segundos aquel horrible edificio que tan bien conocía y que resultaba tan poco llamativo. En realidad ese era su propósito, pasar desapercibido, los juicios de criaturas no debían llamar la atención de los humanos.

Bajé del coche e iba a coger mis trastos cuando me sobresalté al ver como Hans y Val corrían hacia mí. Hans parecía un lobo, sus ojos verdes se habían vuelto casi amarillos y luminosos en la oscuridad que nos rodeaba, y, por el escalofrío que me recorrió, no le hacía ninguna ilusión verme. Val tampoco parecía muy contenta, de hecho, antes de que pudiera saludarlos, se acercó a mí y me dio una bofetada tan fuerte que mis uñas salieron sin poder evitarlo. No era el único sorprendido, Hans la miraba mezcla de atónito y orgulloso.

—Eso es por haberme encerrado sin comida.

—¿Sin comida? —Oh, no, lo que me temía, la cocinera no había visto la nota que le había dejado—. Lo siento, prima, de verdad que no era esa mi intención.

—Verás, Dom, si no fuera porque ahora mismo la vida de Val está en peligro, te mataría aquí mismo.

—¿En peligro?

Entonces los vi, a cientos de personas que intentaban salir de la nave, aunque algo se lo impedía, parecían de algún modo atrapados dentro. Quizá

mis tíos estaban haciendo algún truco para evitar que salieran, puesto que frente a la muchedumbre estaba mi familia y la de Hans, además de Cris y Álvaro. Pero aquello no duraría mucho, eran demasiados y en unos segundos se abalanzarían sobre nosotros.

—Pero... ¿qué quieren? —pregunté confuso.

—Matar a Val.

—¿Qué? —exclamamos Val y yo al unísono.

—Tienen miedo de la descendencia que podamos tener..., pero no hay tiempo para explicaciones. ¡Dame las llaves de tu coche! —exigió Hans—. ¡Ahora! —añadió casi gritando.

—Pero, esperad, yo... he venido a solucionar este embrollo.

Hans se rio muy fuerte mientras se hacía con las llaves de mi todoterreno.

—Val, entra en el coche. —Pareció más una orden que una petición.

—Está bien, meteos en el coche. Pero, por favor, prométeme que si consigo meter de nuevo a todas esas criaturas en la nave —dije señalando a la muchedumbre, que ya había conseguido esquivar el obstáculo que había encontrado y se dirigía hacia nosotros—, no os iréis.

—¿Meterlos dentro? Pero... Está bien, de cualquier manera, no lo conseguirás —repuso Hans.

—Eso ya lo veremos —dije, alejándome de ellos.

Nuestras familias ya habían llegado al coche y en cuestión de segundos lo habían rodeado, suponía que intentaban proteger a Val y Hans. En ese sentido, los Chatte nunca defraudaban a su familia, siempre unidos cuando había problemas. Quizá yo había estado demasiado tiempo ausente, pero esa vez sí que estaba presente para ayudarlos, por una vez no estaba siendo egoísta. ¡Hasta estaba auxiliando a un perro! Últimamente me costaba reconocerme a mí mismo, pero las palabras de Roberto que me habían hecho entender la gravedad del asunto aún resonaban en mi mente.

—¡Escuchadme, tengo que deciros algo importante! —grité lo más fuerte que pude, pero aquella gente ni se había fijado en mí, se habían parado al encontrar la resistencia de la familia, pero no parecían demasiado acobardados.

Les grité todo tipo de cosas hasta que levanté los brazos hacia arriba intentando llamar su atención. En aquel momento, estalló en el cielo un rayo cegador seguido de un espeluznante trueno, lo que hizo por fin que la gente enmudeciera. Me miraban como si mis manos hubieran causado aquello, y

nada más lejos de la realidad, aunque me venía como anillo al dedo e iba a aprovecharme de la situación.

—Buenas noches, soy Dominique Chatte.

—Vaya novedad, otro Chatte —dijo alguien al fondo.

—¿No era ese el juez que iba a presidir este caso? —preguntó otro.

—He venido para hablaros sobre algo muy importante para el futuro de todas las criaturas.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que contarnos? —No sabía de dónde procedía aquella voz masculina.

—Os voy a hablar del secreto de los gatos.

En principio no se oyeron más comentarios, pero estaba muy equivocado si pensaba que los gatos no iban a levantarse en contra.

—¡No puedes hacer eso! ¡Eso es traicionar a tu propia especie! —gritó una gata.

—Sí, es cierto, no juegues con fuego, muchacho, o acabarás muerto. —Obviamente, otro gato.

—Es hora de que los perros conozcan nuestra verdad, tanto secretismo está haciendo daño al mundo de las criaturas. —Todavía no podía creerme que fuera yo el que decía aquellas palabras.

—¡Que hable! ¿Qué ese eso del secreto de los gatos? —preguntó un joven perro que estaba en primera fila.

—Acabemos con él —se oyó a un gato en la retaguardia—, no dejemos que desvele nuestro secreto.

La gente comenzó a avanzar en mi dirección, pero volví a alzar los brazos en un intento por detenerlos; aquello no estaba saliendo tan bien como había planeado. Otro trueno ensordecedor acompañado de un rayo estalló en el cielo y esta vez pude ver lo que habían visto los demás hacía unos minutos, era como si la luz del rayo saliera directamente de mis manos. ¿Cómo había hecho aquello?

—¡Un gato hechicero! —gritó alguien—. Será mejor que le hagamos caso o nos freirá aquí mismo.

—Os prometo que lo que os quiero contar es algo asombroso. No solo quiero hablaros del secreto de los gatos, sino de algo que cambiará vuestra forma de ver las cosas —expliqué al ver que las ganas que tenían de matarme se habían desvanecido.

—¿Por qué no dejamos que hable? —Lógicamente era un perro el que lo decía.

—Sí, será mejor. ¡Eh! —gritó otro perro—. Dejemos que el muchacho nos cuente lo que ha venido a contarnos.

Nadie puso objeciones, pero supuse que los únicos que querían escuchar lo que tenía que decir eran los perros, los gatos simplemente me tenían miedo pensando que era un gato hechicero. No había muchos gatos hechiceros en el mundo, aunque yo había conocido a varios —de hecho a uno de ellos lo creía muerto desde hacía tiempo—, pero definitivamente yo no era uno de ellos.

—Os contaré todo, pero necesito que entréis de nuevo en la nave y que me prometáis que no haréis daño ni a mi prima Val ni a Hans. —Nadie respondió a eso.

—Yo te apoyaré en esa petición. —Era la jueza Adirato, que había aparecido de pronto a mi lado—. No permitiré que hagan daño a nadie —añadió mirando hacia la muchedumbre—. Si lo hacen..., los guardias los atacarán.

Los guardias aparecieron también como por arte de magia y rodearon al grupo de criaturas como para confirmar que la amenaza de la jueza era fundada.

La gente, misteriosamente, comenzó a entrar de nuevo en la nave y esperé pacientemente hasta que todos desaparecieron dentro. Mi tío Eugène pasó a mi lado y me dio una palmadita en la espalda, Edmund me dedicó una media sonrisa, Cris me dio un empujoncito que, a pesar de que supuse que pretendía ser cariñoso, casi me hizo perder el equilibrio —aquella niña-perro era asombrosamente fuerte— y Anna me sorprendió tirándose a mis brazos y susurrándome:

—Gracias por ayudar a mi hermano y a mi amiga Val, sabía que tú no podías haberlos denunciado.

Álvaro me dedicó una mirada pétrea. Sonreí al pensar que estaba celoso, aunque en realidad en ese momento tan solo veía a Anna como una niña encantadora, Áurea ocupaba todo mi ser.

¿Qué acababa de decir Anna? ¿Que sabía que yo no los había denunciado? ¡Pues claro que no lo había hecho! ¿Eso era lo que creían los demás, que había traicionado a mi propia familia? Sí que debían tener un mal concepto de mí para creer algo así. Tan solo había querido averiguar qué medidas adoptarían, pero en ningún caso mi intención había sido ir en contra de mi propia familia, y mucho menos hacer daño a la hija de mi tío Eugène. Él era mi tío preferido, el que más se había preocupado por mí cuando murió mi

madre. Para mí era como un padre, el padre que nunca tuve.

—Hans... —Me acerqué al coche y él abrió la ventanilla—. Prometiste que vendrías si conseguía meterlos de nuevo en la nave.

—Lo sé, aunque en realidad lo prometí porque pensé que no lo conseguirías.

—Gracias por tu confianza. Pero debes cumplir tu palabra, ¿no se supone que los perros siempre cumplís vuestras promesas?

Miró a Val con el rostro claramente marcado de preocupación.

—¿Seguro que ella estará bien? Si le pasa algo... yo...

—No le pasará nada, te lo prometo.

—¡No habléis de mí como si no estuviera aquí! —exclamó Val, aunque ambos la ignoramos.

—Tu palabra no significa nada para mí.

—Te prometo que la dejé en aquella habitación para que pudieras encontrarla. No quería que pasara hambre, nunca le haría algo así a mi prima, te lo prometo. Ella me pidió que la llevara hasta ti y eso hice. Realmente pensé que escaparíais juntos..., pero está claro que no lo conseguisteis.

—Tiene razón, Hans, yo se lo pedí. —Él la miró sorprendido—. ¿Y dónde mierda te habías metido, Dom? Se suponía que tú tenías que presidir este juicio.

—¿De verdad? Ah, pues no tenía ni idea, pero... He estado trabajando para que esto se solucione.

Me miraron incrédulos.

—Sé que no me creéis, yo tampoco lo creería..., pero, bueno, ahora lo descubriréis todo. ¿Venís conmigo?

—¿En serio les vas a contar el secreto de los gatos?

—Sí.

—¿Qué secreto es ese? —preguntó Hans.

Val lo miró con tristeza.

—Ahora lo descubrirás. ¿Vamos?

Hans asintió y los tres entramos en la nave al mismo tiempo.

—Señor Chatte, ya que ha vuelto, le agradecería que siguiera usted con el juicio y que hiciera sentar al acusado, debería volver a su sitio —dijo la jueza en cuanto entramos en la nave.

—Señora jueza, si no le importa, prefiero que siga usted presidiendo el juicio. Yo... asumiré la defensa, siempre y cuando Hans esté de acuerdo. —Lo miré buscando su aprobación.

Hans, que se había quedado junto a la salida y rodeaba con un brazo de forma protectora a mi prima, me hizo un gesto afirmativo.

—Bien —continué—, el acusado se quedará dónde está. Después de lo que ha pasado no es seguro que lo esposen y él..., bueno, él debe proteger a su mujer.

—Pero... las normas... —protestó la jueza.

—Las normas se han roto desde el momento en que el público ha perseguido a ambos con la clara intención de acabar con ellos. Señoría, como comprenderá, no pienso poner en peligro la vida de ninguno de los dos.

—Está bien, juez Chatte... ¿Está usted seguro de querer ejercer como abogado defensor? Después de todo, es descender en la escala judicial.

—Estoy seguro. —Busqué a Eugène con la mirada. Su simple movimiento de cabeza me dio fuerzas para continuar—. Bien, sigamos con el juicio. Como os he dicho quería hablaros del secreto de los gatos. Sé que los gatos lo hemos guardado con celo durante años, pero... ha llegado el momento de compartirlo con el resto de las criaturas. —Los rostros de los perros estaban ansiosos por que continuara—. Veréis..., los gatos tenemos en nuestros genes una enzima llamada telomerasa que nos hace ser longevos.

A algunos perros se les habían abierto mucho los ojos y los gatos me miraban con odio, sabía que si no habían hecho algo para impedirme hablar era simplemente porque me tenían miedo, miedo de que les enviara una tormenta de rayos.

—Yo no sé explicaros científicamente cómo es nuestro cuerpo, pero la realidad es que vivimos muchos años. En concreto, yo... nací en 1926. —Se oyeron algunas exclamaciones de asombro entre el público— Y sin embargo aparento unos veintiséis años. No sé si somos inmortales, al menos no conozco a ningún gato que haya muerto de viejo, pero somos longevos. Y ese es el secreto de los gatos —concluí. Pero el silencio que siguió me obligó a continuar—. Os preguntaréis por qué os he contado esto... Veréis, hay una buena razón..., pero creo que tengo que dar paso a alguien que sabe explicar mucho mejor que yo estos temas científicos.

Todos siguieron mi mirada con curiosidad. Mis abuelos acababan de llegar, justo a tiempo. Émile besó a Val en la mejilla y le dio la mano a Hans, Irina los abrazó. Mientras esperaba a que mi abuelo se acercara al estrado, preparé el proyector y desplegué la pantalla que había traído.

—Como supongo que muchos de vosotros no os habéis creído nada de lo que os he contado, mi abuelo, el prestigioso científico Émile Chatte, os lo

explicará todo.

—Gracias, Dominique. —Después se dirigió al público—. Como todos sabéis, los gatos y los perros somos muy diferentes, nuestros genes son diferentes, ni siquiera tenemos el mismo número de cromosomas. En esta imagen podéis observar cómo es el gen de un perro y en la de al lado el gen de un gato. Esto que veis aquí, en el gen felino, es esa enzima que nos concede la gracia de la longevidad. Quizá os estéis preguntando qué pasaría si un gato y un perro tuvieran un hijo... Bueno, es un tema que seguramente ha salido en el juicio. En ese caso saldría una criatura diferente, no sería ni un gato ni un perro, sería una mezcla de ambos. Y, por los estudios que he estado realizando, habría un altísimo porcentaje de probabilidades de que ese hijo fuera longevo, de que heredara la enzima causante de la longevidad. En esta imagen podéis ver cómo sería esa criatura, heredaría la cantidad de cromosomas de un perro, pero también habría heredado la telomerasa. —Los dibujos que salían en la pantalla, una mezcla de palos de diferentes colores, no había quien los entendiera. Me preguntaba si alguien del público estaba comprendiendo algo—. Es decir, si los perros y los gatos comenzaran a unirse, todos podríamos ser longevos en el futuro. De esa manera la población de criaturas aumentaría. Actualmente, como sabéis, apenas representa un diez por ciento de la población.

Mi abuelo sí que era un buen orador, no se oía ni un solo murmullo en la sala, hasta los guardias estaban totalmente absortos en la pantalla.

—Me gustaría que supierais que para poder realizar este estudio he utilizado muestras reales de una gata y un perro, que son, precisamente, las de mi nieta Valentina y su marido, Hans.

Observé como Hans miraba perplejo a Émile y después a Val, que asentía. Era obvio que Hans no sabía que el abuelo de su mujer había estado investigando sobre ellos.

—Podría seguir explicando características de los ADN de los gatos y de los perros durante horas, pero creo que sería muy complejo... Mejor le cedo la palabra a Dominique.

Mi abuelo se retiró y se colocó junto a mi abuela, que se había quedado de pie con Val y Hans.

—Bien, espero que, después de la explicación científica, creáis que es cierto lo que os he contado. Supongo que os estaréis preguntando por qué os hemos desvelado ahora este secreto tan celosamente guardado durante años. Nos consta que no somos la única familia en la que gatos y perros se

relacionan sentimentalmente y ha llegado el momento de que esas parejas que viven aisladas, ocultas, escondidas por miedo a que les pase algo parecido a lo que les ha sucedido a Hans y a Val, salgan a la luz. Y no solo eso, sino que los perros que llevan años detrás de este descubrimiento y secuestrando científicos ya no tienen que seguir indagando ni haciendo daño a la gente, ya tienen la clave para conseguir la longevidad. Es solo posible con la unión de un felino y un can. Además..., después de haber comprobado que el mundo de las criaturas no parece proclive a aceptar este tipo de uniones, nos hemos puesto en contacto con la fraternidad Felcan, ellos protegerán a partir de ahora a estas criaturas que se han atrevido a unirse a pesar de los peligros que conlleva.

—¡Eso no es posible! —exclamó alguien del público—. La fraternidad nunca se ha metido en medio de un proceso judicial.

—Eso es cierto, abogado —intervino la jueza—, la fraternidad nunca interfiere en los procesos judiciales.

—Lo sé, pero en este caso lo ha hecho, y serán ellos quienes protegerán a partir de ahora a Valentina y Hans.

—Abogado Chatte, ¿es eso cierto? ¿La fraternidad ha abogado por la protección del acusado y de su mujer?

—Sí, señoría, así es.

—Por favor, acérquese al estrado para que pueda comprobarlo.

Estaba esperando que la jueza interviniera, si no, mi historia sobre la fraternidad no sería creíble. Me miró durante un minuto a los ojos.

—Confirmando que lo que ha dicho el señor Chatte es verdad. Bien..., si esta es la situación, este juicio se puede dar por desestimado. El acusado, Hans Claros Wolf, queda libre de cargos desde este momento.

El público no parecía de acuerdo con el veredicto.

—Nosotros no hemos podido decir nada al respecto, no se nos está tomando en cuenta —se quejó alguien del público.

—¡Es cierto! Nosotros tenemos un papel en este juicio —añadió otro.

—Señores, señoras..., saben perfectamente que, si el juicio ha llegado a manos de la fraternidad, no se puede hacer nada. Si ellos han decidido que este es un asunto primordial para la evolución del mundo de las criaturas, no importa la opinión del público, ni siquiera la mía. Lo siento, pero esta es la conclusión final del juicio. Por favor, abandonen el recinto.

Respiré hondo y me sentí tan satisfecho conmigo mismo como hacía tiempo que no lo hacía. En realidad todo se lo debía a Roberto, estuviera

donde estuviese. Él era el que me había dejado aquella nota. Tenía que reconocer que en un principio la ignoré, pensando que se había vuelto loco. Pero después de unas horas, aquella frase siguió persiguiéndome y amenazaba con no dejarme dormir, con no dejar mi conciencia tranquila. La imagen de mi madre se paseaba delante de mis ojos y no podía concentrarme en nada más. «Es hora de que el mundo de las criaturas nos acepte a personas como yo, Dom, y tú puedes hacer que cambie el mundo. Por favor, hazlo por tu madre, a ella le gustaría, se sentiría tan orgullosa de ti...» Se sentiría orgullosa de mí.

En la nota no me daba pistas sobre lo que tenía que hacer. Solo me indicaba cómo dar con la fraternidad, lo cual había sido mucho más sencillo de lo que esperaba; tan solo había necesitado llevar a un anticuario una de aquellas monedas de oro que me había dejado Roberto y que llevaban ocultas en aquel cofre oxidado una eternidad. Pero antes de eso les había hecho una visita a Digne pensando que necesitaría a mi abuelo para dar credibilidad científica a mi historia. Lo mejor de todo fue que ellos me estaban esperando —gracias mi abuela estaban al tanto de todo— y mi abuelo había terminado la investigación que podría apoyar mi confesión. Sin embargo, la sorpresa más grande me la había dado mi abuela cuando me explicó lo de Val..., no podía dar crédito.

—¡Un momento! —exclamó un perro del público—. Tenemos derecho a saber por qué consideran al acusado y a su mujer tan importantes como para protegerlos. Jueza, nos debe una explicación.

Paola, que ya se había bajado del estrado, volvió a subir.

—Tiene razón. —Entonces me miró—. Abogado Chatte, por favor, ¿puede explicarnos este punto?

Suspiré, me hubiera gustado evitar aquella explicación por el bien de Val y Hans y por preservar su intimidad. Busqué la conformidad de mi abuela, ella asintió resignada. No tendría más remedio que contarle.

—Sí, por supuesto —dije suspirando otra vez—. La fraternidad siempre ha salvaguardado a las criaturas con habilidades especiales, y esta es una de las razones. Valentina tiene una habilidad poco habitual en una criatura, es una *désireuse*, aquello que desea, siempre y cuando no sea algo egoísta y siempre que sea por el bien de otra persona, se hace realidad.

—Es una habilidad muy interesante, jamás había oído hablar de ella —dijo la misma persona del público que había exigido la explicación—. Pero no creo que sea suficiente para que la hermandad se entrometa en un juicio, creo que es la primera vez que sucede. Debe haber una razón de más peso que esa.

Mi prima, al igual que Hans, me miraba expectante. Sentía mucho tener que confesarlo en público, pero no me quedaban más opciones.

—Hay otra razón..., Hans y Val están... están esperando un hijo. Ese niño es la razón por la que ha intervenido la fraternidad. Es una criatura especial a la que hay que proteger por encima de todo.

Hans miraba boquiabierto a Val, aunque ella parecía igual de sorprendida que él. ¿Sería posible que mi prima no fuera consciente de su estado?

—Aun así..., necesitamos pruebas. —Volvió a insistir aquel hombre, que ya estaba empezando a exasperarme; la jueza ya había dictaminado que el juicio era inválido.

—¿Qué más pruebas necesitáis? —pregunté—. La jueza ha decidido, el juicio ha sido desestimado.

—No nos vale con la palabra de la jueza, nosotros necesitamos una prueba de la fraternidad, una prueba directa que podamos tocar, ver, oír. No nos vale con la confirmación de sus ojos, señor Chatte.

El público parecía de acuerdo con aquel hombre y en apenas un segundo consiguió el apoyo de casi todos. Aquello no me gustaba nada, ¿cómo iba a conseguir una prueba?

—Abogado... —intervino la jueza—, consiga esa prueba. Tiene exactamente una semana para presentarla.

—Conseguiré esa prueba, pero... el acusado no puede estar más tiempo encerrado.

—De acuerdo, abogado. El acusado queda libre bajo vigilancia del juzgado y no podrá abandonar la ciudad de La Coruña. Usted, señor Chatte, será responsable de ello.

¿Qué? ¡En menudo lío me había metido! Tenía que conseguir una prueba imposible y además asegurarme de que Hans no escapara. Aquella hechicera se había confundido con respecto a mi habilidad, no era un buen orador; tendría que haber contratado a aquel hombre del público, él lo hubiera hecho mucho mejor.

Salí cabizbajo, aquella negociación había sido la peor de mi vida. Nunca sería un buen abogado.

—¡Dom! —Hans se acercaba a mí, ¿me iba a dar un puñetazo? En realidad me lo merecía—. Gracias, Dom, te agradezco mucho que hayas conseguido que me suelten.

Levanté la vista asombrado.

—Gracias, primo. —Val me dio un inesperado beso en la mejilla—. Lo has hecho muy bien.

—Pero... ¡qué decís! Ha sido un desastre. Pensaba que se acabaría el juicio y sin embargo...

—Dom, estamos muy orgullosos de ti. —Era mi tío Eugène—. Has logrado que por lo menos dejen libre a Hans.

—Verás, Dom..., no te puedes ni imaginar cómo pensaba que acabaría este día... —intervino Hans—. Y sin embargo..., resulta que Val está viva y yo libre. ¡Y además acabo de enterarme de que voy a ser padre!

—Val..., ¿es eso cierto? ¿Estás embarazada? —Su madre estaba visiblemente intranquila.

—Eh..., no lo sabía, mamá, en serio. Pero..., ahora que la abuela me lo ha confirmado, bueno..., es posible que sea cierto.

—Tú eres la única que puede saberlo, Val —observó su madre.

—Verás..., pensaba que, con los nervios de la boda, se me había retrasado. Pero es cierto que me noto extraña, algo mareada, cansada y, sobre todo, muy hambrienta.

—Tenemos que llevar a Val a comer algo, puedo oír su estómago pidiendo comida —confirmó Antonie.

Hans se rio.

—Yo también iba a proponer lo mismo, abuela. Vayamos a comer algo. Aunque... no sé si habrá algo abierto a estas horas, son las tres de la mañana.

—¡Por eso no te preocupes, Hans! —le dije dándole una palmadita en el hombro. Todos los halagos que me habían dedicado habían funcionado, en ese momento estaba de mejor humor—. Conozco el sitio perfecto para que nos den de comer a todos.

Lo único que me agobiaba era el asunto de conseguir una prueba. Además, ¿qué tipo de prueba tenía que buscar?

—Dom —Eugène me estaba hablando a través del pensamiento—, ¿no tendrás alguna de esas monedas?

—¿Te refieres a las monedas de Roberto? Sí, tengo una aquí mismo —dije sacándola del bolsillo—. ¡Vaya! Está brillando, qué raro.

—¡Oh, Dios mío! Tal vez quiera decir...

—¿Qué?

—Que Roberto está cerca... Pensaba que habría muerto hacía tiempo.

—No, está vivo.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo la hechicera. —Eugène me miraba confundido—. *Es una larga historia.*

—Me la puedes contar por el camino.

—¿El camino?

—Tú y yo no vamos a ir a cenar. Creo que tenemos que seguir el rastro de la moneda, tal vez nos lleve hasta Roberto.

—No me interesa volver a verlo, tío. Ya sabes por qué.

—Lo sé, pero... Roberto puede ser la prueba que necesitamos.

Val y Hans acababan de llegar al hotel Finisterre, donde Hans había reservado habitación para los siguientes días mientras esperaban el desenlace del juicio. Después de ponerse las botas saboreando comida gallega con toda la familia, menos Eugène y Dominique, que habían tenido que ausentarse para hacer unas gestiones, se habían escapado los primeros; necesitaban disfrutar el uno del otro e intentar recuperar los días perdidos. No les importaba pasar el resto de su viaje de novios en aquella bonita y pequeña ciudad, lo único que necesitaban era estar juntos de nuevo.

Por el camino, Hans le había explicado la pesadilla tan horrible que había tenido en la que ella moría en sus brazos después de recibir un disparo. En ese momento Val entendió la ansiedad de Hans cuando la había sacado de la nave, justo antes de que se desatara la tensión entre el público. Aunque ella no había oído ningún comentario pidiendo su muerte, pensaba que seguramente el sueño de Hans se habría cumplido de no haber intervenido su familia y, sobre todo, Dom. Dom, que los había sorprendido gratamente a ambos. De hecho Val se sentía algo culpable por haberse equivocado de esa manera con su primo. Su padre tenía razón, era buena persona.

Aquella noche había sido muy intensa, y no solo por la casi persecución, el estrés del juicio y el anuncio del secreto de los gatos a los cuatro vientos —a esas alturas la noticia debía estar extendiéndose como una onda expansiva— sino, sobre todo, porque su futura condición de padres los había dejado muy confusos.

—¿Te encuentras bien, Val? Me refiero...

—Oh, sí, no te preocupes.

—¿Sabes? Es posible que fuera a causa de tu estado que te desmayaras cuando Álvaro te disparó.

—Tienes razón, a mí me pareció extraño, aunque seguramente tiene que ver el hecho de que últimamente no como demasiado. He estado demasiado preocupada como para prestarle atención a la comida.

—Eso me preocupa, Val, a partir de ahora estaré pendiente de que comas bien.

—Bueno, supongo que esta noche no debes estar preocupado, he comido por lo menos por tres.

—Tienes razón —repuso Hans riendo al mismo tiempo que le acariciaba la tripa—. ¿De cuánto crees que estás?

—Dos meses, mi abuela me ha dicho que estoy embarazada de dos meses.

—Eso solo puede significar...

—... que todo sucedió en Estados Unidos, cuando fui a recuperarte.

—Lógico..., aquel día no usamos protección, tan solo esa noche. ¡Fui un auténtico irresponsable, Val! ¿Cómo...?

Hans no sabía cómo preguntarle si realmente le hacía ilusión la noticia. A él sí se la hacía, pero no estaba tan seguro de lo que pensaba Val al respecto, al fin y al cabo era muy joven y tenía pensado comenzar la carrera de magisterio en septiembre.

—Fuimos, Hans, yo estaba allí también. Supongo que aquel día estábamos desesperados, yo por lo menos lo estaba.

—No tanto como yo, Val, te lo aseguro.

—Bueno, ya no hay nada que hacer —dijo mirando hacia su barriga, todavía completamente plana.

Val estaba preciosa, completamente desnuda, tumbada sobre aquella enorme cama desde la que podía verse el mar. Ni siquiera se habían desviado para recoger las maletas, que estaban en casa de Dominique, ya lo harían al día siguiente.

—Supongo que no.

Era evidente que a Val no le había hecho muy feliz la noticia de que pronto sería madre y Hans se sintió apenado por ello, todo había sido culpa suya. Aunque en realidad no podía negar que a él, a pesar de que era muy pronto para que hubiera sucedido, le encantaba la idea de formar su propia familia, su propia manada.

—Pero hay algo positivo, ahora no tendremos que usar protección —añadió Val juguetona, acariciando el torso desnudo de Hans.

Aquello hizo reír a Hans.

—*My kitten*, siempre buscando el lado positivo de las cosas —dijo besándola—. Val..., yo... quiero que sepas que me encanta la idea de tener una hija contigo.

—¿Hija? ¿Te ha dicho mi abuela que va a ser niña?

—Pues no, tan solo es que me gustaría tener una niña igual de guapa que su madre.

—Oh, intenté sonsacarle a Irina el sexo, pero no hubo manera. Me dijo que era mucho mejor no saberlo, que ella siempre lo había sabido, menos en el caso de los mellizos, y que le hubiera gustado no saberlo de antemano.

Hans fantaseó con la idea de que si a Val le picaba la curiosidad saber el sexo de su hijo, quizá no estuviera tan disgustada. Sin embargo, no sabía lo que le pasaría por la cabeza a su bonita mujer gata, era completamente impredecible y siempre lo sorprendía.

—Y a todo esto..., sigo sin saber por qué mi familia no habla jamás de mi tía Helena, la madre de Dom. Lo intenté un día con mi padre y me dijo que todavía no estaba preparado para hablar de ella. Debió morir hace muchos años... ¿No te parece raro que nadie esté preparado para hablar sobre ello?

—Sí, es extraño. Pregúntale a Dom.

—Lo haré, aunque todavía no tengo mucha confianza con él.

—Dejemos de hablar de la familia, Val —dijo Hans besándola en el cuello—. Te echaba tanto de menos..., estos días sin ti han sido un auténtico infierno. No pienso dejar que nadie nos vuelva a separar.

Val no dijo nada, de hecho le sorprendía que Hans no hubiera hecho ningún comentario respecto a su longevidad, porque aquello sí conseguiría separarlos. El tiempo era el mayor enemigo de Val, por eso no le importaba tanto haberse quedado embarazada, porque sabía que Hans moriría mucho antes que ella; en otras circunstancias, la idea le hubiera aterrado. Lo que sí era cierto era que todavía estaba intentado asimilarlo. Sin embargo, cuando sintió la mano de Hans entre sus muslos, dejó de pensar.

18. Helena. Una boda londinense

Londres. Mayo 1943.

Sentí una luz molesta que hizo que abriera lo ojos. Mi mirada se topó con una mesilla de madera pintada de blanco un tanto barroca. ¿Dónde diablos estaba? Me incorporé de golpe al sentir una respiración desconocida y pegué un pequeño grito al descubrir a una mujer-perro que me miraba impasible desde una silla al fondo del dormitorio. ¿Quién era aquella mujer y por qué mi hermano me había dejado sola con ella? Él no estaba en la otra cama. ¿Estaría Roberto en la casa?

Claude nos había llevado a esa lujosa casa céntrica de Londres que, según él, era de un conocido suyo que estaba de viaje, y los tres nos habíamos ido a dormir cuando comenzaba a amanecer. Observé la posición del sol, todavía no era mediodía. Mi hermano había dormido conmigo, o más bien no había dormido, para hacer de niñera, puesto que alguien tenía que vigilarme por si intentaba suicidarme o, peor, asesinar a alguien.

—Buenos días, señorita Chatte. Su hermano...

—¿Quién es usted?

—Soy Margaret. Su hermano me ha contratado para que la vigile. Me ha dicho que no la deje ni un segundo a solas y que no salga fuera. Es por su seguridad.

—Oh..., ya veo. ¿Dónde está?

—Él y ese amigo suyo tan alto y apuesto se han marchado hace horas.

—¿A dónde?

—No lo sé, no me han dicho dónde iban, tan solo que no le quitara ojo a usted.

Sentí una oleada de calor y me levanté de un salto. ¡Los dos se iban a enterar cuando volvieran! Me habían dejado allí tirada al cuidado de una inglesa mientras ellos daban vueltas por la ciudad al aire libre —aire que yo ni olería, puesto que no me estaba permitido salir de allí— buscando, seguramente, una iglesia para la boda.

¡La boda! No podía creer que en la situación en la que nos encontrábamos fuéramos a celebrar una boda. Entendía que Roberto quisiera hacer bien las cosas, me había explicado lo importante que era para él, pero yo no podía evitar sentirme culpable por celebrar una boda cuando tenía un gato haciéndome vudú, mi hermano estaba recién operado y sufriendo fuertes dolores de cabeza y habiendo tenido que abandonar a mi propio hijo en

Francia. Me debatía entre informar o no a mi familia sobre la inminente boda, pero la balanza se inclinaba hacia el no, no creía que fuera el mejor momento. Lo mejor sería esperar hasta que ya estuviéramos casados y nadie pudiera protestar, ya que sabía a ciencia cierta que mi hijo y mi madre iban a estar en contra. Por una vez iba a ser egoísta e iba a hacer lo que el corazón me dictaba.

Me preparé algo de comer y después busqué por la casa algo con lo que dibujar, pero estaba demasiado nerviosa para concentrarme. Lo único que quería era salir al exterior, pero parecía que estaba atrapada allí dentro y, a medida que las horas pasaban sin que ninguno de los dos apareciera, iba enojándome más y más. Justo cuando estaba planeando escaparme por la fachada del edificio —con el riesgo que eso conllevaba, algún humano podría verme descender y se preguntaría qué diablos era yo—, capté unos pasos que se aproximaban.

Entraron con los rostros iluminados, sonrojados por el sol y felices. Claude ni siquiera intentó ocultarlo, sin embargo Roberto, mucho más empático que él, dejó de sonreír en cuanto se dio cuenta de la expresión de mi rostro. Noté como tragaba saliva. ¿Qué habrían estado haciendo para que se sintieran tan culpables?

—¡Hermanita! Ya estamos aquí..., y no sabes lo que te hemos traído. ¿Qué tal has dormido?

No contesté, tan solo le clavé una mirada de gata enojada a punto de subirse por las paredes.

—Ven..., acércate, Helena, esto te va a encantar. —Obviamente no me moví de mi sitio—. ¡Roberto! Por favor, haz que tu prometida venga y abandone esa cara de crispación.

Roberto me miró con cautela y se acercó a mí con paso prudente, pero en el último momento se giró hacia Claude.

—Claude... ¿puedes despedir a esa mujer, por favor?

—¿A Margaret? Oh sí, me había olvidado de ella. Iré a pagarle —refunfuñó, ausentándose en busca de aquella mujer, que había salido al ver que ya estaba acompañada.

—Helena... —susurró, y se acercó a mí.

Dejé que me cogiera de la mano al notar la ternura de su voz, aunque no hice ningún movimiento de acercamiento.

—Sé que estás molesta por haberte dejado sola con esa mujer. —¿Por qué siempre sabía cómo me sentía?—. Lo siento, es que no queríamos

despertarte, estabas tan cansada que decidimos dejarte dormir. Verás..., hemos estado organizando la boda. Ya tenemos iglesia, cura y... también un vestido.

—¿Un vestido? —Se suponía que yo tendría que haber elegido el vestido.

—Sé que lo normal hubiera sido que lo eligieras tú, pero... lo vimos en un escaparate y nos enamoramos de él. Ambos te veíamos con ese vestido, era para ti. De modo que entramos en la tienda y tuvimos que negociar con la dependienta. Perdona..., nos llevó más tiempo del que pensábamos.

—¡Helena! —Claude acababa de entrar como un torbellino, era tan teatral que por un momento estuve a punto de soltar una carcajada—. Cambia esa cara..., sonríe y no te enfades, es un día muy importante. Además, tienes que cambiarte enseguida, la boda es en una hora.

—¿En una hora?! —exclamé alterada.

No tendría tiempo de prepararme, además, ¿y si el vestido me quedaba corto? Siempre me pasaba lo mismo, era complicado encontrar un vestido para una mujer tan alta como yo.

—Claude, espera... —Roberto intentó detenerlo haciendo una seña con la mano.

Pero mi hermano era demasiado impaciente y corrió hasta el paquete que había dejado sobre una mesa, en un segundo había sacado y extendido el vestido para que pudiera contemplar su esplendor. Tenía que reconocer que era justo lo que yo hubiera elegido; sencillo, sin encajes ni adornos, estilizado, con un toque moderno y, lo mejor de todo, lo suficientemente largo como para que no me asomaran los tobillos. Mi enojo se diluyó en apenas medio segundo. Me acerqué al vestido, asombrada de que hubieran acertado de ese modo, el tacto suave del tejido no me defraudó.

—Es... —balbuceé—, es maravilloso.

—¿Te gusta de verdad? —preguntó Roberto expectante.

Le sonreí.

—Es justo el vestido que yo hubiera elegido. Gracias. Ahora, si no os importa..., debo vestirme y peinarme. No sé qué voy a hacer con este pelo.

—Me encantaría que te lo dejaras suelto, me encanta tu pelo. Por favor..., no lo escondas en un moño. Sé que es posible que no esté bien visto no llevar el pelo recogido, pero..., en fin... Toma —dijo tendiéndome un pequeño paquete. Roberto estaba algo nervioso.

—Es posible que no esté bien visto, pero no creo que haya mucha gente para opinar —dije, pensando en una iglesia vacía.

Definitivamente llevaría el pelo suelto, costaba muy poco hacer feliz a Roberto. Además, me daba exactamente igual lo que opinara la sociedad londinense.

—Oh, te equivocas, hermana, la iglesia estará a rebosar. —Se giró hacia Roberto—. Ahora tienes que irte, nos vemos en la iglesia.

Abrí el paquete que me había entregado Roberto. Dentro estaban los pendientes de su madre y un cinta de seda blanca a juego con el vestido, supuse que para colocármela en el pelo.

—Roberto...

—¿Sí? —Estaba a punto de irse, pero se giró para mirarme. Esta vez fui yo la que se acercó a él.

—Yo..., gracias, son unos pendientes muy bonitos.

—No tan bonitos como tú, pero es lo más valioso que tengo. —Me besó en la frente.

—Lo sé...

De hecho me daba todos los recuerdos de su madre, el anillo era uno de ellos. No solo era lo más valioso que tenía, sino lo único que poseía de su madre, sin contar con aquel libro de Emilia Pardo Bazán. Su gesto de amor y confianza significaba mucho para mí.

—¡Roberto! Vete ya —exclamó impaciente el organizador de la boda.

Pero Roberto seguía con la mirada fija en mí.

—Helena... ¿estás segura?

Parecía necesitar que le confirmara que de verdad quería casarme con él, que quería compartir con él los peligros de casarme con un hechicero, con una criatura hasta ahora desconocida, mitad gato, mitad perro, que quería mezclar mi sangre con la suya. En realidad nada me daba miedo y sabía que ya no sería feliz sin él.

—Completamente, Roberto.

Una sonrisa resplandeciente asomó en su rostro y se fue sin más dilación.

—¿Sabes que la señora de la tienda no quería vendernos el vestido? Y eso que le ofrecimos una fortuna. Dijo que desde que lo tenía en el escaparate vendía mucho más. Tendrías que haber escuchado cómo convencía Roberto a aquella mujer para que nos lo vendiera. Le prometió una foto tuya con el vestido y él..., bueno, yo también participé en la negociación, pero él te describió de tal manera..., que hasta la mujer se quedó fascinada. Y yo que pensaba que tu hermano mellizo era un poeta...; a su lado no soy nadie. No sé

cómo lo haces, hermanita, pero siempre eliges hombres que te adoran. Tienes que enseñarme, a ver si aprendo de una vez.

—¡No tienes remedio, Claude! Venga, ayúdame a ponerme el vestido, si no, no llegaremos a la iglesia.

Antes de que dieran las cinco estábamos en la entrada de la iglesia. Experimentaba una ráfaga de sentimientos contradictorios, por un lado era la mujer más feliz de la tierra por casarme con el hombre que amaba, pero por otro mi dicha se veía ensombrecida por el hecho de haber tenido que abandonar a mi familia y por tener que irme lejos, muy lejos de ellos.

—¿Quién es esta mujer tan bella?

Aquella voz me sorprendió.

—¡Profesor Miró! No puedo creer que estés aquí.

—Por supuesto, Helena, no podía perderme tu boda. Claude sabía que yo estaba en Londres y me lo dijo esta mañana. Mi mujer no está, pero por lo menos tienes a dos personas como testigos de vuestra boda. Por cierto, he conocido a tu futuro marido, un magnífico ejemplar.

—¿Te refieres a...?

—Sí..., puedo ver lo que es. Jamás había visto algo igual. Es algo único, Helena, te lo aseguro.

—¿Puedes ver su forma de perro?

—Bueno..., para ser sinceros, veo su forma de gato y de perro. No sabía que existieran criaturas como él. Me pregunto... Bueno, ahora da igual, la boda va a comenzar. Y ese muchacho tuyo está en el altar algo nervioso rodeado de desconocidos.

—Profesor..., antes de entrar, dime qué raza es —le imploré.

—Está bien..., es un mastín del pirineo, son fieles, protectores, fuertes, grandes, bueno eso es obvio con tal solo mirar a ese muchacho, nobles, inteligentes y muy valientes.

—¿Y su raza de gato?

—Bueno, es un gato muy interesante también, sin duda tiene buenos genes.

—Disculpe señora. —Un fotógrafo nos interrumpió—. Me han encargado hacer una foto a la novia antes de que entre en la iglesia.

¿Sería aquel el fotógrafo de la tienda?

—Oh, sí, por supuesto —repuso el profesor apartándose a un lado.

—Profesor..., tienes que entrar antes que nosotros —le indicó Claude.

El Profesor, después de asentir, entró en la iglesia.

Lo de averiguar la raza de gato de Roberto tendría que esperar a más tarde, ahora tenía que centrarme en mi propia boda. Me agarré del brazo de Claude y cuando comenzó a sonar una música suave de órgano cruzamos el arco de la entrada. La iglesia estaba completamente abarrotada de gente.

—*Esta gente ha venido a misa y se ha encontrado con una boda. A juzgar por cómo te miran, están asombrados. Los hombres no te quitan ojo y no me extraña, Helena, estás preciosa* —me dijo Claude a través del pensamiento mientras caminábamos hacia el altar.

—*Gracias, Claude, gracias por organizar esto y tomártelo con tanto interés.*

—*¿Cómo no? Eres mi melliza, haría cualquier cosa por ti. Aunque..., hay una cosa que no haré. No te vigilaré en tu noche de bodas, de eso ya se puede encargar tu marido.*

—*No te preocupes, no tendrás que hacerlo.*

A medida que avanzábamos por el pasillo central, me daba cuenta del estado de nervios de Roberto, sin embargo, en cuanto nuestras miradas se encontraron, pareció relajarse. Cuando llegamos a su altura, su cálida y áspera mano envolvió la mía y su mirada tierna e intensa me arropó. Estaba en casa.

Apenas una hora después, Roberto y yo estábamos de vuelta en la casa. Claude nos había comentado que se iría a cenar con el profesor y que volvería al día siguiente por la tarde para que pudiéramos dormir un poco. Se suponía que Roberto tendría que vigilarme durante las más de doce horas que teníamos por delante, aunque me daba la impresión de que era poco tiempo, al fin y al cabo necesitábamos mucho para conocernos íntimamente. Apenas habíamos intercambiado unos pocos besos y ya éramos marido y mujer.

—Helena..., debo contarte algo.

—Ahora no, Roberto —le dije, y me di la vuelta para que pudiera desabrocharme el vestido. No tenía ganas de hablar, necesitaba que me besara, que me desnudara, perderme en su maravilloso olor a hombre.

Pude sentir sus ojos clavados en mi vestido y después como, a medida que desabrochaba los corchetes, se perdían en mi espalda desnuda; cuando el vestido se deslizó hasta el suelo sus ojos se posaron en mi trasero. Mientras empujaba mi ropa interior hacia abajo, Roberto exclamó algo en español. No tenía ni idea de lo que había dicho, todavía no conocía ese idioma, pero me dio la impresión de que le gustaba lo que veía. Después me acarició los

hombros y los brazos y sus cálidas manos rodearon mi cintura. Sonreí cuando me abrazó con fuerza y sentí la presión de su miembro. Su boca se perdió en mi cuello y un escalofrío de placer recorrió cada poro de mi piel. Entonces Roberto me giró con suavidad y me contempló.

—Helena... —dijo tan solo, como tantas veces que decía mi nombre por el simple placer de pronunciarlo. Era algo que me encantaba.

No hacían falta las palabras. Me acerqué a él y también me deshice de su ropa, contemplando su hombría y su esplendorosa desnudez; era perfecto, a excepción de aquellas marcas que cubrían su pecho y su espalda. Aún recordaba cómo se me había encogido el corazón la primera vez que las había visto, pero ya no me provocaban ese sentimiento, aquellas marcas eran parte de él y por eso las adoraba.

Por fin pude hacer algo que soñaba con hacer desde que había contemplado su torso desnudo, besé aquellas marcas y las lamí como una auténtica gata, una a una. Roberto cerró los ojos, a juzgar por los gemidos que profería parecía gustarle. Aún no había terminado cuando Roberto levantó mi rostro con la mano y me besó con fuerza, después me empujó contra la pared, no con demasiada suavidad, igual que aquella noche en la abadía, cuando me había atrapado en mitad de una pesadilla. No entendía muy bien qué me sucedía, pero tenía unas ganas horribles de salir corriendo a pesar de que lo que más deseaba era sentirlo dentro de mí. Sin embargo, el indomable deseo de huir de él era superior a cualquier otra cosa, de modo que conseguí zafarme del peso de su cuerpo y me escabullí. Me refugié en el salón, detrás del sofá. Sabía que era un escondite pésimo, pero no encontré otro mejor.

Un segundo después Roberto apareció en el umbral de la puerta y me dedicó una mirada lobuna que hizo que me estremeciera. Seguía sintiendo la incomprensible necesidad de escapar. Casi de un salto, Roberto me alcanzó y volvió a empujarme contra la pared, esta vez con más suavidad. Me acorraló con su cuerpo, con sus brazos, con su boca, y ya no fui capaz de volver a escapar. Su cercanía me hacía delirar y mi necesidad de él era asfixiante. Lo rodeé con mis piernas y por fin lo sentí dentro de mí.

Cuando terminamos, me besó en la frente.

—Oh, Dios, Helena, cuánto te echaba de menos.

—Quizá deberías explicarme de una vez qué significa eso.

—Era justo de eso de lo que quería hablarte antes de...

—Oh.

—Vayamos a la cama —propuso cogiéndome de la mano y llevándome

a lo que había sido mi dormitorio la noche anterior.

Cuando me tumbé, Roberto desapareció. Volvió unos minutos después con dos copas de champán y un bol lleno de fruta y frutos secos.

—La cena... No es mucho, pero por lo menos nos servirá durante un rato.

—Delicioso, Roberto —comenté al probar el champán.

—Veamos..., por dónde empiezo. Sé que debes pensar que estoy loco por todos los comentarios que hago sobre lo mucho que te conozco, pero supongo que a estas alturas tú también estarás de acuerdo en que, de alguna forma, estás relacionada conmigo, si no, no habrías conseguido ver el mensaje oculto en el libro que me dejaron mis padres ni habrías encontrado el cofre en el agua...

—El cofre lo encontraste tú —puntalicé.

—No, lo encontré gracias a ti, tú me guiaste hasta él. Y tampoco hubiera sido capaz de abrir el cofre, se abrió cuando tú..., cuando confesaste tus sentimientos hacia mí. Mi madre tenía razón, tú eres mi ángel de la guarda. —Me acarició la mejilla—. Mi ángel...

—Pero... eres tú el que me ha salvado la vida dos veces.

—Oh, Helena, tú me la salvaste mucho antes, hace tres años. Sin ti no hubiera sobrevivido a aquello.

—¿De qué estás hablando? —le pregunté confusa.

—Verás, hace tres años me atraparon los alemanes. Tenía la misión de destruir unos puentes al norte de Francia para evitar su avance. Fui con dos suboficiales a mi cargo, pero antes de que pudiéramos actuar, caímos en una emboscada de los alemanes. Mis compañeros consiguieron escapar, pero yo no. Luego me alegré de que solo me hubieran capturado a mí, ellos no habrían podido sobrevivir a aquello.

—No entiendo cómo no pudiste escapar, las criaturas somos rápidas.

—Pero según lo decía comprendí que, en realidad, se había dejado atrapar para que sus compañeros pudieran huir—. Oh..., entiendo, los dejaste marchar.

—Sí, tenía que hacerlo, ellos tenían familia, yo no. Me torturaron durante días... —Lo miré horrorizada—. Sí, Helena, estas marcas me las hicieron ellos. El día que abriste el cofre recuperé la memoria sobre mi infancia..., pero recordaba perfectamente todo lo demás y, sobre todo, cómo te conocí.

Roberto se bebió la copa de champán de golpe y yo lo imité.

—Cada vez que me dejaban inconsciente soñaba contigo, pero era algo más que un simple sueño, era real, tú eras real, nuestro amor también. Soñé tanto contigo que te conozco mucho, Helena, he hecho el amor contigo cientos de veces, conozco tu cuerpo desnudo a la perfección, este lunar que tienes aquí —dijo señalando un lunar que tenía debajo del pecho derecho— no es la primera vez que lo veo. He escuchado tu voz, me he reído contigo, hemos hablado durante horas..., sé que es muy extraño, pero aquello fue de verdad, tan real como la vida misma.

—Te creo, Roberto, pero no entiendo por qué dices que yo te salvé.

—Helena..., gracias a ti sobreviví, fui fuerte, pasé por aquello porque quería encontrarte. Si no hubiera soñado contigo..., no habría podido soportarlo. Fuiste tú, te lo aseguro, la que consiguió que siguiera adelante. En cuanto pude salir al exterior, conseguí escapar de ellos gracias a mi magia..., pero no conseguí salvarle la vida a ese pobre muchacho...

—Carlos me contó que apareciste con un chico en brazos, pero... ¿qué le pasó?

—Fue horrible, Helena, no soy capaz de contártelo ahora..., pero su muerte siempre me pesará.

Su voz se había hecho más profunda y tenía la mirada baja. Pero hizo un gesto brusco con la cabeza, como intentando sobreponerse.

—Después de eso me convertí en espía. Lo tenía fácil por mi conocimiento de los idiomas, que me permitió hacer muy bien mi papel de alemán. Además, como había hecho la carrera militar, ascendí muy rápido.

Aquello me sorprendió, siempre me había preguntado a qué se dedicaría Roberto y jamás hubiera pensado que fuera un militar.

—Después de sufrir aquella tortura, había dos cosas que tenía claras; quería acabar con los alemanes, pero sobre todo quería encontrarte a ti, Helena. Cuando estaba a punto de tirar la toalla, cuando ya pensaba que era imposible dar contigo, te encontré en ese control.

Aún podía recordar la primera vez que lo había visto, me había dado tanta rabia sentirme atraída por un alemán...

—Roberto..., yo... también he sentido desde el principio que te conocía de algo, Aunque no te había visto nunca antes, siempre me has resultado familiar, tu voz, tu forma de tratarme...

—Quizá nos conocimos en otra vida... O quizá fue obra de mi madre, sabía que me enamoraría de ti y por eso me mandó aquellos sueños... De cualquier manera, soy muy feliz porque eres mi mujer, el hombre más feliz de

la tierra.

Me besó y apartó el bol de frutas, después se tumbó sobre mí y yo me perdí de nuevo en su calidez.

Roberto se despertó sudoroso, confuso, como perdido. Algo no le cuadraba. En el momento en que se dio cuenta de lo que era, con un brinco gatuno, saltó de la cama como un resorte. ¡No debía haberse dormido!, eso era lo que no cuadraba. Lo que provocó que su corazón se pusiera a mil por hora fue el hecho de que Helena no estuviera junto a él en la cama. ¡Qué estúpido había sido! El día anterior Claude había ido a hacer el relevo para que Helena y él pudieran dormir un rato, pero él le había pedido a su recién estrenado cuñado que vigilara a Helena mientras dormía porque él debía hacer unas gestiones. Estas habían salido mejor de lo que pensaba, pero le habían llevado más tiempo del previsto, por lo que, cuando llegó a casa, Claude ya tenía que marcharse y él no había podido recuperar sus horas de sueño. Helena no sabía nada, no quería que se sintiera culpable. Además, no le habría importado aguantar unas cuantas horas más sin dormir siempre y cuando pudiera disfrutar de hacer el amor con su preciosa mujer, no se cansaba de amarla y de hablar con ella.

Le reconfortaba la idea de tener una misión que cumplir en el Himalaya y no tener que huir como un ciudadano cobarde. Después de explicarle al general Dumont una historia creíble de por qué había tenido que abandonar Francia sin previo aviso y de sugerirle que quizá pudiera serle de ayuda en la India, Dumont le había propuesto que fuera a hablar con un colega de la inteligencia inglesa. Todavía no había tenido tiempo de contárselo a Helena.

Pero en ese momento lo que de verdad le preocupaba era que ella hubiera desaparecido. No se podría perdonar el haberse dormido.

El aroma de Helena lo llevó hasta la ventana. La abrió con el corazón en la boca. Era obvio que Vincent se había vuelto a meter en su mente y quizá su intención fuera que Helena se suicidara, ya que, en cuanto asomó la cabeza por la ventana, supo que Helena estaba en el tejado. Inspeccionó la estrecha calle en busca de algún posible testigo, pero a las cuatro de la mañana y con aquella fina pero molesta lluvia no había ni un alma.

Trepó por la pared a toda velocidad y, cuando estaba a punto de

alcanzar el tejado, apareció Helena, vestida con un simple camisón blanco a través del cual se podían distinguir sus pezones duros y, al igual que él, descalza. Le dio una patada con intención de hacerlo caer, pero él se mantuvo aferrado a la cornisa. Sabía con certeza que no era ella la que estaba actuando, pero también se temía que no tendría más remedio que hacerle daño. De modo que soltó una de las manos y tiró de un pie de Helena, haciéndole perder el equilibrio. Ella hizo un quiebro gatuno y dio una voltereta, cayendo de pie un par de metros más atrás. Roberto tuvo tiempo por fin de completar el ascenso, horrorizado por la posibilidad de haber podido hacer daño a su propia mujer. Al incorporarse, Roberto sintió que le faltaba la respiración cuando vio que Helena empuñaba un arma. La reconoció enseguida, era de Claude; se preguntó cómo habría llegado a sus manos.

Debía actuar con rapidez, puesto que aquel gato no tendría ningún reparo en dispararle, aunque no entendía de qué le serviría muerto. Sin embargo, no hizo falta que arriesgara su vida, una sirena comenzó a sonar en la ciudad informando de un inminente ataque alemán y Roberto aprovechó para abalanzarse sobre ella y levantarle el brazo. Nadie oyó aquel único disparo, ya que el sonido de la alarma era ensordecedor. Lanzó el arma lejos de ellos.

No podría ir con Helena en aquel estado hasta un refugio o hasta el metro, de modo que tan solo se le ocurrió abrazarla y besarla con el único fin de expulsar al Viejo de su cabeza. Helena se resistió durante unos minutos, pero Roberto no cejó en su intento de recuperar a su mujer y al final notó como Helena le devolvía el beso, después sintió su cuerpo inerte en sus brazos; había perdido el conocimiento, como siempre que Vincent se alejaba de su mente. Había ganado la batalla contra el gato.

La sirena había sido activada porque se acercaban varios aviones enemigos. Roberto podía sentir que iban directos hacia donde estaban ellos y cada vez los oía más cerca, de modo que cargó el cuerpo de Helena sobre sus hombros y descendió por la fachada. Tan solo tenían unos segundos antes de que aquellos aviones descargaran sus bombas sobre ese mismo edificio.

Justo cuando posó los pies desnudos en el suelo, Helena se despertó. Roberto la agarró de la mano y buscó con la mirada un lugar donde refugiarse.

—¡Una niña! —exclamó Helena señalando una figura oscura y pequeña que sujetaba una muñeca y llamaba desesperada a su madre.

Ni siquiera pudo advertir a Helena de lo que iba a suceder, quizá incluso ella lo hubiera sentido igual que él, pero salió corriendo hacia la niña sin importarle lo peligroso que era y Roberto la siguió. La atrapó a las dos y

las protegió con su cuerpo antes de que las bombas estallaran.

A la desesperada Roberto murmuró unas palabras, «A bulla aquae adversariorum nos conflagant», y sopló sobre sus manos hacia un charco de agua. Como había deseado, una gran burbuja de agua los protegió justo a tiempo de la explosión, aunque Roberto no tenía ni idea de si podría soportar el impacto de todos los trozos del edificio que comenzaron a saltar hacia todas partes. Vio reflejado en los ojos de Helena, que se había girado para observar el horrible espectáculo, como miles de fragmentos de hormigón, hierro y cristal chocaban contra la burbuja sin llegar a romperla. La niña permanecía oculta entre sus cuerpos y no podía ver nada de lo que estaba sucediendo, lo que alegraba a Roberto; nadie debía saber que era un hechicero.

Esperaron unos minutos que les parecieron horas. Helena le decía palabras de consuelo a aquella niña, que no había dejado de llorar desde que comenzó el estruendo. Cuando Roberto sintió que no habría más derrumbes, dejó de concentrarse en su conjuro y la burbuja desapareció. Agarró a Helena de la mano y ella a su vez cogió la mano de la pequeña y salieron corriendo. La ciudad se había sumido de pronto en un silencio sobrecogedor que rompió la niña.

—¡Mamá!

La pequeña salió corriendo detrás de su madre.

—Deberíamos ayudar en el rescate... —dijo Roberto antes de tirarse al suelo, derrumbado.

—Estás agotado, Roberto, has hecho algo asombroso y tu habilidad te ha debilitado. Descansa, yo iré a ver si puedo echar una mano. Hay gente atrapada ahí dentro.

—¡Espera, Helena! No pienso dejar que te metas en ese edificio sin mí, puede ser peligroso. Tan solo dame un minuto, me recuperaré.

—Gracias —dijo, y lo besó—. He perdido la cuenta de las muchas veces que me has salvado la vida.

Roberto la sentó sobre sus piernas.

—En mi sueño..., viví este momento, ¿sabes?

—¿Te refieres a este bombardeo?

Asintió.

—Te dejaba entrar en ese edificio sola y...

—¿Qué?

—No te encontraba hasta dos días después, en un hospital, herida. No pienso dejar que eso suceda.

—Por eso alguna vez has dicho que era demasiado valiente.

—Ajá.

—Pero debemos ir. —Helena señaló el camión de bomberos y la ambulancia que acababan de aparecer—. Nosotros encontraremos a los que están atrapados antes que ellos.

—Sí, vayamos, pero esta vez juntos. No quiero perder a mi ángel —dijo Roberto acariciándole el rostro—. Mañana, con suerte, cogeremos un barco que nos llevará lejos de aquí y el Viejo ya no tendrá acceso a tu mente.

Helena le sonrió.

—Mi hermano está bien y el profesor también, acabo de hablar con Claude.

Era una suerte que su mujer pudiera comunicarse con su familia con el pensamiento, Roberto deseó poder hacerlo también con ella.

19. Dom. Lucha de hechiceros

De camino a Santiago de Compostela. Julio.

—Mejor conduzco yo —dije entrando en mi coche.

Mi tío había sugerido conducir él mientras yo lo guiaba utilizando la luz que salía de la moneda de oro y que indicaba el camino que debíamos seguir, pero aquello habría acabado con mis nervios, Eugène conducía como un abuelo.

Eugène se rio.

—¿Sabes que tú y Hans no sois tan diferentes después de todo?

—¿A qué te refieres?

—Nada..., tan solo es una tontería con respecto a tu último pensamiento.

—No me parezco a ese... —Iba a decir perro de forma despectiva, pero acababa de salvarle el cuello a ese perro—. No me parezco en absoluto a él.

Una cosa era que fuera el marido de mi prima y que les hubiera echado una mano, pero de ahí a que nos pareciéramos o que llegáramos a llevarnos bien había un abismo.

—Por cierto, Dom..., gracias por ayudar a Val y a Hans.

—Oh, no hay de qué. —Lo miré con curiosidad—. Tú no llegaste a pensar que os había traicionado, ¿verdad?

—Por supuesto que no, confío en ti, eres un Chatte de pura cepa. Además, ya sabes que te quiero como a un hijo..., el hijo que nunca tuve.

Aquello me había llegado al corazón, pero en ese momento no pude decir nada.

—En fin, cuéntame cómo sabes que Roberto está vivo.

—Yo... yo también te quiero como a un padre. —Eugène me puso la mano en el hombro durante un segundo.

Eugène siempre me había ayudado, apoyado, enseñado, y, cuando mi madre se fue para siempre, a pesar de que para él era igual de duro, siempre había estado a mi lado. Quizá en aquel momento no se lo había agradecido, era muy joven y estaba demasiado hundido como para valorarlo.

Busqué la nota en el bolsillo de mi vaquero y se la tendí.

—Tienes que ponerla mirando hacia la luna llena para poder leerla. Supongo que como ya no hay luna llena, no podrás hacerlo.

—Sí puedo, Dom.

—¿En serio? Asombroso...

Le di unos minutos para que pudiera leer aquella nota que a esas alturas me sabía de memoria.

Dom, soy Roberto Salvador. Ya sé que no te agrado, pero esto que te voy a pedir no es solo por mí, te lo aseguro. Es hora de que el mundo de las criaturas nos acepte a personas como yo, Dom, y tú puedes hacer que cambie el mundo. Por favor, hazlo por tu madre, a ella le gustaría, se sentiría tan orgullosa de ti... Deberíamos comenzar una nueva etapa sin secretos, aceptar lo que somos y lo que podemos aportar cada uno. Creo que esto ayudaría a la familia entera. Y sí, me refiero a la familia Chatte. Si aceptas este reto, si no te da miedo, porque no niego que pueda ser peligroso para ti, vete a ver a Sara, la meiga de Santiago (adjunto su dirección). Ella podrá explicarte más en detalle. Sé que si decides hacerlo, sabrás lo que tienes que hacer. Tienes los medios a tu disposición para encontrar lo que necesites. Suerte y gracias.

Roberto.

Roberto debía conocer el ingrediente, o más bien la palabra, que me hacía reaccionar a menudo: miedo. Aunque en realidad lo había hecho por mi madre, se lo debía y quería que se sintiera orgullosa de mí, aunque no pudiera verme.

—¿Qué te contó esa meiga?

—Que Roberto lleva escondido desde que se fue de Francia durante la guerra. Desde entonces ha estado utilizando su magia para borrar sus huellas, su existencia. Al darse cuenta de lo peligroso que era ser diferente, pensó que sería lo mejor hasta que el mundo cambiara. Según Sara, el momento ha llegado. Yo... en realidad no sé si he hecho lo correcto contando nuestro secreto. ¿Tú qué opinas? ¿Será beneficioso o será incluso peor?

—Bueno, los abuelos te han apoyado y ambos saben lo que hacen.

—Ellos lo han hecho por Val, por el hijo que lleva dentro. Temen por él.

—Sí, lo entiendo. No sé lo que pasará, Dom, tendremos que ver cómo se desarrollan los acontecimientos, pero lo que es evidente es que habrá cambios.

—¡Oh, vaya! —exclamé al darme cuenta de hacia dónde íbamos—. Si no me equivoco, vamos directos a la cabaña de la meiga. Supongo que Roberto está allí, si no, la moneda no me llevaría por este camino.

—Estupendo, siempre he querido conocer a una meiga.

No sabía si mi tío lo decía en serio o en broma.

Media hora después aparcaba en el mismo lugar que la última vez que había estado allí. Me pregunté si la bonita Áurea estaría en casa de su madre, pero no podía captar su aroma.

En ese momento me di cuenta de que no eran horas para presentarse en casa de nadie, eran más de las cuatro de la mañana.

—¿Crees que realmente estará aquí? No parece que haya ni un alma —comentó Eugène.

—La luz de la moneda se ha apagado al llegar aquí..., pero es cierto que no se oye nada ni huele a...

—Buenas noches. —La voz de Sara nos sobresaltó. ¿Cómo era posible? No era fácil coger por sorpresa a dos gatos, pero era cierto que en ese momento no podía captar su aroma.

—Buenas noches, Sara, perdona que vengamos a estas horas.

—Está junto al río —dijo simplemente.

—¿Te refieres a...?

—Sí, a Roberto. Pero creo que no es buen momento.

—Iremos a verlo, será un segundo. Por cierto, este es mi tío Eugène.

No contestó, tan solo señaló la dirección del río. Ambos entendimos perfectamente la indirecta, de modo que proseguimos nuestro camino. ¿Qué habría querido decir con que no era buen momento?

Todavía no podía creer que fuera a volver a ver a Roberto, ni siquiera sabía si estaba preparado para ello, después de todo, él tenía la culpa de que mi madre hubiera muerto.

—*Allí está, Dom, esa figura oscura en cuclillas junto al río. Por favor, Dom, compórtate, deja que yo hable primero.*

—*Lo intentaré, pero no prometo nada.*

Sentí un escalofrío cuando aquellos ojos negros se giraron para mirarnos, había olvidado por completo la intensidad de su mirada. No había cambiado demasiado, a excepción de alguna arruga poco marcada alrededor

de los ojos y un aire de sabiduría que tan solo te da el paso del tiempo. Me preguntaba qué habría estado haciendo todos estos años, aparte de esconderse del mundo. No parecía estar esperándonos, de hecho vislumbré un gesto de sorpresa mezclado con temor. Hacía bien en tenerme miedo, tenía unas cuantas cosas que decirle al hombre que me había robado a mi madre.

—Dom,..., Eugène..., un placer volver a veros. Pero no es un buen momento, debéis marcharos inmediatamente.

—¿Qué? ¿Así nos das la bienvenida después de que hemos venido a hablar contigo? —protesté.

—No lo entendéis... —dijo mirando hacia ambos lados como si estuviera esperando a alguien más—, es peligroso que estéis aquí. No debíais haber venido tan rápido, no hasta que... —Los tres nos giramos al oír una respiración a unos kilómetros de distancia, era un gato y el aroma me resultaba familiar.

Iba a comentarlo cuando Roberto comenzó a murmurar unas palabras, supuse que en latín. Después sopló sobre sus manos. Una fuerza desconocida, como una ráfaga de viento huracanado, nos empujó a ambos hacia los árboles. Antes de que pudiéramos darnos cuenta, una película trasparente y acuosa nos rodeaba. Eugène y yo nos miramos extrañados y los dos tocamos aquella pegajosa sustancia que nos impedía salir. ¡Ese maldito perro nos había atrapado! ¿Qué pretendía?

—*¿Qué diablos hace Roberto?*

—*Mira, Dom..., hacia la derecha.*

Entonces lo vi. Y en ese momento entendí a qué se había referido Roberto con que no era un buen momento.

—*Creo que solo intentaba protegernos. No podemos oír, con lo que supongo que ellos tampoco nos pueden oír y seguramente seamos invisibles. Roberto nos ha escondido debajo de esta..., esta burbuja pegajosa.*

—*¿No puedes escuchar sus pensamientos?*

—*No, desde aquí no.*

Nunca pensé que volvería a ver a aquel gato, a Vincent Astic, el *Viejo*. Ni siquiera comprendía cómo podía recordar su nombre después de tanto tiempo.

—*Este gato es un hechicero, igual que Roberto, y es muy poderoso. Supongo que tendrán que saldar cuentas pendientes. Él fue quien casi me mata, el que me pegó un tiro en la cabeza* —me explicó mi tío.

—*¿En serio fue él? Siempre pensé que había sido un perro.*

Ambos nos quedamos hipnotizados con la escena que se desarrollaba ante nuestros ojos. Roberto estaba furioso, sin embargo el gato parecía divertirse a su costa y no dejaba de reírse; a pesar de que no podíamos oír nada, podía imaginarme perfectamente el sonido de su diabólica risa. ¡Ojalá pudiera oír lo que hablaban! Eugène creía que Roberto nos había escondido dentro de aquella burbuja para protegernos, pero quizá hubiera más, tal vez quería ocultarnos algo.

Cuando ambos comenzaron a luchar, olvidé mis recelos, aquella sería la primera batalla de hechiceros que presenciaba y estaba fascinado. Fue Roberto el primero en atacar, lanzándole una ráfaga de agua del río tan fuerte que el gato se estrelló contra un árbol.

Por lo menos el Viejo ya no reía, sino que lo fulminó con una mirada gélida, llena de odio, antes de arrojarle una lluvia de afilados dardos. Roberto reaccionó a tiempo, creando a su alrededor una especie de película pegajosa parecida a la que nos tenía prisioneros; después contraatacó con una tormenta de arena que dejó inmobilizado al gato. Roberto, quien demostraba claros signos de cansancio, aprovechó el momento de tregua para apoyar los brazos en las rodillas e intentar recuperar el aliento. Las criaturas con habilidades tan físicas como las de Roberto podían debilitarse si usaban su habilidad con tanta potencia y durante demasiado tiempo seguido.

El gato no tardó en librarse de aquella fina arena y lanzó un conjuro que no comprendimos hasta que vimos que Roberto no podía mover las manos y las tenía pegadas al cuerpo, como si una cuerda invisible lo tuviera prisionero, después le lanzó una oleada de mortales puñales. Si Roberto no conseguía deshacerse de ese hechizo, moriría acuchillado por esos puñales voladores. Eugène golpeó la burbuja, supuse que con la intención de ayudarlo, pero fue en vano.

No apreciaba especialmente a Roberto, pero tampoco quería verlo morir, y menos a manos de aquel gato traidor. Por ello, cuando un remolino de viento y hojas, como una especie de tornado que surgía de la nada, cambió la trayectoria de aquellos puñales, sentí un cierto alivio. Como consecuencia del pequeño desastre natural, el gato salió despedido unos metros, chocando estrepitosamente contra una piedra. El Viejo parecía fuera de juego, por lo menos a simple vista.

Tanto Eugène como yo nos sorprendimos cuando Sara apareció junto a Roberto para liberarlo de aquellas ataduras mágicas. Enseguida sentí aprecio por ella, era una mujer valiente que se había arriesgado por salvar a Roberto,

cuando aquella lucha seguramente no tenía nada que ver con ella.

Roberto acababa de incorporarse cuando el gato salió volando hacia ellos —no sabía que los gatos pudieran volar, pero aquel gato estaba suspendido en el aire, como si unas cuerdas mágicas lo sostuvieran— apuntándoles con una escopeta de caza. Aquello era caer muy bajo, se suponía que era una lucha de hechiceros, no una lucha armada; aunque no sabía por qué me sorprendía, en todo momento aquel gato había utilizado armas contra sus adversarios. Roberto tuvo buenos reflejos y, antes de que el gato disparara, creó a su alrededor una barrera acuosa en forma de muro parecida a la nuestra. Desgraciadamente, justo en ese momento, Roberto, debilitado por tal despliegue de magia, perdió el equilibrio y nuestra burbuja protectora comenzó a agrietarse.

Fue entonces cuando el Viejo volvió su gélida mirada hacia nosotros, descubriéndonos; ya no teníamos escapatoria, estábamos completamente expuestos. Apuntó con el arma a Eugène, pero me vi realizar un acto heroico. Cerré los ojos sabiendo que moriría, podía oír perfectamente la trayectoria de la bala y venía directa hacia mí, a cámara lenta. Mientras aquella bala recorría los escasos metros que había entre nosotros, tuve incluso tiempo de dedicar mis últimos pensamientos a dos personas: a mi madre y a la bella hechicera de ojos avellana, Áurea. Era una pena que después de todo no pudiera invitarla a cenar.

Un segundo después decidí abrir los ojos, no creía que una bala tardara tanto en llegar, y me encontré con la acuosa y pegajosa burbuja protegiéndonos de nuevo. Era obvio que me había perdido los últimos movimientos de la lucha mágica, ya que el que yacía inerte en el suelo era el Viejo. Roberto se había derrumbado sobre la verde pradera, completamente exhausto. La burbuja se rompió por fin.

Sin embargo, aquella no fue la última sorpresa de la noche; Eugène cogió el cuerpo moribundo del gato y lo degolló con las uñas sin darle a Roberto la oportunidad de hacerlo él mismo.

—Así ya no volverá a molestarnos.

Roberto lo miró asombrado.

—Gracias —musitó casi sin aliento.

—En una ocasión tú mataste por mi familia —le dijo—, hoy lo he hecho yo por ti. ¿Estás bien?

Asintió.

—Solo está cansado, necesita recuperar fuerzas —intervino Sara—.

Ayudadme a llevarlo a mi casa.

Cuando nos agachamos para recogerlo, Roberto ya había perdido del todo la consciencia.

—Al intentar mantener tantos conjuros al mismo tiempo se ha resentido, casi muere por eso.

—¿Te refieres a mantener activa la burbuja que nos protegía? — pregunté admirado.

—Sí, nunca había visto mantener un hechizo tan poderoso mientras se lanza otro igual o incluso más potente, Roberto es un hechicero asombroso. Por encima de todo, no quería ponerlos en peligro a ninguno de los dos.

Sara tenía razón, le debía la vida a Roberto; si no hubiera sido por él, estaría muerto a esas alturas. Una vida por otra, la de mi madre por la mía. ¡Pero qué diablos estaba pensando! No creía que lo hubiera hecho para compensarme por haber perdido a mi madre. Además, jamás podría resarcirme de ninguna manera, de eso estaba seguro, ni siquiera con mi propia vida.

—¿Qué hacemos con el cadáver? —pregunté.

—Tirarlo al río, aunque no aquí. Llevemos a Roberto a la cabaña, después tú y yo lo llevaremos más lejos.

—No os preocupéis, lo haré yo —intervino Sara, que en el acto levantó las manos.

Al segundo una suave brisa levantó el cuerpo en el aire y lo echó al agua sin apenas hacer ruido. Una pequeña ola lo alejó corriente abajo.

—¡Increíble! —exclamé en voz alta sin darme cuenta.

—Vayamos a casa —dijo Sara con la calma dibujada en el rostro, como si lo que acababa de hacer no fuera nada del otro mundo.

Tumbamos a Roberto en el sofá que había en la estancia principal y Sara le puso cariñosamente una manta por encima. ¿Mantendrían aquellos dos una relación sentimental? Sería lo más normal, después de todo Roberto era viudo desde hacía muchos años, y Sara, aunque parecía mayor que él, seguía siendo muy hermosa. Ese pensamiento hizo que recordara a Áurea.

—¿Está tu hija Áurea por aquí?

—Oh, no, ya se fue a su casa. Estaba de pasada.

—¿Sería mucho pedir que me dijeras dónde puedo encontrarla? ¿Vive en Santiago?

—¿Santiago? No, chico. Vive mucho más lejos.

—Verás, me gustaría invitarla a cenar un día de estos..., cuando acabe

todo esto. —Hice un gesto hacia Roberto.

Sara se rio muy fuerte.

—Bueno, si quieres invitarla..., supongo que tan solo tendrías que hacer un pequeño viaje.

—¿Un viaje? ¿Dónde vive?

—En un pueblo de Italia, se llama Camogli.

—Oh..., Italia —murmuré algo desanimado.

Me pillaba un poco lejos. Salir con ella iba a ser mucho más complicado de lo que pensaba, lo mejor sería quitármela de la cabeza, aunque no sabía si podría.

Mi tío se aclaró la garganta.

—Sara..., ¿te importaría explicarnos qué es lo que ha pasado ahí fuera? Parecía como si Roberto estuviera esperando a ese gato.

—Oh, sí, estaba esperándolo —contestó Sara.

Se levantó y se encaminó hacia la cocina, que estaba perfectamente mimetizada en aquella sala.

—Os prepararé un café —dijo cogiendo una cafetera—. Él sabía que vendría en cuanto deshiciera el hechizo que lo ha mantenido oculto todos estos años. Él lo llama evaporarse —comentó riendo—, ¿no es ingenioso?

—¿Y por qué quería encontrarse con él? —siguió indagando Eugène.

—Bueno..., él mató a su mujer, a tu madre —añadió mirándome—, estaba deseando matarlo...

—¿Él mató a mi madre?

—Bueno, no directamente, pero sí fue la mente pensante.

—Ojalá lo hubiera degollado yo —dije mirando a mi tío.

—Yo tenía más derecho, Dom. Además de que, al parecer, mi hermana muriera por su culpa, ese gato intentó matarme hace unos años. Pero... ¿por qué Roberto ha vuelto ahora?

—Gracias a Dominique, por supuesto, parece que él ha puesto orden en el mundo de las criaturas.

—¿Qué?! —exclamé. Pero no pude seguir hablando, puesto que Roberto se había incorporado de golpe.

En un primer momento nos miró confuso, pero después asintió para sí mismo, como si hubiera recordado dónde estaba y lo que acababa de suceder.

—Perdonadme, me he debido quedar dormido —dijo, y acto seguido se levantó y vino hacia nosotros.

—No tienes que pedir disculpas, son gajes del oficio —dijo Sara

entregándole una taza de café caliente también a él.

Roberto se sentó con tranquilidad frente a nosotros y, antes de mirarnos, dio un sorbo a su café.

—Bien. ¿Cómo me habéis encontrado? —inquirió.

—Por las monedas de oro —contesté.

—Oh, claro, lo había olvidado. ¿Y en qué puedo ayudaros?

Eugène suspiró y fue él quien le contó todo lo que había sucedido, desde el momento que se había casado su hija con Hans hasta mi reciente actuación en el juicio.

—Sabía que lo harías bien, Dominique.

—No estoy seguro de haber conseguido nada.

—Te equivocas. Vale..., entonces, si he entendido bien, necesitáis una prueba de que la fraternidad ayudará a tu hija y a su marido.

—Sí, para que dejen libre a Hans —añadió Eugène—. ¿Puedes ayudarnos?

—Sí, necesitaré un par de días.

—Estupendo. ¿Dom?

—Sí, claro, convocaré el juicio para dentro de dos días, a las doce de la noche.

—Allí estaré —confirmó Roberto.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Roberto, de verdad. Mi hija es...

—Me lo puedo imaginar perfectamente, no tienes por qué agradecerme nada.

Eugène y yo caminamos en silencio hasta que llegamos al coche, cada uno ensimismado en sus propios pensamientos. Para mí había sido impactante volver a ver al marido de mi madre, y no digamos la lucha mágica que había mantenido con aquel odioso gato. ¡Cuánto me alegraba de que estuviera muerto!, aunque me habría gustado matarlo con mis propias manos. No podía creerme que él hubiera sido el culpable de la muerte de mi madre, siempre había culpado a los perros de su muerte, y a Roberto en concreto.

—Dom..., gracias por no haber perdido los papeles.

—Bueno..., yo... ya no sé qué pensar sobre nada. Además, Roberto me ha salvado la vida.

—Además a los dos. Qué razón tenía Roberto con que no era un buen momento para aparecer. Y, por cierto, con respecto a esa chica..., no dejes de invitarla a cenar.

—¿Tú crees? Está tan lejos de aquí...

Mi tío se rio.

—¿Y? ¿Desde cuándo te da miedo viajar? Siempre has sido un nómada, Dom. Llevas viajando desde hace años.

Lo miré asombrado.

—¿Lo sabías? ¿Sabías que estaba viajando?

—¡Pues claro! Edmund me lo contó, lo sabíamos todos, Dom. ¿Tú crees que me hubiera quedado tranquilo sin saber dónde estabas? Ya te he dicho que eres como un hijo para mí.

—Pero..., Edmund me dijo que guardaría el secreto.

—Pero no a su familia, en esta familia no hay secretos.

—¡Venga ya, Eugène! —protesté. Debía estar de broma—. Eso no es cierto.

—Bueno, no suele haberlos.

—¿Los abuelos también lo sabían?

Eugène asintió.

—¿Y fueron capaces de darme aquella intensa charla en Digne? No sabes cómo se pusieron, me hicieron sentir fatal.

Eugène volvió a reírse.

—¿Por qué te ríes?

—Dudo que te sintieras fatal, Dom.

—No sé por qué dices eso. El abuelo me recriminó haber tenido a la abuela preocupada durante quince años. Y ahora me entero de que todo aquello fue una actuación, además magistral. No sabía que supieran actuar tan bien.

—Nos preocupábamos por ti, Dom. Pero sabíamos que estabas bien y siempre sabíamos dónde estabas exactamente, Edmund nos mantenía informados.

—¡Y yo pensando que era independiente! ¡Habéis estado vigilando cada uno de mis movimientos! —Abrí la puerta del todoterreno casi con violencia.

—No es cierto, Dom, tampoco te pases.

—En esta familia es imposible hacer algo sin que nadie se entere. Ojalá pudiera evaporarme, como hace Roberto.

Solamente tuve que mirar la cara de Eugène para que ambos explotáramos en una risa incontrolable, seguramente fruto de las tensiones de los últimos días.

20. Roberto. En el frío más intenso

Monte Everest. Septiembre 1943.

Me desperté en mitad de la noche y me llené con el aroma de Helena. ¡Dios santo!, cómo me gustaba dormir desnudo pegado a ella, incluso a pesar de que no hubiera podido convencerla para que durmiera desnuda. Helena decía que hacía demasiado frío, después de todo ella era un gato y tenía la temperatura mucho más baja que yo. Además, estábamos a más de cinco mil metros de altitud y era cierto que hacía frío.

Tan solo llevábamos quince días de expedición, ya que habíamos tenido que posponerla hasta septiembre, la gente entendida nos había explicado que el verano era época de monzones.

Todavía recordaba a la perfección la conversación que habíamos tenido Helena y yo cuando nos embarcamos en aquel carguero hacía ya casi cuatro meses. Nadie debía saber quiénes éramos y cuál era nuestra misión, aunque en realidad a nadie del carguero le importábamos lo más mínimo, tan solo tenían instrucciones de dejarnos en el puerto de Bombai. En cualquier otra época no hubiera parecido extraño que una pareja recién casada se embarcara, pero en el momento en el que vivíamos, en plena guerra, era muy extraño que un hombre sano y joven como yo viajara hacia la India.

En otras circunstancias, el hecho de tener que estar prácticamente cautivo en aquel camarote reducido hubiera acabado con los nervios de cualquier criatura, sin embargo, la idea de pasar unos días retozando junto a mi gatita preferida era de lo más alentadora. Después de todo, acabábamos de casarnos y lo que más deseábamos era seguir conociéndonos, o mejor, que Helena me conociera, yo la conocía de sobra.

—¿Semillas? ¿Vamos a buscar semillas en el Himalaya?

—Yo soy un ilustre botánico inglés y tú, por supuesto, mi preciosa esposa francesa, una experta geógrafa que se va a ocupar de medir las variaciones del campo magnético del Himalaya.

—Estás de broma... —Después se fijó mejor en mi mirada y cambió de idea—. No, no lo estás. ¿Variaciones del campo magnético? No tengo ni la menor idea, Roberto.

—Eres profesora, sabes mucho más de lo que piensas.

—Maestra de niños y, sobre todo, profesora de dibujo.

—Lo harás muy bien. Además, antes de adentrarnos en la montaña, conoceremos a expertos de verdad que trabajan para la inteligencia inglesa, ellos nos explicarán lo que tendremos que saber.

—¿Y cuál es nuestra misión real? —dijo mientras acariciaba mi pecho desnudo. A Helena parecía gustarle esa zona herida de mi cuerpo, siempre la acariciaba o la llenaba de besos dulces, como si pudiera borrar la razón por la que estaban allí. Si había alguien que pudiera curar mis heridas, era ella.

—Encontrar wolframio.

—¿Wolframio? ¿No es un mineral que se utiliza para...?

—Sí, se usa para hacer armas.

—Oh..., entiendo.

—Eso es lo que haremos en el Himalaya, buscar ese mineral.

—Pero... ¿hay indicios de que haya en esa zona?

—Sí, eso parece. Tengo que investigar si lo hay en grandes cantidades. En esta época de guerra, es un bien muypreciado.

—¿Acaso eres geólogo?

—Algo sé, y, como te he dicho, nos darán algo de formación. Debemos parar primero en Calcuta, después debemos ir a Darjeeling. En fin, tenemos un gran trecho que recorrer hasta que lleguemos hasta nuestro destino final. Eso sí, tendremos que representar muy bien nuestro papel.

—¿Por qué no investigan esos expertos que nos van a dar formación?

Me reí.

—Verás..., la persona que me ha encargado esta misión sabe que ninguno de los dos somos humanos. Nadie mejor que criaturas como nosotros para sobrevivir en el Himalaya.

—Y para trepar.

—¡Exacto! Somos los mejor preparados para esta misión, eso sí, no saldremos en ningún libro de historia, incluso aunque consigamos wolframio. Nuestros nombres serán anónimos, en realidad no existimos.

—Entiendo.

—Sabía que lo entenderías perfectamente. Pero... ¿qué opinas? Sé que no es el mejor lugar para un viaje de novios.

—Bueno..., si tengo que decidir entre el Himalaya o matar a mi propio marido porque un gato controla mi mente..., el Everest será un paraíso para mí.

—Eres adorable, Helena. Sin ti no podría hacerlo. Lo único que quiero

es estar junto a ti, no quiero que nos separemos.

Después de lo que me había contado su madre era incapaz de dejarla a solas. Me había costado tanto tiempo encontrarla...

—Por hoy ya basta de conversación seria, prefiero explorar una parte de tu cuerpo, es mucho más interesante que el Everest —dije introduciendo mi mano entre sus suaves muslos.

Helena se rio algo traviesa.

—Pero aquí no encontrarás wolframio.

Estaba comenzando a amanecer. Sonreí al mirar el gracioso gorro rojo que se ponía Helena para dormir. Ambos dormíamos metidos en un estrecho saco de dormir, pero no me importaba la falta de espacio, de esa manera podía calentarla y tenerla lo más cerca posible de mí. Le acaricié la fría oreja que durante la noche se había escurrido fuera del gorro y después se la mordí con suavidad. Helena emitió un sonido entre un ronroneo y un bufido, como si no estuviera segura de si le gustaba que la despertara. Después deslicé el pantalón de su pijama de franela hacia abajo y acaricié su bonito y suave trasero.

—*Mmm* —ronroneó.

—Espero que eso signifique que te gusta.

—*Mmm* —contestó volviéndose y tumbándose boca arriba.

—Lo tomaré por un sí. —Y aproveché para quitarle la parte de arriba del pijama.

Disfruté del placer de acariciar sus bonitos y pequeños pezones. Después la besé y ella me respondió pegándose a mi cuerpo, seguramente buscando calor. Deslicé mis dedos en aquel lugar que tanto le gustaba que investigara y Helena gimió. Parecía impaciente por que la poseyera, pero no lo hice, quería que se volviera más loca todavía y sabía que podría hacerlo.

Pronto me confirmó que estaba en lo cierto montándome ella, incluso a pesar de que el saco de dormir se había abierto y entraba un frío glacial. De cualquier manera nuestros cuerpos, y sobre todo el mío, estaban incandescentes. Era la mejor manera de entrar en calor y comenzar un día en aquella inhóspita y funesta montaña. Cuando por fin me dejé llevar, Helena se desplomó sobre mí.

—Qué madrugador eres —susurró en mi oído.

—Es complicado dormir junto a una preciosidad como tú y no aprovecharse.

Su risa me hizo darme cuenta de lo inmensamente feliz que era junto a ella, incluso aunque estuviéramos en un lugar tan poco romántico como aquel.

—Acabo de acordarme de que hoy tenemos la visita de esos científicos franceses. ¿Vas a acompañarme?

—No, prefiero quedarme aquí haciendo nada. ¡Pues claro que quiero ir! Si me dejas aquí todo el día, me moriré, y no solo de frío.

Sonreí. A Helena le gustaba escalar, incluso aunque fuera en un medio tan extremo como aquel, y necesitaba hacer ejercicio de forma diaria. Siempre salíamos a investigar por las mañanas y no mucho antes de que oscureciera estábamos de vuelta en nuestro campamento. No podríamos quedarnos allí arriba mucho más tiempo y teníamos que concluir con nuestro estudio, que por otro lado, no era demasiado alentador. Había wolframio, pero no en cantidades suficientes como para poder explotarlo.

—¿Has hablado últimamente con tu familia? —pregunté mientras le acariciaba la espalda desnuda.

—Sí, con todos... menos con Dom. Bueno, lo he intentado, pero no me contesta. Está claro que no quiere hablar conmigo.

Aquello me dolía, y no solo por ella, sino también por mí. Sabía que Helena sufría por esa razón, y lo que me afligía era que yo fuera el causante. Desde que le había contado a su hijo que estábamos casados, este había dejado de comunicarse con ella. No quería verla sufrir de esa manera, debía volver pronto con su familia.

—Quizá debamos volver a Francia, creo que ya es seguro, han pasado cuatro meses y el Viejo ya no puede acceder a tu mente.

—¿Estás seguro?

—Sí, si quisiera seguir controlándote, tendría que volver a inyectarte aquel cóctel. Si quieres, en dos días terminamos con esto e iniciamos el viaje de vuelta a casa.

—No.

Aquella rotunda negativa me dejó helado. Siempre había pensado que Helena estaba deseando volver junto a su familia, sabía que los echaba tremendamente de menos.

Helena se deslizó a un lado y me miró muy seria.

—No podemos, Roberto.

—¿Por qué?

—Porque..., verás, te lo iba a decir hoy mismo, aunque quería esperar a hacer algo más romántico, pero... ya da igual. Estoy embarazada.

Me incorporé de golpe.

—¿Hablas en serio?

Asintió.

—Oh, Helena, qué feliz me haces. —La besé y después la envolví en mis brazos.

—¿De verdad estás contento?

—Sí, por supuesto. ¿Por qué lo dudas?

—Porque, después de todo, no sabemos qué tipo de criatura vamos a tener.

—Será algo más parecido a mí, pero tendrá tus rasgos, tus ojos, tus labios. ¡Oh, Dios mío! Nos tenemos que marchar inmediatamente de aquí. ¿De cuánto estás?

—Calculo que de tres meses.

—Partimos mañana por la mañana.

—¡Noo! No podemos irnos, Roberto. No es seguro para nosotros y menos para nuestro hijo. Y no me refiero solo a la guerra, sino a... a lo que somos. Tú eres diferente, nuestro hijo será más diferente todavía. Y no es solo el Viejo el que quiere apresarte porque eres un gran hechicero, son muchos más los que te quieren a ti y querrán a nuestro hijo para investigar sobre el secreto de la longevidad. ¿No lo entiendes? Aquí estamos más seguros, en el Tíbet apenas hay criaturas.

—Sí, en eso tienes razón. Tampoco en la India vi ni una sola criatura. Nos quedaremos hasta que acabe la guerra, después volveremos.

—No, ni siquiera entonces.

—¿No quieres volver nunca más? ¿Tu hijo...?

—Por más que me duela en el alma, no podemos volver, es demasiado peligroso.

—Bueno, ya veremos lo que hacemos, Helena. Por ahora, nos tenemos que marchar de esta montaña, esto no es un lugar adecuado para un embarazo.

—Solo estoy embarazada, no estoy enferma, Roberto.

—No lo entiendes, Helena..., siempre soñé con tener una familia, una de verdad, y ahora la voy a tener, y pienso cuidarla más que a nada en el mundo. Lo siento, pero creo que a partir de ahora seré mucho más pesado con tu seguridad.

—¿Más todavía? —Se rio y enseguida su rostro cambió de expresión —. Alguien se acerca, a varios kilómetros de distancia.

—Sí, acabo de percibirlo. Deben ser los hombres que esperamos.

Deberías vestirme —la miré divertido—, creo que es mejor que no te vean desnuda, si no, lo más probable es que tenga que matarlos.

Helena volvió a reírse.

—Saldré a mirar a qué altura están —añadí.

Me vestí a toda prisa y salí de la tienda de campaña. Caminé unos metros, hasta que pude ver completa la pendiente. Desde allí se podía divisar perfectamente quién se aventuraba por el norte. En un primer momento pensé que tan solo eran dos hombres — los científicos a los que debía guiar en su búsqueda de minerales—, sin embargo, una ráfaga de viento me avisó de lo que eran realmente aquellos individuos. Se me erizó el pelo y corrí hacia la tienda. Helena estaba en peligro.

—Helena... —susurré, no quería subir el tono de voz y alertarlos sobre la presencia de Helena.

La encontré medio vestida y bostezando. Estaba tan bonita que me entraron ganas de hacerle el amor de nuevo, pero no teníamos tiempo para nada, ni siquiera tenía tiempo para esconderla como era debido. En momentos como aquel me daba cuenta de la desventaja de no tener aroma. Si lo tuviera, Helena no olería a gato de un modo tan llamativo, sino que también olería a perro.

—Vienen dos perros hacia aquí. Vuelve a meterte en el saco de dormir y no hagas ni un solo ruido. Voy a bajar a su encuentro para que no se acerquen y no puedan olerte.

—Quizá no suceda nada, puede que sean perros buenos.

—No lo sé Helena, pero no pienso jugarme tu vida; además, noto algo extraño en el ambiente. No pienso dejar que se acerquen a nuestro campamento. Los llevaré de excursión y a la vuelta los dejaré también más abajo. Tú no te muevas hasta que sepas que estamos lejos. —La atraje hacia mí y la besé con fuerza—. Te quiero, Helena.

—Yo también te quiero.

—En unas horas estaré de vuelta y celebraremos la buena noticia — dije clavando mi mirada en su abdomen.

—De acuerdo, prepararé algo especial. ¿Unas conservas quizá? — preguntó traviesa.

—Preferiría un bizcocho casero recién horneado, pero supongo que será complicado hacerlo. Y ahora... métete en el saco.

Helena se dirigió a regañadientes hacia lo que había sido nuestra cama durante las dos últimas semanas, era evidente que no le apetecía nada pasar

toda la mañana allí escondida.

—¿Así? ¿Estás contento? —preguntó sarcástica.

—No, estaría más contento si esos dos hombres solo fueran hombres y no perros. Ten mucho cuidado, Helena. Te veo dentro de unas horas.

Cuando me disponía a salir después de coger la mochila con las provisiones, me acerqué y la besé de nuevo. Por alguna razón me costaba alejarme de ella.

Volví a salir a la fría aunque soleada intemperie y bajé todo lo de prisa que pude hacia ellos, aquellos perros estaban mucho más cerca de lo que pensaba.

No me resultaron tan amenazadores como había pensado. Quizá me estaba volviendo un poco obsesivo con la seguridad de Helena, pero no podía evitarlo después de la conversación que había mantenido con Irina antes de abandonar Francia.

Prácticamente no hablamos durante el ascenso porque, a pesar de ser criaturas, la falta de oxígeno nos afectaba, aunque no tanto como a los humanos. Los llevé a una zona donde podrían encontrar minerales y cuando por fin volvimos, después de varias horas de excursión, los acompañé un buen trecho dejando nuestro campamento a un lado para asegurarme de que no veían.

Tan solo me había alejado de ellos unos metros cuando sentí una amenaza a mi espalda. Me tiré sobre la nieve y oí como un proyectil volaba sobre mi cabeza. Enseguida me di cuenta de que no era una bala, sino una jeringuilla. Aquello me trajo a la mente un nombre: el Viejo. Me giré hacia ellos con las manos en posición murmurando las palabras adecuadas. Una segunda jeringuilla venía directa hacia mí, sin embargo la tormenta de nieve que acababa de conjurar la atrapó junto con aquellos dos hombres-perro, que quedaron sepultados bajo tres metros de nieve. Para asegurarme de que no pudieran escapar fácilmente, les envié una ráfaga de agua y viento helado, de ese modo se formaría una capa de hielo difícil de romper, incluso para unos perros como ellos.

Tan solo en el momento en que se hizo el silencio caí en la cuenta de lo estúpido que había sido; había caído en la trampa más vieja del mundo. Corrí hacia el campamento sin importarme que apenas pudiera respirar. No tuve que entrar en la tienda para saber que Helena no estaba allí. Enseguida vi las marcas de dos pisadas muy diferentes, las de mi mujer y otras más grandes y profundas, las de otro hombre-perro. Seguí su rastro con el corazón en la boca,

sentía como si mis oídos fueran a estallar en cualquier momento. La ansiedad me invadió y eché a correr por el empinado terreno siguiendo su rastro, que se mezclaba con el del desconocido. Mientras saltaba con facilidad algunas profundas grietas, la pregunta más básica me asaltó como una espada atravesando mi corazón... ¿cuánto tiempo podría haber aguantado Helena intentando huir de un perro? Llevaba horas fuera, quizá cuatro o cinco, ningún gato podría aguantar el acoso de un perro durante tanto tiempo. La habría extenuado hasta la muerte. Me faltaba el aire y el miedo me invadió de nuevo, pero me sobrepuse para continuar corriendo.

Sentí que mi corazón se rasgaba al ver a lo lejos el cuerpo de Helena tirado sobre la nieve. Ni siquiera llevaba abrigo. Había llegado demasiado tarde, no podía oír su corazón.

Cuando la alcancé, lo evidente se presentó ante mis ojos en forma de palabra: muerte. La sangre, ya seca, bañaba la nieve dándole un tono oscuro. Su cuerpo estaba congelado. La había mordido en el cuello, de ahí procedía la sangre. Por lo menos había muerto casi de inmediato, las mordeduras en el cuello eran letales. De cualquier forma hubiera muerto congelada, puesto que Helena debía llevar unas cuantas horas allí tendida.

Caí de rodillas ante ella y un aullido salió de mis entrañas resonando en aquella montaña maldita. Sentí como si mi cuerpo se desgarrara por dentro, como si algo dentro de mí se rompiera en mil pedazos para nunca recomponerse. Helena había muerto por mi culpa, yo la había matado, yo la había traído a su tumba, casarse conmigo había sido su sentencia de muerte. Había sido el hombre más egoísta del mundo por hacerla mía y ahora tendría que vivir con las consecuencias el resto de mi vida, solo, porque Helena era mi luz y se había ido para siempre.

Desgraciadamente Irina había tenido razón. Ella me lo había advertido, me había pedido que cuidara de ella. No solo me había fallado a mí mismo, sino a toda la familia Chatte. No había tomado las medidas necesarias para evitarlo.

—Roberto..., verás, tengo que hablar contigo —me dijo aquella noche iniciando una conversación de criaturas—. Ahora que sé cuánto amas a mi hija debo avisarte que ella..., ella no vivirá para siempre.

—Ninguno lo haremos —le contesté.

—No lo entiendes Roberto. Yo puedo ver el futuro y, sin embargo, no veo el de Helena. No sé cuándo morirá, ni por qué ni cómo, pero sé que no puedo ver mucho más allá de este momento. Algo no va a ir bien. Por favor cuidala y prométeme una cosa.

—La cuidaré más que a mi vida.

—Lo sé, pero si muriera, si sucediera a pesar de lo mucho que la vas a cuidar, debes saber que Helena una vez resucitó.

La miré asombrado.

—Ella dio la vida por su marido, pero no le sirvió de mucho, él murió igualmente aquel fatídico día en que los atacaron unas criaturas armadas. Mi hija resucitó veinticuatro horas después. Se despertó con dificultades en la respiración, pero eso apenas duró unos segundos, después estaba perfecta. Incluso el bebé también. Helena estaba embarazada cuando sucedió aquello.

—¿Dominique?

—Sí, estaba embarazada de unos tres meses cuando sucedió. Él también se salvó.

—Asombroso.

—Si vuelve a pasar, si muere, por favor no la sepultes, no la entierres, espera más de veinticuatro horas para hacerlo. Y por favor, avísame en cuanto suceda.

—No tendré que avisarte porque eso no sucederá.

—Ojalá esté equivocada. Pero... no sé qué decirte, llevo sabiéndolo toda mi vida.

—¿Lo saben los demás?

—Sus hermanos no, solo su padre, aunque no me cree, nunca me ha creído. ¿Tú me crees?

No pude contestarle. Sus noticias me habían impactado tanto que no sabía lo que creer.

Pero ya era demasiado tarde para plantearse nada. Tan solo esperaría las horas que hicieran falta. Sabía que era un estúpido por albergar algún tipo de esperanza, pero no podía evitarlo, era lo único que me quedaba.

Cogí a Helena en mis brazos y la llevé hasta el campamento. La cambié de ropa, le curé la herida, la abrigué e intenté, como un idiota, devolverle la temperatura corporal.

Debía llevar a Helena lejos de allí. En pocos minutos ideé un sistema para poder transportarla a mis espaldas, atada con cuerdas de tal modo que su cuerpo no se moviera durante el descenso, y abandoné todo lo demás en la tienda. Nada me importaba, ni siquiera sé cómo fui capaz de hacer aquel descenso en las pésimas condiciones mentales que tenía. Intentaba no pensar en ella, pero ella era todo lo que tenía en la mente, solo ella; su risa, su picardía, su belleza, su fortaleza, su forma de amarme de una forma desmedida y dulce..., nadie había conseguido llegar a mi corazón de aquella manera. No solo había perdido mi luz, sino también a mi única familia, Helena y aquel proyecto de hijo.

Las lágrimas, las últimas lágrimas que derramaría en mi vida, se congelaban en mi rostro sin haber rodado siquiera, no eran horas para caminar por la montaña, tampoco para una criatura como yo, aunque pudiera ver perfectamente el camino a pesar de la oscuridad que me rodeaba.

Unas horas después llegué al monasterio de Rongbuk. En otra situación hubiera disfrutado de volver allí, pero no aquella noche. Tuve la suerte de toparme con un novicio, ataviado con la típica túnica roja, cerca de la estupa de reliquias. Le sorprendió verme allí a esas horas de la noche, tal vez pensó que me había perdido. Le pregunté, en mi ya pasable tibetano, si podrían alojarme unos días, alrededor del monasterio había varias cabañas y tal vez hubiera alguna vacía. Volvió unos minutos después con una respuesta afirmativa, por lo visto el lama daba su permiso para que me quedara. Se disculpó en nombre del lama por no poder atenderme y darme la bienvenida como era debido, pero a esas horas todos los monjes se habían retirado a dormir.

Me acompañó a una de las cabañas y me informó que al día siguiente el lama me recibiría en el monasterio. No tenía ninguna gana de hablar con nadie, pero no me quedaría más remedio que hacerlo, al fin y al cabo había perturbado su paz espiritual.

—¿Sabe si hay algún teléfono cerca de aquí? —le pregunté antes de que se fuera.

—A dos días.

—¿Alguien tiene pensado salir del monasterio en los próximos días?

Negó con la cabeza. Lo hablaría con el lama al día siguiente.

La cabaña era de lo más austera, pero en realidad solo necesitaba un lugar cálido y resguardado para Helena, quien estaba fría como un témpano, su palidez era cada vez más intensa. Sería imposible que resucitara a pesar de lo

que me había explicado su madre, además, ella no veía su futuro. Aun sin saber qué esperaba realmente no quería pensar que la había perdido del todo, todavía no. Era tan estúpidamente iluso que necesitaba aferrarme a aquella minúscula esperanza para no cometer ninguna locura. Sin Helena la vida no tenía ningún sentido.

Alguien llamó a la puerta. Me sorprendió encontrar al novicio que me había recibido la noche anterior. Hacía un rato nos habíamos saludado cuando yo salía de visitar al lama, al que había rogado que me avisaran si alguien abandonaba el monasterio.

—Alguien va a partir —dijo lacónico.

—¿Ya?

Me parecía extraño que el lama no me lo hubiera dicho. Miré instintivamente el reloj y vi que se había parado. Recordé vagamente haberle dado cuerda al levantarme para ir a buscar a los franceses, ¿por qué se habría parado? Tuve una corazonada.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Dos días.

Fue como un mazazo. No podía creer que ya hubieran pasado dos días. Tan solo recordaba haberle hablado a Helena, sin dejar de sujetarle la mano, sobre nosotros, sobre todo lo que haríamos juntos si volvía junto a mí. Puede que incluso durmiera a ratos, lo que no recordaba era haber comido. Pero seguía sin poder creer que hubiera pasado tanto tiempo.

—¿Podría hacerle un encargo?

El novicio, muchacho de pocas palabras, asintió.

—Le escribiré una nota y el teléfono donde debe llamar. Tal solo tiene que leerle el mensaje.

Corrí hacia la humilde mesa, donde tenía una pluma y papel, después le tendí la nota y unos billetes para la llamada.

Preguntar por Irina.

Mensaje: Tenías razón. Helena se ha ido hace más de treinta horas. Han sido unos perros. Ha sido culpa mía. Lo siento mucho. Roberto Salvador.

Leyó la nota en voz alta y, sin hacer ningún comentario, salió de la cabaña.

Me hundí en la más profunda tristeza cuando me rendí a la evidencia: no debía albergar ninguna esperanza. Mi luz se había ido y permanecería el resto de mi vida en la oscuridad.

21. Eugène. Demasiadas sorpresas juntas

Ferrol. Julio.

—Dom..., despierta, Dom. —Hans había sujetado a Dom antes de que se deslizara al suelo y ahora le daba suaves bofetadas en la cara.

Pareció recobrar rápidamente la consciencia. Abrió los ojos y nos miró confundido.

—¡Basta, basta! ¿Qué diablos haces? —increpó a Hans indignado.

—Perdona, Dom, pero..., has perdido el conocimiento —intentó explicarle Hans, alejándose de él al comprobar que se podía valer por sí mismo.

—¿Yo? Jamás me he desmayado. —Sin embargo no parecía muy convencido de lo que decía.

—*Dom, no ha sido un sueño, ha sido real* —le dije a mi sobrino a través del pensamiento.

Él siguió mi mirada y enseguida comprendió lo que quería decir.

La nave estaba a rebosar, tanto que la gente se agolpaba en los pasillos y en la entrada. Dom había estado miles de veces en aquella nave como juez y era la primera que veía una audiencia tan masiva, pensó que seguramente era a causa de que el secreto de los gatos se había hecho público. El único inconveniente era que habían pasado diez minutos de las doce y Roberto no había aparecido. La jueza miraba a Dom con cara de reproche y él mismo comenzaba a preocuparse, ¿y si no aparecía después de todo? Habían confiado tanto en Roberto que ni Eugène ni él habían buscado otra opción. En ese momento Roberto era su única esperanza.

Eugène también miraba hacia la entrada igual de ansioso, lo cual contrastaba con las miradas esperanzadas y alegres de Hans y Val, que casi podían oler su libertad.

—Abogado Chatte..., esto es inaudito. Si no llega en cinco minutos daré por finalizada esta sesión y el acusado volverá a prisión.

Dom miró con pesar hacia su prima, su rostro había sufrido una metamorfosis al escuchar esas palabras, la expresión de Hans simplemente se había endurecido.

—Le prometo, señoría, que nuestra prueba aparecerá en cualquier momento por la puerta. Le pido paciencia, por favor.

Casi todos los miembros de la familia miraron al mismo tiempo hacia la entrada de la nave. Aquello solo podía significar que Roberto había llegado. Así era, allí estaba, elegantemente ataviado con traje y corbata. Se encaminó con determinación hacia el estrado.

—Señores..., siento el retraso. Me llamo Roberto Salvador.

—Hemos estado a punto de cancelar el juicio, señor Salvador.

—Siento el retraso, señora jueza.

—Bien, proceda, abogado.

—Bueno, en realidad le cedo la palabra al señor Salvador, puesto que él es la persona que tiene la prueba.

—Sí —intervino Roberto—, bueno, en realidad la prueba soy yo. — Aquello provocó comentarios de asombro entre el público—. Soy miembro de la fraternidad y estoy aquí para atestiguar que Hans y Val están bajo la protección de la fraternidad.

Los murmullos fueron en aumento. La gente estaba sorprendida y no era para menos, se suponía que la fraternidad era una asociación anónima, nadie debía saber quiénes eran los miembros de la misma. Dom estaba igual de asombrado que el resto, jamás se hubiera imaginado que Roberto fuera miembro de la hermandad.

—Señor Salvador, acérquese, por favor.

La jueza hizo la verificación sobre lo que Roberto había confesado.

—Es cierto, es miembro de la fraternidad —confirmó a los pocos segundos dirigiéndose al público. Se oyeron protestas en la sala.

—¡Eso no es posible!

—Ningún miembro de la fraternidad hubiera venido en persona.

—¡Es un truco!

—Todos sabemos que la hermandad es anónima y secreta.

—Señor Salvador. —La voz de la jueza Adirato se elevó sobre las protestas—. ¿Cuál ha sido su última misión en la fraternidad?

Roberto vaciló por un segundo, aquello no era un síntoma de sinceridad y confianza. Dom se preguntó qué demonios ocultaría.

—Desde 1944 me ocupo de proteger a una persona.

—¿Tiene nombre?

Roberto volvió a quedarse en silencio.

—Señor Salvador, debe contestar a la pregunta.

—Sí, es mi hija, Isabella Salvador Chatte.

El murmullo en la sala esa vez fue más intenso, incluso la familia Chatte participó en él. Y era comprensible. Dom estaba tan aturdido que empezó a sentirse ligeramente mareado, aquello era del todo imposible.

—¿Está ella aquí? ¿Puede explicarnos por qué necesitaba protección?

Roberto le clavó sus profundos ojos negros.

—La necesitaba porque ella es lo mismo que yo, una mezcla de sangre de criaturas..., una mezcla de ADN de perro y gato.

El silencio era sepulcral a pesar de la asombrosa confesión de Roberto.

—Y sí, ella está aquí —añadió Roberto mirando hacia la entrada.

Dom se quedó con la mente en blanco y casi pierde el equilibrio al descubrir en el rostro de aquella mujer que acababa de aparecer en el umbral de la puerta, algo más joven que él, los rasgos de su propia madre. Era tan hermosa como ella, o quizá más. Sus ojos eran iguales a los de su madre, pero de un tono verdoso. Su pelo, sin embargo, era negro como el de Roberto. Su porte era majestuoso, era alta, aunque no tanto como él, y sus curvas debían ser la envidia de todas las mujeres.

La jueza se dirigió a Dom, que fue incapaz de comprender lo que le decía. No podía creer que tuviera una hermana, una hermana de verdad, y muy parecida a su madre. Dom tuvo que sentarse en la silla que tenía olvidada detrás de él para evitar la humillación de desmayarse.

Isabella avanzó hacia el estrado. Tenía un caminar seguro y su mirada era tierna, como Dom recordaba que era la mirada de Roberto. Cuando estaba casi junto a su padre, clavó su mirada en Dom, que se preguntó si lo habría reconocido o si sabría que era su hermano.

—*Sí, Dom, lo sé, siempre lo he sabido* —le dijo aquella mujer a través del pensamiento con una voz suave pero firme.

Dom perdió el conocimiento. Después de todo, sí se humilló a sí mismo.

En los ojos de Dom se reflejaba el tormento que le producía la visión

de Isabella. No entendía por qué le producía un sentimiento tan drástico de rechazo, al fin y al cabo era su hermana.

—Abogado Chatte, ¿está usted bien para poder continuar con el juicio?

—Por supuesto, señoría, estoy perfectamente —contestó Dom enderezándose.

—Bien, en ese caso, solo tengo una última pregunta. ¿Por qué parece que los únicos gatos y perros que unen su ADN son de la familia Chatte?

—¡Se equivoca, señora jueza! —Aquella voz no era la de mi sobrino, sino que procedía de la entrada, además la conocía muy bien, aunque no entendía qué hacía el profesor Miró en el juicio de Hans.

Mi padre parecía igual de confundido que yo.

—Disculpe, señor, pero ¿quién es usted?

—Señora jueza, me llamo Louis Miró y también pertenezco a la fraternidad.

¿Qué? Aquello sí que era una sorpresa. ¿El profesor Miró miembro de la fraternidad? ¿Por qué nunca nos lo había contado? Sabía que era algo confidencial, pero no entendía por qué no se lo había confiado por lo menos a mi padre, eran amigos desde hacía una eternidad y, por la expresión de su rostro, aquello le había sorprendido tanto como a mí.

El Profesor se acercó al estrado para que la jueza pudiera determinar si aquello que decía era verdad.

La jueza inspeccionó las pupilas del Profesor y después se giró hacia Roberto.

—Señor Salvador, ¿corroboras lo que ha dicho el señor Miró?

—Sí, señora, es cierto. Él pertenece a la fraternidad desde hace mucho más tiempo que yo.

—Bien, prosiga, señor Miró.

—Solamente quería que todos los aquí reunidos supieran que este tipo de uniones existen desde siempre. El problema es que hay una banda de criaturas que se ha dedicado desde hace décadas a acabar con ellas.

Los rostros de mi hija y mi mujer eran de terror. Val miró a Hans con suma preocupación y este intentó tranquilizarla con la mirada.

—Espero que después de que todos los secretos hayan sido expuestos —dijo esto último mirando a Dominique—, todos sepan que la fraternidad va a luchar en contra de esta situación. Las criaturas como el futuro hijo de Hans y Val serán siempre protegidos por la fraternidad. Y, otra cosa más..., hago oficial que, a partir de ahora, no solo será delito matar humanos, también lo

será matar mestizos de perros y gatos, así como a sus progenitores.

El público comenzó a murmurar.

—¿Es eso cierto, señor Miró? ¿Es una decisión final por parte de la fraternidad? —preguntó la jueza.

—Sí, señora. Se lo confirmo en persona como socio de la fraternidad. A partir de hoy matar mestizos y parejas mixtas será considerado un delito y será perseguido por el CRC.

—Entiendo —dijo la jueza—. Bien, que todos los presentes lo comuniquen a sus conocidos. Nosotros lo haremos a los otros dos centros del CRC. Después de los hechos y pruebas presentados en la noche de hoy, este juicio...

Un movimiento apenas perceptible hizo que dejara de escuchar las palabras de la jueza. Roberto e Isabella se estaban escabullendo por la puerta. Salí tras ellos. Roberto no podía dejarnos sin una explicación después de haberse presentado con un nuevo miembro de la familia.

Los alcancé casi en el aparcamiento.

—Roberto... ¿no crees que nos debes a toda la familia una explicación?

—Sí, lo sé, pero ahora no puedo. Tenemos que irnos.

—¿Cuándo? No puedes dejarnos así.

—Está bien —miró su reloj—. En una hora. Solo contigo y Dominique por ahora.

—¿Por qué?

—Te lo explicaré luego. Dime dónde nos vemos.

—En casa de Dominique. Está en la ciudad vieja, cerca de la iglesia de Santiago. Sigue nuestro rastro. De cualquier manera llevaré a mi mujer, Carla, no tengo secretos para ella.

—Me parece justo. De acuerdo.

—Ah..., y encantado de conocerte, Isabella —dije clavando los ojos en aquella joven tan parecida y al mismo tiempo tan diferente de mi hermana Helena.

—Igualmente. —Sonrió vagamente.

En ese momento tenía dos cosas claras: una, Roberto nos ocultaba algo a todos, algo a lo que le daba miedo enfrentarse y, dos, algo completamente extraño e incomprensible, no tenía acceso al pensamiento de mi nueva sobrina.

El juicio había finalizado y por fin Hans era libre. Los distintos miembros de la familia Chatte y Wolf se disgregaron, algunos, como Marion o

Edmund y Antonie, decidieron volver a sus respectivos hogares en ese mismo momento. El resto abandonaría La Coruña al día siguiente.

Carla y yo todavía teníamos una visita pendiente antes de ir a dormir. Aunque Dom no lo sabía, le pisábamos los talones. En cuanto vi encendida la luz del salón, decidimos entrar en el edificio.

—¿Qué hacéis aquí? —Dom abrió la puerta inesperadamente cuando ni siquiera habíamos pulsado el timbre. Aunque, en el caso de criaturas como nosotros, era normal, nos habría oído mucho antes.

—Tenemos que hablar.

—Ahora no, tío, estoy muy confuso y tengo la cabeza embotada por completo.

Intentó cerrarme la puerta en las narices, pero estaba preparado para aquella reacción —nos conocíamos desde hacía muchos años— y mi pie se lo impidió.

—Dom, por favor, es importante.

Abrió la puerta de mala gana cuando se dio cuenta de que no podría luchar contra mí.

—Perdona, Carla, pero hoy ha sido un día complicado, no quería ser un maleducado. ¿Queréis tomar algo?

—No, gracias —contestó Carla—. Entiendo perfectamente que no es un buen momento para venir a verte.

—Deberías escuchar a tu mujer, tío, y hacerle más caso.

—Dom..., verás, esperamos a alguien más.

—¿Alguien más?

Pero justo en ese momento los tres captamos un ruido procedente de las escaleras y un aroma bastante familiar a lavanda y cítricos ascendió hasta nosotros golpeándonos en plena cara.

—¡No! Eugène, maldito seas, ahora no quiero verlos.

—Tiene que explicarnos unas cuantas cosas, ¿no crees?

—Sí, pero hoy no estoy de humor. Además..., creo que me da igual. Vale, tengo una hermana, pero no me interesa tenerla.

—Te está escuchando, Dom.

—¡Me da igual! —exclamó abriendo la nevera y sacando una botella de ribeiro.

Mi sobrino se estaba comportando como un niño con una rabieta. Siempre lo hacía cuando se sentía muy dolido. Dom llenó tres copas y las puso sobre la mesa. Carla debió animarse en el último momento y cogió una de

ellas.

Como me daba la impresión de que Dom no se iba a comportar como un buen anfitrión con los nuevos invitados, me dirigí a la puerta.

Sin embargo, la visión que me esperaba al abrirla hizo que me tambaleara. Me eché hacia atrás, no podía creer lo que veían mis ojos. De hecho, sin darme cuenta, choqué con una silla y decidí sabiamente que lo mejor sería sentarme. Dom, muy a su pesar, no tuvo tanta suerte y, al ver lo mismo que yo, volvió a perder el conocimiento, aunque esta vez no estaba Hans para recogerlo, de modo que se dio un buen golpe contra el suelo. Lo comprendía perfectamente, a mí me hubiera sucedido lo mismo de no haber dado con la silla.

—Vaya..., creo que han sido demasiadas sorpresas juntas —comentó Roberto, dejando entrar a ambas mujeres y cerrando la puerta tras de sí—. ¿Entiendes ahora por qué tan solo queríamos veros a vosotros? Helena sabía que sería un fuerte impacto y que habría que hacerlo poco a poco. Además, ella no se siente con fuerzas para enfrentarse a la familia al completo.

—Estás viva —murmuré contemplando incrédulo a mi hermana.

Ella asintió y me dedicó una sonrisa cargada de dolor y culpabilidad.

Algo había cambiado en ella y no era el paso del tiempo, apenas perceptible en alguna arruga aislada en el rostro, o que tenía el pelo menos dorado de lo que recordaba y lo llevaba corto, a la altura del cuello. Su mirada era menos viva, más cauta, más madura, como si hubiera perdido hacía tiempo su inocencia. De cualquier modo era mi hermana y la había echado tanto de menos que, si hubiera podido mover mis articulaciones, me habría levantado para darle un fuerte abrazo.

—*Lo siento, Eugène. Teníamos una buena razón para ocultarlo* —me dijo a través del pensamiento.

Carla estaba ayudando a Dom a incorporarse y en unos segundos estaba de vuelta entre los vivos.

—¿Qué diablos me ha pasado? —preguntó a Carla al abrir los ojos—. No me digas que he vuelto a desmayarme. Quizá deba ir al médico. — Lógicamente todavía no era consciente de lo que tenía delante.

Helena se acercó a él con cautela, lo observaba con mezcla de miedo y adoración. Llevaba en las manos una libreta y un boli. Se sentó junto a Dom, que la miró como si aquella mujer fuera un fantasma. Helena comenzó a escribir a toda prisa. A pesar de que no podía ver la libreta, podía, lógicamente, escuchar lo que pensaba.

—«Siento mucho no haberte podido contar que estaba viva. Sé que ahora mismo me odias y te entiendo, de verdad. Pero era muy peligroso para nosotros y también para vosotros que lo supierais. La vida de Isabella estaba en peligro, y la de Roberto también. Lo mejor era mantenerlo en secreto».

¿Por qué no hablaba en voz alta? Helena le tendió la libreta a Dom, quien la cogió muy confuso.

—¿Qué? ¿Nosotros, vosotros? Hablas como si no pertenciéramos a la misma familia. ¡No puedo creer que me hayas ocultado durante más de cincuenta años que estabas viva! ¿Sabes por lo que he pasado? ¿Sabes lo que significó para mí perderte? No, está claro que no.

Suponía que Dom había decidido quedarse en el suelo como medida de precaución. Helena tenía lágrimas en los ojos, podía sentir su dolor como si fuera mío. Continuó escribiendo.

—«Lo sé. Lo siento. Te he ido a ver en miles de ocasiones...».

—¡No! Eso no puede ser, lo hubiera sabido, te hubiera oído.

—«No, un hechizo de Roberto nos ha mantenido ocultos todo este tiempo. No podías verme ni olerme. No pude evitar ir a visitarte, necesitaba saber que estabas bien».

—¿Cuántas veces has ido a verme? ¿Y a dónde?

—«Cientos de veces, a muchos lugares, has viajado mucho. Roberto no estaba de acuerdo en que me dejara ver, decía que era peligroso, pero me daba igual, era la única forma que tenía de seguir adelante sin ti. ¿Me perdonas? No sabes cuánto te he echado de menos».

—¿Y por qué no me lo dices con tus propias palabras? ¿Por qué tienes que comunicarte por escrito? —preguntó algo enfurecido Dom.

Helena bajó la mirada.

—Dom —intervino Roberto—, no te permito que le hables así a tu madre, no sabes cuánto ha sufrido por ti.

—¡Tú no eres quién para permitirme o no permitirme algo! No eres nada mío, tú no eres mi padre. Además, todo esto es culpa tuya, si no te hubieras casado con ella nada de esto habría pasado.

—Sí, es cierto, es culpa mía, pero no de tu madre. Ella..., ella no puede hablar. Es el precio que tuvo que pagar por resucitar por segunda vez en su vida.

—¿Resucitar? —preguntó Dom confuso.

—Sí, la noticia de que tu madre había muerto era cierta. Murió por mi

culpa, pero resucitó casi tres días después. Sin embargo, se perdieron cosas...

—¿Cosas? —repitió Dom.

—Helena —intervine—, no sabes cuánto me alegro de volver a verte. —Me acerqué a ella y puse mis manos sobre las suyas, estaban frías, igual que las mías—. Te he echado tanto de menos...

Podía oír a Carla en la esquina llorando de emoción.

Helena me sonrió y dejó que la abrazara.

—*Yo también, Eugène.*

—*¿Por qué no hablas con Dom a través del pensamiento?*

—*No funciona. Supongo que es porque él no quiere hacerlo. No me perdonará jamás.*

—*Claro que lo hará. Pero dale tiempo.*

—¿Así de fácil? ¿La perdonas por tantos años de dolor? ¿Por qué, Eugène? Ella nos abandonó, prefirió a Roberto, y después prefirió a su nueva hija —dijo señalando a Isabella, quien se mantenía impertérrita como si aquello no tuviera nada que ver con ella— en vez de a mí. No, mamá, no puedo perdonarte. Por favor, quiero que os vayáis de mi casa. Necesito estar solo.

Helena le dedicó una mirada desolada, rota. Dom la había machacado con sus palabras.

—*Dom, por favor, ¿no ves cómo está sufriendo tu madre? Ella te quiere más que a nadie* —le dije a mi sobrino.

—¿Eugène! Deja de meterte en mi pensamiento, ¡lo odio! Ahora no quiero hablar con nadie. Os pido por favor que os marchéis.

Helena se incorporó con el alma destrozada y se acercó a Roberto. Él la rodeó con un brazo y la llevó hasta la puerta.

Isabella se quedó durante unos segundos contemplando a su hermano —no tenía ni idea de qué se le estaría pasando por la mente—, pero no dijo nada, tan solo se giró como enfadada y salió del piso junto a sus padres.

—Muy bonito, Dom. Acabas de destrozar a tu madre por completo. ¡Eres un egoísta!

—¿Egoísta? Ella eligió a Isabella y no a mí. No quiero saber nada de ellos tres.

Tuve que contenerme para no darle una bofetada.

—No te entiendo Dom, quién te iba a decir que tu madre vivía... Y en lugar de alegrarte y volver a disfrutar de ella, la echas de tu casa. ¿No te alegras de que tu madre finalmente esté viva? Yo sí, y pienso disfrutar de ella

por todos estos años perdidos. Y tú deberías hacer lo mismo en vez de rumiar tu desgracia, pareces un alma en pena. Perdónala y volved a empezar de cero.

—He dicho que te vayas, Eugène, por si no me has oído. Carla..., lo siento, tú no tienes nada que ver con esto, pero...

—No te preocupes. Vamos, Eugène, dejemos a Dom a solas.

—Pobre chico, está destrozado —comentó Carla mientras volvíamos caminando hacia nuestro hotel.

—Sí, está dolido. Y cuando está así es algo peligroso.

—¿Peligroso? ¿A qué te refieres?

—A que es capaz de hacer cualquier estupidez, por eso no quería dejarlo solo... Pero ya es mayorcito.

Val y Hans no lo sabían, pero los cuatro estábamos alojados en el mismo hotel. Imaginaba que a esas horas ya estarían ambos durmiendo.

Cuando Carla ya se había cambiado y yo había comenzado a desnudarme, sentí una amenaza inminente.

—Algo no va bien —dije en voz alta.

—¿Qué sucede? —preguntó Carla visiblemente preocupada.

—Val..., algo no va bien. Quédate aquí, voy a echar un vistazo —dije, dirigiéndome a la puerta mientras me abrochaba de nuevo la camisa—. No, espera. —Y me dirigí a la ventana. Carla me seguía con la mirada.

Abrí la ventana con cuidado y me asomé.

Enseguida me percaté de la situación y, sin pensarlo dos veces, me descolgué por la ventana.

Hans rodeó a Val con los brazos y después de besarla dejó que se escapara para meterse en la cama. Estaba tan bonita con aquel camión corto...

—¿Cómo te encuentras, *my kitten*?

—Después de saciar mi hambre solo estoy muerta de sueño.

—Bien, entonces dejaré que duermas.

—¡No! Espera Hans, quería hacerte una pregunta.

—Dime.

—Todavía no me has dicho nada sobre..., sobre mi longevidad. ¿Qué te parece?

—Bueeeno —dijo al mismo tiempo que se sentaba sobre la cama—, el saber que mi mujer y mi hija vivirán muchos años me gusta, Val. Me da cierta tranquilidad.

—Pero tú...

—Lo sé, yo no podré estar con vosotras todo el tiempo, pero tienes una gran familia que se ocupará de ti. Verás, Val, no me preocupa demasiado, prefiero vivir el presente, no me preocupo demasiado por el futuro.

La mirada de Val transmitía tristeza.

—Tú eres mi vida y también lo será nuestra hija —añadió Hans.

—¿Por qué estás tan convencido de que va a ser niña? Quizá te equivoques.

—No sé, la visualizo. ¿Qué te parece el nombre de Emma?

—¿Emma? Me gusta.

Hans la besó en la frente.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por estar conmigo en los momentos más complicados y por... por darme una manada.

Val se rio.

—¿De qué te ríes?

—Tienes que reconocer que suena muy raro..., una manada. Creo que es mejor descendencia o hijos. Además, esto es cosa de dos.

—Lo sé, pero también sé que no estás tan ilusionada como yo y... quiero que sepas que me has hecho muy feliz. —Val sonrió débilmente.

—Yo... Es cierto que por un lado todavía estoy en *shock* con esto del embarazo, pero me gusta la idea de que tengas más tiempo para disfrutar de tu hijo o hija, ya que..., ya sabes, ya que no vas a estar con nosotros todo el tiempo. Es lo único que me consuela, Hans... Pero yo tampoco quiero pensar en ello, solo pensar que no estarás siempre conmigo...

—*Shhh*, no te pongas triste, hoy es un gran día, por fin nuestra pesadilla ha acabado y todo volverá a la normalidad.

—Tienes razón —contestó Val bostezando.

Hans se incorporó.

—¿Te vas?

—Sí, necesitas descansar y yo estoy demasiado despierto. Tan solo daré un paseo por el jardín, estaré aquí al lado. Quizá me dé un baño en la piscina. Buenas noches, *my kitten*. Si necesitas algo, tan solo di mi nombre.

Hans abandonó la habitación sin muchas ganas. En realidad le apetecía hacerle el amor a su mujer, pero debía alejarse. Si se metía en la cama junto a ella, no la dejaría dormir, y Val estaba realmente agotada. Los últimos días habían pasado demasiadas cosas, y sabía que el embarazo le producía mucho sueño. Habían sido muy incautos y aquellas eran las consecuencias. Sin embargo, él estaba muy satisfecho con los resultados, siempre había querido formar una familia con Val. El momento había llegado demasiado pronto, pero no le importaba en absoluto. En realidad estaba entusiasmado con la idea.

El hotel estaba junto al mar y lo rodeaban varias piscinas. Para cualquier humano las tres de la mañana no sería un buen momento para bañarse, y menos en aquel clima, pero él no tenía ningún frío. Aunque tendría que bañarse desnudo, no disponía de un traje de baño.

Justo cuando estaba a punto de quitarse la ropa, oyó un ruido a su espalda. Había tres hombres junto a la fachada del hotel, uno de ellos era el profesor Miró. ¿Qué haría allí? ¿Estaría realizando su tarea de protección? Habían dicho que Val y él tendrían protección de la fraternidad y que apenas la notarían.

Parecía darles instrucciones a ambos, un perro y un gato. Hans oyó que el perro debía entrar en el hotel y dejar inconsciente al hombre de recepción, mientras que el otro debía trepar hasta la última planta. Aquello no sonaba a misión de protección sino más bien a todo lo contrario. Cuando ambos se dispusieron a cumplir las órdenes, el profesor se escondió detrás de unas hamacas. El hombre-gato trepaba a gran velocidad y Hans, en cuanto se dio cuenta de cuál era su objetivo, salió corriendo hacia la entrada del hotel. ¡Val estaba en peligro! En ese momento entendió todo, el profesor era un traidor y su misión era acabar con Val y con el niño que llevaba dentro.

El hombre de recepción ni siquiera era visible, pero no tenía tiempo de ocuparse de él. Subió las escaleras dando grandes zancadas y, cuando estaba a punto de entrar en su habitación, oyó como Val lo llamaba aterrorizada. Antes de abrir la puerta pudo sentir un sudor frío recorrer su columna vertebral. ¿Iba a cumplirse aquel horrible sueño en el que Val moría en sus brazos? ¡No! No iba a consentirlo, no podría vivir sin ella.

Una sombra con un cuchillo en la mano se cernía sobre Val y Hans, sin pensarlo ni una milésima de segundo, se tiró sobre él. El perro le clavó el cuchillo en la pierna, pero ni siquiera sintió dolor. Prefería morir él que perder a su familia. Hans consiguió quitarle el cuchillo y de un solo golpe aquel perro quedó tendido en el suelo completamente inconsciente.

—Val, ¿estás bien?

—Sí. Deja que te cure —dijo Val al ver la cuchillada que había recibido.

—No, luego, Val —respondió aproximándose a la ventana—, el peligro todavía no ha pasado.

A Hans le extrañaba que el gato todavía no hubiera llegado, sin embargo, cuando se asomó, se sorprendió gratamente al ver a su suegro luchando contra él, ambos aferrados al alféizar de la ventana del piso inferior.

—¿Sabes por qué quería matarme ese perro?

—No lo sé, pero tiene que ver con el profesor Miró, ha sido él el que lo ha mandado aquí arriba.

—¿El Profesor? Oh, Dios mío.

A Hans le hubiera gustado ayudar a su suegro, pero se sentía inseguro en las alturas y tan solo conseguiría caer al vacío. En ese momento se percató de que el profesor Miró había dejado de ser un oculto espectador y ascendía por la fachada a gran velocidad, Eugène lo tendría complicado para luchar contra dos gatos al mismo tiempo... o quizá no.

Pero lo que le dijo el Profesor a Eugène acabó por descolocarlo por completo:

—Voy en tu ayuda, Eugène. Acabemos con él.

No podía dar crédito a lo que acababa de oír, el profesor jugaba a ser el bueno cuando había sido el responsable de todo aquello, tenía que intentar avisar a Eugène.

—*Eugène —pensó—, no confíes en el Profesor. Ha sido el que ha urdido este plan. Lo he visto darle indicaciones a ese gato con el que estás luchando y al perro que está aquí en nuestra habitación y que ha intentado matar a Val, casi le clava un cuchillo, pero por suerte he llegado a tiempo.*

Esperaba que lo hubiera escuchado, pero no podía estar seguro, puesto que él no podía mantener una conversación mental con él, eso era algo reservado para los Chatte. En ese momento Hans se dio cuenta de que Val se había vestido y se asomaba también por la ventana.

—Voy a bajar, Hans —le susurró al oído.

—Ni lo sueñes, Val.

—Tengo que ayudar a mi padre.

—No, no. No quiero que te hagan daño, iré yo.

—¿Vas a descolgarte por la fachada? Este trabajo es para gatos. —Lo besó decidida y se deslizó fuera de la ventana tan rápido que Hans no pudo

impedírselo.

—¡Espera, Val!, después de todo no hará falta. ¡Mira!

Ambos pudieron ver el cuerpo inerte de aquel gato, que yacía en el suelo. Val retrocedió al ver que tenía razón y Hans pensó que quizá se había confundido con Miró, pues parecía que había sido él el que había empujado al gato.

—Bajemos —propuso Hans—, pero por la puerta, por favor —añadió cogiendo a Val de la mano.

—Mi padre...

—Estará bien.

—Hans, deja que te cure... —A pesar de que Hans hizo un gesto como quitándole importancia a su herida, Val lo ignoró y puso sus manos sobre ella —. ¡Listo! ¿Qué hacemos con el perro?

Val señaló el cuerpo inconsciente pero vivo del perro que había intentado matarla. Se estaba empezando a acostumbrar a que la quisieran matar constantemente.

—Aún tardará en despertar, lo sacaré de nuestra habitación.

—Te ayudaré.

—Ni lo sueñes, Val, recuerda que estás embarazada.

Val suspiró y dejó que Hans se lo cargara al hombro.

Cuando llegaron al exterior, Eugène y el Profesor ya no estaban en las alturas, sino en el suelo. El profesor Miró yacía en los brazos de Eugène.

—¿Qué ha pasado, papá? —preguntó Val.

—Hans tenía razón..., era un traidor —dijo, visiblemente afectado—. Todavía no puedo creérmelo.

—Pero... ¿te ha atacado? —insistió Val.

—Sí, cuando estábamos arriba, en la fachada... No he tenido más remedio que defenderme. Ha caído al suelo y se ha destrozado los pulmones casi por completo. Aunque aún podía hablar. No ha sido tan difícil como había pensado, ha contestado a todas mis preguntas, una especie de confesión antes de morir.

—¿Por qué? ¿Por qué intentabas matar a mi hija, Profesor? ¿Y...?

—¿Y cómo no te has dado cuenta de lo que pretendía? ¿Es eso lo que te preguntas? Bueno, quizá puedas escuchar mi pensamiento, pero sé pensar lo que quiero cuando estoy a tu lado y no te das cuenta de que en realidad es

mentira.

—Eres un traidor.

—No en mi opinión. Lucho por lo que creo que es mejor. Y un mundo en el que perros y gatos se mezclan... no es mi mundo ideal. —El Profesor tosió con fuerza.

—Tú..., tú denunciaste el matrimonio de Hans y Val.

—Bueno, no directamente, pero sí envié a alguien a denunciarlo. No habría podido hacerlo jamás en mi nombre. Y si tu sobrino no se hubiera metido por medio..., y después Roberto... —Un ataque de tos lo dejó sin aliento por unos segundos.

—¿Por qué mi hija?

—No habría matado a tu hija si no hubiera sido por lo que lleva dentro. Porque eso no está bien, Eugène, no debemos juntarnos con nuestro enemigo y no estoy de acuerdo con tener alrededor seres como Roberto. No sé qué demonios os ha pasado en la familia Chatte, antes éramos de la misma opinión. —La voz de Miró se hacía cada vez más tenue.

—¡Cómo has podido! Perteneces a la hermandad.

—Era una tapadera. Mi verdadero objetivo ha sido siempre otro.

—Acabar con las criaturas diferentes.

—No solo eso.

—Claro..., cómo no me he dado cuenta. Lo único que deseas es conseguir la fórmula de la longevidad.

—Siempre has sido el más inteligente de la familia Chatte.

—Pues ya sabes cuál es la fórmula, unirte con un perro.

—No, no hablo de esa forma. Hay otro modo y tu padre es el único que sabe cómo hacerlo, estoy seguro, aunque él lo niega.

—¿Mi padre? ¿A qué te refieres?

—Él tiene la fórmula para la longevidad. Eso es lo que busco, aparte de acabar con todas estas uniones defectuosas de criaturas. Es horrible.

—¿Para qué quieres la fórmula?

—Tú tienes suerte, te has casado con un híbrido y tu hija es una gata, pero yo... —Un nuevo acceso de tos lo interrumpió otra vez—. Mi mujer murió hace años, nunca me perdoné el no haber podido impedirlo. Y pronto perderé a mi hijo.

—¿Hijo? No sabía que tuvieras un hijo.

—Sí, lo tengo. Os lo he ocultado siempre. Y quiero que sea longevo, pero he tenido la mala suerte de tener un hijo humano.

—Espera un momento..., no solo has querido acabar con mi hija, también con mi cuñado y mi sobrina, ¿verdad? ¡Tú..., tú has perseguido a la familia de Helena!

—Sí, lo he hecho desde el día que conocí a Roberto, el día de su boda, y vi que era un mestizo. Siempre los he buscado, aunque no he tenido mucho éxito. —La voz del Profesor era casi inaudible y tenía que tomar grandes bocanadas de aire para poder continuar hablando—. Una vez coincidí con él en una reunión de la fraternidad, pero cuando quise darme cuenta ya había desaparecido.

—¿Fuiste tú el que mató a mi hermana? —pregunté aun sabiendo que Helena no estaba muerta.

—¿Qué? No, yo no fui el que la mató, te lo aseguro, mi objetivo no ha sido nunca tu hermana, tan solo su marido y su hija.

—Pero Roberto no sabe que tú estás detrás de esto.

—Por supuesto que no. Nunca mancho mis manos. Y... yo no maté a Helena..., lo prometo, Eugène. Indirectamente soy culpable de muchas muertes, pero jamás habría matado a Helena.

«Ya, pero sí habrías matado lo que más quería, a su hija y a su marido», pensé.

Aquella fue la última frase que pronunció, después exhaló su último aliento.

A pesar de que estaba muerto, supe que no tendría más remedio que asegurarme de que nunca más volviera a despertar. Lo hice a pesar de que no me causaba ninguna satisfacción ni disfruté de ello, después oí los pasos apresurados de Val y Hans.

—Oh, papá, es horrible que alguien en quien siempre habéis confiado haya sido el culpable de todo, lleva décadas atosigando a la familia.

—Sí, es horrible. Aun así, no me siento bien por haberlo, haberlo...

—Degollado. —Hans terminó la frase por él.

—Sí.

—Es lo más seguro. Casi ninguna criatura es capaz de resucitar, pero nunca olvidaré que yo no lo hice con Ágata la primera vez y resucitó —dijo Hans.

—Es cierto.

Val se incorporó y se acercó al otro gato, vivo, aunque no por mucho tiempo.

—Debo curarlo.

—¿Qué? ¿Has olvidado que ha intentado matarte? —protestó Hans.

—No, pero no lo volverá a intentar ahora que el Profesor está muerto.

—Déjala, Hans, no puedes hacer nada al respecto, es una sanadora.

Hans suspiró sabiendo que había perdido la batalla. Ni siquiera le hacía gracia haber dejado con vida al perro que había encerrado en un armario de la limpieza.

—En cuanto al Profesor..., supongo que lo mejor será tirarlo al mar —sugirió Eugène, quien no podía evitar preguntarse cómo se sentiría su padre cuando se enterara de que había matado al mejor amigo de la familia. De cualquier manera, estaba ansioso por averiguar cuál era esa fórmula de la longevidad que según el Profesor había descubierto su padre. ¿Sería posible que lo hubiera descubierto y no se lo hubiera confesado a nadie de la familia?

22. Dom. Huyendo de los problemas

Rumbo a otro lugar. Julio.

Justo después de que se hubieran marchado Eugène y Carla, preparé una maleta rápida —a aquellas alturas era un experto en hacer maletas exprés— y salí de La Coruña en el todoterreno. No hacía falta que esperase al día siguiente, de cualquier modo no podría dormir después de todo lo que había sucedido.

Estaba indignado con todo y con todos. No quería volver a ver a mi madre y mucho menos a Roberto. En cuanto a aquella mujer que parecía ser mi hermana y que me producía dolor de cabeza con tan solo mirarla... ¿quién se creía que era para hablarme de ese modo? ¡Además a través del pensamiento! Yo no le había dado acceso a él, no obstante, se había atrevido a hablarme en dos ocasiones, la última justo antes de salir por la puerta de mi piso de La Coruña.

Sus palabras resonaban en mi cabeza a medida que quemaba kilómetros, con la música a tope. «*Soñaba con conocerte, Dominique. Siempre me he preguntado cómo sería tener un hermano. Pero ahora que te he conocido me arrepiento de ese deseo. Si tratas de ese modo a la persona que más has amado en tu vida, a tu madre, a nuestra madre, no mereces mi admiración en absoluto*».

Sí, la había amado, más que a nadie en el mundo, pero me había destrozado el corazón. Todavía no podía creer que hubiera estado viva durante toda mi vida y yo llorando por ella desde que tenía diecisiete años. Ella había elegido a Roberto y también a Isabella, los prefirió a ellos en lugar de a mí. Me había abandonado conscientemente. ¿Cómo podría perdonarla? Su muerte me había perseguido toda la vida, su muerte había condicionado mi forma de ver las cosas. Siempre había odiado a los perros cuando, después de todo, quien había organizado su asesinato —aunque no hubiera tenido éxito— había sido un gato. Ni siquiera el saber que ese gato estaba muerto conseguía disminuir la ansiedad y la amargura que inundaban todo mi ser.

Por eso había decidido hacer un gran viaje, no por lo lejano de su destino, sino porque quizá no volviera.

Siempre me había visto muy diferente a mi familia, ellos se sentían a gusto en Francia, en el *château* o en Digne, pero yo nunca había encontrado mi lugar. Lo había buscado con ansia durante años, había viajado por todos los continentes, hablaba más de veinte idiomas, y, a pesar de todo, jamás me había

encontrado a gusto del todo en ningún lugar. La única ciudad que llevaba en el corazón era La Coruña, quizá porque había sido en esa ciudad donde me había enamorado por primera vez.

Pero también Amelia me había defraudado. Lo más gracioso de todo era que, cuando la había vuelto a ver hacía unos días, me había suplicado que la perdonara, quería volver conmigo. Qué tonto había sido, había caído en sus brazos de nuevo, habíamos vuelto a hacer el amor, pero ya no me llenaba, ya no sentía nada por ella. Quizá mi corazón estuviera vacío, roto o lleno de poros. Si no era capaz de volver a amar a mi madre, ¿a quién iba a amar? Lo más irónico de todo era que seguía buscando el amor, como un auténtico estúpido. Y precisamente por esa razón me encontraba de camino a aquel pueblo de la costa italiana del que jamás había oído hablar, Camogli.

Pero no era el pueblo lo que quería visitar, sino a aquella hechicera de ojos color avellana. No podía quitármela de la cabeza. No era muy habitual que una mujer me afectara de aquella manera y quería averiguar por qué seguía persiguiéndome en sueños e incluso cuando estaba despierto. ¿Me habría embrujado? No lo creía, puesto que, según ella, yo no era su tipo.

Sin darme cuenta y sin haber parado para comer ni para dormir, ya eran las cinco de la tarde y acababa de llegar a mi destino. No iba a negar que la belleza de aquel pueblo era asombrosa, era un lugar pintoresco, con aquellas casas de colores pastel, todas apelotonadas, como si buscaran el calor de su cercanía o como si tuvieran horror al vacío. El mar estaba apacible y hacía un calor de mil demonios, aunque el calor jamás me había molestado, sino que, al contrario, lo agradecía.

Su madre me había explicado cómo llegar hasta su casa, aunque quizá no hiciera falta, podría guiarme por mi olfato. La casa estaba alejada del ajetreo de los turistas, casi la última casa de la colina, desde donde se divisaba un paisaje maravilloso. Podía entender que Áurea hubiera elegido aquel lugar para vivir, pero... ¿qué la habría llevado a escoger un lugar tan lejos de su hogar? O más bien quién, porque aquello sonaba a amor.

De repente me acobardé al pensar que quizá tuviera novio o incluso marido. Luego deseché esa idea, me lo habría dicho aquel día en el que mantuvimos nuestra primera conversación, o su madre me habría advertido. Aunque no entendía cómo aquella belleza dorada no tenía pareja. A lo mejor era insoportable. Aquello me hizo sonreír, ya que no recordaba que fuera precisamente dulce, ni siquiera amable, y sin embargo allí estaba, llamando al timbre de su puerta. Definitivamente era un poco masoquista.

La puerta se abrió incluso antes de que mi dedo dejara de presionar el timbre, lo más seguro es que ella ya supiera quién estaba al otro lado de la puerta. Allí estaba Áurea, la hechicera dorada, con un vestido corto negro de algodón y descalza, llevaba las uñas de los pies pintadas de rojo. Admiré por segunda vez su cuerpo delgado pero al mismo tiempo exuberante, con aquellos pechos turgentes, su cintura de avispa y esas maravillosas caderas de las que era difícil apartar la vista. Aunque en realidad lo que más llamaba mi atención no era su cuerpo, sino sus ojos de café, grandes y redondos, así como su pelo castaño lleno de reflejos dorados. La pena era que en ese momento lo llevaba sujeto en un moño. Sentí el impulso de tocar aquellos solitarios rizos que se habían liberado de la atadura.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó, obviamente en un tono nada dulce.

—Te dije que te encontraría.

—Oh..., ha sido mi madre. Un día de estos me cambiaré de pueblo y no le diré nada.

Se adentró en la casa dejando la puerta abierta como una clara invitación a que pasara. Dejé mi pequeña maleta en la entrada y la seguí dentro de aquella casa llena de color, luminosa y con aroma a limón. La decoración era extraña, tanto como su dueña. Los muebles eran de colores, todos diferentes unos de otros, pero quedaban bien. En el momento en que llegamos a la cocina y Áurea sacó helado de la nevera, me di cuenta de lo hambriento que estaba, no había probado bocado desde la cena del día anterior.

—Acabo de llegar de España.

Me clavó una mirada felina.

—¿Y siempre viajas con traje de chaqueta?

Ni siquiera había sido consciente de ello, había salido con lo que llevaba puesto.

—Vengo directamente de trabajar, ya ves lo que me obligas a hacer, Áurea. Ya te lo dije..., tú podrías...

—Déjalo, Dom, no intentes encandilarme con tus palabras. Sé cuál es tu habilidad.

¿Lo sabía? ¿Se lo habría dicho su madre?

—Además, no hace falta que hables —dijo acercándose a mí con andares de gata traviesa. Cuando llegó a mí, me acercó la cuchara llena de helado de limón y abrí la boca gratamente sorprendido de que me hiciera una invitación tan sensual.

Su mirada estaba encendida de deseo, sus ojos me comían con la mirada. ¿Estaría soñando? ¿Me habría quedado dormido al volante del coche? Nunca jamás hubiera soñado que aquella diosa cayera en mis brazos nada más abrir la puerta.

Después hizo algo que confirmó que lo que me decían sus movimientos y el brillo de sus ojos era cierto, me besó con deseo, con pasión. Ya no necesitaba más mensajes para saber que aquella gata estaba pidiendo sexo. Decididamente era un hombre con suerte.

La atraje hacia mí y esa vez fui yo quien la besó con ansia. Parecía deseosa de quitarme la chaqueta, que cayó estrepitosamente al suelo haciendo que me preguntara si se habría roto el móvil. Después comenzó a desabrocharme los botones de la camisa. No pude evitar jadear cuando aquella diosa del amor posó sus suaves manos en mi torso desnudo, me dejó helado pero ardiendo al mismo tiempo. La volví a atraer hacia mí, aventurándome a agarrarla por su bonito trasero. No puso objeción, de hecho dejó que le metiera la mano por debajo del vestido.

No podía creer que hubiera sido tan fácil conquistarla, había pensado que me llevaría días, incluso semanas o meses, conseguir un mísero beso, y, sin embargo, Áurea me daba todo su ser de entrada. Estaba asombrado con mi suerte, había conseguido al primer intento lo que había venido buscando. Había sido una gran idea venir en su busca, vaya que sí.

—¿Tienes algo? ¿Has traído...?

Sabía a lo que se refería.

—No lo sé... —Vaya, como no tuviera un mísero condón, estaba perdido.

Me alejé en busca de mi pequeña maleta y por suerte encontré uno olvidado que seguramente había estado destinado a Amelia.

—¡Lo tengo! —exclamé triunfal entrando en la cocina, pero ella ya no estaba allí.

Le seguí el rastro, estaba tendida sobre la cama, completamente desnuda.

—Oh, Dios santo, Áurea...

Me quité el pantalón con torpeza y me tumbé a su lado. Le acaricié el pecho derecho rodeándolo con un solo dedo, haciendo círculos, cuanto más se excitaba Áurea, más despacio lo hacía. Aquellos pechos eran los más bonitos que había visto jamás, tenía los pezones del tamaño perfecto, ni muy grandes ni muy pequeños. Después hice lo mismo con su pecho izquierdo. Áurea

parecía desesperada y cuando me di cuenta de que ya no podía más se los chupé. Ella me acarició el miembro, para mi dicha, de un modo salvaje. Por un momento me olvidé de sus bonitos pechos y me concentré en el placer que me producía su tacto.

Cuando Áurea me bajó los *boxers*, volví a besarla con desesperación. Su boca era deliciosa, sabía a limón. De repente se incorporó y se puso de rodillas sobre la cama. La imité. Me robó el condón y se ocupó ella de colocármelo. Se notaba que sabía lo que hacía, sabía cómo tocarme, cómo excitarme todavía más. Aquella mujer dorada era una diosa y me tenía completamente en sus manos. Volví a acariciarle la espalda y su bonito trasero e introduje la mano entre sus muslos. Su jadeo terminó de volverme completamente loco. Ambos estábamos igual de ansiosos, ya que se giró, ofreciéndome una vista magnífica de su trasero.

—Eres preciosa, mujer de oro —susurré, y después la penetré con fuerza.

Llevábamos el mismo ritmo, como si ambos nos conociéramos a la perfección. Esperé hasta que ella estuvo igual de lista que yo y después me dejé llevar.

—Gracias, Áurea, por darme una oportunidad. —La besé en el cuello y me dejé caer sobre la almohada. Me perdí en un dulce sueño, hacía tiempo que no tenía un sueño tan dulce como aquel.

Cuando abrí los ojos me costó comprender dónde estaba, hasta que el olor a limón que inundaba el ambiente me confirmó dónde me encontraba. Cada partícula del aire olía a Áurea. Gracias a la luz que entraba por la ventana, calculé que debían ser la ocho de la tarde.

Era un estúpido y no podría perdonarme que, teniendo la posibilidad de estar con ella, de poder volver a hacer el amor con Áurea, mi cuerpo hubiera decidido caer en picado. Sabía que tenía una buena excusa, o incluso varias, la paliza de no haber dormido en toda la noche, el largo viaje hasta allí y, sobre todo, la lucha interior que tenía conmigo mismo y que me había dejado derrotado mentalmente. Miles de pensamientos se agolpaban en mi cabeza, pero había decidido apartarlos, en aquel instante tan solo quería descansar y soñar con Áurea.

Me levanté con una sonrisa en los labios al recordar lo fantástica que había sido mi mujer dorada en la cama, era una fiera, una auténtica tigresa, y había sido una gran sorpresa para mí.

Enseguida oí voces y no solo de Áurea, estaba con alguien. A juzgar

por la voz, la otra era una mujer mayor que ella. Lógicamente hablaban en italiano, pero por suerte era uno de los muchos idiomas que controlaba a la perfección.

—Ahora elije una carta —decía Áurea—. Mmm, la emperatriz.

—¿Qué significa? —preguntó aquella mujer.

—Bueno...

¿A qué se dedicaría mi misteriosa gatita? Por lo visto estaba echando las cartas del tarot. Bueno, después de todo era una bruja.

Mientras terminaban aquella sesión busqué algo de comer, no creía que se fuera a molestar porque le robara un poco de pasta de la nevera. En cuanto lo probé, decidí que Áurea era la mujer perfecta; una máquina en la cama y una cocinera insuperable. Y para colmo, parecía tener los mismos gustos que yo, y no solo en comida, el vino blanco que tenía abierto estaba delicioso. Decididamente estábamos hechos el uno para el otro.

Imaginé que después de lo que había pasado entre nosotros no le importaría que me tomara la libertad de darme una ducha, la necesitaba desesperadamente, incluso aunque me diera pena desprenderme de su maravilloso aroma, que se había adherido a mi piel como ella a mi mente.

Cuando salí por fin del baño con ropa cómoda y limpia, unos vaqueros y una camisa azul, me choqué con mi anfitriona.

—Oh, perdona, Áurea. —Me acerqué a ella dispuesto a besarla, pero ella retrocedió.

Por un instante me preocupé, pero entonces caí en la cuenta de que no me había portado demasiado bien, de hecho me había portado como un capullo.

—Veras, Áurea..., siento mucho haberme dormido después de hacer el amor, estaba rendido tras haber viajado toda la noche. Te aseguro que en otras circunstancias... no podría dormir con una belleza como tú a mi lado. ¿Me perdonas?

—¿Hacer el amor? —Se rio—. Vamos, Dom, supuse que con tu amplia experiencia sabrías distinguir entre hacer el amor y echar un polvo.

¿Qué? ¿De qué diablos estaba hablando?

—Coge tus cosas y vete, por favor.

—¿Por qué? Me gustas, Áurea, y tan solo quiero pasar más tiempo contigo para conocerte mejor. Salgamos a cenar —dije mirando por la ventana, el sol estaba empezando a ponerse.

—No, gracias, tengo otros planes y debes irte, voy a llegar tarde.

La miré incrédulo. No podía ser cierto que después de lo que había pasado entre nosotros me echara de su casa como si, efectivamente, tan solo hubiera sido un buen polvo. ¿Es que solo era eso para ella? ¿Un mísero polvo? Por su mirada, así era. Tan solo me había utilizado, qué estúpido había sido.

Cogí mis pertenencias y salí de aquella casa, me negaba a discutir con ella cuando me estaba echando como si fuera un perro. Por un instante se me pasó por la cabeza la idea de largarme al día siguiente o incluso en ese mismo momento, pero después me di cuenta de que para mí no había sido tan solo un polvo. Áurea estaba muy equivocada y me focalicé en mi objetivo: conseguir que aceptara cenar conmigo, aunque para eso tuviera que esperar al día siguiente.

Pero alcanzar mi objetivo no iba a ser sencillo.

—Estamos en julio, muchacho, está todo reservado —repitieron en todos los hoteles a los que fui.

Cuando ya había recorrido todo el pueblo y era evidente que no había ni una sola habitación disponible, me senté deprimido sobre el murete que daba a la playa. Me pregunté si estaría permitido dormir en la playa, parecía la única opción que tenía aparte de dormir en el coche.

A pesar de que el sol ya se estaba poniendo, había gente en la playa. A esas alturas, el enojo me había abandonado y ya únicamente me sentía solo, nostálgico y herido. Me fijé en una mujer que a duras penas cargaba con un par de bolsas bien cargadas. Me sorprendí a mí mismo cuando me acerqué a auxiliarla.

—Deje que la ayude. —Le cogí las bolsas y aquella señora me sonrió.

—Oh, qué amable eres, muchacho. No vivo lejos de aquí.

—La acompañaré a su casa. —Total, no tenía nada que hacer.

—¿Estás de vacaciones? Creo que no te conozco.

—No, solo estoy de paso. En realidad he venido para invitar a una mujer a cenar, pero no he tenido suerte. —No sabía por qué diablos le contaba mi vida a aquella mujer, seguramente se debía a la desesperación que sentía.

—¿Y desde dónde has venido?

—He venido hoy desde España.

—¡Pues sí que te tiene que interesar esa mujer! ¿Quién es? Seguro que la conozco.

—No lo creo..., se llama Áurea.

—Ah..., la *strega*, ¿quién no la conoce? Todo el pueblo la conoce, muchacho. Pero entiendo que no te haya aceptado.

—¿Por qué?

—Pues porque tiene el corazón roto, muchacho.

¿El corazón roto?

—Me llamo Dominique, Dom.

—Yo me llamo Cecilia. Mira, aquella es mi casa —dijo señalando una casita pequeña del estilo de la de Áurea pero de color amarillo pálido—. ¿Tienes alojamiento?

—No, no he encontrado nada. Desgraciadamente está todo lleno.

—Yo puedo alquilarte una habitación. Tiene su propio baño y podría hacerte la comida. ¿Qué te parece?

Me reí, feliz de que por lo menos terminara bien el día. Además podría conseguir muchísima información sobre Áurea a través de aquella señora.

—Me parece maravilloso, Cecilia. Y dígame... ¿por qué tiene Áurea el corazón roto?

—Pues, verás, la razón por la que ella vino a vivir a este pueblo se llama Franco Lombardo.

Mi corazonada había sido cierta, había venido hasta allí por amor.

—Franco es muy conocido en el pueblo, la mitad de los restaurantes y hoteles de aquí son de su familia.

—¿Sigue con él? —pregunté muerto de curiosidad, o más bien lleno de temor.

—Oh, no, hace un año el muy tonto dejó a la bella Áurea por otra mujer, la dejó destrozada.

—Entonces... ¿por qué se quedó aquí? ¿Por qué no volvió a España?

—Bueno, ella tiene mucho trabajo en este pueblo. La gente la aprecia y tiene muchos amigos, ¿sabes? También tiene muchos pretendientes.

—Me lo puedo imaginar. ¿Sabe si sale con alguien en concreto?

—Nooo, por supuesto que no. Yo creo que sigue enamorada de Franco. Lo tienes difícil muchacho, muy difícil. Pero yo te ayudaré en lo que haga falta. Puedes dejar las bolsas sobre la mesa —dijo señalándome una mesa de madera—. Ven, te enseñaré tu dormitorio.

Era pequeño pero agradable, y lo mejor de todo sería tener mi propio baño.

—¿Está segura de que quiere que me quede? Podría ser un asesino.

Cecilia se rio.

—No tienes pinta de asesino, Dominique. Pareces un buen chico, tan solo tienes el corazón roto —dijo saliendo del dormitorio y dejándome

perplejo.

¿Cómo podía saberlo?

Primer intento...

A la mañana siguiente me presenté ante la puerta de Áurea completamente renovado y bastante amnésico con respecto al día anterior. Además, no pensaba volver a acostarme con ella, no hasta que los dos sintiéramos algo más profundo. ¿Qué diablos me sucedía? Estaba irreconocible.

Áurea vestía unos pantalones pirata de color negro y una camiseta de tirantes del mismo color que sus ojos. Estaba realmente bonita.

—Buenos días, Áurea. ¿Podemos hablar?

—No, déjalo, Dom. Será mejor que me olvides y vuelvas a España.

—No pienso hacerlo. No dejaré de intentar que salgas conmigo a cenar.

Soñaba con volverla a besar mientras saboreábamos otro helado de limón, pero Áurea permanecía en la puerta cruzada de brazos. Parecía enfadada, pero... ¿por qué?

—Verás, lo que pasó ayer..., yo... Me pillaste en un día sensible. No volverá a suceder.

—Vaya..., de modo que, los días que estás sensible, te acuestas con el primero que aparece por la puerta.

Antes de que pudiera pedir perdón Áurea había cerrado la puerta en mis narices. Y en realidad no podía reprochárselo, me lo merecía. A veces debería mantener la boca cerrada. Pero... ¿qué excusa era esa de que tenía un día sensible? Estaba todavía más confuso que el día anterior. ¿No podía reconocer que se sentía atraída por mí? Yo sí podía reconocer que aquella bruja dorada empezaba a pasar demasiado tiempo en mi cabeza, más del que me habría gustado.

Segundo intento...

—Buenos días, Áurea. —Coloqué mi pie de tal manera que no pudiera volver a cerrarme la puerta en las narices—. Antes de nada quiero pedirte perdón por lo que te dije ayer. Por favor..., fui un capullo.

—Dom, lárgate de Camogli —dijo Áurea intentando cerrar la puerta, pero, obviamente, no pudo hacerlo.

—Por favor..., Áurea, tan solo te pido una cena. Si después de la cena

no quieres volver a verme, me iré.

—Deja que cierre la puerta o...

—¿O qué?

—Sabes perfectamente que tengo medios para mantenerte alejado de mi casa y de mí.

—¿Qué bicho te ha picado? ¿Y a qué vino lo del otro día? Dime tan solo que no te sientes atraída por mí.

Áurea me miró confusa pero no dijo nada, tan solo vi como se movían sus labios. Justo después una ráfaga de viento me echó hacia atrás, aunque pude ver a tiempo, antes de que se cerrara la puerta, una sonrisa un tanto traviesa en su rostro.

¡Maldita sea! Aquella bruja iba a acabar conmigo y con mi paciencia y además... cada día me gustaba más que el anterior. Parecía saber encenderme en todos los sentidos. Estaba ardiendo y no solo de rabia. ¿Por qué diablos no abandonaba la idea de formar parte de su vida?

Tercer intento...

¿Habría puesto un hechizo en mi contra? Cuando llegaba hasta la puerta una fuerza sobrenatural me echaba hacia atrás sin poder alcanzar el timbre. Decidí cambiar de objetivo y me dirigí hacia una de las ventanas, pero sucedió lo mismo, una fuerza invisible me repelía como si fuera un ser peligroso. Era obvio que había puesto una especie de hechizo para que no pudiera acercarme a la fachada de su casa. ¡Áurea se estaba pasando! Pero yo no pensaba aceptar que no sintiera nada por mí, aquella forma de tocarme, de besarme, de mirarme, habían sido sinceras, ciertas. Me ocultaba algo e iba a averiguar qué era.

Cuarto intento...

Me quedé observando la casa a una distancia prudencial, esperaba que Áurea no pudiera captar mi aroma desde tan lejos. Un hombre se acercaba a la puerta, parecía joven, era atractivo y vestía de modo informal. ¿Sería un cliente? Sinceramente, no tenía ninguna pinta. Llamó a la puerta, pero Áurea no parecía querer contestar. Pasaron unos minutos hasta que abrió la puerta.

—¿Qué haces aquí, Franco?

¿Sería aquel su exnovio?

—Necesito hablar contigo.

—Ahora no me viene bien, viene una clienta en diez minutos.

—Áurea..., por favor, solo serán cinco minutos.

Áurea miró a un lado y otro de la calle, pero por suerte no miró hacia donde yo estaba, lo cual confirmaba que no había captado mi aroma. A pesar de que entraron en la casa, pude oírlos perfectamente.

—¿Qué quieres, Franco?

—Verás, yo... te echo de menos, cariño, mucho de menos.

—¿De qué estás hablando? ¿Ya te has cansado de tu mujer?

—Desde que está embarazada no quiere hacer el amor conmigo. Estoy desesperado.

—No sé cómo puedo yo ayudarte. ¿Acaso necesitas una sesión de cartas? ¿Un reiki para relajarte?

—Áurea, estoy pensando en dejarla, no puedo vivir sin ti. He sido un estúpido por dejarte. ¿Podrás perdonarme?

—¡Por supuesto que no, Franco! Vete de mi casa.

—Por favor, dame un beso, un abrazo, te necesito.

Por un lado estaba disfrutando de escuchar como Áurea le negaba algo a otro hombre que no fuera yo, por otro, me estaba poniendo de los nervios la insistencia de aquel tipo, estaba comenzando a enojarme de verdad. Sabía que pretendía besarla en contra de su voluntad y el hecho de no poder ver nada me estaba matando.

—¡Déjame en paz, Franco! Por última vez, vete de mi casa.

En el fondo sabía que el tal Franco no conseguiría nada si ella no quería, al fin y al cabo era una hechicera y podría deshacerse de él fácilmente. Pero tenía que reconocer que estaba celoso, sí, muy celoso. De modo que en unas zancadas estaba frente a la casa, pero aquel hechizo seguía activo y no podía acercarme a la fachada. ¡Maldición!

—¡Áurea! ¿Estás ahí? —Comencé a llamarla a unos metros de la fachada, sabía que estaba haciendo bastante el ridículo, pero me daba exactamente igual—. ¡Áurea! ¡Abre la puerta!

Aquello pareció funcionar, unos segundos después ambos aparecieron en el umbral de la puerta. El tal Franco parecía echar humo por las orejas.

—¿Esta es tu cliente? —preguntó al pasar junto a mí.

Había conseguido cabrearme de verdad. Lo agarré por el cuello de la camisa y lo empujé contra una pared.

—Como vuelvas a molestarla te las verás conmigo. ¿Entendido?

—¿Quién *cazzo* eres tú?

Áurea miró asustada hacia mis uñas. ¡Mierda! Tendría que impedir que

Franco las viera.

—Alguien a quien debes temer —dije soltándolo de la camisa y lanzando un bufido que salió como el rugido de un tigre. Acto seguido escondí las manos detrás de la espalda.

Franco se asustó y se alejó de nosotros sin dejar de mirar hacia atrás, por si me tiraba sobre él. Hacía bien en cubrirse las espaldas.

—Bueno... ¿me dejas entrar? Creo que tenemos sesión de cartas, ¿no?

—Muy gracioso.

—Vamos, tu exnovio está mirándonos, no querrás que piense que soy algo más que un cliente.

—Después de la amenaza creo que ya lo debe pensar, ¿no crees? —contestó algo sonriente.

¿Le hacía gracia mi ataque de celos?

—No podré entrar a no ser que te deshagas del hechizo *repeledor*.

Se rio.

—¿*Repeledor*?

—Sí, *repeledor* de chicos que se llaman Dominique y que no se dan por vencidos.

Áurea hizo un gesto con la mano, como dando por imposible librarse de mí, y entré detrás de ella, no sin cautela por si acaso aquel hechizo volvía a empujarme hacia la calle, pero enseguida comprobé que se había desvanecido.

Me había imaginado su sala de trabajo de otro modo; pensaba que tendría una mesa camilla y figuras extrañas por las paredes y que sería oscura y tenebrosa. Sin embargo, la habitación era como el resto de la casa, luminosa y llena de color, y ni rastro de una mesa camilla, pero sí una camilla de masajes, además de unos pufs alrededor de una mesita baja. Me sorprendió descubrir que era hasta agradable.

—¿Qué es lo que te apetece, Dom? ¿Un masaje, un reiki, una sesión de tarot, de cartas OH?

Solo había entendido dos de las palabras que había pronunciado, tarot y masaje, y sabía que no sería capaz de soportar un masaje suyo, ya que podría acabar abalanzándome sobre ella, me atraía demasiado como para arriesgarme a algo tan cercano.

—Tarot.

—¡Oh! —exclamó como sorprendida por mi elección—. Muy bien, pero no haré una sesión como la que le hago a la gente que no sabe lo que soy en realidad. No perderé el tiempo contigo.

Áurea se sentó sobre uno de los pufs y me indicó que me sentara junto a ella.

—Deja que vea tus ojos, Dom.

Se acercó tanto a mí que temí que notara mi turbación, pero un segundo después ya no la veía a ella, sino a mi madre. Se me puso la piel de gallina cuando la oí hablar.

«Déjame darte un abrazo, te quiero tanto...».

«No quiero que te vayas mamá, tengo una sensación extraña..., como si no fuera a volver a verte».

«Oh, claro que me verás, volveré pronto. No te vas a librar de tu madre tan fácilmente, ¿sabes?».

Después apareció ante mí Irina, mi abuela, con el rostro demacrado. Volví a oír de sus labios la explicación sobre la llamada que había recibido de la India para informarnos de que mi madre había muerto a manos de un perro. Dijo que Roberto se sentía culpable por lo que había sucedido y que ya no tenía esperanzas de que resucitara porque habían pasado más de dos días desde que había muerto. Volví a sentirme como en aquel momento en el que mi mundo se tambaleaba y en el que solo había sabido salir corriendo hacia el bosque. No volví hasta un mes después.

Me desperté abrazado a Áurea y con los ojos inundados de lágrimas, sintiendo una sensación contradictoria de tristeza sobrecogedora y sosiego del alma.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

Áurea también tenía los ojos húmedos, como si también hubiera llorado, y, lo más asombroso, me dedicaba la mirada más tierna que había visto jamás.

—Oh, Dom, qué triste. ¿Cómo estás?

¿A qué se refería? ¿Qué le había contado?

—Tengo que irme —dije incorporándome de golpe.

Áurea dejó que me fuera. Ahogué un grito al ver que era noche cerrada. ¿Cuántas horas llevaba allí dentro y por qué me abrazaba Áurea de esa forma tan maternal?

No tenía ganas de darle vueltas, puesto que no recordaba nada en absoluto, y estaba tan derrotado que tan solo quería dormir. Me metí en la cama nada más entrar en casa de Cecilia, ella no estaba y me alegré por ello. No quería hablar con nadie, me sentía completamente derrumbado, agotado

física y mentalmente.

—Dom, abre la puerta. Venga, tengo que hablar contigo.

Una voz profunda pero suave me despertó. Por la luz que entraba a raudales por la ventana, supe que era de día, debía ser mediodía. ¿Qué hacía Áurea en casa de Cecilia?

—Voy a entrar —anunció.

Áurea apareció con un vestido de flores corto y muy veraniego, su dorado pelo suelto. ¡Su aroma iba a acabar conmigo!

Me incorporé de un salto y solo cuando vi que los ojos de Áurea se fijaban en mis partes bajas fui consciente de que estaba completamente desnudo.

—Oh, lo siento —murmuré mientras buscaba mis *boxers* con la mirada.

—No te preocupes, ya la conozco, ¿recuerdas?

¿Estaba traviesa o era mi impresión?

—¿Qué haces aquí?

Ambos oímos la voz de Cecilia a través de la puerta.

—¡Me voy, chicos, os dejo a solas! —Y cerró la puerta de la calle.

—Vengo a hablar contigo.

—Ah, ¿y qué pasa si a mí no me apetece? —pregunté con ganas de pelea, aunque en realidad me alegraba de que, por una vez, fuera ella la que venía a buscarme.

—Creo que querrás escuchar lo que tengo que decirte.

Áurea comenzó a caminar en círculos por la habitación, parecía algo nerviosa. Decidí sentarme en la cama, aquello parecía que iba a ir para largo.

—Veras..., ayer...

—Sí, eso. ¿Qué diablos me hiciste ayer?

—No te hice nada, Dom, fuiste tú quien me abrió el corazón.

—¿Mi corazón?

—Sí, me hablaste durante horas sobre tu familia, sobre ti, pero sobre todo sobre tu madre. Deberías hablar con ella, hasta que no lo hagas no te liberarás de tu pesar.

¿Pero qué diablos le había contado? ¿Y por qué?

—Me gustó mucho que confiaras en mí de ese modo, Dom. No tiene que ser fácil aceptar que tu madre está viva después de todo. La verdad es que me siento halagada de que decidieras venir a verme a Camogli justo después

de enterarte de todo.

—¿Halagada? Vamos, Áurea, no me has hecho ni caso desde que he llegado. Llevo días intentando invitarte a una mísera cena pero parece que te estoy pidiendo el mundo.

—Bueno, lo sé, Dom, pero lo hago por ti. No te conviene estar conmigo.

—¿De qué hablas? —inquirí cada vez más confuso.

—Cuando apareciste en mi casa, me gustó tanto verte allí que no pude evitar tirarme en tus brazos.

—¡Lo sabía! ¡Tú me deseas igual que yo a ti! —exclamé, feliz de que por fin dijera alguna cosa positiva sobre mí.

—Es algo más complicado que simple deseo. Es más que eso.

No pude evitar levantarme y acercarme a ella. Prácticamente la acorralé cerca de la ventana. Le acaricié el rostro, tan suave, tan delicioso. Áurea tosió ligeramente e hizo un gesto hacia mi miembro, que se había despertado al tenerla tan cerca. Me separé de ella.

—Áurea..., lo sabía, esa forma de mirarme... Tus palabras eran como el hielo, pero tus ojos no paraban de decirme que no era cierto, que no querías que me fuera.

—¡Claro que no! Solo estaba intentado persuadirte de que te fueras, pero parece que no haces caso a lo que te digo.

—¿Por qué quieres que me vaya de tu lado si sientes algo por mí? ¿Por qué?

—Porque..., si me das tu corazón, puedes perder algo muy valioso.

—¿Darte mi corazón? ¿Qué significa eso y qué es lo que perderé?

—Darme tu corazón significa... que me acabes amando de verdad, profundamente. Hoy me has abierto tu corazón, el siguiente paso es que me ames y entonces perderás..., perderás la longevidad.

—¿Qué? ¿Qué tontería es esa?

—Se trata de una maldición. Por eso he intentado en vano que te fueras de mi lado.

—Yo no creo en maldiciones ni nada que se le parezca.

—¡Pero es cierto! —exclamó preocupada—. Les pasó a mi padre y a mi abuelo. Si acabaras amándome..., volverías a ser un simple gato mortal.

—¿Pasa solo en tu familia?

—No lo sé, llevo toda la vida intentando encontrar más hechiceras como yo, pero no las he encontrado. Las hechiceras no son bienvenidas en el

mundo de las criaturas, nos temen, por eso creo que se ocultan, igual que yo.

Y entonces recordé lo que había pasado cuando llegué al juicio de Hans y la gente pensó que era un hechicero. Había visto cómo me miraban, llenos de temor.

—Tienes razón, la gente teme a los hechiceros. Cuando fui al juicio para cumplir mi misión la gente pensó erróneamente que yo era un hechicero y aquello me salvó la vida, pero me temían, podía verlo en sus ojos.

Áurea sonrió.

—¿Por qué sonríes?

—Porque estaba allí, Dom.

—Claro, por eso podía oler tu aroma... Y yo que creía que me estaba volviendo loco. ¿Y por qué estabas allí?

—Tenía que ayudarte.

Entonces lo comprendí.

—¡Fuiste tú la que hizo que salieran rayos de mis manos! ¡Fuiste tú la que desató la tormenta!

Áurea asintió.

—Pero... ¿por qué?

—Porque quería ayudarte en tu misión. Era importante y sentí que me necesitarías. Dom..., te conozco desde hace mucho tiempo.

¿De qué narices estaba hablando? Apenas nos conocíamos.

—Los hechiceros soñamos con la persona destinada a nosotros. Llevo soñando contigo desde que tenía veinte años.

—¿En serio? ¿Conmigo? —No podía creer la suerte que tenía.

—Sí, contigo. Te conozco perfectamente, he hecho el amor contigo muchas veces, Dom. Por eso el otro día, cuando entraste en casa, no pude evitar dejarme llevar por mis recuerdos. Te echaba de menos, ¿sabes?

—Pero... entonces, cuando nos conocimos en la cabaña de tu madre, ¿tú ya me conocías?

—Sí.

—Yo no, pero te aseguro que sentí algo muy fuerte por ti, una atracción, una necesidad de volver a verte... Jamás me había pasado nada igual. Y estos días te juro que he intentado razonar conmigo mismo para irme de este pueblo, pero no podía alejarme de ti, algo superior me retenía, no podía irme sin conseguir conocerte.

Me sonrió y volví a acercarme a ella. Cogí sus manos entre las mías.

—Lo sé, Dom, ayer me hablaste también de tus sentimientos.

Prefería no saber lo que le había dicho.

—¿Cuándo naciste, Áurea?

—En 1932.

—Bueno, por lo menos soy algo mayor que tú. ¿Y por qué os pasa eso de soñar con una persona?

—Según mi madre les pasa siempre a los hechiceros, aunque solo pasa cuando te sucede algo malo. Todo comienza en un momento de tu vida en el que necesitas una fuerza superior que te ayude a continuar, cuando estás pasando por una mala experiencia.

—Eso significa que cuando soñaste conmigo te había pasado algo malo. ¿Qué te pasó, Áurea?

No podía pensar en que le pasara algo malo a mi mujer dorada, me daban ganas de matar a cualquiera que intentara hacerle daño.

—Ahora no, Dom, no quiero hablar de eso.

La atraje hacia mí y la abracé.

—Prométeme que algún día me lo contarás.

—Te lo prometo, algún día —me susurró al oído.

—De acuerdo —murmuré mientras acariciaba su bonito pelo.

—Dom..., creo que es mejor que nos separemos o que seamos tan solo amigos. ¿Podrás?

—¡Por supuesto que no! No pienso dejar que te vayas de mi lado, me da exactamente igual la longevidad y todas esas tonterías sobre maldiciones.

Áurea se apartó de mí.

—¡Pero es cierto, Dom! Tienes que creerme, no quiero que mueras antes que yo.

—Dices que si te llego a amar de verdad perdería mi longevidad. Pero ¿qué sucedería si fuera humano en lugar de un gato?

Me miró temblorosa, sus ojos estaban algo brillantes, como si estuviera a punto de llorar.

—Que morirías muy pronto.

—¿Cómo lo sabes? ¿Conoces algún caso?

Ella asintió.

—¿Y si fuera un perro?

—No lo sé. No conozco ningún caso.

—¿Y eso les pasa solo a las hechiceras? ¿Qué hay de los hechiceros?

—No lo sé, supongo que no pasa nada, puesto que tu madre sigue siendo longeva.

—¿Cómo lo sabes?

—Tú mismo me lo contaste ayer.

—Oh, pues si mi madre sigue siendo longeva todo lo de la maldición es una estupidez. No pasará nada.

—Quizá suceda solo en mi familia, Dom. Pero te digo la verdad.

—Vale, de acuerdo, pero me da igual, No pienso separarme de ti, no ahora que sé que estamos hechos el uno para el otro —dije acariciado sus labios.

No podía creerme mis palabras, pero por una vez en mi vida me apetecía estar con una sola mujer para siempre. Era ella, nadie más que ella, podía sentirlo, podía olerlo.

—Dom... —dijo Áurea mirando hacia mi miembro, que se había despertado de nuevo.

—No puedo evitarlo, Oria. Tú eres la culpable.

—¿Oria?

—Sí, es una variante de tu nombre que se usaba en la Edad Media.

Me miró sorprendida.

—Estos días he tenido mucho tiempo para leer. Significa de oro, resplandeciente. Eres mi mujer dorada —dije acariciándola de nuevo—. No sabes lo feliz que me hace tenerte de nuevo entre mis brazos.

Me besó y me volví loco de pasión. Le quité el vestido y pronto Oria estaba desnuda, a mi merced. Hice lo que llevaba días soñando, la lamí como solo un gato sabe hacer mientras masajeaba sus preciosos pechos. Lamí su delgada cintura, sus caderas y después me perdí entre sus muslos. Mi mujer dorada gemía cada vez más y esa sería mi música preferida a partir de ese día.

Cuando terminé, Áurea me empujó hacia la cama. Me tumbó y comenzó a lamerme. Esta vez era yo el que gemía de placer, jamás ninguna mujer me había hecho sentir de ese modo. Después se subió encima de mí y nos perdimos en una loca cabalgada.

—Dom, ¿tienes...?

¡Maldición!

—No, mierda, no tengo ni un solo condón, Áurea. ¿Cómo iba a saberlo? Me prometí a mí mismo que no volvería a hacerte el amor.

—¿Cómo? —preguntó confusa.

—A no ser que ambos sintiéramos algo más —añadí.

—¿Ah, sí? ¿Ahora sientes más?

—¡Tú qué crees! No dejaré que ningún hombre vuelva a tocarte, ni

siquiera tu querido Franco. Eres mía, Oria, solo mía.

Se rio.

—¿Estabas celoso de Franco?

—No, claro que no.

Me miró sin creerme.

—Está bien, sí, lo estaba —reconocí—. Y ahora... ¿qué hacemos?

—Pues me temo que tendremos que dejarlo para después, cuando vuelvas de la farmacia —dijo apartándose de mí.

—¡Oh, no, Áurea! Vas a acabar conmigo.

—Sí, lo haré... En cuanto consigas un condón. —Se rio traviesa.

—Volveré en un minuto —dije mientras me ponía los vaqueros.

Cuando ya estaba en la puerta, Áurea me llamó.

—Dom... ¿estás seguro?

—¿De la diferencia entre hacer el amor y echar un polvo?

Se rio.

—Contigo solo quiero hacer el amor, pero... eso no quiere decir que a veces no me vaya a apetecer follarte, que te quede claro. —Abrí la puerta pero me volví de nuevo— Ah..., y respondiendo a tu pregunta..., sí, estoy seguro, no tengo miedo a entregarte mi corazón, sean cuales sean las consecuencias.

23. Roberto. Hablando con mi conciencia

Kenia. Mayo 1945.

Me parecía asombrosa la estampa que tenía delante de mis ojos, incluso a pesar de que llevara catorce meses disfrutando de ella. Helena daba vueltas a nuestra hija Isabella en el aire mientras ella reía sin parar. Su risa era como un rayo de sol en un día nublado. Sin embargo, la risa muda de mi mujer contrastaba de tal modo que se me hacía un nudo en la garganta. Echaba tanto de menos el sonido de su voz, el de su risa, el de sus gemidos, que a veces me sentía egoístamente abatido. Era consciente de que no podía quejarme, estaba viva y ella y nuestra hija lo eran todo para mí.

Mi hija en realidad no sabía que su madre era muda, puesto que para ella su madre hablaba como cualquier otra persona, aunque de un modo diferente, como ella misma decía “me habla directamente en la cabeza”, y así era. Me alegraba de que por lo menos ellas pudieran hablar, pudieran entenderse, pero a veces me daba envidia no formar parte de su mundo.

Durante casi dos años Helena y yo habíamos intentado en vano comunicarnos de ese peculiar modo, pero no había resultado y ya empezaba a pensar que era algo reservado para los Chatte, y aquella niña morena de ojos verdes que tanto se parecía a su madre era una Chatte, aunque también había heredado de mí la capacidad para hacer cosas incomprensibles en una criatura común.

—Mami..., otra vez, otra vez —gritaba Isabella, que sin duda no había tenido suficiente y quería seguir dando vueltas en el aire.

Tan solo tenía catorce meses pero hablaba como una niña más mayor, también se movía mucho mejor que cualquier niña humana o incluso que una criatura. La servidumbre se había acostumbrado a encontrarla subida en el tejado o en los árboles que rodeaban la casa. Seguramente se preguntaban qué clase de niña hacía algo así con la edad que tenía, pero teníamos suerte de que aquella gente fuera muy prudente.

Había intentado explicar a nuestra hija que no podía trepar como una gata delante de la gente, pero ella no escuchaba. Se estaba convirtiendo en una niña un tanto salvaje, aunque era normal después de todo, estábamos en África.

Había elegido aquel continente por ser el lugar donde había menos criaturas, incluso menos que en el Himalaya. Mi contacto en la inteligencia inglesa era también gato y había entendido mi necesidad de huir del Tíbet a un

lugar todavía menos accesible. Además, tenía un trabajo que llevar a cabo, y lo necesitaba. A veces, cuando la pena y, sobre todo, la culpabilidad por lo que habíamos perdido me embargaban de tal manera, necesitaba aquella vía de escape. En esos momentos, cuando necesitaba huir, llamaba a mi compañero de trabajo, Peter Short, y nos embarcábamos en nuestro siguiente viaje. Elaborar mapas de la región no era en realidad tan apasionante, pero por lo menos me mantenía unos días alejado de mi absurda nostalgia.

Sabía que en el fondo era un cobarde. Además, sin duda alguna, mi forma de proceder era completamente contradictoria, en cuanto pasaba una sola noche sin ellas las añoraba tanto que pasaba el resto de los días angustiado, preguntándome si estarían bien, y deseando volver a estrechar a Helena entre mis brazos. No sabría cómo explicar mi desazón, era como si desde que la voz de Helena había desaparecido de mi vida, no me sintiera del todo completo. Sabía que era un egoísta y un desagradecido, puesto que tenía a mi mujer y nuestro amor era cada vez más potente. Y sin embargo..., el haber perdido aquella parte de ella por mi culpa, por mi irresponsabilidad, no dejaba de atormentarme cada día.

Sentado en el escalón del porche de nuestra granja y sin dejar de contemplar a mi pequeña familia, mi mente se trasladó muchos meses atrás, al día en que creí haber perdido a Helena para siempre.

Me encontraba en aquel monasterio del Himalaya, roto, desolado, descorazonado, escribiendo una carta a la familia Chatte. Quería, no, más bien necesitaba, explicarles lo sucedido con más detalle —una llamada de teléfono de un desconocido no me parecía suficiente—.

Un leve sonido, como el batir de unas alas, hizo que levantara la vista. Pero aquella sensación parecía producto de mi imaginación, Helena permanecía delante de la chimenea completamente inmóvil, completamente muerta, en el mismo lugar donde la había mantenido desde que había llegado al monasterio con su cuerpo envuelto en mantas.

De nuevo otro batir de alas. Pensé que estaba comenzando a volverme loco. Decidí concentrarme en la carta, debía terminarla y enviarla lo antes posible, pero el cansancio pudo conmigo. Llevaba días sin dormir, sin quitar ojo a Helena, porque aunque habían pasado más de cuarenta y ocho horas desde que había muerto, seguía siendo tan estúpido como al principio y

todavía mantenía la esperanza de que despertara.

Un sonido desgarrador me despertó. Supe que estaba soñando cuando vi que Helena estaba incorporada y con los ojos abiertos. Intentaba respirar, pero parecía no poder hacerlo. Me quedé inmóvil mirando cómo mi mujer se levantaba y avanzaba con dificultad hasta la puerta. La abrió abruptamente y, a medida que entraba aire puro en sus pulmones, fue recuperando la respiración.

Me acerqué a ella y le acaricié el rostro. Parecía real, estaba frío, pero no tanto como antes.

—¿Helena? ¿Eres tú?

Helena me sonrió y después abrió la boca decidida a contestarme, sin embargo su rostro se ensombreció de repente. Volvió a intentar hablar, pero no parecía salir ningún sonido. Me miró asustada y se señaló la boca. ¿Es que no podía hablar? Aun así pude leer perfectamente sus labios, era fácil para un perro.

—Claro que soy yo, Roberto. ¿Por qué lo dices?

—¿No recuerdas nada? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—¿Por qué no puedo hablar, Roberto? —preguntó, pero sin rastro de sonido.

—Ojalá lo supiera, Helena. Pero... —Y entonces me di cuenta de que aquello era real, Helena estaba viva, asombrosamente viva después de haber estado muerta mucho tiempo—. ¡Estás viva, Helena! Pensé que habías muerto, pensé que te había perdido para siempre.

Cogí sus manos todavía frías entre las mías. Estaban perfectas, tan suaves como siempre las había tenido. No podía creerlo, era imposible que hubiera sobrevivido a algo así. Seguramente en un intento por comprobar que no era un fantasma, la rodeé con mis brazos con suavidad ignorando el deseo de mi cuerpo de abrazarla con fuerza por si acaso era real, no quería hacerla añicos.

—Estás viva —repetí.

Helena me rodeó con sus brazos y en ese momento oí los latidos de otro corazón.

—¡Nuestro hijo! ¡Está vivo! Es... imposible —exclamé separándome de ella.

Helena puso sus manos encima de las mías, que reposaban sobre su abdomen.

—Ahora recuerdo lo que pasó, Roberto. Aquel perro...

—Lo sé. Lo siento tanto, *ma petite*, siento tanto lo que has tenido que pasar... Fui un estúpido, todo lo que ha sucedido ha sido culpa mía.

Helena puso un dedo sobre mis labios intentando acallarme y negó con la cabeza.

—Intentaste protegerme. No es culpa tuya. ¿Fue el Viejo?

Asentí y me apresuré a agregar:

—Tenemos que irnos a un lugar más seguro y debo avisar a tu familia..., ellos creen que estás muerta.

Negó con la cabeza.

—Quizá sea mejor que piensen que estoy muerta.

—Pero... ¿qué dices, Helena? Eso les partirá el corazón. Tu madre..., ella sabía que morirías, pero se equivocaba. Debo avisarla de su error.

—¿A qué te refieres?

—Tu madre tuvo una conversación conmigo antes de abandonar Francia, me aseguró que morirías y me explicó cómo una vez resucitaste, sin embargo me dijo que esta vez no pasaría. Yo... no he dejado de esperar que resucitaras, incluso sabiendo que había pasado demasiado tiempo y que sería imposible que lo hicieras.

—De modo que mi madre pensó que moriría.

—Ella me aseguró que no podía ver tu futuro.

—Mejor me lo pones. Escucha, Roberto, no estaremos seguros en ningún lugar, debemos mantenernos ocultos...

—Usaré mi magia, Helena, nos ocultaré del mundo. Lo haré. Puedo hacerlo.

—Sé que puedes, Roberto. Aun así mi familia debe pensar que he muerto.

—¿Por qué?! —exclamé sin comprender—. Dom...

—Si ellos creen que hemos muerto, lo sabrá el gato y lo sabrán todos los que nos buscan, quizá de ese modo dejen de buscarnos. Tenemos que proteger a nuestra hija.

—¿Hija?

—Sí, es una niña. La llamaremos Isabella, como tu madre.

Aquello me enterneció.

—Gracias. Me gusta. Entonces... ¿no quieres volver a tu casa nunca más?

—No, no hasta que cambien las cosas, no hasta que criaturas como tú y

como Isabella sean aceptadas.

—¿Y cuándo sucederá eso? —pregunté ansioso.

—No lo sé, pero te aseguro que todavía no.

—Está bien, Helena, haremos lo que tú digas. Yo os protegeré siempre, os ocultaré del mundo.

—¿Crees que recuperaré la voz?

—Seguro que sí, *ma petite*. La recuperarás.

Sin embargo estaba equivocado, no la había recuperado y más tarde nos dimos cuenta de que no solo había perdido la voz, también había perdido la capacidad para concebir más hijos.

El ruido de un coche entrando por el camino de tierra hizo que volviera al presente. Era mi ayudante, el joven y siempre entusiasta Peter, y, a juzgar por cómo había aparcado el todoterreno, parecía algo agitado.

—¡Roberto, Helena! —exclamó, y vino hacia nosotros corriendo.

Helena había cogido a Isabella en brazos al oír el coche, pero esta, en cuanto vio a Peter, quiso desasirse de su madre. Lo adoraba y él no la defraudó subiéndosela a caballito.

—¿Quién es mi niña preferida?

—¡Yooooo! —gritó excitada Isabella.

—Claro que sí, lo eres y siempre lo serás. —Después se dirigió a nosotros—. Tengo una gran noticia que daros.

Lo miramos ansiosos aunque podíamos imaginarnos de qué se trataba, con una suegra como Irina no había demasiados secretos para nosotros.

—¡La guerra ha terminado!

Intentamos parecer lo más sorprendidos posible.

—¡Eso es maravilloso! —exclamé—. ¿Verdad, Helena?

—Debemos celebrarlo..., aunque antes debo llevarte a casa de los Crone.

—¿Hoy? No, nada de eso, estoy disfrutando de mi familia después de estar lejos unas semanas.

—Es necesario. Creo que es importante, Robert.

Aquel muchacho siempre me llamaba Robert a pesar de que le había dicho en miles de ocasiones que no me gustaba que me llamara así. Miré a Helena, que me dijo sin palabras:

—Ve, no te preocupes, seguro que no te llevará mucho tiempo.

—Los Crone tienen suerte de que tenga una mujer tan maravillosa. Vayamos, Peter, ya puede ser algo importante para que me aleje de mi familia.

Peter se encogió de hombros, obviamente desconocía la razón por la que me habían hecho llamar. Los Crone eran nuestros vecinos más cercanos, aunque cercanos, en un lugar como aquel, significaba más de una hora de distancia. Eran británicos y llevaban muchos años viviendo en Kenia, desde mucho antes de que estallara la guerra.

Peter condujo como un loco y en menos de una hora estábamos en la finca.

—Quizá tengan una nueva misión para ti ahora que ha acabado la guerra. Si es así, te echaré de menos, Robert. A pesar de que a veces eres un mandón y un poco engreído, te tengo mucho aprecio. Además..., ya sabes que tu mujer y tu hija son mi debilidad.

Lo miré fingiendo estar enfadado.

—Ya sabes que las adoro —continuó—, pero no tengo malas intenciones. Tu hija es demasiado joven para mí y tu mujer demasiado mayor.

—No estarás insinuando que mi mujer es vieja, ¿verdad? —Me gustaba tomarle el pelo de vez en cuando.

—Nooo, para nada, no quería decir eso, tan solo que..., bueno, yo tengo veinte años y ella supongo que tendrá treinta.

«Algunos más, joven Peter», pensé.

El señor Crone se mostró más serio que nunca y me llevó, sin darme ninguna explicación, hasta la biblioteca aludiendo a que alguien importante quería hablar en privado conmigo. ¿Alguien importante?

—¿A qué viene tanto misterio, Jon? ¿Quién quiere hablar conmigo?

—Oh, ahora lo verás, Roberto.

Abrió las puertas de la biblioteca y las cerró detrás de mí. Mi olfato no solo me trajo el olor a pergamino antiguo, sino también a otro aroma algo familiar. Era la primera vez que veía una criatura, en este caso un perro enorme, en África. Estaba de espaldas a mí observando un retrato del matrimonio Crone que presidía la estancia y que daba un aspecto señorial a la sala.

—Buenas tardes, Roberto, volvemos a encontrarnos.

No podía creer que aquel perro estuviera allí, que hubiera sido capaz de localizarme y se dirigiera a mí como si tal cosa. En menos de un segundo lo había acorralado contra la pared agarrándolo del cuello para que no intentara

huir.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Tu amigo el gato no ha tenido suficiente?

—¡Suéltame, Roberto! Te equivocas por completo. Soy yo quien busca a Astic, todos nosotros.

—¿Nosotros? ¿A quién te refieres? —Lo solté al descubrir que decía la verdad.

—Como sabes pertenezco a la hermandad y...

—El Viejo también.

—No, te equivocas, llevamos tras su pista desde hace tiempo. No nos dimos cuenta de que era un traidor hasta que te encontramos en Francia hace dos años. Lo recuerdas, ¿no?

—Por supuesto, cómo iba a olvidarlo. Él me explicó quiénes eran mis padres y que los habían matado. Y tú parecías estar a sus órdenes.

—Exacto, y lo estaba. Pero poco después descubrimos que era un traidor y desde entonces está en busca y captura por la fraternidad. —Se giró y caminó alrededor de la mesa como si intentara rehuir mi mirada.

—¿Cómo descubristeis que era un traidor?

—Pues de alguna forma tiene que ver contigo, Roberto.

—¡Explícate! —ladré sin poder evitarlo.

—Descubrimos que había sido él quien había matado a tu madre y a tu padre.

Sentí que el color del rostro me había abandonado.

—Quiero saberlo todo —dije señalando una silla.

—¿Estás seguro?

Asentí.

—Está bien. —Se sentó en la silla—. Será mejor que tú también te sientes, Roberto. Te lo contaré. Como sabes tu madre era una gran hechicera, de las mejores que ha conocido la historia. Cuando el Viejo la raptó, como te puedes imaginar, tu madre no quiso cooperar, pero poco después capturaron a tu padre y el gato decidió torturar a tu padre delante de ella.

Oh, no, no. Sabía por experiencia lo que era ver torturar a alguien para hacerte reaccionar. Yo no podía soportarlo, no lo había hecho con un muchacho desconocido cuando aquellos alemanes me atraparon y mucho menos cuando habían intentado torturar a Helena. Ver sufrir a alguien que quieres es algo insoportable.

—Tu padre le pedía a tu madre que no les dijera nada, fingía que no estaba sufriendo, pero tu madre no pudo soportarlo mucho tiempo...

—¿Cooperó con el gato? —pregunté asombrado. No conocía a mi madre, pero no creía que fuera a explicarle nuestra magia a un gato potencialmente peligroso.

—No, por supuesto que no. Cuando se vio libre de las ataduras mágicas, invocó un huracán allí dentro y el gato salió disparado por los aires. Cuando el viento dejó de soplar se dieron cuenta de que estaba inconsciente. Tu padre quedó libre de las ataduras y fue abrazar a tu madre.

Podía imaginármelos perfectamente, y aquella imagen me gustó.

—Tus padres, por un momento, olvidaron que no estaban solos, lo que les costó muy caro. Los secuaces del Viejo atraparon a tu padre y lo decapitaron delante de tu madre.

Sentí que me faltaba el aire y aquel perro, del cual no recordaba el nombre, se debió dar cuenta, puesto que dejó de hablar. Me levanté y me acerqué al gran ventanal que daba al exterior. En ese momento era yo el que quería rehuir su mirada.

—Quizá no debería darte tantos detalles.

—Sigue —le dije en tono firme y seguro sin siquiera volverme.

—Está bien. Astic se estaba despertando y tu madre, al ver a tu padre allí muerto..., pues, verás..., ella invocó un último conjuro. Con él acabó con su propia vida y dejó libre al testigo de lo sucedido.

—¿Testigo?

—Por supuesto, esto lo sabemos gracias a un testigo. Él también había sido secuestrado y estaba allí mismo cuando todo sucedió.

—No puedo creer que mi madre se suicidara.

—Tu madre sabía que acabarían consiguiendo que cooperara, no podría ver morir a nadie inocente por su culpa. Su acto fue heroico e inteligente. Además, ya había perdido lo que más quería, a tu padre. Y en cuanto a ti..., a ti te tenían escondido. Nadie debía saber nada de tu existencia y tu madre sabía que no podría acercarse a ti nunca más, tu vida peligraría. Lo dio todo por protegerte.

Tragué saliva, incómodo por estar en un lugar encerrado, hubiera preferido estar al aire libre, al menos habría podido respirar.

—¿Quién era el testigo?

—No creo que lo conozcas. Es miembro de la fraternidad, un prestigioso científico, Louis Miró.

Me pregunté si sería el mismo Louis Miró que me había presentado Claude el día de mi boda, aquel señor mayor con pinta de hombre culto y

seguro de sí mismo. De cualquier manera, no entendía por qué aquel perro me desvelaba el nombre de un miembro de la fraternidad, se suponía que los miembros eran secretos.

—Te preguntarás por qué te hablo de todo esto y por qué te confío nombres de la fraternidad.

¿Es que sabía leer el pensamiento?

—Sí. Y también me pregunto cómo demonios me has encontrado.

—Siempre puedo encontrarte, Roberto.

—Ya no tengo las monedas.

—No importa, un guardián siempre encuentra a su protegido.

—¿Guardián? ¿Protegido?

—Yo soy tu guardián, tú eres mi protegido. Y te cuento todo esto porque... necesito pedirte que formes parte de la fraternidad. Necesito que te conviertas en guardián.

Lo miré confuso.

—Te aseguro que no soy bueno protegiendo a nadie.

—Por supuesto que lo eres, si no, no te lo pediría. Por cierto, ni me he presentado, me llamo Oleg Berezutski.

—Creo que ya sabes mi nombre... Yo no puedo ocuparme de proteger a nadie, tengo familia y un trabajo que cumplir.

—Lo sé, pero lo que te pido lo puedes hacer fácilmente. Se trata de proteger a tu propia hija.

—¿Qué demonios sabes tú de mi hija?

—No te enfades, Roberto, pero lo sé todo sobre ti, es mi trabajo. Pero no te preocupes, soy el único que está al corriente.

Aquello no me tranquilizaba en absoluto.

—Tu hija necesita protección extrema, cercana, y quién mejor que su propio padre.

Comencé a dar vueltas alrededor de la mesa.

—Supongo que si no lo hago yo, lo hará otra persona.

—Exacto.

—Bien, entonces lo haré.

—Pero para hacer el trabajo tendrás que dejar tus actuales compromisos.

—Pero... —protesté— no puedo, mi trabajo es importante.

—Lo sé, pero si quieres puedo hablar directamente con tu contacto. Sé quién es.

—Oh..., entiendo, lo sabes todo sobre mí. No hará falta, lo haré yo mismo, gracias.

—Bien. En cuanto a tu mujer...

—¿Qué pasa con mi mujer?

—Quizá sea hora de que ella pueda trabajar.

—Te lo advierto, ¡no te metas en mi vida, Oleg! —Lo amenacé levantando el puño.

—¿Crees que es fácil para ella? ¿Crees que no echa de menos trabajar? Era una excelente profesora, pero se ha sacrificado por ti y por vuestra hija, para protegeros. Podría ser una pintora famosa, pero no lo hace para no destacar, para no llamar la atención...

—¿Qué sabes tú sobre mi mujer! —grité irritado—. Ni se te ocurra darme lecciones. Además..., ella no puede volver a ser profesora.

—Si te refieres a su incapacidad para hablar... —Lo miré con fiereza—. Lo sé todo, Roberto, o casi todo. No sería un impedimento para que enseñara, lo sabes perfectamente. Ella podría trabajar mientras tú te ocupas de tu hija. No me dirás que no piensas enseñarle a tu hija lo que es realmente.

Me senté abatido en una silla y me pasé los dedos por el pelo. Aquello era una tortura, parecía como si me hablara mi conciencia en lugar de un desconocido. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué le permitía que organizara mi vida?

Después de un rato en el que ambos mantuvimos un silencio absoluto, me levanté con determinación. Por fin había tomado una decisión.

—Haré de guardián de mi hija, no pienso tener alrededor a alguien desconocido que lo sepa todo sobre ella, ya tengo suficiente contigo. Con respecto a lo demás..., no es asunto tuyo. Mi familia es tan solo asunto mío. ¿Entendido?

Oleg asintió.

—Nos veremos dentro de tres años, en la siguiente reunión de la fraternidad. Te llegarán noticias del lugar y la fecha exactos a su debido tiempo. También recibirás información sobre el pago de tus honorarios.

—¿Honorarios?

—Por supuesto; el trabajo de la fraternidad es voluntario, pero también remunerado. Al fin y al cabo tienes que dejar de trabajar para dedicarte el resto de tu vida a ser un guardián.

¿Toda mi vida? A mí no me importaría, al fin y al cabo sería el guardián de mi hija. Lo que me preguntaba era cómo podría él estar

ocupándose de mí y cómo lo hacía. Lo sabía todo sobre mí y mi familia y, sin embargo, jamás había detectado su presencia.

—Es cuestión de instinto, Roberto, no necesitas que te explique nada. Además, cada uno tiene su propio método de protección.

—¿Puedes leer mis pensamientos?

—No, por supuesto que no, nadie puede leer pensamientos. Menuda ocurrencia... —Qué equivocado estaba ese perro—. Lo que pasa es que me resulta fácil saber lo que te estás preguntando, puesto que una vez tuve que preguntarme las mismas cosas que tú.

Se equivocaba con respecto a los lectores de mentes, pero me alegraba de que el secreto de los Chatte lo siguiera siendo. Al menos Oleg no lo sabía todo sobre nosotros.

Llegué a casa con un torbellino en la cabeza, sin dejar de darle vueltas a todo lo que me había contado Oleg, sobre todo a lo que respectaba a mi mujer.

Encontré a Helena en el jardín, de pie ante una gran mesa rodeada de niños, niños kikuyu, y entre todos ellos estaba Isabella, subida a una silla para poder alcanzar el papel que tenía delante. Todos estaban absortos mirando hacia Helena, quien les explicaba mediante el lenguaje de signos lo que tenían que dibujar. Realmente era la mujer más asombrosa que conocía, había conseguido enseñar a todos aquellos niños salvajes el lenguaje de signos para poder comunicarse con ellos.

Aunque no me gustara reconocerlo, Oleg tenía razón, no había ninguna razón para que Helena no pudiera enseñar, incluso aunque fuera muda.

Nuestras miradas se encontraron. Helena debió percibir que la necesitaba, porque desapareció en la casa trayendo consigo a una de las sirvientas, quien se quedó cuidando de los niños mientras nosotros nos escabullíamos.

La llevé de la mano, alejándonos de la casa, hasta un lugar perdido entre acacias, aunque primero tuve que asegurarme de que no hubiera ningún leopardo durmiendo entre las ramas, era su lugar preferido.

La empujé ligeramente contra un tronco y la envolví en mis brazos. Helena no había abierto la boca ni había hecho ningún movimiento de huida. Su mirada estaba igual de encendida que la mía. Mientras la besaba, las palabras de Oleg se alejaron de mi cabeza. Ahora tan solo la necesitaba a ella, con urgencia; necesitaba poseerla, necesitaba saber que era mía, quería

demostrarle lo mucho que la quería, que la deseaba más a que a nadie en el mundo.

Helena llevaba un vestido gris del mismo color que sus ojos, era muy bonito, aun así, no pude evitar romper los botones. Sentía una oleada de calor, de deseo, mezclada con cierta rabia por las palabras de ese maldito perro, que hicieron que también rompiera la ropa interior de Helena. Entreví una mirada de picardía en su rostro, no estaba enfadada por mi súbito comportamiento animal. La contemplé desnuda, preciosa, rodeada de aquella naturaleza salvaje, era la mujer más bonita que había visto nunca y tenía la suerte de que me quería a mí, incluso aunque fuera un egoísta.

Masajeé sus pechos, los besé, los mordí, imaginé el gemido de mi mujer, estaba ahí pero era silencioso, aunque había veces que no hacían falta las palabras. Me arrodillé ante ella y la saboreé como sabía que tanto le gustaba. Poco después, Helena tiró de mí para que me levantara y me quitó la camisa, al revés que yo, lo hizo despacio y la dejó caer. Acarició mis cicatrices y las besó. Después tocó mi miembro a través del pantalón. Sonrió al notarlo completamente hinchado. A esas alturas estaba frenético, no podía más. Me bajé el pantalón y le di la vuelta.

—Oh, Dios, Helena, eres tan bonita... —murmuré en su oído al mismo tiempo que la penetraba con fuerza, como si fuera un tigre. Estaba completamente desatado, el olor a naturaleza mezclado con el aroma de ella me volvía loco.

La besé en el cuello justo antes de dejarme llevar.

—¿Te he hecho daño, *ma petite*? —De repente fui consciente de lo fuerte que la había agarrado de la cintura.

Helena se dio la vuelta y me sonrió mientras negaba con la cabeza.

—Me ha gustado hacer el amor con una fiera de la sabana. Pero... ¿me vas a contar qué te pasa? —Leí en sus labios.

Me conocía demasiado bien. Le acaricié el rostro.

—Solo quería que supieras que te amo y que te deseo a todas horas, y que siento mucho el no decírtelo a menudo.

—Lo haces, Roberto, con tu mirada, todos los días. Tú no te das cuenta.

—También quería pedirte perdón.

Me miró confusa.

—Quería pedirte perdón por..., por no darme cuenta del sacrificio que estás haciendo por mí, por nuestra hija, por apartarte de tu familia, de tu hijo,

por nuestra seguridad.

Negó con la cabeza.

—Deja que hable, Helena. He sido un egoísta y lo siento mucho. Tengo que confesarte que a veces me alejo de ti... a propósito. A veces... —titubeé — me alejo cuando siento nostalgia de tu voz. La echo mucho de menos y sé que no es fácil para ti.

Los ojos de Helena estaban inundados de lágrimas, intenté secárselas con mis manos.

—Debe de ser muy duro para ti, *ma petite*. Siento no haberme parado a pensar en tus sentimientos, en lo que estás pasando por mi culpa.

Colocó un dedo sobre mis labios y volvió a negar con la cabeza.

—Nada es tu culpa, Roberto. Y sé que a veces te alejas de mí, pero te entiendo, yo también echo de menos mi voz, pero seguro que con el tiempo conseguirás oírme en tu cabeza.

—Las cosas van a cambiar a partir de ahora, Helena. Nos iremos de África y quiero que seas tú la que elija nuestro próximo destino porque... serás tú la que nos mantenga a nosotros. Quiero que vuelvas a trabajar como profesora, tienes un don y quiero que lo uses. Yo me ocuparé de Isabella y comenzaré a enseñarle lo que soy yo, lo que seguro que es ella, la voy a introducir en el mundo de la magia.

Helena me miró durante un largo minuto.

—¿Con quién has hablado? Te has ausentado unas horas y has vuelto cambiado.

—He hablado con mi conciencia y quiero que la mujer que ilumina mi vida ilumine las de otras personas también. ¿Lo harás?

Su respuesta fue una sonrisa y un abrazo que me dejó sin aliento.

Marsella, Mayo 1948.

Había llegado el momento de mi primera reunión de la fraternidad. Me parecía una auténtica casualidad que aquel año hubiera tocado en Francia, curiosamente bastante cerca de Meyrargues, de los Chatte. Helena había estado muy extraña y callada desde que habíamos llegado y yo conocía la razón, le dolía estar tan cerca de su hijo y no poder visitarlo, pero aquella había sido una decisión que habíamos tomado hacía bastante tiempo.

Había dejado a las mujeres de mi vida en el hotel mientras yo asistía a la reunión. Aunque no las había dejado solas; a pesar de que ya no trabajaba con Peter Short, le había pedido que nos acompañara. Por supuesto la única

que sabía que formaba parte de la fraternidad era Helena, en ese punto no había obedecido a Oleg. Según él ni siquiera mi esposa debía saberlo, pero yo no tenía secretos con mi mujer. Ella lo sabía todo sobre mí y yo sobre ella.

A pesar de que Peter era un simple humano, sabía que haría lo que le había pedido, cuidar de las dos como si fueran su propia familia mientras estaba ausente. El muy gracioso me había contestado: «Ah, ¿es que no son mi familia?». En realidad tenía razón, Isabella lo adoraba y lo consideraba tío o incluso su hermano.

La famosa reunión se celebraba ese año en una mansión inmensa, a las afueras de Marsella. Había criaturas por todas partes, humanos también. Me hubiera encantado traer a Helena, pero se suponía que mi mujer desconocía que yo pertenecía a la fraternidad, además se suponía que estaba muerta.

Había muchos camareros ofreciendo bebida y comida y me decidí por una copa de vino tinto. Después de ver aquel despliegue de recursos se confirmaron mis sospechas sobre que aquella fraternidad tenía mucho dinero, y no solo por organizar aquella reunión, sino también por poder pagar tan generosamente a empleados como yo.

—Me alegro de verte, Roberto. —Era la voz de Oleg. Aunque no había hablado con él desde hacía exactamente tres años, no la podía olvidar.

—Igualmente.

—¿Qué tal está tu familia?

—¿Para qué me lo preguntas? Seguro que lo sabes perfectamente.

Se rio con malicia y cogió una copa de champán.

—Tienes razón. He visto que me has hecho caso en algunas cosas.

Sabía que se refería a Helena y a cómo se había convertido en una maravillosa profesora de dibujo que tenía lista de espera para entrar en sus clases. La verdad es que me sentía muy orgulloso de ella.

—Prefiero no hablar de ello —contesté algo taciturno. No me gustaba reconocer que aquella idea tan buena no había salido precisamente de mí.

—Orgulloso como solo un gato puede serlo.

—¿Acaso los perros no sois orgullosos?

—Pues no, tal vez algo dados a mostrar nuestra hombría frente a las hembras y otros machos..., pero orgullosos, no. Date una vuelta, Roberto, y disfruta de la velada.

—¿Así son las reuniones? ¿Una fiesta para beber y comer? Me esperaba mesas redondas y cosas por el estilo.

Se rio y sin haberme contestado se alejó de mí. Seguí caminando, picando aquí y allá de las bandejas que portaban camareros elegantemente vestidos con esmoquin blanco.

—¿Roberto Salvador?

Esa voz me resultaba familiar. ¿Ese hombre con cara afable era el profesor Miró?

—¿Profesor?

—Sí, el mismo. Me alegro de verte, Roberto. Nos conocimos hace unos años, el día de tu boda.

—Sí, lo recuerdo perfectamente.

En ese momento supe que mis sospechas sobre que aquel hombre podría ser el testigo de la muerte de mis padres no eran tan descabelladas. Busqué con la mirada a Oleg, pero no lo encontré.

—Roberto..., siento mucho lo de tu esposa. Fue algo horrible. La familia Chatte no levanta cabeza y sobre todo ese pobre muchacho.

Aunque ya me lo podía imaginar, oírlo de labios de alguien cercano a la familia hizo que me entristeciera.

—¿Dom?

—Sí, se quedó destrozado... destrozado. Y también sus padres... y sus hermanos. Son muy amigos míos, paso de vez en cuando a visitarlos.

—¿Qué es de Dom?

—Bueno, está estudiando en París, pero creo que este fin de semana ha venido a ver a su familia. Ese pobre chico lo está pasando muy mal.

Me alegraba de que Helena no pudiera escuchar aquellas palabras, la destrozaría. De cualquier manera, en ese momento me daba cuenta de lo peligroso que era que Helena e Isabella estuvieran conmigo, podrían encontrarse con el Profesor o con cualquier otra persona conocida, después de todo estábamos muy cerca de su casa.

—¿Y a ti cómo te va, Roberto? ¿Has encontrado a alguna mujer?

En ese momento mi mirada se cruzó con la de Oleg, por cómo nos miraba, supe que, efectivamente, el Profesor era el testigo de la muerte de mis padres.

—Me gustaría hablar contigo a solas, Profesor.

Sin embargo, antes de que pudiera contestarme, Oleg se acercó a nosotros y me robó al Profesor con la excusa de que tenía que presentarle a alguien importante. Puede que estuviera paranoico, pero me dio la impresión de que no quería que siguiera hablando con él. De cualquier manera intentaría

localizarlo más tarde, todavía quedaba noche por delante.

Helena no se sentía orgullosa de lo que había hecho, pero sus razones eran poderosas, necesitaba ver a su hijo, necesitaba verlo aunque fuera desde lejos. No tenía ni la menor idea de si se encontraría en el *château* en ese momento, pero tendría que intentarlo. Jamás había estado tan cerca de él y no podía desaprovechar la oportunidad.

Tapó a su amigo Peter con una manta. Le había costado emborracharlo, bastante más de lo que había pensado en un principio. Lo malo era que ahora se tendría que llevar a la niña con ella. Le daba pena despertarla, dormía plácidamente en el sofá, pero no podía dejarla con Peter, que estaba completamente fuera de juego.

Besó a su hija en la mejilla, aquello bastó para despertarla.

—¿Qué pasa, mami?

—*Tengo que ir a ver una casa, ¿me acompañas?* —le dijo a través del pensamiento.

—¿Una casa? Tengo sueño, mamá. Mejor mañana —dijo volviendo a cerrar los ojos.

—*Necesito que me acompañes y... que guardes el secreto, papá no debe saberlo.*

La palabra secreto había dado resultado y su hija tenía los ojos como platos.

—*Claro, mami, te acompañaré. Me gustan los secretos* —esta vez no habló en voz alta.

—*Lo sé* —dijo Helena sonriendo para sí.

—*Mami, ¿por qué has emborrachado al tío Peter?*

Tenía una hija demasiado lista para tener cuatro años.

—*Buenooo, pensé que le vendría bien desconectar un poco. Nos echa mucho de menos desde que nos fuimos de África.*

—*Echo de menos nuestra granja de África y sobre todo a Peter. ¿Volveremos algún día?*

—*No lo sé, cariño, la vida da mil vueltas. ¿No te gusta nuestra nueva vida en Hawai?*

—*Sí, me gusta Ohau. Es muy bonito, pero es muy pequeño y echo de menos a mis amigos kikuyu, los baobabs, los monos... Pero estoy contenta*

porque estoy con papi todo el rato y me enseña cosas diferentes.

—¿Diferentes?

—Sí, me ha dicho que no diga nunca la palabra magia a nadie que no sea de la familia. Es otro secreto. Pero tú puedes saberlo, solo tú.

Le sonrió y revolvió su negro pelo. Le recordaba tanto a Roberto..., incluso aunque físicamente fuera muy parecida a ella.

En cuanto salieron a la calle, Helena llamó un taxi. Estaba comenzando a anochecer.

—Buenas noches, señora. ¿A dónde vamos?

Helena sacó un cuaderno que siempre llevaba en el bolso y le escribió aquella dirección que jamás podría olvidar.

—Muy bien. ¿No puede hablar?

—No, mi madre no habla como los demás, solo habla en mi cabeza — contestó Isabella.

—Oh, qué bien, niña —contestó el taxista demostrando poco interés.

—*No debes decir esas cosas, cariño, confundes a la gente.*

Se rio.

—*Lo sé, mamá, pero a veces es divertido confundir a la gente.*

Helena se preguntó de dónde habrá salido esa niña tan traviesa.

En poco más de una hora, estaban cerca del *château*. Isabella, siguiendo las indicaciones de su madre, le pidió al taxista que parara a unos kilómetros de la entrada, Helena no quería arriesgarse a que las vieran, debían llegar a través del bosque.

—¿Aquí, señora? ¿Está segura? Aquí no hay nada más que bosque.

Helena asintió a través del espejo retrovisor.

—¿Quiere que la espere?

—De acuerdo, señor. Mi madre dice que solo tardaremos quince minutos.

—Aquí estaré. Si necesitan ayuda, pueden llamarme, mi nombre es Crack.

—¿Crack? Es un nombre muy raro.

—Así me llaman mis amigos.

Ambas se adentraron en el bosque saltando sobre las copas de los árboles. Se encontraban en la finca del braco francés. Sabía que no le gustaba que nadie se colara en su bosque, pero no tenía más remedio, desde allí llegaría al *château* sin que nadie pudiera verla.

—¿*Es esta la casa, mami?* —preguntó Isabel mirando hacia la fachada

del *château*.

—Sí, ¿te gusta?

—Sí, es muy bonita. ¿Vas a comprarla?

—No, cariño, solo quería verla.

—No me importaría vivir en una casa así.

Aquel comentario le hizo darse cuenta de lo mucho que también le gustaría a ella poder vivir allí, o por lo menos ir de visita y poder ver a su familia, a su hijo.

Justo en ese momento la puerta principal se abrió con fuerza y una figura oscura salió al jardín. A Helena casi se le para el corazón al darse cuenta de que aquella figura alta y estilizada era su hijo Dom. Estaba más alto, más fuerte y mucho más atractivo que la última vez que lo había visto. Sus ojos denotaban una madurez poco usual para un chico de veintidós años.

Un minuto después, otra figura apareció a su lado. A Helena se le encogió el corazón por segunda vez, era su hermano Eugène.

—Dom... ¿Qué te pasa? —preguntó Eugène cogiendo a Dom del brazo con suavidad.

—Nada.

—Ya, yo también echo de menos a tu madre. Pero no por eso tienes que dejar de venir a esta casa.

—No puedo evitarlo, Eugène, me recuerda demasiado a ella.

—¿De quién hablan, mami?

—Ssssh.

—Ya han pasado unos cuantos años, deberías superarlo, Dom.

—¿Por qué?! ¿Por qué tengo que superarlo? Era mi madre y la quería tanto... No quiero superarlo. Y tú tampoco lo has hecho, a mí no me engañas.

Eugène se sentó sobre una roca del jardín y se pasó las manos por aquel pelo tan negro, igual que el de Dom.

—Tienes razón.

—No dejo de pensar que no me despedí de ella como era debido, ni siquiera le di un beso. ¡Fui un estúpido!

—Entiendo tu frustración, Dom, pero ella sabía que la querías aunque no le dieras ese beso.

—Lo sé, pero eso no significa que no me mortifique. Ojalá pudiera volver a verla y decírselo.

Helena sintió ganas de hablar con él y decirle a través del pensamiento cuánto lo quería y que no se preocupara por no haberla besado. Obviamente no

lo hizo, aquello sería un error demasiado grave y los pondría a todos en peligro. Debía seguir viviendo una vida alejada de su familia, incluso aunque le pesara en el alma. Pero de ninguna manera pondría a más personas en peligro, ya tenían suficiente con estarlo ellos tres.

Se hizo el silencio. Helena casi ni respiraba, le daba miedo que pudieran descubrirla. Lo peor de todo sería que Eugène detectara sus pensamientos, sin embargo parecía que el hechizo de Roberto las mantenía ocultas en todos los sentidos y se alegraba por ello, Roberto había trabajado duro durante años para perfeccionarlo.

—¿Qué tal en París? ¿Qué hay de esa chica que tanto te gustaba?

—En París bien, me siento mejor cuando estoy lejos de aquí. Los estudios bien y esa chica..., no es nada serio, tío.

Eugène se rio.

—Espero que no estés siguiendo el camino de tu tío Claude.

—Tranquilo, a mí no me resulta tan fácil como a él enamorar a las mujeres. No tengo su don.

—Tengo entendido que las encandilas, Dom.

—¡Qué va! ¿Quién te ha dicho eso?

—Un pajarito.

Isabella se movió ligeramente, haciendo que la rama crujiera, tanto Eugène como Dom se volvieron instintivamente hacia donde estaban ellas.

—*Lo siento, mami.*

—*Debemos irnos. Con sigilo, ¿de acuerdo?*

—¿Hay alguien espíándonos? —preguntó Dom.

—No lo creo, no puedo oír pensamientos, seguramente ha sido el viento.

Madre e hija retrocedieron saltando de un árbol a otro lo más sigilosas posible, sin embargo cuando entraron en la finca del braco francés, a Helena casi se le para el corazón, pero esa vez fue a causa del miedo. Tres perros estaban esperándolas, entre ellos el propietario de la finca, el braco francés, y uno de sus hijos, que no debía tener más de doce años.

«¡Maldición!, nos hemos expuesto. ¿Cómo he podido ser tan estúpida?», pensó Helena.

—¿Qué tenemos aquí? Una gatita preciosa.

Al oír aquello Helena se giró para buscar a su hija, pero no pudo verla, sin embargo la podía sentir.

—*Mami, estoy junto a ti, pero no puedes verme.*

—¿Y cómo lo has hecho? ¿Te lo ha enseñado papá?

—No, no sé lo que ha pasado, me ha salido solo.

—No sabes cuánto me alegro. Bien, mantente invisible.

—¿Vas a bajar de ahí o tendremos que ingeniárnoslas para cazarte ahí arriba?

Helena obviamente no podía contestar, de modo que negó con la cabeza.

—¿Has traído la ballesta, Michel? —preguntó el braco a su amigo.

—Sí, siempre la traigo cuando salgo de caza.

Helena se maldijo a sí misma por haber sido tan incauta, seguramente la impresión de haber visto a Dom de nuevo la había despistado por completo. El hechizo de Roberto funcionaba en muchos sentidos, pero si se dejaba ver, como obviamente había hecho, el hechizo no la hacía invisible, aunque por lo menos su hija sí parecía serlo, lo que la tranquilizaba enormemente.

En cuanto vio al perro apuntándole con la ballesta, decidió bajar del árbol.

—Cariño, sigue invisible y cuando ponga los pies en el suelo aprovecha para escapar. Ve hasta el taxi y pídele al señor que te lleve de vuelta al hotel. Despierta a Peter y encontrad a tu padre como sea. ¿De acuerdo?

—Sí, mami, pero ¿te van a hacer daño?

—No, claro que no. Tú haz lo que te he dicho. En cuanto diga uno dos y tres te alejas muy despacio.

—Sí, mami —respondió Isabella.

En cuanto aquellos tres perros comenzaron a hablar, le dio la señal a su hija para que desapareciera y ella descendió del árbol. El braco levantó la vista hacia los árboles, sin embargo, para alegría de Helena, enseguida decidió que ella era más interesante.

—Me resultas familiar..., pero no eres una Chatte, de modo que podemos cazarte sin problemas.

Helena se alegró de que no la reconociera, incluso aunque eso significara perder la vida.

—Es muy bonita y tengo unas ganas terribles de cazarla —dijo el tal Michel, el que antes le había apuntado con la ballesta.

—Bien, gatita, te explicaré cómo funciona esto. Tú corres y nosotros te intentamos cazar. Es fácil, ¿no? —añadió el padre de familia.

Sin embargo Helena no se movió.

—¿No me has oído? Si corres quizá tengas la oportunidad de escapar, te daremos ventaja para que sea más emocionante. Sin embargo, si no te mueves, te morderemos en el cuello, ya sabes, un mordisco letal y todo habrá terminado.

Helena se lo pensó mejor y decidió que sería mejor morir intentando salvarse, aunque supiera que sus posibilidades eran mínimas, por no decir nulas.

Salió disparada en dirección contraria al camino que había tomado Isabella. No había que ser muy inteligente para saber que no saldría viva de aquella situación, jamás podría luchar contra tres perros, ni siquiera había podido luchar contra uno la última vez que había muerto. Además, si tenía la suerte de sobrevivir de nuevo, ¿qué perdería esa vez? ¿La vista? En realidad prefería no volver a resucitar, incluso aunque aquello significara no volver a ver a su hija y su marido.

El recuerdo de Roberto la puso más triste todavía. Se sentiría fatal cuando descubriera que había muerto, lo conocía muy bien y sabía que tendía a sentirse responsable de todo, incluso de los actos de otras personas. Lamentaba no haber calibrado bien los peligros de embarcarse en aquella aventura.

No llevaba más de un kilómetro recorrido cuando oyó la voz de su hermano.

—Vaya, vaya, André, ¿de caza?

—No es de tu incumbencia. Además, la gata no es de tu familia, con lo que puedo cazarla si me da la gana.

—No dejaré que caces a una pobre gata inocente.

—¡No tienes ningún derecho! Esta es mi propiedad. Además..., no podrás contra tres perros. —Aunque Helena no podía verlo, imaginaba su perversa sonrisa.

Eugène se rio.

—No estoy solo.

Helena se paró en seco cuando su olfato la avisó de que su hijo estaba con él.

—Yo estoy con él —dijo Dom.

Los perros se rieron.

—Qué miedo, dos gatos contra tres perros.

—Y yo —añadió otro hermano de Helena, Edmund.

—Yo también —Aquella era la inconfundible voz de Claude.

—Y dos más, en total seis gatos. ¿Estás seguro que quieres luchar contra la familia Chatte al completo? —preguntó Émile.

Helena estaba asombrada de que toda su familia, incluida su madre, se molestara en salvar a una gata desconocida, ellos no sabían que era de su propia sangre. Aunque en realidad no debería estar sorprendida de que su familia se enfrentara a quien fuera por salvar a alguien inocente, los Chatte eran así.

—*Cariño, ¿sigues ahí? No te vayas, ya he conseguido escapar de ellos.*

—*Mami, no pensaba irme hasta que volvieras, estoy en el taxi esperándote.*

«Qué hija más valiente tengo», pensó Helena.

Por un segundo se había visto tentada de darse la vuelta y unirse a la lucha después de confesarles su verdadera identidad —los echaba terriblemente de menos—, sin embargo su fuerte voluntad la empujó a hacer lo más razonable y seguro para todos, volver junto a su hija y llegar lo más rápidamente posible al hotel.

A Helena le hubiera gustado quedarse para ver lo que sucedía, pero, estaba segura de que saldrían victoriosos, sobre todo teniendo en cuenta que Eugène y su padre podían predecir todos sus movimientos.

—Mami —dijo Isabella cuando ya estaban entrando por la puerta del hotel—, papi está a punto de llegar.

Helena sabía por experiencia que cuando su hija presentía la presencia de su padre, disponía de cinco minutos como máximo, de modo que cogió a Isabella en brazos y corrió como una posesa. Todavía tenía que deshacerse del vestido hecho girones y ponerle a Isabella el pijama.

Cuando entró Roberto en la habitación se acercó a ella de una zancada, su rostro expresaba suma preocupación, como si supiera dónde habían estado, aunque Helena esperaba que no fuera cierto, si no, tendría serios problemas.

—¿Estáis bien? —La cogió con fuerza de los hombros y la escrutó con sus negros ojos.

Por suerte, a Helena le había dado tiempo a ponerse el camisón e Isabella dormía plácida y profundamente en su cuna.

Después de inspeccionar sus pupilas, la abrazó con tanta fuerza que a Helena casi le costó seguir respirando.

—No sabes cuánto me alegro de que estéis bien, tuve una visión extraña, sentí que estabais en peligro y quise escaparme de la reunión pero no

encontraba ningún vehículo..., me ha costado más tiempo del que me hubiera gustado. —Roberto le acarició el rostro casi con desesperación—. Ha sido una sensación muy extraña, de verdad pensaba que os había sucedido algo.

Helena se debatió durante unos segundos entre contarle la verdad o no, pero si lo hacía, Roberto estaría enfadado con ella durante días y ya no la volvería a dejar a solas nunca más.

—¿Qué le sucede a Isabella?

Helena lo miró confusa y después fijó su mirada en la cuna. La respiración de su hija era fuerte y profunda y cada dos inspiraciones Isabella desaparecía, aunque por supuesto la sábana seguía mostrando el volumen de su pequeño cuerpo. Se hacía invisible de forma intermitente.

—Esta noche hemos descubierto que Isabella se vuelve invisible — Helena le había cogido la cara para que pudiera leerle los labios.

Roberto se separó de ella bruscamente y comenzó a caminar por la habitación. Algo no le cuadraba, estaba claro.

—¿Ha sucedido algo, Helena? —Se giró hacia ella para escrutarla con la mirada.

Helena no le contestó y Roberto se dirigió hacia la ventana que daba a la playa.

—Me sorprende que nuestra hija haya sacado a relucir una habilidad tan asombrosa, por no decir que es la primera vez que la veo, sin que haya sucedido nada. Helena..., por favor, dime la verdad. Es imposible que haya descubierto que puede hacerse invisible sin una razón poderosa.

Helena se sentó en la cama, impotente. Se sentía como una niña a la que dan una fuerte reprimenda por haber mentado. Se sentía estúpida e irresponsable y se arrepentía enormemente de no haber sido sincera desde el principio. No quería hablar en silencio, de modo que le contó lo sucedido usando el lenguaje de los signos, su marido lo conocía perfectamente. Cuando terminó, Roberto abrió la puerta de la terraza y salió al exterior.

Helena se acercó a él con sigilo y, sin tocarlo, se colocó junto a él. No podía seguir hablando si él no la miraba y parecía que no quería escucharla.

—Helena..., puedo entender que hayas ido a ver a tu hijo, entiendo tu frustración al estar tan cerca de él, pero no entiendo por qué has involucrado a Isabella, es muy pequeña, la has puesto en peligro con tu acto irresponsable.

Helena quería decirle que lo sabía y que lo sentía, pero Roberto seguía mirando al frente, haciendo imposible que interviniera y eso la estaba haciendo sentirse aún peor. Él lo sabía, ¿por qué no le daba la oportunidad de

defenderse, de expresarle lo mal que se sentía? ¿Por qué no la miraba? Su frustración iba en aumento.

—Te pedí que os quedarais en el hotel, le pedí a Peter que cuidara de vosotras..., no entiendo lo que has hecho, Helena, es...

Helena lo agarró de la camisa intentando que se diera la vuelta, sin embargo Roberto sacudió el brazo para que lo soltara. Aquello hizo que se pusiera a llorar como una tonta y comenzó a hablar en su cabeza como si estuviera hablando con su hija, la única persona en el mundo con quien podía hacerlo. Ya no podía hablar con su familia, sus padres, sus hermanos y su hijo estaban fuera de su alcance, y aquello le dolía tanto que a veces no era capaz de ser feliz ni de disfrutar de lo que tenía a su alrededor. En momentos como ese ni siquiera la pintura conseguía quitarle ese dolor que tenía incrustado en las entrañas, como si aquel día en la nieve, cuando había muerto en aquella montaña inhóspita, se hubiera clavado una estalactita en su alma y nadie pudiera arrancársela.

—*Lo siento, Roberto, lo siento tanto... Siento haberme llevado a Isabella. Fui una estúpida al pensar que estaría mejor conmigo que con Peter completamente borracho. Sí, lo emborraché, lo hice a propósito para deshacerme de él. Me siento como una bruja por lo que he hecho, pero la posibilidad de ver a Dom me ha cegado por completo. Necesitaba verlo, saber que estaba bien, lo necesitaba tanto como respirar, si no lo hacía no podría seguir viviendo. Era algo imperioso. Pensé que me llevaría poco tiempo y que, por supuesto, no habría ninguna complicación, pero me equivoqué... por completo. Sin embargo, gracias a mi familia no ha sucedido nada. Roberto, tengo que decirte, aunque sé que no me estás escuchando, que me he sentido muy orgullosa de nuestra hija. No solo hemos descubierto que puede hacerse invisible cuando está en peligro, sino que se ha comportado como una persona adulta, con una madurez asombrosa para una niña tan pequeña. Me ha obedecido en todo y el saber que ella estaba a salvo ha hecho que todo fuera más sencillo.*

Helena dejó de hablar en su cabeza, total, era inútil, Roberto no podía escucharla, nunca lo había hecho. Se metió en el baño, totalmente descorazonada, con la intención de secarse sus estúpidas lágrimas, cuando sintió a Roberto a su lado. Lo miró a través del espejo que tenía delante. No entendía su mirada, estaba llena de amor, de comprensión, de ternura... ¿Qué le sucedía? Roberto le acarició el rostro, secando al mismo tiempo varias de las lágrimas que habían rodado por sus mejillas.

—Creí que nunca volvería a escucharla —dijo sin dejar de acariciarla. Helena lo miró confusa.

—Tu voz, tu preciosa voz. No sabes lo que significa para mí haberte oído en mi cabeza.

—*¿En tu cabeza?*

—Sí, ahora te oigo en mi cabeza, aunque creo que tú no puedes oírme a mí. Pero no me importa, lo que más deseaba era poder escuchar tu voz de nuevo.

—*¿Por qué? ¿Por qué puedes oírme ahora?*

—No lo sé, *ma petite*. —Roberto acarició su rubio pelo despeinado y Helena se alegró de que la llamara así, aquello significaba que ya no estaba enfadado con ella—. Pero ya no importa lo que ha sucedido, te perdono, iba a perdonarte de cualquier modo si gracias a lo que ha sucedido he podido volver a escuchar tu voz. Todo ha sido un milagro. Pero, por favor, prométeme una cosa.

—*Sí, lo que sea.*

—No volveremos a venir a Francia, no te traeré nunca más. Prométeme que tú tampoco lo harás, no vendrás hasta que cambie el mundo.

—*Te lo prometo, te lo prometo, Roberto, y siento haberte preocupado.*

Por suerte no hizo falta que Helena volviera a Francia para ver a su hijo, Dom se convirtió en un viajero incansable y pudo verlo muchas veces, aunque nunca más en Francia, nunca más en casa.

24. Helena. Cosas de familia

Meyrargues. Agosto.

Entré en la biblioteca sabiendo que mi madre estaba allí. La encontré sentada cómodamente en uno de los bancos bajo las ventanas en forma de arco que daban al jardín del *château*.

Al oírme entrar, levantó la vista, aunque, lógicamente, no había sido ninguna sorpresa para ella. Me senté a su lado, ligeramente apartada, ya que sabía que se sentía todavía un poco extraña en mi presencia.

—Hola, Helena.

Comencé a escribir en la pequeña pizarra que siempre llevaba conmigo para comunicarme con cualquier persona que no fuera un Chatte.

—«*Quiero hablar contigo*».

—Es obvio —contestó en su estilo directo, y me escrutó con la mirada.

—«*Solo quiero saber cómo te sientes. No has dicho nada desde que os he contado todo*».

En realidad se lo había contado en La Coruña, pero llevábamos ya varios días en el *château*, donde nos habíamos reunido todos de nuevo — todos menos Eugène y Carla y mi nueva sobrina y su marido, quienes habían decidido continuar su interrumpido viaje de novios—, y mi madre había estado todo ese tiempo huyendo de mí. Parecía que ella y Edmund trataban de evitarme. Al menos el resto de la familia me aceptaba. Era curioso que el que más se había alegrado de verme, aparte de Eugène, había sido François; yo también lo había echado mucho de menos.

—Bueno..., no sé qué decirte, Helena, todavía estoy intentando acostumbrarme a verte viva. Llevo tantos años pensando que estabas muerta...

Asentí algo decepcionada.

—«*¿De verdad no podías ver mi futuro desde que era pequeña?*».

—Sí, así es.

—«*¿Y lo puedes ver ahora?*».

—¡Qué más da! Está claro que mi habilidad tiene defectos.

Hice un gesto de escepticismo.

—«*El hechizo de Roberto era muy potente, nos mantenía ocultas a*

mí y a Isabella del resto del mundo, nadie podía detectarnos. Tampoco Edmund nos habría podido encontrar con su habilidad de rastreador. Todavía no me creo que Edmund se haya convertido en rastreador y que haya perdido su habilidad de sanador, lo hacía tan bien...».

—Han pasado muchas cosas desde que te fuiste, media vida en realidad —comentó mi madre con la mirada perdida.

Ahora me tocaría a mí esperar media vida hasta que volvieran a aceptarme en el mundo de los vivos. En realidad no me importaba tanto el hecho de que no me aceptaran a mí, lo que me dolía era ver que tampoco aceptaban a Isabella y a Roberto. Roberto me había asegurado que a él le daba igual, que estaba acostumbrado a no ser bienvenido, por ser algo extraño, en el mundo de las criaturas, pero a ambos nos dolía ver la frialdad con que se comportaban con Isabella, aunque ella tampoco hacía nada por acercarse a ellos. Por supuesto, los únicos miembros de la familia que se comportaban de forma normal eran mi padre y Eugène. En cuanto a François, la miraba de un modo extraño que no sabría definir.

Mi madre había vuelto a la lectura, por lo visto le interesaba más el libro que su propia hija. Me levanté sabiendo que poco podría hacer para recuperar a mi madre, salvo esperar a que ella me lo permitiera.

Seguí el rastro de mi padre hasta su laboratorio. En cuanto me vio entrar, sonrió de oreja a oreja.

—Helena... —La sonrisa desapareció pronto de su rostro—. No te aflijas, al final todo volverá a la normalidad, es cuestión de tiempo.

Por supuesto mi padre podía leer mis pensamientos y sabía lo abatida que me sentía.

—*¿Y por qué tú lo has aceptado con tanta rapidez? Contigo me siento como si no hubiera pasado el tiempo.*

—No todos somos iguales, además, tú siempre has sido mi pequeña, mi tesoro, desde que naciste. Te seguía llevando en mi corazón como si supiera que no habías muerto, por eso ha sido más sencillo para mí. Tu madre, sin embargo, lleva toda la vida creyendo que no vivirías demasiado y le resulta un poco más complicado.

—*Cuando me mira me siento como si fuera un fantasma.*

Mi padre levantó mi rostro y me hizo un gesto cariñoso en la mejilla.

—No será así siempre, créeme. No nos hizo ningún bien aquel juramento que hicimos hace unos años.

—*¿Qué juramento?*

—Sé que no te va a gustar nada, pero creo que es justo que lo sepas.

Sentí un escalofrío. Ya me sentía demasiado mal como para escuchar algo peor, sin embargo respiré hondo y me preparé para lo que fuera. Total, me lo había buscado yo misma. Yo fui quien había decidido seguir muerta para ellos.

—Hace quince años prometimos no volver a hablar de ti.

—*¿Qué?* —Decir que me sentía decepcionada no era nada en comparación con lo que me hacía sentir aquella afirmación.

—Era demasiado doloroso para todos, incluso a pesar de los años que habían pasado.

—*No puedo creerlo...*

—El único que no estuvo de acuerdo fue Dom.

Aquello hizo que me sintiera vagamente mejor, a pesar de que, en realidad, fuera una ironía, ya que mi hijo era el que más me rechazaba, de hecho se había ido lejos para evitarme.

—El día que tomamos la decisión se marchó de casa más enojado de lo que lo había visto en toda mi vida y no hemos vuelto a verlo hasta hace un mes, cuando volvió de repente, justo para las bodas de Eugène y de Val.

—*Oh. Quizá tenga que agradecersele, si algún día decide volver a hablar conmigo* —ironicé.

—Lo hará, Helena, no te preocupes.

Mi padre pareció distraerse por un momento y miró hacia la puerta.

—Hay alguien que quiere hablar contigo. Te espera en el jardín.

Fui como una autómatas hacia la puerta, hasta que caí en la cuenta de lo que me rondaba por la cabeza.

—*¿De quién fue la idea de no volver a hablar de mí?*

—Se dice el pecado pero no el pecador.

En realidad no hacía falta que me lo dijera, seguramente había sido mi madre, era típico de ella.

Sin poder evitarlo salí enfurecida hacia el bosque y me puse a caminar tan rápido que sin darme cuenta llegué casi a los límites de la finca. Había olvidado por completo que alguien quería hablar conmigo.

«Bueno, me da igual, ahora soy yo la que no tiene ganas de hablar con nadie», pensé.

Yo también tenía derecho a estar enfadada, distante y extraña. Lo de recuperar a mi familia estaba resultando una tarea complicada, agotadora y completamente descorazonadora. Siempre supe que no sería algo fácil, pero

aquello superaba todos mis temores.

—Helena, estás aquí. —Era la voz de Edmund.

Oh, con que era él quien quería hablar conmigo. Me pregunté si aquella conversación saldría tan bien como la que había tenido con mi madre. Edmund tampoco había hablado todavía conmigo. Desde que habíamos llegado había desaparecido con su nueva mujer y no parecía haber querido saber nada de mí hasta ese momento.

Lo miré con chispas en los ojos, no podía evitarlo, todavía estaba molesta por lo que me había confesado mi padre.

—*Dime de una vez lo que piensas, Edmund, no tengo ganas de ponerme en plan diplomático, ¿sabes?*

Edmund se rio y me cogió de la mano.

—Demos un paseo.

Me dejé llevar literalmente por él hasta que llegamos frente a la tumba de Dom, mi primer marido. ¿Por qué me habría llevado hasta allí?

—¿Recuerdas la tumba de piedra que hay en la finca Le Brun?

Por supuesto que lo recordaba, sería imposible olvidar cómo Dom y yo la habíamos encontrado el primer día que nos besamos, hacía una eternidad. Habíamos dado con ella por casualidad, oculta entre la maleza. Todavía podía recordar lo blanco que se había puesto Edmund cuando sus ojos se habían posado sobre la inscripción:

Jean-Paul Le Brun

30 de diciembre de 1902 (21 años)

Siempre te recordaremos

*Tus padres, tus hermanos Joel y Paul, tu querida esposa
Irina y tu hijo Edmund*

—*Sí, la recuerdo. ¿Por qué lo preguntas?*

—Te pedí que no se lo contaras a nadie.

—*Y no lo hice.*

—Lo sé.

—*¿Has hablado con papá alguna vez sobre esto?*

—No. Y no lo haré, no hace falta.

—*Pero...* —intenté objetar.

—Sé que papá no es mi verdadero padre, y tampoco hace falta ver la tumba para saberlo. No me parezco en absoluto a él, soy el más bajo de la

familia y mis ojos no son gatunos ni claros como los vuestros.

Aquellas palabras me dieron tanta pena que cogí su mano entre las mías.

—*Lo siento, Ed.*

—Mi padre murió cuando yo era un bebé, ni lo recuerdo. Sin embargo, me da la sensación de que papá siempre ha estado conmigo, desde que nací. Según mamá él me trajo al mundo, y la creo. Ellos se querían, pero por alguna razón mamá se casó con Jean-Paul Le Brun. Aunque poco después murió.

—*¿Has estado investigando?*

Edmund asintió.

—¿Sabes que papá compró el terreno de la finca Le Brun a pesar de que en realidad me pertenecía?

—*¿Y por qué lo hizo?*

—Supongo que no tenía ganas de luchar contra la familia de mi padre, pero estoy seguro de que la compró para dármela cuando fuera mayor. ¿Qué explicación tiene, si no, que me la haya cedido justo a mí?

Efectivamente aquello tenía sentido.

—Cuando murió mi padre, su familia no quiso saber nada de mí ni de mamá. Ellos la culpaban de su muerte.

—*¿Por qué? Eso no es justo.*

—Supersticiones. Murió poco después de casarse y de tenerme a mí, según ellos ella lo mató porque no lo quería lo suficiente.

—*Veo que tus investigaciones han sido fructíferas.*

—Bueno, quizá porque las hice en 1925, justo después de encontrar la tumba. Todavía era algo reciente y la gente recordaba todos los detalles. Necesitaba saber quién era. —Le apreté la mano—. ¿Aunque sabes qué? Me he dado cuenta de que no me importa, para mí papá es mi padre. Él ha estado siempre ahí y me ha querido igual que a un hijo. Nunca jamás he notado que me quisiera menos por no ser su hijo biológico. Por eso nunca le voy a confesar que lo sé, ni a él ni a mamá.

—*En cambio me lo estás confesando a mí.*

—Sí, es mi forma de decirte que te acepto de nuevo en la familia. Ya sabes que yo no soy tan expresivo como Claude, ni tan bueno y comprensivo como Eugène, pero..., bueno, que te sigo queriendo como siempre y que te he echado mucho de menos.

Aquello fue decisivo para que me pusiera a llorar como una tonta. No sabía qué me pasaba, pero había llorado más en aquellos días que en todos los

años que había estado lejos de ellos. Edmund me envolvió en sus fuertes brazos.

—Sé que tuvo que ser muy difícil para ti desaparecer de nuestras vidas, y volver a ellas no tiene que ser fácil tampoco. Pero... yo te ayudaré en lo que pueda, ¿de acuerdo? —Se separó de mí—. Y ahora deja de llorar.

Asentí y sonreí feliz de que un miembro más de la familia me hubiera perdonado.

—Por cierto... ¿Dónde está Manet? —preguntó Edmund.

—*Oh, creo que salió con Isabella a cabalgar.*

—Oh, no, espero que no esté intentando ligar con su sobrina.

—*Ya sabes cómo es Claude, si no lo hace, revienta.* —Ambos reímos como antaño hasta que sentimos una presencia a nuestras espaldas.

Era la mujer de mi hermano, que se acercaba sonriente. Me pregunté qué defecto tendríamos los Chatte que nos hacía buscar compañeros poco corrientes.

—Hola, Helena, espero no haberos interrumpido.

—No, por supuesto que no —dije en silencio. Todas las criaturas eran capaces de leer los labios, aunque con mi madre había preferido comunicarme por escrito. Edmund puso su brazo alrededor de los hombros de Antonie, lo que me gustó tanto como me sorprendió, era la primera vez que veía a Edmund enamorado de alguien. Antonie debía ser una mujer especial.

—Quiero decirte que has sido muy valiente al aparecer de nuevo y enfrentarte a todos, no ha tenido que ser fácil y lo estás haciendo muy bien.

—Gracias, eres muy amable.

Ambos se alejaron cogidos de la mano y yo me senté a los pies de los arcos centenarios, frente a la tumba de mi primer marido. Eso me hizo pensar en mi hijo. Si tan solo pudiera conseguir hablar con él..., pero no parecía oírme.

«Dom, Dom, necesito hablar contigo, por favor, escúchame».

Era inútil, mi hijo no quería saber nada de mí. Aquello era lo más doloroso del mundo.

Dom observaba a su mujer dorada mientras dormía. Estaba tumbada sobre la arena, con aquel bikini azul que le sentaba tan bien. Desde que habían comenzado su relación, hacía unos días, no se habían separado nada más que

cuando Áurea tenía trabajo, lo que, para su desgracia, era demasiado a menudo, puesto que su novia estaba muy demandada por la gente de aquel pueblo. Ahora entendía por qué no quería marcharse y él comenzaba a hacerse a la idea de quedarse a vivir con ella, aunque todavía no habían hablado de ese tipo de detalles.

Casi se muere del susto cuando Áurea se incorporó de golpe y abrió los ojos como si acabara de ver un fantasma.

—Tienes que hablar con tu madre.

La forma en que pronunció aquellas palabras le provocó un escalofrío.

—¿Qué?

Áurea volvió a caer hacia atrás y siguió durmiendo como si tal cosa. ¿Qué había sucedido exactamente?, Dom no entendía nada en absoluto. Aunque, en el fondo de su alma, era algo que llevaba pensando varios días, desde que Áurea y él estaban juntos. La felicidad le había abierto los ojos.

Decidió alejarse, aunque solo lo hizo después de ponerle a Áurea una toalla por encima, y no lo hacía tan solo por si pasaba frío una vez que el sol se pusiera —algo que era inminente—, sino, sobre todo, porque no quería que ningún hombre pudiera disfrutar de ver su cuerpo escultural. Era la primera vez que hacía una estupidez como aquella, pero también era la primera vez que se sentía tan posesivo con alguien.

Se alejó lo suficiente para tener algo de intimidad —aunque aquello era una ridiculez cuando en realidad pretendía tener una conversación con su madre a través del pensamiento—, pero al mismo tiempo buscando un lugar desde donde pudiera divisar con facilidad a su novia, la había dejado demasiado a merced de cualquiera y por alguna extraña razón se sentía muy protector hacia ella, incluso a pesar de saber que era perfectamente capaz de defenderse a sí misma. ¡Vaya que si lo era!

—*Dom, Dom, necesito hablar contigo, por favor, escúchame.*

No podía creerse que su madre y él se hubieran puesto de acuerdo para hablar casi de forma simultánea. Aquello debía ser una señal.

—*Mamá. Estoy aquí.*

—*¡Dom! Llevo tanto tiempo queriendo hablar contigo...*

Le dio un vuelco al corazón oír a su madre, era la voz que ella había perdido pero que Dom podía escuchar al hablar a través del pensamiento, aquella voz que le era tan familiar y conocida y que, a pesar del tiempo que había pasado, recordaba perfectamente.

—*Yo también quería hablar contigo.*

—*Oh, vaya, menuda sorpresa. Verás, solo quería decirte que lo siento y que supongo que tenías razón, elegí a tu hermana y a Roberto en lugar de a ti.*

O sea, que lo confesaba. No sabía si habría preferido no escuchar aquello.

—*Pero lo hice porque tú no me necesitabas tanto como ellos.*

—*¿Cómo? Claro que te necesitaba, mamá, mucho.*

—*Tú tenías a tus abuelos y a tus tíos, ellos dos no tenían a nadie más. Hemos estado los tres solos todo este tiempo, escondiéndonos constantemente porque ellos no serían aceptados por lo que eran, especialmente tu hermana.*

—*Mamá...*

—*Espera, Dom, deja que termine. Fue lo más difícil que he hecho en mi vida; si no hubiera podido verte de vez en cuando, no habría podido soportarlo. Te he echado tanto de menos...*

Dom suspiró.

—*¿Y si te dijera que no tienes que disculparte? No hay nada que perdonar.*

—*No te entiendo* —contestó Helena confusa.

—*Sé que lo hiciste para protegerme, para protegernos, para no involucrarnos. De modo que no hay nada que perdonar... Y siento mucho lo mal que me porté contigo el otro día, ¿me perdonas?*

Hubo un silencio tan largo que Dom pensó que había perdido la comunicación con su madre.

—*Dom..., no puedo creer que tú me estés pidiendo perdón. ¿Qué te ha sucedido?*

—*Yo..., bueno, al alejarme de vosotros he podido ver todo con más claridad.*

—*Hay algo más.* —afirmó su madre.

—*Quizá, mamá, y supongo que no te resultará difícil adivinar qué es.*

Dom notó que su madre sonreía, aunque no sabía cómo podía saberlo sin verla.

—*¿Volveré a verte?* —preguntó Helena.

—*Por descontado, mamá, aunque no sé cuándo. Pero pasaré a verte.*

—*Gracias, Dom.*

—*No tienes que darme las gracias.*

Dom podría jurar que su madre estaba llorando.

—*Recuperaremos el tiempo perdido, ¿de acuerdo?* —añadió.

—*¿Me lo prometes?*

Su madre parecía necesitarlo incluso más que él a ella, aquello lo enterneció de verdad.

—*Por supuesto, te lo prometo. Adiós, mamá.*

La comunicación se había cortado. Dom tuvo la impresión de que había sido la conversación más sincera y emotiva que había tenido en toda su vida, y, sin saber la razón, lo había dejado baldado, como si hubiera recorrido varios kilómetros en poco tiempo.

Miró hacia Áurea. Ya estaba despierta, se había puesto el vestido y lo estaba mirando. Dom caminó hacia ella.

—*¿Cómo te encuentras?* —le preguntó ella.

—*Estupendamente, ¿por qué lo preguntas?*

—*Vamos, Dom, por la expresión de tu cara... acabas de hablar con tu madre.*

—*¿Cómo podía saberlo? Entonces cayó en la cuenta.*

—*Enhorabuena, fue una magnífica representación* —comentó con ironía.

Áurea le tocó ligeramente el brazo, pero Dom se apartó enseguida y caminó hacia la orilla.

—*Lo siento, Dom, no quería entrometerme, pero... sentía que necesitabas arreglar las cosas con tu madre.*

—*Pues lo has conseguido, las he arreglado.*

—*¿De verdad?* —preguntó feliz Áurea.

Dom asintió, aunque no parecía demasiado feliz.

—*Entonces solo te queda una persona con la que hablar.*

Dom se giró hacia ella y la miró extrañado.

—*¿De qué hablas?*

—*Me refiero a tu hermana.*

—*¡No pienso hablar con ella! Puede que sea mi hermana, pero ni la conozco ni quiero conocerla.*

Áurea lo miró con reproche.

—*Además... ¿por qué sabes que tengo una hermana?*

Áurea se rio.

—*Dom, me lo contaste tú mismo el otro día, cuando me abriste tu corazón. ¿No lo recuerdas?*

—*Intento olvidar aquello.*

—Yo..., verás, Dom, me gustaría conocer a tu familia, a tu hermana.

Dom volvió a clavar en ella sus ojos oscuros.

—¿Por qué? No creo que sea buena idea —dijo con brusquedad.

Áurea se volvió enfadada y comenzó a alejarse de Dom.

—¿A dónde vas? —le preguntó él, reflejando cierta preocupación en el tono de voz.

—Lejos de ti. Si te avergüenzas de mí será mejor que nos olvidemos de todo esto.

Dom sintió pánico por un momento y después decidió aclarar las cosas con su mujer dorada. En dos zancadas la había alcanzado y la había agarrado del brazo.

—No te vayas, Oria. —Le acarició el rostro con dulzura—. ¿Cómo se te ocurre una estupidez como esa? ¿Avergonzarme de ti? ¡Jamás! Eres la mujer más bonita, maravillosa, inteligente, poderosa, valiente, segura de sí misma, hechizante que he conocido jamás. ¿No te has planteado que quizá sea al revés?

Áurea lo miró confusa.

—Mi familia es muy complicada, y ahora todavía más. Puedo imaginarme cuál es el ambiente en este momento en el *château* familiar. Debe ser un hervidero de emociones y tensión. Hay muchas cosas que arreglar, muchas heridas que cerrar, no creo que sea un buen momento para presentártelos.

—Siempre he querido conocer a algún hechicero, nunca he conocido a ninguno. Y tengo un presentimiento...

—¿Qué presentimiento?

—Nada. Olvídalo.

—Mira, Áurea..., si es tan importante para ti, te los presentaré. Además, le he prometido a mi madre que iría a verla. Pero... dame unos días más junto a ti, aquí solos los dos. Es importante para mí.

—Está bien.

—Jamás había sido tan feliz con nadie —dijo Dom cogiéndola de la nuca y atrayéndola hacia él.

Se besaron, al principio despacio, después cada vez con más intensidad, de tal manera que Dom empujó a Áurea sobre la arena y cayó encima de ella.

Ella se rio.

—Será mejor que nos vayamos a casa antes de que vengan los

carabinieri —comentó sin dejar de reír.

—Sí, tienes razón, porque te necesito, Oria, con urgencia. Y esta vez te aseguro que te voy a hacer el amor como un gato.

Oria le sonrió con picardía y dejó que la levantara del suelo.

Roberto encontró a su mujer con lágrimas en los ojos justo en el lugar donde se había imaginado que estaría, bajo los arcos centenarios, junto a la tumba de su primer marido. Se preguntó si sus lágrimas serían por él o quizá por la situación tan complicada por la que estaba pasando.

—¿Qué te sucede, *ma petite*? —preguntó arrodillándose frente a ella.

—*He hablado con Dom* —le contestó Helena a través del pensamiento.

—Oh, lo siento mucho. Supongo que no ha ido bien.

—*Te equivocas, Roberto, ha ido bien. Estas lágrimas son de felicidad. Me ha perdonado, bueno, en realidad ha dicho que no tiene por qué perdonarme, que lo entiende.*

Roberto sintió que se le quitaba un gran peso de encima. Había llegado a pensar que aquel muchacho orgulloso y egoísta no perdonaría jamás a su madre, y sabía que Helena no podría soportarlo, le hubiera destrozado el corazón para siempre.

—¿Qué crees que lo ha hecho cambiar de idea?

—*Bueno..., sospecho que ha sido una mujer.*

Roberto se rio.

—Creo que tienes razón, las mujeres podéis hacer magia con nosotros. No sabes cuánto me alegro —dijo abrazándola—, no sabes cuánto.

—*Gracias, Roberto. Sin ti no hubiera podido enfrentarme a esto.*

—Claro que habrías podido, *ma petite*, eres fuerte como una leona.

—*Ya no, ya no.*

—Claro que lo eres, Helena, no olvides que eres mi luz, sin ti yo no podría seguir adelante.

Roberto la besó con fuerza en la frente.

Tenía miedo, y no precisamente por él. Acababa de tener una conversación con Irina y, por desgracia, vendría otra época complicada para todos ellos, por eso era tan importante que estuvieran todos unidos de nuevo. Además, aquello sería algo muy diferente y él tendría un papel importante, además de su hija, sobre todo su hija. Necesitaban reunir a todos los

hechiceros posibles, y aquello no parecía una tarea fácil, puesto que desde hacía años la hechicería estaba prohibida y todos se habían ocultado.

Roberto acarició el rubio pelo de su mujer para ver si de esa manera se inspiraba, necesitaba un plan de acción, una gran idea, y eso siempre había dado resultado: su mujer le iluminaba el camino, siempre lo había hecho.

Fin

¿Quieres que esta historia continúe?

Escribe a su autora en Facebook (María N. Mera Escritora) y cuéntaselo o, mejor, escribe un comentario en Amazon.

AGRADECIMIENTOS

La música que me ha acompañado durante el tiempo que he escrito esta historia ha sido muy variada:

Smoke + Mirrors, de Imagine Dragons.

The Great Unknown, de Rob Thomas.

“Keep the village alive” (2015), de Stereophonics.

X (Deluxe Edition), de Ed Sheeran.

Gracias, Sergio Rueda, por pasarme la música que siempre sabes que me va a gustar.

A mi marido, mi gran historiador y geógrafo, por ayudarme a situarme en los momentos de la historia y geografía que me voy encontrando.

A mis tres hijos y a toda mi familia, supongo que las sagas familiares me encantan gracias a todos vosotros.

A mis **fieles lectores cero** —Bea, Elena, Encarni, Irene, Alejandra, Marta, Martita, Ana, Gema, Mireia, Camilo M.—, sin vosotros no sería igual. Me encanta recibir mensajes vuestros preguntando si ya he terminado la cuarta entrega.

A mis **lectores de Amazon**, a quienes debo mucho y agradezco su constante apoyo: Ana Hidalgo, Pilar CE, M^a José G, Lucía Mir, Juani García, Ruth Grimaldi, Majo Cruz, Paula Tatu, Chelo Guzmán, Cristina Martín, Mónica Sánchez, Verónica Pleiter, ChetiAn, Marisa Pascual, Belén Cuadros, Ana Vargas, Ani Álvarez, M^a Ángeles López, Vanesa Alba, Puri Almagro, Yoeli Acosta, Ana Isabel Gutiérrez, Ma Pérez, Virginia Lara, MirelaBadin, Rocío Salazar, María Sánchez Polo, Isabel Prados, Débora Aragón, Ana Durán, Lizzie Quintas, Amparo Sierra, Toñi Mora, Arisleyda María Abreu, Ana Benito, Susana Bintana, Susana Cruz, Mayra, Ángela Oaks, Etna Hernández y muchos más que seguro que están ahí.

Muchas gracias a mi grupo de escritores de Twitter, **Almas y Letras**. Es magnífico contar con vuestro apoyo y amistad, que va más allá de las letras. También a mis amigos escritores, a quienes agradezco enormemente su amistad y apoyo: Andrea Golden, Marie N. Vianco, Dolors López, Marcos Nieto Pallarés, Rodrigo Aguado, Susana Pérez, Yazmina Herrera, Lara

Alonso, Sandra Estévez, Tricia Ross y tantos más.

A los blogueros que han reseñado *Ojos de gata*: Alicia Vozme y su blog *Entre libros y coletas*, Meg Ferrero y su blog *Mi pequeño espacio romántico*, Lara Alonso y su blog *Cazadora de historias*, Cristina y su blog *Con los libros en la maleta*, Tricia Ross y su blog *triciaross*, y a Sandra Estévez y su blog *sandraestevezcalvar*. Gracias también al canal de youtube *Amantes Literarias* por su reseña de *Ojos de gata I y II*.

A mis personajes, a quienes considero parte de la familia. Creo que todavía no estoy preparada para despedirme de ellos.

A mi correctora y amiga, Anaí, a quien considero más una editora que una correctora. Gracias por tu perfeccionismo.

MIS OTRAS NOVELAS

Trilogía +qav, saga romántica contemporánea.

Más q. un amor de verano

Un don un tanto molesto

Una familia diferente



Lo mejor para explicaros de qué trata es poner algunas opiniones que los lectores han dejado en Amazon, alguno de ellos se ha llevado un premio por ello: los lectores que se toman la molestia de dejar su opinión, entran dentro de sorteos de libros.

«Más q. un amor de verano" es una novela que nos habla sobre todo de amor, de esos amores que surgen en los lugares o momentos más inesperados y que vienen cargados de sorpresas y emociones. Amores que por su naturaleza pensamos que serán fugaces, pero que en esta novela ocurre todo lo contrario. Nos vemos ante dos noviazgos paralelos, las de sus protagonistas femeninas, dos hermanas que se llevan mucha edad, pero cuya conexión es perfecta.

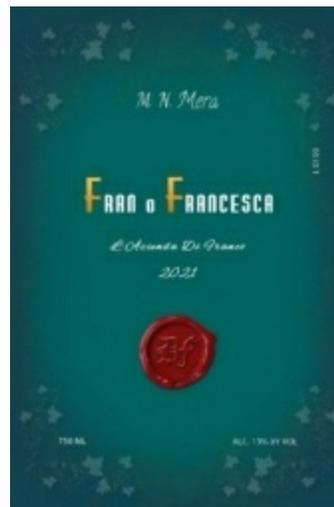
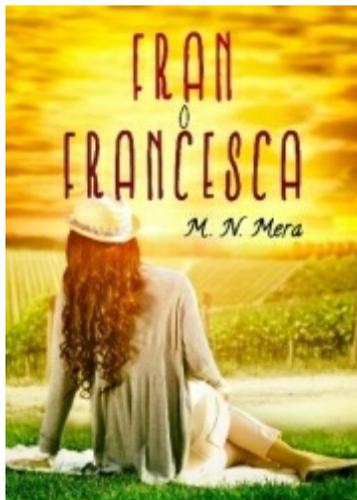
»Primeramente conoceremos la historia de Pat y Marcos, una relación que surge de forma fortuita y que poco a poco irá creciendo y arraigando en los personajes, y que tendrá que afrontar los problemas y traumas propios de la madurez, lo que para mí la hizo muy interesante. Después conoceremos la historia de Clara y Leo, fresca y llena de emoción, pero con todas las dudas e inexperiencia que implica la juventud. Pero aún hay mucho más en este libro en el que nos encontraremos también con una trama que nos habla de la familia, de los vínculos indestructibles entre sus miembros, del amor fraternal, hay giros y sorpresas e incluso algo de magia entre sus ingredientes.

»Una novela que me ha gustado mucho, pasan muchas cosas, hay momentos de ternura, también de romanticismo, algunos muy emotivos que te conmueven hasta el fondo y un final que te sacude y te deja con ganas de seguir esta saga familiar de la que estaré esperando muy atenta su segunda parte».

«María, si leyendo tus dos novelas anteriores me lo he pasado genial con esta tercera ni te cuento, fijate que sólo me ha durado un día. Cómo se nota que el amor al final siempre vence pese a las dificultades de la vida y al paso del tiempo. Me encanta ese don tan peculiar que tienen María y su hija Lola. Amig@s lectores si estáis pensando en que leer, yo os la recomiendo al 100% no os defraudará pues tiene amor, intriga, celos y es súper divertida. Gracias una vez más por escribir como lo haces».

«Me encanta esta saga, de la primera a la última. Desde luego el título no puede ser más apropiado. Aunque con una línea diferente en la que nos sorprenden con secuestros, policía y demás, el trasfondo sigue siendo esa familia que nos robó a todos el corazón. Da gusto poder saber qué pasó con cada uno de los personajes de esta novela años después. Felicidades a la autora».

Fran o Francesca



Fue mi primera novela y se nota, pero no por ello deja de ser una historia fantástica, especial y muy romántica, con algún giro inesperado. Es una novela más juvenil, o al menos *new adult*.

«Una narración genial, de muy fácil leer, a pesar de la complicación de su argumento, y de los vertiginosos giros del relato, que te mantienen en la más absoluta incógnita, sobre el nuevo giro, haciéndote repetir una y otra vez, esto es imposible, después de este cambio de rumbo, va a ser imposible hilvanar el relato, y la razón, al cabo de unas páginas, te lleva a desear un nuevo giro, que no tarda en producirse, pero justo en dirección contraria a la esperada.

Simplemente genial.

Hacía mucho tiempo que un libro no conseguía sorprenderme de tan grata manera».

Búscame en Amazon; escribiendo simplemente mi nombre de autora,

M. N. Mera, saldrán todas mis novelas.

Actualmente he terminado una nueva novela y tengo la intención (en principio) de presentarla al concurso Indie de Amazon 2018. No es fantástica, pero sí romántica y misteriosa, y se titula *Las palabras de sus ojos*.

Table of Contents

- [1. Helena. El perro](#)
 - [2. Dom. ¡Lo que faltaba!](#)
 - [3. Roberto. La luz que brilla en la oscuridad](#)
 - [4. Val. La Torre del Mangia](#)
 - [5. Dom. La Coruña](#)
 - [6. Helena. La abadía](#)
 - [7. Val. Buscando a Hans](#)
 - [8. Roberto. El cofre](#)
 - [9. Anna. Movilizando a la familia](#)
 - [10. Helena. La lluvia misteriosa](#)
 - [11. Val. El juicio](#)
 - [12. Helena. La fraternidad](#)
 - [13. Hans. Val](#)
 - [14. Helena. La palabra mágica](#)
 - [15. Dom. El maldito encargo de Roberto](#)
 - [16. Roberto. La despedida](#)
 - [17. Dom. Un acto poco egoísta](#)
 - [18. Helena. Una boda londinense](#)
 - [19. Dom. Lucha de hechiceros](#)
 - [20. Roberto. En el frío más intenso](#)
 - [21. Eugène. Demasiadas sorpresas juntas](#)
 - [22. Dom. Huyendo de los problemas](#)
 - [23. Roberto. Hablando con mi conciencia](#)
 - [24. Helena. Cosas de familia](#)
- [AGRADECIMIENTOS](#)
- [MIS OTRAS NOVELAS](#)